Almas mecánicas

Javier del Canto Sahagún

Título original: *Almas mecánicas*

© Javier del Canto Sahagún, 2021
Portada: © Cristina Cuenca Manzano, 2021
ccuencama@gmail.com

Contacto: jdelcantosahagun@gmail.com
Facebook , Twitter , Instagram

ASIN: B098MX8V1R

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o escrito del titular del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A mi hermana, siempre serás mi pequeña
A Cristina, mi faro
A Eva, bienvenida

A mis padres, por todo

I

1

Vigilaba amparado en la penumbra de un callejón cualquiera fumando para intentar engañar al frío. De todas las costumbres que habían llegado con Pandora la de fumar le parecía sin duda la más estúpida, pero también era la única que seguía con fidelidad casi enfermiza.

La vio aparecer entre el gentío como una nota discordante, incapaz de ocultar sus orígenes a pesar de su estudiado atuendo raído y su pelo mal despeinado. Su caminar resultaba demasiado grácil y sus ojos demasiado vivos, asustados, buscando algo familiar a lo que poder aferrarse para recuperar cierta compostura.

Pero allí no había nada para ella.

Se giró sobresaltada cuando una manada de perros correteó entre la bruma o cuando un ratero atravesó corriendo la calle perseguido por una de sus víctimas. Más adelante, se alejó del viejo Pierre, que seguía con sus humildes quehaceres diarios insultando primero a unos y después a los otros mientras les apuntaba con la luz de una linterna.

Llegó frente a las puertas de la cantina, sorprendida de encontrarlas, como si no fuera lo que anduviera buscando. Varios jóvenes de la Ciudadela salieron empujando a los transeúntes con su caminar ebrio. Uno de ellos se giró, probablemente con más intención de cortejo que de disculpa, pero ella ya había desaparecido en el interior del local.

Él permaneció estudiando a los transeúntes en busca de algún gesto artificial o de alguna mirada demasiado incisiva. También estudiaba el entorno, las ventanas de los edificios, las azoteas. En el cielo, las naves transitaban atravesando los hologramas

publicitarios que iluminaban el Grumo.

Varios cigarrillos después observaba el local desde la entrada.

La música llegaba desde el fondo de la sala principal, donde un hombre sentado sobre un taburete tocaba un viejo saxofón dorado.

Sasa, la incorregible y pequeña hurgadora, atendía tras la barra de madera que coronaba la cantina. Sus miradas se cruzaron cómplices un instante. Le reconoció a pesar de la máscara optoelectrónica.

Se dirigió hacia el final del local, más allá del saxofonista, tratando de evitar miradas curiosas.

—¿Señorita Rivas? Siento haberla hecho esperar. Soy Sykes.

Estiró una mano curtida por el frío y apretó con suavidad la mano de la mujer cuando esta se la ofreció en un gesto tímido y petulante a partes iguales.

Malditos ciudadanos.

—Llámeme Lucille, por favor —dijo con un hilo monótono de voz.

Se sentó frente a ella y pulsó uno de los botones de la mesa.

—¿Quiere tomar algo?

Lucille señaló la botella de agua a medio beber frente a ella, dándose por satisfecha. Un pequeño robot con ruedas de oruga y dos brazos cómicamente largos se acercó y posó un vaso lleno de una cerveza densa y rojiza.

Bebió mientras observaba los movimientos nerviosos que realizaba Lucille.

—No estaba segura de que fuera a venir.

Sykes se encogió de hombros. Encendió un nuevo cigarrillo y ofreció uno a Lucille que rehusó con un gesto de la mano.

—No se equivoque, estoy aquí por Rohan.

Lucille desvió los ojos en busca de algún objeto en el que poder centrar su mirada empañada. Una punzada se clavó en el pecho de Sykes. No era una punzada de culpabilidad. Tampoco de lástima, era incapaz de sentir lástima por los habitantes de la Ciudadela. Era una punzada aguda y lacerante. Instinto puro arañándole el

esternón para mantenerle alerta.

—¿Ha leído algo sobre mí? —dijo ella.

Sykes aspiró una fuerte calada y mantuvo el humo en los pulmones hasta notar como le ardían. Afirmó dubitativo mientras exhalaba con fuerza.

—No es que diga gran cosa, pero sí lo suficiente como para acudir a la cita sin temor a… bueno, ya me entiende.

—¿A pesar de Rohan?

—Que Rohan y yo seamos amigos no quiere decir que usted no haya podido obtener mi contacto con métodos, digamos, poco ortodoxos.

—Le aseguro que conseguí su contacto de la forma ortodoxa.

—Tienen que ser muy buenos amigos para que le diera mi dirección de contacto.

Esta vez Lucille no evitó la mirada inquisitiva de Sykes. Sus ojos no mostraban furia, no mostraban amenaza. Ni siquiera se mostraban desafiantes. Mostraban una pena intensa, profunda. Un grito mudo en el fondo de sus iris color turquesa.

—Grandes amigos —su voz sonó con fuerza.

Si Lucille no estaba siendo sincera, era una de las mejores actrices que había conocido.

—¿Fue Rohan quién la reclutó para los laboratorios?

Lucille asintió.

—¿Y cómo podría ayudarla?

Lucille extrajo una pequeña esfera traslúcida del bolso que descansaba junto a ella. Se trataba de un sistema de almacenamiento. No recordaba la última vez que había visto uno como ese. Quizá nunca.

—Los sensores no son capaces de detectar estos sistemas —dijo justificándose mientras le entregaba la esfera—. Demasiado antiguos. Tiene un algoritmo de encriptación simple, no creo que le suponga ningún problema.

—La encriptación quizá sea simple —dijo observando la esfera entre sus dedos—, pero encontrar un lector para esto no va a ser

fácil.

—Seguro que se las arregla.

—¿Qué me voy a encontrar?

—Usted léalo.

—¿Por qué no me lo cuenta usted y así me ahorra tiempo?

—Léalo, por favor —dijo Lucille tras una pausa—. Fue Rohan quien me pidió que se lo entregara.

Sykes buscó en su mirada algún indicio. Esta vez eran sus ojos los que danzaban nerviosos. La punzada del pecho se había convertido en malestar general.

—¿Por qué no me llamó él mismo?

—¿Sabe una cosa? Ahora sí acepto ese pitillo —estiró su mano y extrajo un cigarrillo de la cajetilla que descansaba sobre la mesa. Sus miradas, interrogante una y afligida la otra, se cruzaron mientras le ofrecía fuego—. También me dijo que iba a necesitar algo de dinero.

—Dile a Rohan que no hace falta.

—Por favor. Me pidió que insistiera.

Lucille llevó las manos a su nuca y extrajo un cable fino que Sykes conectó a su implante vertebral. El kaizen de Sykes era un viejo modelo diseñado por él mismo y mejorado para, entre otras cosas, abrir canales de entrada en el kaizen al que se conectaba permitiéndole acceder a secciones de la memoria sin el permiso de su propietario. Una pequeña trampa que le había salvado en más de una ocasión.

Y que estaba a punto de volver a hacerlo.

Mientras Lucille realizaba la transacción, el prostético de Sykes comenzó a recibir los recuerdos almacenados en su cerebro. Percibió el sistema de protección en forma de cosquilleo en la parte baja de la columna. Un cortafuegos que no permitía acceder a los recuerdos más allá de unas horas. Rohan debió prevenirla. Siempre fue el más listo. Aun así, la descarga continuó. Ella estaba saliendo de la estación, rodeada de gente, recorriendo las calles de la ciudad con paso nervioso hasta llegar a la calle de la cantina. Los perros

corrían entre la bruma, el ratero atravesaba la calle, el viejo Pierre insultaba a la gente mientras les apuntaba con la luz de la linterna.

Y ahí fue consciente de su error.

No fue más que un ligero brillo en un rostro. El haz de la linterna del vagabundo provocando una reflexión de la luz imposible a menos que la persona vistiera una máscara optoelectrónica. Volvió a ver esa misma máscara más adelante, oculta entre la multitud en una última mirada de Lucille antes de entrar en la cantina.

Arrancó el cable provocándole un calambre que le nubló la cabeza. Cuando el destello se atenuó ya era tarde. Un sonido húmedo y hueco le hizo lanzarse al suelo, resguardándose bajo la mesa. Notaba la cara húmeda, viscosa. Le picaban los ojos. El bar era un bullicio de disparos, gritos, cristales rotos, mesas y sillas arañando el suelo. Le pareció escuchar la voz de Sasa maldiciendo. Salió disparado hacia la ventana que tenía enfrente. Corría agachado apartando de sus ojos los restos de cráneo y de cerebro de Lucille cuyo cadáver yacía tendido en el suelo con la cabeza destrozada. Agarró una de las sillas desperdigadas y la lanzó con toda la fuerza de la que fue capaz. La ventana se rompió instantes antes de saltar a través de ella. Dirigió la mirada hacia la avenida principal donde apareció otro atacante con el rostro oculto bajo una máscara optoelectrónica negra. Sykes comenzó a correr hacia el callejón contiguo. El atacante, con un movimiento mecánico, levantó su arma y comenzó a disparar ante la mirada indiferente de los transeúntes. Sykes sintió el brazo arder cuando un haz de plasma le rozó a la altura del hombro. El eco de sus pasos se mezclaba con el eco de los pasos de sus perseguidores. Rayos de plasma silbaban a su alrededor chocando contra las paredes y los contenedores y las puertas y las ventanas, lanzando esquirlas de yeso o de metal o de cristal que rebotaban por todas partes, incluyendo él mismo, que se obligaba a prestar atención al entorno ignorando el dolor que le producían cuando le atravesaban la piel. Tras zigzaguear como una rata de laboratorio buscando una salida

del laberinto de calles, alcanzó a ver el reloj de la estación al fondo como un ángel beatífico que le indicaba el camino de regreso a casa. O al cielo. Por alguna extraña razón repetía una y otra vez la hora que marcaba el reloj: siete y cuarto, siete y cuarto, siete y… Un deslizador llegaba a la vía en ese momento. Aceleró el ritmo maldiciendo el alquitrán del tabaco que le corroía los bronquios. Sus perseguidores se escuchaban cada vez más alejados a pesar de sus pasos cada vez más frecuentes. Llegó a la estación y se lanzó hacia las escaleras que ascendían en un tramo corto que a Sykes se le antojó infinito. Miró por la ventana mientras subía al deslizador y tomaba asiento junto a una señora gorda que rezaba y se balanceaba absorta sosteniendo un rosario entre sus dedos. Las siluetas de sus perseguidores se mantenían alejadas de la luz.

Sykes sintió un fuerte impulso de creer en el dios de su compañera de asiento mientras suplicaba para que la máscara funcionara.

2

Sebastian Bruc observaba a través de las pantallas de vigilancia. El novato que le habían asignado perseguía a dos pobres almas que corrían alrededor de las estanterías de la tienda. Debería ayudar al chico, pero no quería estropear la situación. Demasiado cómica. Y los pastelitos de crema que le había traído el encargado de la tienda estaban deliciosos. Eso sí, se aseguró de que las salidas estuvieran bien cerradas. Una cosa era disfrutar con el sufrimiento innecesario de un chico recién salido de la academia y otra muy diferente no realizar sus funciones como agente ministerial. Nadie podría acusarle de falta de profesionalidad. El chico, Rony o Rory o Roty, poco le importaba cómo se llamara, atrapó al fin a uno de ellos y lo esposó a una tubería de ventilación. El otro había logrado acceder al almacén en su huida desesperada y buscaba ansioso una salida. Una cámara instalada en una de las esquinas le seguía mientras el hombre correteaba de un lado para otro. Ascendió por la estantería en donde estaba oculta la cámara. Un primer plano de su rostro enfermizo ocupó una de las pantallas. «Yonqui, blacktrip», masculló Sebastian mientras se metía otro pastelito en la boca manchada de crema. En ese momento una alarma surgió del kaizen. El servidor de urgencias ministeriales. Maldijo su suerte. Se estaba divirtiendo y esos pastelitos estaban deliciosos. Merecían todo el tiempo que uno pudiera ofrecerles.

—Tengo que irme —dijo al encargado con la boca llena—. ¿Tienes algo alargado?

—¿Algo alargado?

—Cualquier cosa que llegue al techo y no se doble con facilidad —dijo Sebastian mientras se metía otro pastelito en la boca.

El encargado se lo pensó un poco antes de entregarle una vara metálica extensible que sacó de un pequeño armario lleno de material de limpieza.

—Es para limpiar las esquinas del techo. Los robots no llegan, así que encargué…

Sebastian le cortó con un gesto de la mano y salió de la sala con la vara y un nuevo pastelito en la boca.

Rony o Rory o Roty llegó resollando. Se apreciaba cierta novata exasperación en la mirada que dirigía a Sebastian. Este le agarró un hombro con una mano sucia por los pastelitos y se llevó un dedo de la otra a los labios mientras observaba el techo. Dio unos pasos en la dirección del sonido que se escuchaba sobre sus cabezas, pasos surtos, como si estuviera jugando a algún juego infantil o realizando un extraño baile tribal. Extendió la vara y la apuntó hacia arriba mientras continuaba la curiosa persecución en busca del sonido. Lanzó un golpe seco hacia el techo laminado, el cual cedió con facilidad dejando al ladrón en el aire durante un instante hasta que cayó propinándose un golpe que dolió al propio Sebastian. Un zapato cayó después golpeando la cabeza ensangrentada del ladrón, que se levantaba confuso con las manos en alto con actitud sumisa y mirada perdida. Sebastian, satisfecho, plegó la vara y se la entregó al encargado de la tienda que le observaba apoyado en el marco de la puerta de la sala de vigilancia. Lanzó una mirada por encima del hombro del encargado, una mirada fugaz que bastó para ver su sombrero descansado sobre la mesa junto a los pastelitos. Decidió llevarse la bandeja. Para el camino. Muchas gracias.

Desde luego no esperaba una situación como esa cuando recibió la llamada. Cinco muertos. Uno de ellos una ciudadana. Una patricia. Podían haberle avisado.

El agente al cargo hasta ese momento se explicaba aliviado de quitarse el marrón de encima. Se presentó como el agente Sold, un hombre espigado de exquisitos modales. Probablemente el hijo de

algún barón con ganas de impartir justicia en el mundo. Pobre hombre.

Sebastian fumaba un cigarrillo arrugado manchado de grasa mientras observaba el entorno. Lo de siempre: transeúntes curiosos, periodistas curiosos y vigilantes ministeriales deseosos de terminar con tanta curiosidad.

En la cantina el espectáculo era grotesco. Nunca le había gustado la sangre. Ni su olor, ni su color, ni los pálidos e inertes cuerpos que solían portarla.

Tres cadáveres en la sala principal. Arma de plasma. Tiros certeros. En el fondo, dos cadáveres más. Uno de ellos, Lucille Rivas. ¿Qué hacía una patricia en un lugar como ese? Los pastelitos le correteaban ácidos por la garganta.

El agente Sold continuaba hablando porque sus labios continuaban moviéndose.

—¿Testigos? —preguntó Sebastian sin importarle en qué punto de la narración se encontraba.

—Algún cliente.

—¿Algo relevante?

—No mucho, la verdad. El atacante entró y comenzó a disparar. Al parecer ese hombre de ahí fue la primera víctima —dijo señalando el cadáver de un hombre con un enorme agujero en el pecho—. Después disparó a su acompañante, ese de ahí. —Señaló el cadáver de otro hombre separado escasos metros del primero. Su mano inerte sostenía un arma—. A partir de ahí las narraciones son confusas. Demasiado caos, supongo.

Sebastian se acercó a la primera víctima.

—Pero si es el bueno de Levre.

—¿Pete Levre? ¿El antiguo traficante de armas? Pensaba que se había retirado.

—Y se había retirado. ¿Qué estaría haciendo aquí? A ese no le reconozco.

Activó el sistema de reconocimiento facial y examinó el otro cadáver. Chandra Levit, un antiguo mercenario de las colonias del

cuadrante 5 reconvertido en guardaespaldas. Nada reseñable desde que había llegado a Gaia. Probablemente contratado para la ocasión. Desde luego, cualquier precio acabó resultando demasiado caro.

Sebastian observó el último cuerpo de la sala. Un disparo en la espalda, una mano todavía sosteniendo el asa de la jarra vacía.

En la siguiente sala los cuerpos de la patricia y de un hombre con las manos ennegrecidas sosteniéndose el estómago perforado.

—Un hombre entra y mata a Pete y a su guardaespaldas. Supongamos que por una deuda o por cualquier cosa en la que estuviera metido. La mala vida es lo que tiene. Lo hace con dos disparos limpios, sin titubeos, un profesional que sabe a lo que ha venido y después, por alguna extraña razón, enloquece y comienza a disparar como si estuviera en el lejano oeste. ¿No le parece un poco extraño?

—La patricia conversaba con otro hombre cuando se produjo el ataque.

—¿Y dónde está ese hombre?

—Huyó por la ventana.

—¿Ningún transeúnte vio nada?

—Una mujer afirma que afuera aguardaba otro hombre.

—¿Otro atacante?

Sold asintió.

—¿Algo más?

—No. De momento.

Sebastian le lanzó una mirada cargada de cinismo. *De momento* . En otras circunstancias hasta se reiría.

—De sistemas de seguridad ni hablamos.

El agente negó avergonzado, como si parte de la culpa de tanta dejadez fuera de él.

—La dueña…

—Tranquilo, la conozco.

—¿Un cigarrillo?

Sasa cogió el cigarrillo y se acercó a la llama del mechero que le acercó Sebastian.

—¿Algo que contarme?

—¡Oh! Pues que me han jodido el local.

—¿Algo que me pueda servir para la investigación?

—Pues que un tío ha entrado aquí y se ha puesto a joderme el local.

—Supongo que los sistemas de seguridad los tendrás inoperativos.

—¿Sistemas de seguridad? —bufó Sasa.

—¿Viste al atacante de la calle?

—Perdóneme, agente, pero estaba ocupada intentado que no me mataran.

—¿Y el hombre que hablaba con la ciudadana?

Sasa se encogió de hombros mientras exhalaba una nube azulada de humo espeso.

—Nunca le había visto.

—¿Llegaron juntos la mujer y el hombre?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Se miraron a través del humo que flotaba entre ambos. Sabía que Sasa no diría nada. La dejó apurando el cigarrillo y se adentró en el callejón. Sold examinaba la ventana rota y la silla que descansaba sobre los cristales.

—Un hombre fuerte —dijo Sold levantando la silla—. Es bastante pesada.

—¿Hay restos de sangre?

—Contaminada.

—¿Serex?

Sold asintió.

—Pensaba que estaba prohibido.

Sebastian no se molestó en responder. Tanta inocencia le desconsolaba.

Comenzó a recorrer las calles siguiendo las migas de destrucción producidas por el tiroteo. El rastro se perdía pasadas

tres calles. Contabilizó al menos trece disparos. Miró hacia todos lados estudiando las posibles vías de escape. Tan solo el reloj de la estación al fondo. El resto ladrillo, Grumo, suciedad y calles sin salida. Y pestilencia. La calle apestaba, la ciudad apestaba, el caso apestaba.

Todo apestaba.

3

—¿Qué ha hecho esta vez? —dijo Paul divertido con la mirada fija en el púlpito de los acusados.

La Cámara de Justicia no estaba tan abarrotada como en otras ocasiones. Ovidiu, hijo del antiguo ministro de Ciudadanía Elly Stellman, ya no despertaba tanta expectativa; lo mucho cansa y todo eso. A pesar de ello, no se podía negar que Ovidiu seguía teniendo un alto poder de convocatoria. Su mujer, una bella subciudadana incapaz de hacerse con la ciudadanía por culpa de los inacabables problemas de su marido, le miraba con resignación desde la primera fila mientras este, puesto en pie y con el rostro iracundo, les gritaba una retahíla de injusticias, problemas sociales y demás postulados moralistas al juez y al jurado, que se limitaban a escucharle imperturbables. Los asistentes sonreían satisfechos.

—¿Qué sucedió anoche?

Paul Teltet, ministro de Justicia y Seguridad Ciudadana, se sentó con cierto rubor junto a Serj Malakian al final de la sala. No era tanto un sentimiento de vergüenza por lo ocurrido la noche anterior, sino el mero hecho de ser recriminado. Hacía tiempo que se había cansado de la actitud condescendiente del exministro.

—La misión se complicó —dijo tratando de mostrar indiferencia.

Una algarabía de carcajadas y aplausos estalló en la sala. Ovidiu, subido sobre su asiento, se había bajado los pantalones y mostraba sin ningún recato su trasero blanquecino al juez y a los veinte miembros del jurado. «¡Preguntadme a mí si me parece bien!», gritaba estridente mientras movía sus nalgas como si fueran ellas las que hablaban. Muchos de ellos no podían evitar reír.

Incluso el juez luchaba por mantener la compostura. Su mujer se tapaba el rostro con la mano negando con la cabeza. Por un momento, parecía que iba a levantarse y abandonar la sala entre lágrimas. Los medios de información mostraban sus colmillos afilados mientras sus sistemas ópticos almacenaban todos sus movimientos.

—¿Sabemos con quién se vio?

—Aún no.

—¿Quién se ha hecho cargo?

—El agente Bruc.

—¿Y la agente Stein?

—Ha localizado a otro.

—¿Cuántos van ya? —preguntó Serj Malakian.

—Diez.

—Solo nos quedan dos oportunidades.

—Que sepamos.

Serj Malakian se giró curioso hacia Paul.

—Todos los Guardianes podrían haber muerto ya —dijo Paul encogiéndose de hombros—. Solo nos faltaría encontrar sus cadáveres.

Dos vigilantes bajaron a Ovidiu, le esposaron y le sentaron de nuevo en el asiento con los pantalones todavía por los tobillos.

—No creo que el agente Bruc sea el más adecuado para esta investigación —dijo Serj Malakian—. Siempre ha sentido cierta debilidad por los subciudadanos.

—Y por los dulces.

—¿Cuánto tiempo estuvieron hablando?

—No mucho —dijo Paul encogiéndose de hombros.

—¿Qué falló?

—Al parecer el hombre era rápido. Apenas cayó Lucille, él ya estaba a cubierto. Parecía que nos esperaba. Después, los clientes del local lo entorpecieron.

—¿Recibió algún aviso?

—¿Te refieres…?

—El topo.

—No lo sé. No creo.

—¿Se pudo almacenar su rostro?

—Sí, pero no está en el Nexo —Paul hizo una breve pausa antes de continuar—. Creemos que le entregó algo.

Serj Malakian soltó un bufido irritado y se levantó. Se colocó la túnica con una mano mientras con la otra le indicaba que le siguiera. Paul dirigió una última mirada al púlpito antes de levantarse. Ovidiu, con las manos esposadas y los pantalones todavía por los tobillos, se puso de nuevo en pie y comenzó a dar pequeños saltos tratando de abandonar la sala, pero los vigilantes lo sujetaron y lo volvieron a sentar sin demasiados miramientos.

Los jardines del Ágora bullían de gente desfilando de un lado para otro. Serj Malakian y Paul Teltet caminaron en silencio hasta llegar junto a la estatua del general Bassop.

—No podía suceder en peor momento —susurró Malakian—. Teníamos que haberla interceptado en cuanto nos enteramos.

—Necesitábamos saber si se había puesto en contacto con alguien. Atar todos los cabos.

—Pues ahora ese cabo está suelto. Perdido más bien. Tenemos que atrapar a ese hombre. Vivo si puede ser. No deberíamos estar perdiendo el tiempo con esto. Ahora no —dijo apoyando una mano condescendiente sobre Paul Teltet.

Una nave aterrizó detrás de ellos junto a un pequeño estanque donde varios patos artificiales graznaban altivos.

—¿Cuándo será la rueda de prensa?

—Luca está trabajando en ello.

Serj Malakian se despidió con un asentimiento de cabeza y desapareció en el interior de la nave.

Paul Teltet permaneció junto a la estatua observando a la nave alejarse hasta perderse entre el resto de naves y deslizadores que surcaban el cielo azul. Se colocó en la oreja un transceptor desechable y deslizó el dedo con suavidad. Un tenue ruido blanco, casi imperceptible si no se le prestaba la suficiente atención,

indicaba que la conexión se había establecido.

—Sigo sin comprender estos encuentros —dijo resignado.

—Los viejos le obedecen —la voz de Lenny Cole, ministro de Asuntos Internos, se escuchaba ligeramente distorsionada—. Además, su sacrifico merece un respeto.

—Me importan una mierda los viejos y me importa una mierda su sacrificio. Mira Lenny, la próxima vez te reúnes tú con él.

Se escuchó una risa ahogada mezclarse con las voces estridentes de unos niños.

—¿Estás con tus hijos? —preguntó Paul.

—Estoy en el jardín y están jugando en la piscina. Tranquilo. De todas formas, ¿crees de verdad que se enterarían de algo?

—Como salgan tan hijos de puta como el padre…

Lenny estalló en carcajadas. Su risa parecía la de un fantasma aquejado de alguna enfermedad pulmonar.

—¿Qué han dicho los demás?

—Henning propuso condenar a los agentes a varios meses de Letargo —dijo Lenny con la respiración todavía agitada.

—Qué fácil lo ve todo. Teníamos que ponerlo a dormir a él. A él y a la loca de su mujer.

—Es demasiado guapa para ponerla a dormir. Ya me encargo yo de cuidar de ella. Prometo hacerlo con suavidad.

Esta vez fue Paul el que estalló en carcajadas.

—¿Crees que ha sido buena idea poner al agente Bruc al mando? —preguntó Lenny—. Siempre lo he visto demasiado complaciente con los subciudadanos.

—¿Has hablado con Serj Malakian? —dijo Paul Teltet resignado—. ¿Viste la grabación?

—Acabo de verla.

—¿Cómo es posible que lo viera? Estaba conectado a su kaizen.

—No lo entiendo.

—¿El topo?

Lenny hizo una pausa antes de responder.

—No lo creo.

—Ya, yo tampoco, pero ya no sabes qué pensar. Oye, Lenny, tengo que colgar, quiero pasar por el Ministerio.

—¿Algo importante?

—Quiero hablar con Luca para preparar la rueda de prensa. ¿Nos vemos esta noche?

—¿Breather?

—Allí nos vemos.

Paul se arrancó el transceptor, lo convirtió en una pequeña bola entre sus dedos y lo tiró al estanque antes de dirigirse con paso decidido hacia la Acrópolis.

4

Ciudad Colmena comenzaba a despertar.

Sykes no recordaba la última vez que había caminado por esas calles, pero podía afirmar sin miedo a equivocarse que nada había cambiado: los mismos olores agudos y pegajosos mezclándose en el aire contaminado; la misma luz azulada, perenne y tartamuda iluminando las calles; los mismos ruidos de los coches mezclándose con las voces de la gente y los gritos de los animales o con los quejidos de las puertas sobre sus goznes oxidados.

Se sentía sucio.

Podía oler el humo pegado a su ropa y a su piel. Descartada la opción de ir a su casa, decidió pasar la noche en el Barrio de los Cartones. Allí los mendigos le ofrecieron un sitio en el que descansar. Se calentó junto a alguno de los fuegos improvisados que llenaban de sombras fantasmales las ennegrecidas paredes de ladrillo rojo. Esa mañana, antes de abandonar el barrio y tras asegurarse de que nadie le veía, se quitó la máscara y la tiró a un contenedor verde donde varias ratas disfrutaban de su particular festín.

Miró el callejón desde la distancia, vacilante, temeroso. Un escalofrío incómodo le recorrió la espalda. Había pasado mucho tiempo. Demasiado. Pero no se le ocurría nadie más en quien poder confiar. Buscó alguna forma de evitarlo, de retrasarlo al menos, así que entró en una cafetería atendida por un hombre terriblemente deformado por culpa de las reprogramaciones baratas. Pidió un café, si al sucedáneo aguado e insípido que le sirvió el hombre se le podía llamar café, y un bocadillo de carne sintética que devoró hambriento. Antes de irse entró al baño para lavarse un poco. No

le gustó el hombre que le miraba desde el espejo.

Accedió al callejón resoplando para alejar la angustia y esperó paciente frente a una anodina puerta hasta que esta se abrió con un chasquido. Un fuerte olor a humedad recorría el largo pasillo apenas iluminado por una bombilla desnuda y titilante en la pared del fondo, justo encima de la puerta de acceso a la sala circular donde varias personas esperaban impacientes, la mayoría con los rostros pálidos y sudorosos, mirando sin ver con unos ojos que parecía que iban a estallar tras las ennegrecidas cuencas ojerosas.

Pasaron los minutos. La sala cada vez más abarrotada. Sykes permanecía apartado a un lado. Cuando el suelo comenzó a descender, los yonquis se agolparon tras las puertas empujándose con toda la fuerza de la que eran capaces, que no era mucha, a la espera de que el ascensor terminara su descenso.

Las puertas se abrieron con un molesto chirrido, permitiendo a los yonquis salir patizambos. Cruzaban salas oscuras llenas de gente con los ojos en blanco conectados a las distintas tomas que germinaban en las paredes. Cuando alguno veía una toma libre se lanzaba presuroso, tratando de adelantarse a los demás, y se conectaba soltando un bufido de puro placer con la mandíbula desencajada y los labios cubriéndose de baba lechosa.

El hedor se hacía cada vez más insoportable a medida que avanzaba. Orín, sudor y heces se mezclaban con el humo del tabaco y el olor putrefacto de los cerebros comidos por la ciberdroga. Sykes maldijo sus sensores olfativos estropeados.

Pequeños robots cobradores en forma de cubo recorrían las salas conectándose a los kaizens de los clientes. Cuando alguno se quedaba sin dinero, lo desconectaban y le avisaban con una voz metalizada que abandonara el local. Era un aviso amable. Sykes sabía lo que sucedía cuando los clientes declinaban esa invitación.

Llegó a una sala vacía escondida detrás de una cortina raída. Solo. Sus acompañantes habían ido desapareciendo en el camino.

Al final de la sala, una puerta de nuevo, sin pomo, tan solo un gran trozo de metal dibujado en la pared. Dirigió su mirada hacia

la esquina donde sabía que una cámara le observaba. La puerta se abrió al cabo de varios minutos permitiendo el paso de la música. Tiró el cigarrillo al suelo, junto a los otros. Los contó. Cinco en apenas veinte minutos. Estaba nervioso. Pero ya no había posibilidad de huir. Ya no.

La nueva sala era una discoteca amplia y luminosa, aséptica y envuelta en luces púrpuras de neón. La puerta se cerró a su espalda fundiéndose con la pared. Salió a la sala principal. La música escondía las voces de los clientes que bebían, bailaban y reían engalanados.

No pudo evitar soltar un suspiro mientras se dirigía a las escaleras que llevaban al despacho.

—¡Vaya cojones tienes! —Frey le observaba atónito desde el otro lado del escritorio—. ¡Hostia puta! Pero ¿qué te parece Miles? El muy hijo de puta se planta aquí, delante de mis narices y tiene los santos cojones de saludarme como si nada.

Sykes y Frey se conocieron gracias al Programa para la Integración Social, un intento fallido de la Acrópolis de proporcionar un hogar al cada vez mayor número de niños huérfanos. El ya desaparecido Ministerio de Subciudadanía llamaba a estas casas Nueva Vida. Parecía una broma cruel. La realidad fue que la mayoría de esas casas se convirtieron en prostíbulos, centros de trabajos forzados o en lugares de hacinamiento infantil en donde los propios niños enterraban a sus compañeros fallecidos por inanición.

Pero no todas las casas Nueva Vida resultaron ser una bajada a los infiernos. Valentine, la mujer que con el tiempo Sykes y Frey llamarían mamá, regentaba una de esas casas. Y no lo hacía por la suculenta subvención que proporcionaba el Ministerio de Subciudadanía. Valentine no necesitaba dinero. Ella, profesora de literatura en un prestigioso colegio, y su marido, un ingeniero de sistemas robóticos complejos, habían amasado una pequeña fortuna. Pero todo eso había sido antes de la Gran Guerra. Después

vino la muerte de sus tres hijos y más tarde la de su marido, el cual no soportó tanto dolor y decidió poner fin saltando al mar desde un deslizador. Su cuerpo nunca fue hallado.

Esos niños supusieron un alivio para el alma rota de Valentine.

Entre todos ellos, hubo dos a los que llegó a considerar como sus propios hijos. Sabía que estaba mal querer más a unos que a otros, pero no lo podía evitar. Ni quería. Los acogió a ambos con apenas seis años. Primero llegó uno, un chico extrovertido, fuerte y rudo que unos vigilantes le llevaron después de pillarle robando en una pequeña tienda de sistemas electrónicos. Después llegó el otro, un chico educado, inteligente, que parecía observar todo buscando algún significado oculto que le pudiera resultar de utilidad en un futuro. El chico había sido salvado en el último momento de una banda de trata de personas que tenían planeado llevárselo a las minas clandestinas de Sejmet. Los dos conectaron desde el primer día.

Fueron sus manos las que agarraba Valentine mientras fallecía en la cama por una extraña enfermedad producida por unas reprogramaciones en mal estado. Millones de fallecidos y, por supuesto, ningún culpable.

Fue la única vez que Sykes vio llorar a Frey.

Por entonces ya controlaban las calles. Drogas, apuestas, armas, cualquier cosa que proporcionara dinero. Todo menos personas y animales. En eso Sykes siempre se mostró inflexible.

—Explícale lo descontento que estoy, por favor —dijo Frey mientras esnifaba con vehemencia de un montón de polvo blanco que descansaba sobre la mesa.

—No espe…

Miles lanzó un fuerte puñetazo que impactó en el plexo solar y le hizo resollar con fuerza. Mientras se inclinaba sujetándose la zona dolorida, otro puñetazo en el centro de la boca le hizo caer al suelo.

—Vale, vale. Tranquilo Miles. Ayúdale a levantarse y veamos

que nos tiene que contar el maldito cabrón.

Miles le ofreció su manaza y una sonrisa fría.

—Ven aquí, princesita —dijo con voz melosa.

—¿Qué querías que hiciera? —dijo Sykes entre bocanadas sanguinolentas—. Pillman me jodió. Nos jodió a los dos.

—¿Pillman? No me estarás tomando por gilipollas. ¿Me está tomando por gilipollas, Miles? ¿Qué opinas? Porque yo creo que me está tomando por gilipollas.

Frey se levantó y se colocó frente a él.

—¿Y qué hostias te ha pasado? Estás hecho una puta mierda —entrecerró los ojos y se llevó la mano al mentón. Continuó inmóvil hasta que, en una ráfaga de lucidez, se llevó las manos a la cabeza y giró sobre sí mismo.

—No, no, no, no, no. Vamos no me jodas. ¿Me estás jodiendo, Sykes? No me lo puedo creer. ¿Tienes algo que ver con lo que pasó ayer en el local de Sasa? —comenzó a mesarse el pelo ansioso mientras asentía airado—. Tienes algo que ver con lo que pasó ayer en el local de Sasa. ¿Te han seguido? No me digas que te han seguido. —Corrió hacía la cristalera desde donde se veía la discoteca—. No te han seguido, ¿verdad? Joder, dime algo Sykes, dime algo.

—Yo creo que no me han seguido.

—¡¿Yo creo?!, ¡¿yo creo?! —le pegó un sonoro guantazo que hizo retroceder a Sykes—. De « yo creos» están llenos los cementerios y vacíos los locales de empresarios honrados como yo. Miles, por favor, dame un motivo para no matar a este capullo. Pero dámelo rápido.

Miles se limitó a alzar los hombros con un ademán indiferente. «Mátalo», parecía decir, «pero intenta no mancharme la camisa».

—Venga Frey. Necesito un sitio donde poder esconderme. Por favor —dijo Sykes.

—¿Qué te parece Miles? Estoy haciendo un esfuerzo para no matarle, ¡y me pide ayuda! —Miró su reflejo en uno de los espejos del despacho—. Pues sí que debo tener cara de gilipollas. Espera

un momento. Tengo que concentrarme.

Se sentó en la silla que presidía el escritorio y esnifó de nuevo del montón de polvo blanco.

—¿Quieres probar? Cocaína. La original, no esa basura que nos metíamos de jóvenes. Un antiguo cliente, un ciudadano que trabajaba como administrador en la Acrópolis, sacó la fórmula de los laboratorios de Pandora. Pobre hombre, acabó desquiciado de tanta ciberdroga. Pero estamos a lo que estamos. Primero, ¿cómo me pudiste joder de esa manera?

—Pillman nos la jugó, Frey. Jamás te hubiera hecho eso. Cuando me di cuenta era demasiado tarde. No me dio tiempo a salir sin borrar mi rastro. Si venían a por mí, iban a ir a por ti.

—¿Y por qué coño no me avisaste?

—¿Cómo querías que te avisara?

—Yo qué sé, Sykes. Yo qué sé. El cerebrito eres tú. Haber dejado al menos un mensaje en el servidor.

—Destrocé el kaizen para que no me monitorizaran. Estaba desconectado. No podía hacer nada. —Sykes hizo una pausa antes de continuar—. ¿Y qué ha sido de Pillman?

—¿Pillman? No sé de qué Pillman me hablas. Eso sí, su mujer estaba buena. Muy buena. —Frey dirigió una mirada maliciosa a Miles mientras este reía en silencio—. Pero no cambies de tema. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Me puedes explicar por qué no has venido antes?

—Yo qué sé. ¿Vergüenza? O igual es que no me apetecía recibir una paliza.

—No te hagas ahora la puta víctima. Pero venga, céntrate Sykes. ¿A quién coño has enfadado esta vez?

—No lo sé…, no lo sé…, no debería haber enfadado a nadie. Aunque hoy han tratado de matarme —dijo Sykes en un murmullo. Permaneció absorto con la mirada perdida en algún punto más allá de Frey, que le observaba nervioso—. Una ciudadana se puso en contacto conmigo —continuó Sykes—. Una amiga de Rohan.

—¿Cómo está Rohan? —preguntó con sincero interés. La

mandíbula se le movía de un lado a otro. Era un movimiento sutil, pero imposible de ignorar una vez lo apreciabas.

—No lo sé. Me entregó esto antes de que la mataran. —Posó la esfera sobre la mesa y la sostuvo con el dedo índice. Frey la cogió con dos dedos y la observó con curiosidad.

Cerró los ojos y comenzó a respirar profundamente. Después sacó un cigarrillo y comenzó a fumar lanzando nubes de humo gris.

—Todo parece conectado, ¿verdad? —Su tono suave y su cambio de actitud hicieron saltar todas las alarmas en la cabeza de Sykes—. A veces todo encaja, como pequeñas ruedas de un antiguo reloj suizo. Igual lo que pasó ayer en la cantina de Sasa lo ha puesto en marcha, el gatillo apretado que dispara la bala. Y cuando valoraba las diferentes opciones que tenía, vas y apareces. ¿Sabes? Te ayudaré, Marcus. Sabías que te iba a ayudar. Si no, no habrías venido. Me conoces demasiado bien. Pero antes me ayudarás tú a mí. Como en los viejos tiempos. Juntos de nuevo. Mientras, me quedo con esto —dijo Frey mostrándole la esfera—. Es gracioso, ¿verdad? Es increíble como ha avanzado la tecnología. Ahora si me permites, tengo que hacer una llamada.

5

Paul Teltet realizó una ponencia breve, sin demasiados detalles. Migajas protocolarias. Después observó la sala esperando las preguntas de los periodistas. Detuvo su mirada en Talaban. La maldita Eloise Talaban le observaba a su vez como un cazador astuto observa a su presa incauta. Pero hoy no. Hoy no será tu día. Deberían haber cerrado el *Transmetropolitan* hacía tiempo. Qué importaban las acusaciones que se hubieran podido verter contra la Acrópolis. Desaparecerían con la primera ventolera colectiva. El individuo goza de una gran memoria que las modas sociales se encargan de borrar con rapidez.

Como se imaginaba, la ronda de preguntas estaba siendo benevolente. Nada que no pudiera sacudirse como quien espanta una mosca molesta. Luca Dante, ministro de Comunicación y Propaganda, había hecho bien su trabajo. La conferencia de prensa estaba siendo retransmitida en todos los canales y no podían cometer errores. La reputación mantenía el orden y el orden mantenía las cosas como deberían estar.

Talaban continuaba en silencio. Tomaba notas en una libreta de papel, como esos viejos periodistas de corbata sucia y puro mordisqueado a medio fumar. Hasta para eso había salido retorcida. Pasado un tiempo, alzó una mano manchada de tinta azul. Paul sabía que no podía ignorarla para siempre.

—Sí, señorita Talaban —dijo varios minutos y muchas preguntas después.

—Muchas gracias, señor ministro. Se ha referido usted a tres atacantes. He tenido la oportunidad de visitar el lugar del crimen, y todos los testigos coincidían en que tan solo eran dos los

atacantes. El otro…

—Ese hombre, y hasta que nada nos indique lo contrario, es considerado otro atacante. Creemos que el hombre vigilaba el local a la espera de sus cómplices.

—Le rogaría que no me interrumpiera, señor ministro. Como le decía, el otro hombre también fue atacado por lo que no entiendo muy bien su proceder en este caso. Lo lógico sería tratar de encontrar a los atacantes, no a un cliente que salió huyendo.

—Huyó junto con sus dos cómplices.

—No según los testigos. Además…

—Tiene que entender la confusión del momento. Los testigos no son confiables en tales circunstancias.

Eloise Talaban asentía descontenta.

—Según los testigos, el hombre estaba reuni…

—Como le acabo de decir, mientras no hallemos nada nuevo, daremos por supuesto que había tres atacantes.

—Pero…

—Podemos pasarnos así la tarde entera, señorita Talaban. ¿Desea realizar alguna pregunta más?

—Tengo entendido que Pete Levre llevaba retirado varios años.

—Ya sabe que esa gente nunca se retira del todo.

—Sin embargo, creo que esta vez sí que lo había hecho. Al parecer llevaba un negocio de restauración en Baco. Y se había casado y tenido dos niñas.

—La avaricia rompe el saco, señorita Talaban —dijo Teltet arrancando varias sonrisas entre los asistentes. Todo el mundo conocía a Pete Levre. Y nadie le apreciaba. Era cierto que había rehecho su vida en Baco, pero no había cambiado en exceso. No fue elegido al azar. Sabían que sería fácil engañarle. Demasiado codicioso. Un trabajo lucrativo. Sencillo. Apenas un viaje de un cuadrante a otro con un cargamento que podría transportarse en otra nave. Él viajaría tranquilamente en una nave de pasajeros. Le pagarían en la cantina una vez terminara el trabajo. El señuelo perfecto.

—Demasiada casualidad que la patricia Lucille Rivas se encontrara en el mismo local que él, ¿no cree?

—Bueno, no quiero resultar frívolo, pero podríamos decir que la patricia Rivas se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Estamos tratando de averiguar qué hacía en un lugar como ese.

De nuevo Talaban asentía descontenta.

—¿Y qué me puede decir sobre los sistemas de seguridad de los Suburbios?

—Rotos en su mayoría. Apagados el resto. Ya sabe lo difícil que es mantener los sistemas de seguridad.

—Sin embargo, aquí en la Ciudadela no tenemos problemas.

—Porque no los andamos rompiendo.

Más sonrisas. Todos menos Talaban sonreían. Paul y Lenny Cole cruzaron una mirada ufana.

Talaban se disponía a continuar. A pesar de los golpes, se resistía a caer. Era incansable.

—De acuerdo, caballeros. Muchas gracias por su asistencia. Seguiremos informando a medida que tengamos novedades.

Paul lanzó una última mirada burlona a Talaban. Ella le sostuvo la mirada, desafiante, como la guerrera que era. Lástima que eligiera esa profesión. Habría sido una gran ministra.

6

Comenzaba a albergar serias dudas sobre su capacidad para tomar decisiones. Frey nunca cedería con tanta facilidad. Ni la vieja amistad ni el tiempo transcurrido justificaba su comportamiento. Demasiado fácil. Y con Frey nada era demasiado fácil. ¿Y qué era eso de las ruedas de un reloj o el gatillo que dispara la bala? Podría desaparecer. Coger un vuelo a cualquier otra parte y perderse. Para siempre. Pero no podía irse así, Rohan necesitaba su ayuda. Leer la esfera al menos. Por los viejos tiempos. El problema era que la esfera la tenía Frey. Y con Frey nada era demasiado fácil.

Observó el piso desde el desvencijado sofá apoyado en una de las paredes. Era oscuro y el sistema de filtrado de la luz de las ventanas estaba estropeado. Olía a cerrado y a polvo caduco. La única iluminación venía del holoreproductor. La rueda de prensa había resultado peor de lo que se imaginaba. No solo tenía que huir porque le querían matar. Ahora también porque le querían cargar el muerto. Por lo menos habían puesto al cargo de la investigación al agente Bruc, un buen hombre, todo lo buen hombre que un ciudadano puede llegar a ser. Hicieron algún trabajo juntos. Yo te ayudo a capturar a alguien y tú me libras de un rival directo. *Quid pro quo* .

Estaba agotado.

Comió el sándwich y bebió la cerveza que Miles le había dejado en la nevera y encendió un cigarrillo dispuesto a ver una gala de lucha retransmitida desde alguna ciudad de los suburbios, pero se durmió antes de que comenzara el primer combate.

—Buenos días, princesita —otra vez la voz melosa de Miles.

Fumaba sentado sobre la mesa mientras observaba a Sykes como quien observa a una rana a la que va a diseccionar clavada en un viejo corcho ensangrentado.

—¿Qué hora es? —dijo Sykes somnoliento.

—Por la mañana. Venga, levanta. Frey está esperando abajo.

Subió a la nave con la cara todavía contraída y los ojos vidriosos y llenos de legañas. En el fondo de la nave, siete androides viajaban sujetos a una de las paredes por unas cintas atadas a unas argollas de metal. Frey estaba sentado completamente inmóvil vestido con un traje sin corbata, el pelo engominado a conciencia peinado hacia atrás y los ojos escondidos tras unas gafas de sol negras. Su enorme reloj de pulsera indicaba que eran las cinco de la mañana.

Miles se llevó el dedo índice a los labios y le indicó que se sentara frente a Frey. Viajaron siguiendo uno de los viejos canales de la ciudad. Pasados varios minutos, el Grumo comenzó a desteñirse mostrando un cielo azulado manchado aquí y allá por cúmulos que jugueteaban en el cielo. Sykes pudo admirar el enorme cráter producto de la Gran Guerra tupido de hierba esmeralda y hortensias color malva.

Un ruido seco, como una pequeña convulsión en el aire, indicó el final de la conexión de Frey.

—¡Su puta madre! Miles envía a Shorty y a Sapo a hacer una visita a Andrew Lee, el joyero. Que no se anden con miramientos. Que no lo maten, pero que le jodan bien jodido.

Frey se quitó las gafas con teatralidad y fijó sus ojos inyectados en sangre en Sykes.

—¡Joder! Sigues hecho una mierda —exclamó. Su boca desprendía un leve aroma a *whisky* .

Sus miradas se cruzaron centelleantes. Fue un instante inexistente pero lleno de significado. Demasiada complicidad durante demasiados años. Demasiadas experiencias. Demasiada vida juntos, a pesar de todo.

7

La reunión se saltaba por completo el protocolo. Y a Paul Teltet no le gustaba saltarse el protocolo.

Sus pasos resonaban sobre el suelo de mármol negro. Caminaba lo más rápido posible, casi al trote, como si de esa forma todo fuera a terminar antes.

Las puertas se abrieron a su paso con un sonido neumático que se fundió casi al instante con los sollozos que salían del despacho.

Sentados a la mesa esperaban los padres de Lucille Rivas como estatuas trémulas.

La madre, Esmeralda Prendes, lloraba contenida. Los rayos de sol que entraban por el ventanal se reflejaban en las caudalosas lágrimas que rajaban su cara. Pero su mirada se mantenía firme. Admirable, imposible no reconocerlo.

El padre, Alexandre Rivas, parecía haber envejecido diez años. O cien. Su noble porte, hasta ahora siempre erguido, siempre orgulloso, se había fugado con el alma perdida de su hija. Sostenía a su exmujer arropándola con cariño. O quizá se apoyaba en ella.

Le miraban con ojos inquisidores, como si dudaran de él mismo por la autoría. *¿Alguien habría hablado?* Imposible. Delatar a uno era delatar a todos. Los viejos, como diría Lenny, lo habían dejado todo bien atado, asegurando su propia supervivencia. Todos los involucrados tenían las manos manchadas de alguna u otra forma.

—De nuevo, reciban mi más sincero pésame —dijo con la más suave de sus voces y su cara más contrita. Habría sido un gran actor. No es que no sintiera pena, no era ningún psicópata, pero estaba seguro de que los propios padres de Lucille habrían hecho lo mismo si se encontraran en su situación. No con su hija, por

supuesto, pero sí con la hija de otros.

Los padres se limitaron a asentir. Sus miradas se suavizaron, empañándose, perdiéndose en algún punto en el tiempo, un punto en el que su hija todavía estuviera viva.

—No hace falta decirlo, pero no pararemos hasta encontrar a los culpables. El agente Bruc comenzó la investigación en el mismo momento en el que se produjo el ataque.

—¿Acaso mi hija no merece al mejor investigador? —dijo Esmeralda sin ocultar su malestar—. ¿Tengo que recordarle todo lo que nuestra familia ha hecho por la Ciudadela? ¿Qué pasa con la agente Stein?

—La agente Stein se encuentra inmersa en otra investigación.

—¿Y el agente Nabokov? —preguntó Alexandre.

—El agente Nabokov se unirá al agente Bruc con la mayor brevedad posible. Antes debe solucionar otros asuntos. No le llevarán demasiado tiempo —hizo una pausa dejando macerar sus palabras—. Entiendo sus preocupaciones, pero creo que no están siendo justos con el agente Bruc. Sin duda es uno de los mejores.

—Demasiado blando —dijo Esmeralda airada.

—No se puede ser blando con esa… gente —dijo Alexandre sin ocultar su desprecio.

Estaba de acuerdo. Pero ¿qué querían? Hablen ustedes con Lenya Stein si así lo desean.

Paul Teltet los miraba curioso, pero con ojos afligidos, bajando el labio con gesto sutil, modulando su voz para mostrar pena contenida.

—¿Y qué hay de lo que mencionó Eloise Talaban en la rueda de prensa? ¿Es cierto que los testigos afirman que solo había dos atacantes?

—Ya conocen a la señorita Talaban y su afición por tergiversarlo todo. Es cierto que algunos testigos, los menos, testificaron lo que Talaban afirmó. Pero el resto testificó lo contrario. Era una situación de mucha tensión. Miren, entiendo su inquietud, cómo no voy a hacerlo. Es admirable la entereza con

la…

—No estamos aquí para dar lástima —le interrumpió Esmeralda Prendes—. Hemos venido porque querríamos que los medios traten la noticia con… Tiene que comprender que tenemos dos hijos más. Avril es la hermana gemela de… —Su voz se apagaba a cada palabra, terminando la frase en un susurro húmedo casi inaudible. Su exmarido la consolaba cariñoso, acariciando su hombro con mimo.

—Nos gustaría que no se difundieran las imágenes de Lucille —continuó Alexandre con la voz rota—. Para Avril esto ya está siendo suficientemente duro. No necesita que la reconozcan a cada a paso. Necesita continuar su vida con normalidad. Supongo que lo entenderá.

Así que era eso. Ojalá todas las cosas fueran tan fáciles.

—Por supuesto que lo entiendo. Es una petición de lo más razonable. No tienen por qué preocuparse. Hoy mismo me pondré en contacto con el Ministerio de Comunicación y Propaganda.

Esmeralda y Alexandre asintieron satisfechos.

Se levantaron y marcharon con paso cansino hacia la puerta.

—Ministro, por favor, encuentre a los culpables de la muerte de nuestra hija —dijo Esmeralda antes de abandonar el despacho.

Paul se irguió complacido y se dirigió hacía el ventanal desde el que se veían los jardines.

Bajo la escalinata del antiguo edificio de administración, ahora utilizado como prisión para condenados por delitos leves, unas treinta personas, periodistas en su mayoría, esperaban la salida del hijo de Elly Stellman.

En el momento en que su figura asomaba a través de las columnas, el kaizen de Paul lanzó un zumbido provocándole un suave cosquilleo en la nuca.

—Están poniendo en los medios la salida de Ovidiu —dijo Lenny Cole divertido—. ¿Tienes algo que ver?

—El padre ha debido mover sus hilos, y yo no soy uno de ellos. Por mí se pudriría en Tribeca.

—Que malo eres. Bueno, ¿qué querían?

—¿Sabes ya quién les concedió esta reunión?

—Nadie abre la boca, pero no hay que ser muy listo.

—¿Malakian?

—O Glotka.

—Me juego el brazo izquierdo a que ha sido Malakian.

—Yo me jugaría también el derecho.

Ambos rieron, aunque Paul maldecía para sus adentros. A veces deseaba que la vida fuera como la describían en Pandora: limitada, donde naces, creces, envejeces y finalmente mueres, sin posibilidad de variar tu suerte. Y eso en el caso de que la tuvieras. Las viejas generaciones abren paso a las nuevas y la gente como Serj Malakian desaparece. Paul no podía imaginar un mundo mejor, si no fuera porque esa mortalidad habría que aplicársela a él también. Maldita vida.

—¿Y bien? —preguntó Lenny.

—¿Y bien qué?

—¿Qué querían?

—Ah… Tengo que hablar con Dante para que no se difundan más las imágenes de Lucille. Por su hermana.

—¿Y por qué acuden a ti y no hablan con Luca directamente?

—No lo sé, la verdad. ¿Pero qué importa?

—Lo cierto es que me parece una petición razonable.

—Lo es.

—¿Y Talaban? Esa no callaría ni en Letargo.

—Hace tiempo que nos teníamos que haber ocupado de ella. De ella y de Rezendes.

—Hay que ver que poco democrático eres.

—Vete a la mierda. Sabes que tengo razón.

—Se necesita alguna voz crítica. Si no…

—Si no, ¿qué?

—Y yo qué sé. Pero se necesita alguna voz crítica.

—Vete a la mierda.

—Ja, ja, ja… razonable.

—Sin duda.

8

—Llevo dándole vueltas toda la noche —dijo Frey—, y creo que nunca me lo perdonaría. Por lo menos darte la oportunidad de elegir. ¡Joder!, al fin y al cabo… —Dejó la frase inacabada flotando en el aire—. Lo que te voy a pedir es demasiado arriesgado. Si quieres, coge esto y vete.

Extrajo la esfera de Lucille del bolsillo interno de su chaqueta y la posó sobre la palma de la mano.

Sykes observaba intrigado a Frey. Odiaba cuando se ponía serio, con ese tono solemne y cargado de petulancia paternalista.

—¿Así, sin más?

—Sin más.

—¿Cuál es el truco?

—No hay truco. Puedes coger la mierda esta y desaparecer.

—¿Hay mucho en juego?

Frey ladeó una sonrisa taimada. Sus colmillos saboreaban el sabor ferroso de la sangre flotando en el aire, nostálgico, satisfecho. A pesar de los años transcurridos, allí estaban otra vez. Como en los viejos tiempos. Los buenos tiempos.

—Ni te lo imaginas.

Sykes había conocido a muchos adictos. Y un adicto nunca deja de serlo. Nunca. No importa el tiempo transcurrido desde la última vez. Todo el que ha sido adicto guarda un pequeño demonio dormido dentro que despierta cada cierto tiempo para recordarle que eso no estaba tan mal, que una vez más es solo eso: una vez más. Y hay algunos que se dejan tentar, no tratan de cantarle una nana al demonio.

Sykes sopesaba las alternativas y todas le llevaban al mismo

lugar: recoger la esfera y desaparecer.

Pero el demonio ya se había despertado.

Y no recordaba ninguna nana.

Descendieron de la nave en el claro de un bosque cerca de una colina tupida de arbustos y hojas caídas.

El cielo plomizo lanzaba pequeñas ráfagas de lluvia que les hacía caminar con los párpados entornados mientras ascendían la colina. En la cima, apoyado sobre el capó de un viejo vehículo terrestre, esperaba un hombre vestido con un traje negro y con un ridículo sombrero de color turquesa cubriéndole la cabeza. Saludó con cortesía y abrió la puerta trasera invitándoles a pasar.

—Bienvenidos. Mi nombre es Zeta.

Su voz, suave y tiznada con un tono metalizado, y el murmullo producido por sus servomecanismos, lo delataban. A pesar de la Prohibición, estaba cubierto de piel sintética.

Tras un corto pero ajetreado viaje, llegaron a un claro donde se podía ver una vieja mansión de estilo victoriano. Una de las chimeneas escupía un humo negro que se diluía entre las nubes.

Aparcaron junto a una fuente con forma de pez demasiado erguido, antinatural, una flecha apuntando al cielo, como si el escultor no fuera más que un niño incapaz de apreciar el dinamismo de las cosas.

Recorrieron pasillos y salones hasta llegar a una enorme habitación abigarrada de muebles viejos y tapices enmohecidos coronada por una chimenea crepitante. Sentado en un sillón orejero frente a la chimenea descansaba un hombre reprogramado en unos cincuenta años con un libro sobre las rodillas. Vestía una bata de seda roja y fumaba una pipa calabash que impregnaba con su olor el aire recargado de la habitación. Sykes se sintió como el protagonista de una de esas viejas historias que Valentine les narraba cuando eran niños. Se preguntó si Frey tendría esa misma sensación.

—Bienvenidos, caballeros. Puedes irte Zeta, muchas gracias,

querido —dijo el anfitrión posando el libro sobre la repisa de la chimenea.

—Soy Rutger Van Olsen, pero debéis llamarme señor Rutger Van Olsen —saludó con un ferviente apretón de manos a cada uno y volvió a sentarse en el sofá con la pipa sostenida entre sus dientes resplandecientes.

Frey sonrió extrañado y se acarició la cabeza con ambas manos para comprobar que la lluvia no le había estropeado el peinado. Sykes observaba las fotografías que descansaban sobre una consola de madera. Mostraban a un señor Rutger Van Olsen más joven y con una pose mucho más amable, nada que ver con el hombre adusto y estirado de su anfitrión, en todas ellas acompañado de una hermosa mujer de mirada triste y un jovencito alegre y sonriente cuyo parecido con ella no dejaba lugar a interpretaciones.

—Bonita casa, señor Rutger Van Olsen. ¡Joder que si es bonita! ¡Hostia puta! Menuda clase. Como ya debe saber, yo soy Frey y me debe llamar Frey. En cuanto a mis acompañantes, no encuentro necesario mencionar sus nombres, así que a este de aquí atrás le llamaremos Gorila y a este Mula. Llámelos Romeo y Julieta si le resulta más cómodo.

—Encantando, caballeros. Si me permite el atrevimiento, señor Frey, le rogaría que no utilice un vocabulario tan soez en esta casa. La ironía también se la puede guardar para otra ocasión. Muchas gracias.

Frey sonrió indeciso.

—Eso va a estar jodido, señor Rutger Van Olsen. Lo de mi boca sucia, digo. Es una enfermedad, ¿sabe? Creo que se llama hablo como me sale de los cojones o algo así. Lo de la ironía, vamos viéndolo.

Ambos permanecieron quedos, observándose con inquina mal disimulada.

—No estamos aquí para aprender buenos modales, señor Rutger Van Olsen —dijo Frey con voz apaciguadora.

—De acuerdo, señor Frey. Entiendo que no ha venido usted a soportar mis manías. De todas formas, ¿me permite recomendarle que trate esa enfermedad lo más raudo que usted pueda? —se levantó invitando con un elegante ademán que lo acompañaran—. Como degenere va usted a acabar rebuznando.

Descendieron por unas angostas escaleras de piedra que acababan en una sala sin más mobiliario que una enorme mesa de ébano donde descansaban siete maletines isotérmicos de metal.

Frey soltó una sonora risotada. Aplaudía y se frotaba las manos con actitud ladina.

Sykes comenzó a sentir una tenaza oprimiendo su garganta. Un tembleque imperceptible pero incontrolable se apoderó de sus manos.

Maldijo al demonio.

—Le juro que intento evitarlo, pero ¡hostia puta!, con esto podría usted comprarse varios palacetes como este. Que digo varios palacetes, la puta Ciudadela con todos los putos ciudadanos dentro.

Rutger Van Olsen sonrió contenido.

—Necesito librarme de ellos, señor Frey. Entenderá lo desasosegado que me siento con semejante mercancía en mi hogar. A pesar de su lenguaje, es usted una persona muy recomendada.

—Es comprensible su desasosiego. Yo estaría temblando, ¿le importa? —preguntó extrayendo un cigarrillo sin esperar respuesta. Ofreció uno a Sykes y otro a Miles—. No quiero saber como coño lo ha conseguido —volvió a frotarse las manos, esta vez con más virulencia. El cigarrillo bailaba entre sus dientes—. De acuerdo. Hablemos de las condiciones. Setenta, treinta. Es el contrato estándar.

—Sí. Y no estoy de acuerdo, señor Frey. He mantenido esto aquí desde hace demasiado tiempo. Imaginará el estrés que eso me ha provocado. Cincuenta, cincuenta me parece mucho más equitativo.

—Nos ha jodido si es más equitativo. Pero no, señor Rutger… ¿De verdad tengo que repetir su nombre entero otra puta vez?, vamos no me joda.

—Lo siento, señor Frey. En eso soy inflexible.

—De acuerdo. No me entretenga. A lo que vamos. Dudo que nadie se atreva a mover esto y el que se atreva será un mercachifle de medio pelo. Si ha acudido a mí es porque nadie mejor que yo para tareas de esta envergadura. Sesenta, cuarenta.

—Puedo aceptar cuarenta y cinco para mí.

Frey reflexionaba observando los maletines con destellos de codicia manchando sus ojos.

—De acuerdo. ¡Qué coño! Aquí está mi retiro y si te portas bien el tuyo también, Gorila. ¡Hostia puta! Hasta si te portas mal —reía y palmeaba con fuerza el hombro de Miles.

El amago de sonrisa de Miles produjo un amago de arcada en Sykes. Las tenazas se habían cerrado por completo. Su corazón bombeaba con fuerza, retumbando en sus sienes, produciéndole un mareo débil pero insoportable. Buscaba al demonio para asfixiarlo con sus propias manos.

Rutger Van Olsen abrió uno de los maletines. Una neblina escarchada se difuminó sobre la mesa. Sykes se sintió desfallecer mientras miraba palpitar un prostético orgánico envasado en una bolsa de plástico. Era un kaizen grande y alargado con un conector en forma de halo para el cerebro en un extremo y varios conectores para la columna vertebral.

—Hay seis más como este. Los XT-7000. Una fortuna cada uno —dijo apartando hacia un lado los otros maletines—. Aquí —abrió el último maletín—, tenemos catorce ojos. Modelo UVS-300. Los mejores del mercado. Fabricados en los laboratorios de investigaciones avanzadas de la universidad de Tot.

Frey reía y bailaba y daba vueltas sobre sí mismo. Tiró el cigarrillo al suelo en un gesto que no pasó desapercibido para Rutger Van Olsen y encendió otro entre carcajadas.

—De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo. Vamos a

tranquilizarnos. Lo primero es llevar esto a la nave.

—Zeta se ocupará, señor Frey, pero me gustaría saber cómo va usted a vender esto.

—Eso es problema mío, señor Rutger Van Olsen. No tiene que preocuparse usted de nada.

—¿Y cómo me aseguro de que no estoy siendo engañado?

—Como ya ha podido apreciar, tengo una puta boca malhablada como pocas. Pues esta boca también tiene palabra. Y se tendrá que conformar con ella.

—Entenderá que…

—Mire —dijo Frey cortante—, si quisiera le pegaría un puto tiro en esa cabecita que tiene aquí y ahora. ¿Qué o quién me lo impide? Pero así no se hacen negocios. Si matara o traicionara a cada nuevo jodido socio, nadie querría ser mi nuevo jodido socio. Una vez realizada la venta, nos reuniremos de nuevo y recibirá su dinero. Mientras tanto, no quiero volver a verle. Y ahora, si nos permite, debemos irnos. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

Aterrizaron en las faldas de un pequeño cerro. Allí, resguardada por dos preciosos sauces llorones, se escondía una vieja cabaña de madera. Las raíces de los sauces hendían el suelo hasta alcanzar una pequeña alberca rodeada de plantas salvajes donde se podía ver a las ranas saltar entre los nenúfares. Olía a musgo fresco y a agua de lluvia recogida.

Frey lanzó una mirada imperativa a Miles que asintió y desapareció detrás de la nave.

Dentro de la cabaña, invitó a Sykes a sentarse en el sofá y cogió una botella de vodka y dos vasos de un estante sobre los fuegos de la cocina. Se sentó frente a Sykes, llenó los dos vasos y los bebieron de un trago.

—Estás pálido.

—¿De dónde han salido esos prostéticos, Frey? —dijo Sykes con voz agitada. Frey sacó dos cigarrillos. Prendió primero uno que puso en los labios temblorosos de Sykes.

—Sé que te gustaría que te dijera que no es lo que piensas, pero joder, es que sí es lo que piensas. Qué putada, ¿no? Pero no dudes que está todo bien planeado. Hasta el más mínimo detalle. Si todo sale bien, que saldrá, serás un hombre jodidamente rico.

—Pero ¿cómo quieres vender eso? Les seguirán el rastro con facilidad. Y si nos cogen nos acusarán de los asesinatos.

—Está todo planeado al milímetro. Solo me faltaba alguien competente en el que pudiera confiar. Llevaba meses buscando. Y mira tú por dónde, que no tenía que buscar a nadie.

—¿Tuviste algo que ver?

—¿De verdad crees que iba a joderme la vida de esa forma? Para que me jodan la vida ya tengo amigos como tú.

—Y Rutger, ¿crees que podría haber sido él?

—Señor Rutger Van Olsen, Sykes, por favor. Ten más educación —dijo con irónica pomposidad—. No se metería en esa mierda. Es un profesional. Un traficante que comercia con cualquier cosa que le pase por las manos. Y lo que ahora ha pasado por sus manos es mi puto billete al paraíso. Lo cierto es que ya he hecho tratos más de una vez con él, aunque él no tenga ni puta idea de que los estaba haciendo conmigo. Es un tipo serio. Da gusto trabajar con gente así.

—¿Cómo se hizo con esos implantes entonces?

—Esa gente tiene ratas por todas partes hurgando en las cloacas. Ratas en los suburbios, ratas en la Ciudadela, ratas hasta debajo de la puta almohada. ¿Sabes lo que creo sobre el puto caso? Esos chavales se metieron con quien no debían, los mataron y los dejaron tirados por ahí como a colillas. Algún indigente vería esos ojos mientras registraba alguno de los cadáveres y llamó a alguien que llamó a alguien que se encargó de robarles los putos implantes. Lanzaron los cuerpos en Ciudad Vertedero, pero los dejaron a la vista para que los descubrieran y alguien lanzara sus ratas preguntando por los prostéticos de los chavales.

—¿Y cómo llegaron a ti?

—Pues me recomendaron o es que no escuchaste al puto conde

de *van* mierda. La verdad es que cuando aparecieron los cuerpos lancé mis ratas y esperé paciente. Y la paciencia trajo el puto premio. Rutger Van Olsen sabe cómo hacer las cosas. Hay que reconocer que ha jugado con mucha cautela. Aunque ya sabes lo que dicen: nunca es suficiente.

9

Esa noche durmió poco.

Malos sueños.

Malas sensaciones.

Recordaba el caso de los Siete. ¿Cómo no iba a hacerlo? Todo cambió a raíz de aquello. Más seguridad, más controles, menos libertad y más problemas para Frey y para él. Y para cualquier subciudadano. Pero sobre todo para la gente como Frey y como él.

Siete jóvenes patricios que todavía no habían terminado sus estudios superiores en Tot, desaparecidos en lo que parecía una travesura más de unos niñatos malcriados. Pero el tiempo pasaba y los chavales no aparecían. Dos meses después los cuerpos aparecían en Ciudad Vertedero, expropiados de sus kaizens y de sus sistemas ópticos.

El caso no habría sido excesivamente relevante si no fuera por el ataque producido al almacén de almas días antes. Las primeras muertes de un ciudadano en doscientos años. Quizá más. Algo difícil de digerir para los allegados. Y para el resto de la Ciudadela. Tiempos difíciles en los suburbios. Las consecuencias eran apreciables todavía.

El día que aparecieron los cuerpos estaba con Frey en la cantina de Sasa, borrachos como si no existiera un mañana y no quisieran recordar el ayer. Celebraban una transacción. Exitosa, por supuesto, y sin duda ostentosa. Dinero para retirarse una buena temporada. Maldita codicia. Podían haber parado. Descansar. Pero no lo hicieron y lo pagaron caro. La avaricia rompe… Una traición. Una huida. Frey acabó en prisión unos años. No había más cargos contra él que la cercanía con Sykes. Eso le libró de Letargo. O de

Tribeca. Sykes logró huir a otro cuadrante. Cuando regresó, demasiadas cosas habían cambiado. Pero eso fue después. Mucho después.

Ese día en los holoreproductores no hablaban de otra cosa. La borrachera huyó cobarde a medida que escuchaban la noticia. Nunca el silencio había sido tan denso en la cantina. La propia Sasa escuchaba erguida con la boca abierta. Todos sabían que llegaban tiempos difíciles.

Se dejaron de fabricar los prostéticos que fueron robados para tratar de localizarlos con mayor facilidad, lo que por supuesto, disparaba su precio en el mercado negro. A veces se preguntaba si tanta ineptitud era de nacimiento o se necesitaba algún tipo de estudio avanzado.

¿Cómo podría pensar que volverían a aparecer? Ni siquiera se acordaba de ellos. Miró por la pequeña ventana de la habitación. Allí, a escasos metros, descansaban los prostéticos esperando a ser vendidos.

10

Eloise Talaban miraba por la ventana con los pensamientos perdidos en el aguacero que caía sobre la Ciudad de la Información. Según las últimas notificaciones de la Acrópolis la lluvia preprogramada continuaría hasta la mañana siguiente. Por ella podía llover hasta que se ahogara la humanidad. Asomando entre los edificios se apreciaba parte del rótulo holográfico del *Subnews* , su antiguo trabajo antes de que Sophie la despidiera. Apenas dos meses después, Sophie fue contratada como asesora del ministro de Propaganda y Comunicación mientras Eloise se convertía en una molestia intrascendente con ganas de volver al pequeño planeta en el que nació y del que nunca debió salir.

Mike Rezendes se dejó caer sobre la silla al otro lado del escritorio.

—Ha aparecido otro —dijo con ese tono nihilista y divertido con el que siempre hablaba.

Eloise se giró cansada hacia el hombre que la contrató cuando nadie más se atrevía siquiera a mirarla. «Las represalias no me importan mucho», le explicó una noche de borrachera, «tengo toda una eternidad para resarcirme.»

—Que se encargue otro —dijo con un tono más brusco del que le hubiera gustado.

Mike inclinó la cabeza sin dejar de mirarla y sin dejar de sonreír.

—Lo siento, Mike.

Mike sacó un par de cigarrillos del bolsillo de su camisa y le ofreció uno a Eloise.

—Ya sabes que no fumo.

—Deberías.

—Es asqueroso.

Mike encendió el cigarrillo encogiéndose de hombros.

—¿Estás segura de que quieres encargarte de esto? Se lo puedo dar a otro.

—Estoy segura. Y si no, no haberme enviado a la cantina ni a la rueda de prensa.

—No tenía a nadie más.

—Estoy segura, Mike.

—Sé que no me vas a hacer caso, pero yo dejaría al ministro en paz. Las venganzas nunca me han parecido provechosas.

—¿Te amenazaron?

—Me sobornaron.

—¿Lo aceptaste?

No pudo evitarlo. Aunque sabía que Mike nunca aceptaría, necesitaba descargar su frustración sobre alguien.

Mike sonrió y exhaló el humo en su dirección. Eloise tosió irritada y con ganas de saltar sobre el cuello de Mike, pero aceptó el castigo resignada.

—Ni es una venganza ni me importa una mierda ese niñato.

—Está bien. Le daré El Mutilador a otro. ¿No sientes ni siquiera un poco de curiosidad?

—Imagino que otro muerto, si no, no estarías tan tranquilo.

Mike estableció una conexión con la mesa.

—Siempre se te ha dado bien eso de poner nombres.

Eloise no necesitó mirar las imágenes para saber lo que mostraban. Sangre y carne. Dolor. Muerte. El trabajo bien hecho de alguien cuyo talento es producir sufrimiento.

«Joder», murmulló Mike antes de cerrar la conexión y levantarse.

—¿Alguna idea de por dónde vas a empezar? —dijo mientras se alejaba.

Eloise no respondió. Vio a Mike desaparecer tras la puerta de su despacho y se levantó cansada. Miró el reloj atómico de la pared y

recogió sus cosas. Faltaban dos horas para el vuelo.

11

El día anterior subió al deslizador a esa misma hora, observando a los pasajeros, estudiando las estaciones.

Habían transcurrido tres días. Tres días sin testigos. Tres días sin información. Esa mañana el ministro Teltet se había mostrado especialmente desagradable, insistiendo en la importancia de la captura del atacante que se encontraba con Lucille Rivas. De los otros dos atacantes no hizo mención alguna, algo del todo extraño si no viniera de un ministro, pero hacía tiempo que había decidido obedecer sin realizar preguntas. Así era más sencillo todo.

La placa magnética comenzó a emitir un murmullo a medida que se acercaba el deslizador. Sebastian miró el reloj de la estación. Las siete y cuarto.

Al subir le golpeó una pestilencia ácida. Alguien había vomitado en uno de los asientos, lo que explicaba por qué el vagón estaba vacío. Desactivó sus prostéticos olfativos mirando hacia los vagones de ambos lados. Uno estaba ocupado por un grupo de jóvenes ebrios que reían mientras uno de ellos narraba una historia. El otro vagón, por la misma mujer del día anterior. Dos días consecutivos a la misma hora.

Se sentó frente a ella y encendió un cigarrillo lanzando el humo en su dirección, pero ella parecía no percatarse. La observó con curiosidad. Treinta y tantos años muy mal llevados. Gruesa y con un pelo ralo con visos de desaparecer más temprano que tarde. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás mientras realizaba algún tipo de plegaria apretando con fuerza un rosario entre sus manos hinchadas.

—Perdone —dijo con voz ronca. El humo en el vagón se le

clavaba en los ojos como finas agujas incandescentes.

La señora continuaba con su vaivén y su murmullo mudo.

Nunca podría comprender tanta devoción por algo intangible. Bastantes problemas había ya en el mundo real.

—Perdone, señora —dijo subiendo el tono.

Esta vez la señora detuvo el balanceo, aunque continuaba moviendo los labios y mantenía los ojos cerrados con fuerza, como si fuera a convertirse en piedra si los abría.

Sebastian se inclinó hacia ella y le tocó el hombro. Fue un contacto suave, pero ella reaccionó como si le hubieran vertido metal fundido sobre el torso. Abrió los ojos asustada. Tenía una mirada difusa, fanática, la mirada de una persona que observa a los demás como animales sin civilizar, como almas errantes sin posibilidad de redención. Sus ojos no refulgían con el brillo típico de las reprogramaciones. Una *pura* . Sebastian no esperaba otra cosa.

Ambos se mantuvieron en silencio unos segundos, observándose como quien tantea a un enemigo antes del combate. Sacó otro cigarrillo y se lo posó en los labios resecos. Le ofreció uno a ella por mera cortesía.

—El demonio guía al hombre hacía su mundo de vicios y excesos. Usted ya tendrá su sitio aguardándole junto a él.

Su voz era como su mirada: desagradable, lacrimosa, demasiado estridente. Histérica.

Sebastian la observaba divertido. Que una señora de esa magnitud hablara de excesos resultaba patético. Se ahorró el comentario, por supuesto.

—Soy el agente ministerial Bruc —dijo mostrándole su identificación—. Estoy investigando el ataque producido hace tres noches. Supongo que habrá oído hablar sobre ello.

La mujer miraba absorta, como si no hubiera nadie frente a ella. Sus labios retomaron el murmullo y su cuerpo el balanceo. Antes de que cerrara los ojos de nuevo, Sebastian soltó un bufido impaciente.

—Mire, señora, creo que estoy siendo educado. Si usted prefiere, hay un consulado ministerial aquí cerca. No tengo ningún problema en continuar allí nuestra conversación.

La mujer, resignada y con la mirada cargada de rencor, introdujo el rosario en el bolsillo del abrigo. Mantuvo su mano allí, como si temiera ganar un sitio en el infierno junto a él. El párpado de su ojo izquierdo comenzó a temblar y sus labios se curvaron hacia abajo. Parecía que se iba a echar a llorar.

—No sé como puedo ayudarle —escupió entre sus dientes amarillentos.

—Mire señora, no quiero molestarla más de lo necesario. Podemos terminar tan rápido como usted desee.

Dejó macerar sus palabras. Sabía que en la Ciudadela le tildaban de piadoso con los subciudadanos, pero no le molestaba. Para él era algo práctico. Más sencillo. El miedo se lo dejaba a otros. De la tortura prefería ni hablar. La mujer movía nerviosa la mano dentro del bolsillo. Sus ojos correteaban de Sebastian al techo del vagón.

—Creemos que los tres atacantes huyeron utilizando este medio de transporte —dijo tratando de creérselo él mismo. Nunca fue un buen mentiroso—, y por la hora a la que se produjo el ataque, este es el deslizador que debieron tomar.

—Solo uno.

—¿Solo uno?

—Solo uno subió ese día.

—¿Pudo verlo?

—No.

—Si no le vio, ¿cómo sabe que subió un hombre al vagón?

—Por sus pasos. Y por su respiración entrecortada.

—¿Y por casualidad no sabrá en qué estación descendió?

—Siete paradas antes de la mía —dijo afirmando con la cabeza compulsivamente. Su voz era un chillido ansioso.

—¿Y esa es?

—No lo sé —dijo con un lamento histérico.

—Dígame cuál es su parada.

12

La delegada de Sejmet terminó su locución con tono impostado. Lo cierto es que todo su alegato había sonado sobreactuado, incluso aburrido, la repetición de unos argumentos que el tiempo había convertido en certezas. El ministro Teltet masticaba las indigestas palabras que acababa de escuchar. El odio, nacido como un pequeño punto en el fondo del estómago, comenzaba a emponzoñar todo su cuerpo. Miró hacia la esquina de la mesa. Lenny jugueteaba con la madera arañando el barniz desgastado con sus enormes dedos. Después hacía bolitas con los restos que le quedaban entre las uñas y las tiraba al suelo. Tenía la cabeza gacha y la mandíbula apretada. Casi se podía escuchar el rechinar de sus dientes desde su sitio. El resto de ministros observaban a la delegada con sonrisas forzadas. Parecían esperar que dijera que nada de lo dicho hasta ese momento fuera cierto.

Pero es que era cierto.

La ministra de Asuntos Interplanetarios, Naira Sven, comenzó a hablar con tono contenido, casi cordial, pero la delegada la cortó con voz cansada.

—Llevamos demasiado tiempo con esto. Sejmet no esperará más. —Se levantó ante la incrédula mirada de los ministros. El resto de la delegación se levantó a su espalda—. Con su permiso, el pliegue se cerrará en una hora —dijo colocándose una túnica reflectante gris sobre los hombros y un sombrero de pico sobre la cabeza.

El silencio se adueñó de la sala cuando la delegación desapareció tras las puertas. Paul tan solo escuchaba su corazón golpear contra el pecho. Quería gritar. Levantarse y correr tras la

delegada, agarrar su impertinente y estúpida cabeza coronada con ese estúpido sombrero y golpearla contra el suelo hasta que no fuera más que un charco correoso de sesos hediondos. El resto de ministros mantenían la mirada al frente, como si la delegada continuara allí. Nadie se atrevía a mover la mirada. Nadie se atrevía a romper el silencio. Fue la ministra Sven la primera en levantarse, con la respiración agitada y los ojos enrojecidos y abiertos como si le hubieran cortado los párpados.

—¿Vamos a consentir esto? —dijo con un hilo de voz.

Nadie respondió.

La ministra golpeó la mesa con un manotazo seco y fuerte que hizo retumbar las paredes.

—¡¿Nadie va a decir nada?!

—No podemos atacar a una delegación, Naira —dijo con tono apaciguador Pierrete Kasowitz, ministra de Minería y Recursos Naturales.

Sven se giró despacio hacia Kasowitz. El labio le temblaba. Los ojos querían saltar de sus cuencas. Las palabras, presas por la rabia, por la desesperación, eran incapaces de abandonar su garganta atorada.

—Tenemos que acelerar los preparativos.

La frase del ministro de Defensa, Ray Toole, permaneció suspendida en el aire, incómoda, lacerante. La verdad siempre resultaba dolorosa. Y ese día estaba siendo un baño opulento de realidad. Solo se escuchaba la respiración entrecortada de la ministra Sven, todavía de pie y con la mirada perdida en el suelo. Uno a uno, el resto de ministros fueron poniéndose en pie.

—¿Ha habido progresos en los estudios con el tribium? —preguntó Kasowitz.

—No, y no creo que los haya. No tenemos tiempo —dijo Magga Bracco, ministra de Cultura, Ciencia y Educación—. Aun así, estamos ampliando la plantilla en Tot.

—¿Cómo está la investigación, Paul? —preguntó Ray Toole.

—No hay muchos avances.

—Han pasado ya tres días —dijo la ministra Tricia Kovacs—. La agente Stein…

—La agente Stein se niega a colaborar en la investigación, Tricia. Si quieres, puedes ponerte en contacto con ella.

Tricia Kovacs no sostuvo la mirada enloquecida de Paul. Sabía que era una batalla perdida.

—¿Cuándo estará todo listo? —preguntó Lenny Cole.

—Tres o cuatro meses, todavía —respondió Ray Toole.

—Quizá podemos adelantarlo —dijo Paul apartando la mirada de Tricia Kovacs—. La agente Aam está haciendo un gran trabajo. Pronto comenzará la fase final.

—¿Se ha terminado el trabajo en Ciudad Sumergida? —preguntó Pierrete.

Paul negó con la cabeza.

—Aún no. La agente Aam ha informado que necesita unas semanas más. Es un trabajo laborioso y lento. Perforar el suelo allí abajo es peligroso. Se necesita apuntalar cada pocos centímetros.

—Nunca se tenía que haber permitido su independencia —susurró la ministra de Economía Tessy Lewis.

Varias cabezas afirmaron reflexivas. Paul refrenó sus palabras. Era cierto, nunca se debieron haber firmado los tratados de Independencia de las Colonias, pero había transcurrido demasiado tiempo. Tiempos lejanos, tiempos tan solo recordados en los libros de historia. Y ahora también por la ministra Lewis.

—Tal vez no haga falta detener al hombre que estaba con la patricia. Quizá no vuelva a aparecer.

—O esté muerto —intervino Naira Sven con la voz más tranquila.

—No podemos arriesgarnos —dijo Tessy Lewis.

—La investigación continuará —dijo Paul.

De nuevo el silencio se apoderó de la sala.

—Creo que podemos dejarlo aquí —dijo Ray Toole.

—Estoy de acuerdo —dijo un ministro al fondo.

Paul escondió una sonrisa irritada fingiendo rascarse la mejilla.

El partido comenzaría en apenas dos horas. ¿Y qué hay más importante que un partido? ¿Qué importancia tenía lo que acababa de escucharse en esa sala habiendo partido?

La sala se vaciaba entre los ecos de los pasos y las conversaciones susurradas de los ministros.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó Lenny a su lado.

—Temis ha traído a un grupo de Baco. Creo que son bastante buenos.

—Me parece bien.

—¿Cenamos juntos?

—Quiero llevar a los niños al partido.

—No entiendo como te puede gustar eso.

—No sé. Quizá ser el mejor jugador en la universidad ayude. Lo raro sería que a ti te gustara con lo malo que eras.

Paul rio resignado sintiendo la misma vergüenza infantil que le embargaba cuando era un niño y nadie lo quería en su equipo.

13

La población había aumentado desde la última vez. Cientos. Quizá miles. Era imposible determinarlo. Sin embargo, el barrio no podía expandirse más debido a los barrancos de la antigua planta de reciclaje, hoy en día alfombrados de residuos, lo que lo convertía en uno de los puntos con mayor densidad de población de los suburbios. Un lugar insoportable.

Era difícil orientarse, pero el edificio donde vivía el Rey destacaba sobre los demás, por lo que Sebastian solo tenía que seguir las chimeneas que coronaban el único edificio de ladrillo del Barrio de los Cartones. Sebastian reconoció a uno de los guardias, un antiguo informante que creía ya muerto. Se pasaba una vieja pipa oxidada con otro hombre. El humo, negro como la noche y espeso como el Grumo, llegaba a bocanadas empujado por el aire viciado que recorría las calles.

—Agente Bruc, hacía tiempo que no le veía —dijo el hombre con voz pausada y aliento pastoso cuando vio a Sebastian aproximarse.

—Te creía muerto, Troba. Me alegra ver que estaba equivocado —dijo Sebastian. Troba se limitó a levantar los hombros y soltar una pequeña carcajada que asemejaba el graznido de un cuervo estrangulado.

—No tendrás un poco de…

—Necesito ver al Rey. Y no, no tengo nada.

Troba miró hacia su compañero, pero este dormía plácidamente emitiendo un ligero gruñido con cada respiración.

—No sé si ahora está disponible.

—Vamos, Troba. No tengo tiempo para jueguecitos.

—¿Seguro que no tienes nada?

Sebastian se llevó la mano al bolsillo de la gabardina y extrajo un pequeño cilindro dorado.

—Mmmmm… ¿Resina? Últimamente no es fácil de encontrar. Como se nota que tiene usted contactos.

—Primero quiero ver al Rey. Después te daré esto.

Troba señaló hacia Sebastián moviendo su dedo índice con una sonrisa ufana y los ojos nublados.

—Siempre fue usted un tipo listo, agente. Espere aquí —dijo antes de desaparecer en el interior del edificio.

Sebastian sabía que no era un paradigma de vida sana. Su cuerpo hacía años que mostraba achaques desaparecidos hacía demasiado tiempo: sudoración excesiva, acné, sobrepeso y un largo etcétera que ni siquiera las reprogramaciones eran capaces de aliviar durante excesivo tiempo. Todo ello adquirido con implacable y placentero esfuerzo. Pero el estado en el que se encontraba el Rey era deplorable. Una masa informe de carne sin apenas capacidad de movimiento. Descansaba su enorme cuerpo sobre un enorme sofá que se mantenía de una pieza a duras penas mientras veía una película en un holoreproductor de última generación.

Dos de sus matones le custodiaban apoyados en la pared del fondo. «Sangre fresca», pensó Sebastian. «Demasiado fornidos. Y demasiado cuerdos.»

Los ojos del Rey eran dos puntos grisáceos y enrojecidos que estudiaban su entorno con aparente indiferencia. Mostró sus dientes ennegrecidos en una terrible sonrisa que sería la pesadilla de cualquier niño.

—¿A qué debemos tan ilustre visita? —dijo el Rey. Su voz emergía con exhalaciones asmáticas.

—Te veo bien, Rey.

—Deja de decir gilipolleces y dime a qué has venido.

—Supongo que habrás oído lo del ataque en la cantina de Sasa.

El Rey se limitó a soltar un bufido impaciente.

—Uno de los atacantes escapó en el deslizador y tengo serias sospechas de que se bajó en el barrio.

—¿Sospechas?

—Un testigo afirma que lo vio bajar aquí.

—¿Del barrio?

—No. Una pasajera de la línea siete.

El Rey observaba a Sebastian. Analizaba la situación. No colaborar solo traería problemas. Más agentes. Y no todos eran como Sebastian. De hecho, ninguno era como Sebastian.

—Que venga Troba.

Uno de los matones salió de la sala y regresó al poco tiempo junto a Troba, que caminaba con paso vacilante. Se aproximó al Rey bajando su cabeza hasta situar la oreja a la altura de la boca. Después se giró hacia Sebastian con una extraña mueca producida por la reciente inhalación de blacktrip.

—Troba le acompañará mientras esté en el barrio. Cualquier cosa que necesite, pídasela a él. Y agente, agradezco su visita, pero espero no verle en una larga temporada.

Sebastian asintió. Entendía que su intromisión no fuera bienvenida, pero esa actitud venida de un seboso como el Rey le cabreaba. Mafiosillo de medio pelo, un tuerto entre los ciegos. Un don nadie con ínfulas. El maldito Rey de los Cartones.

Lástima que no tuviera tiempo para realizar un registro a fondo del edificio.

—Gracias, Rey —dijo utilizando la mejor de sus sonrisas.

El Rey se despidió con un vago ademán de la mano, como si espantara una mosca molesta.

Lástima. Maldito tiempo.

Troba mantenía sus dotes de chivato profesional. Se movía con soltura, hablando con unos y con otros, siempre lanzando las preguntas correctas.

El Barrio de los Cartones era un lugar concurrido, con gente que iba y venía, muchos de ellos quedándose hasta que una

sobredosis ponía fin a una existencia sin demasiadas ambiciones. Pero los nuevos rostros difícilmente escapaban al escrutinio de los más veteranos del barrio. Y eso a pesar de que la mayoría se mantenían en pie a duras penas.

Un hombre desgastado al que Sebastian no le daba más de dos semanas de vida, se acercó a Troba y le habló en un murmullo mientras señalaba hacia algún punto más allá de Sebastian. Troba asentía y preguntaba. Hablaban demasiado bajo como para que Sebastian escuchara nada. Después Troba se giró y se dirigió con actitud de experto comercial hacia Sebastian.

—¿Solo tienes esa resina?

Sebastian le estudiaba comedido.

—¿Y si te digo que no?

—Pues entonces mejor para los dos —dijo soltando una carcajada mientras estiraba la palma de la mano.

Sebastian posó el cilindro en la mano de Troba y este se lo mostró al hombre, que se lanzó desesperado hacia él.

Continuaron la marcha hasta llegar al centro de una pequeña plaza, aunque para Sebastian denominar plaza a ese mínimo espacio libre de chatarra resultaba una burla.

—¿Qué buscamos? —preguntó Sebastian.

—A quién, no qué.

—De acuerdo. Entonces, ¿a quién buscamos?

Troba lanzó una mirada incisiva a Sebastian.

—De acuerdo. Ya me callo —dijo levantando las manos con gesto apaciguador.

Troba comenzó a caminar sin aparente conocimiento de a dónde se dirigía, parándose cada pocos pasos para preguntar por un nombre. Finalmente, una mujer con los ojos en blanco y un hilillo de saliva colgado de sus labios ennegrecidos, señaló hacia un conjunto de casas que se mantenían en pie por alguna extraña falla de la fuerza de la gravedad.

Troba entró en una de las chabolas y, transcurrido un tiempo en el que los gritos de Troba destacaban sobre los de sus

interlocutores, salió sosteniendo una máscara optolectrónica que entregó a Sebastian con sonrisa complacida.

Varios de los diodos que lo componían estaban dañados con lo que parecían mordiscos de rata.

—Lo recogieron hace un par de días. Lo tiró un hombre antes de abandonar el barrio. Al parecer llegó el día antes. El día del ataque.

Sebastian lo observó complacido antes de devolvérselo a Troba.

—Póntelo.

—¿Y cómo diablos se pone esto?

Sebastian le ayudó a colocárselo. Después presionó el botón de encendido y observó el nuevo rostro de Troba. La máscara funcionaba perfectamente.

—¿Estoy guapo?

—Monísimo. Quítatelo —dijo después de almacenar una imagen del rostro en su sistema.

—¿Puedo quedármelo?

Sebastian negó con la cabeza.

—Puede ser una prueba —dijo extrayendo tres cilindros de resina que ofreció a un más que satisfecho Troba.

—Siempre es un placer trabajar con usted.

—Cuídate, Troba.

—Lo haré, agente. Lo haré.

14

Sykes caminaba con una mochila a la espalda y las botas cubiertas de excrementos.

Llegó a una de las estaciones de Neo Hong Kong en un viejo deslizador de mercancías mezclado entre los trabajadores. Una vez en pista, les preguntó a unos transportistas si podrían acercarle a la ciudad. Los hombres, uno desdentado más mayor y el otro apenas un niño con una gorra que envolvía una cabeza desproporcionada, asentían entre carcajadas mientras señalaban con sus manos sucias la parte trasera de la camioneta. No tardó en comprender el motivo de las carcajadas de sus anfitriones: acababan de transportar libélulas de Dríade enjauladas y el suelo apestoso se encontraba cubierto de heces todavía frescas.

Ahora, terriblemente incómodo con el ligero chapoteo de sus botas, buscaba una tienda de calzado donde poder comprar otras.

Llegó al hostal pasadas las once de la noche con unas relucientes y nuevas botas libres de excrementos. El hostal lo regía un hombre de malos modales que no dejaba de llevarse la mano de la nariz a la camiseta sin mangas añadiendo nuevos manchurrones amarillentos. La habitación era un antro oscuro y estrecho, pero curiosamente olía bien. Y olía bien porque estaba limpia.

Despertó temprano, pagó al hombre por la estancia y se fue sin despedirse. El Grumo, como siempre en esas latitudes, era un techo oscuro que apenas dejaba pasar los rayos del sol.

Las calles estaban ya rebosantes de gente gritando, vehículos tocando el claxon y hologramas en las tiendas anunciando sus productos. Comió unos fideos con pollo en un puesto de la calle y

se dirigió al punto de encuentro.

Accedió a la ruta almacenada en el kaizen y se dirigió al templo que indicaba como punto de destino. Al llegar al templo lo rodeó por su lateral derecho, se metió en la callejuela y llamó tres veces en la tercera puerta.

Abrió un hombre gordo y calvo con los ojos tan rasgados que parecían estar cerrados. Hablaba en un tono alto e irreverente mientras movía la cabeza con ademán hostil. Sykes se limitó a entregarle un papel que extrajo de un bolsillo de la cazadora. El hombre lo leyó y le invitó a pasar sin abandonar sus gestos agresivos.

Aunque todavía era temprano, el griterío de los jugadores se escuchaba con fuerza mientras recorrían el pasillo. Atravesaron la sala que hacía las funciones de casino y bajaron por unas escaleras que se encontraban detrás de unas enormes cortinas rojas. Mientras bajaban, el olor dulzón y espeso del humo emergía despacio pero implacable a través de los resquicios de la puerta del fondo. Al atravesarla necesitó cubrirse la nariz y la boca con el brazo. Decenas de hombres y mujeres, algunos sentados, aunque la mayoría tumbados sobre estrechos camastros, aspiraban de manera incesante de los tubos que salían de las pipas de opio. Cuando salieron de la habitación por el otro lado, Sykes estaba casi ciego, con los ojos irritados e hinchados.

Llegaron a una pequeña habitación con una mesa y dos sillas de madera. Su guía se giró y desapareció sin despedirse. Sykes esperó sentado en una de las sillas hasta que un oriental espigado con una larga trenza y un largo y fino bigote apareció con una caja de metal que agarraba por el asa que la coronaba.

—Buenos días, señor Sykes —dijo con tono jovial—. Frey ya lo ha dispuesto todo.

Posó la caja sobre la mesa, frente a Sykes, y la abrió pulsando un botón. Extrajo un collar de una sola pieza y lo puso alrededor del cuello de Sykes. «Perfecto», susurró, uniendo el collar en sus extremos.

—De acuerdo, señor Sykes. Puede probarlo —dijo señalando el espejo que se encontraba en la pared de enfrente—. Presione aquí y aquí.

Sykes presionó los pequeños botones de los laterales y se mantuvo así hasta que un reflejo luminiscente brotó frente a sus ojos. Dirigió la mirada hacia el espejo, donde un hombre de mediana edad con el pelo veteado de hilos de color de plata le observaba con ojos oscuros. Se llevó las manos a la cara. A pesar de sentir el tacto de sus manos contra la piel de su rostro, el reflejo mostraba sus manos en el rostro de un extraño. Era el mejor trabajo de ese tipo que había visto.

—Es una réplica de un collar comercial por lo que no llamará la atención. Aun así le recomendaría que lo lleve oculto. El sistema engaña a los mejores lectores faciales. Por supuesto, el lector de retina no le debería suponer ninguna preocupación. El modulador de voz se activa automáticamente.

Levantó una tapa del interior de la caja, en la parte inferior, y extrajo un par de guantes traslúcidos.

—Una vez puestos, se fijarán a su piel y ya no se podrán quitar sin romperse.

Sykes asintió y extendió las manos. El hombre le colocó los guantes. Sykes notó como se iban adhiriendo. Movió los dedos y las muñecas. Cerró y abrió el puño. Los guantes se habían fundido formando su misma piel. El trabajo era minucioso, con arrugas acordes a la edad que mostraba el rostro en el espejo de enfrente, algún lunar e incluso una pequeña cicatriz en el dorso producido por alguna quemadura. Tanto Sykes como el hombre asentían satisfechos.

—Trabajo de chinos, ¿verdad? —dijo el hombre entre risas. Extrajo una pequeña bolsa de plástico del bolsillo interior de su chaqueta y la posó sobre la mesa.

—Con esto terminamos —dijo extrayendo un pequeño bote de cristal—. Serex. Una gota en un vaso de agua cada día será más que suficiente. Aquí tiene el pasaporte en papel y toda la

documentación necesaria. Dentro encontrará el chip de identificación que deberá llevar pegado en todo momento en su muñeca derecha. También están los permisos de circulación para la venta de mercancías. A partir de ahora, señor Sykes, pasa usted a llamarse Jeff Long, vendedor de sistemas robóticos. Dentro de dos días se encontrará en Edge para realizar la venta de seis androides diseñados para trabajar en Tribeca. Se hospedará en el hostal El Loro Borracho. Su contacto en Edge será una mujer llamada Catalina Card. Se encontrarán en uno de los almacenes cercano a las pistas de salida de la frontera exterior. Aquí tiene las coordenadas —le entregó un pequeño papel—. Yuk le entregará una maleta donde tendrá usted la ropa y los enseres necesarios para este tipo de viajes. Mañana recogerá la mercancía en el hangar veintitrés. Deberá presentar la documentación adecuada que tiene usted en la bolsa. Estúdiela. No solo esa. Toda. Se supone que es usted todo un veterano, así que los milicianos de aduanas deberán ver a un hombre familiarizado con esos papeles. Descargue en su sistema el mapa de Edge y recórralo una y otra vez. También las zonas de embarque. Edge es el eje central de este cuadrante, por lo que los comerciantes pasáis la mayor parte del tiempo allí. De hecho, muchos comerciantes han establecido su residencia allí para ahorrar gastos. Hay un pequeño índice en la bolsa, por si se me olvida algo. Y con esto, señor Sykes, hemos terminado.

Sykes le entregó la mochila y se levantó todavía hipnotizado por la imagen del hombre en el espejo que no dejaba de mirarle hipnotizado.

—Bien —dijo el oriental examinando la mochila—. Con esto le puede decir a Frey que estamos en paz. Espere aquí. Le traerán ropa para cambiarse y le acompañarán a la salida.

Le estrechó la mano y salió de la habitación con la mochila en una mano y la caja metálica vacía en la otra.

Una minúscula anciana que avanzaba dando pasitos tan cortos que parecía caminar dando pequeños saltos con las piernas juntas

entró en la habitación y posó sobre la mesa un pantalón, una camiseta, un jersey y una cazadora. Sykes comprobó satisfecho la ausencia de calzado. Odiaría tener que desprenderse de sus preciosas botas recién estrenadas.

Yuk le esperaba a la entrada con una maleta flotando a su lado. Le entregó el mando de la maleta y, con los mismos gestos irreverentes del principio, le despidió mientras la señora le regañaba y le golpeaba el brazo.

15

El metasistema tardó apenas unos minutos en encontrar el rostro de la máscara optoelectrónica. Tres apariciones, todas ellas recogidas desde el mismo sistema de vigilancia.

Una luz al final del túnel. Tenue, pero luz al fin y al cabo.

Sebastian lanzó el cigarrillo al suelo, se desconectó del Nexo y se subió a la nave satisfecho. Le encantaba Madrid en esa época del año.

El sistema de seguridad pertenecía a una elegante boutique situada en una calle llena de tiendas y restaurantes de cierto prestigio y clientela adinerada.

Su reflejo en el escaparate de la tienda, más delgado y estilizado, cambiaba de ropa a medida que se aproximaba. Su pelo desgreñado se acicalaba bajo el sombrero dándole un aspecto que hacía demasiado tiempo que no veía.

Le recibió un agradable olor a lavanda y una señora de exquisitos modales y actitud altiva, reticente al principio al ver su atuendo, pero tornándose respetuosa en cuanto Sebastian mostró su identificación. Un par de señoras de mentón erguido se observaban en los espejos interactivos mientras las dependientas les explicaban las bondades de los vestidos a medida que estos iban cambiando.

—De eso se encarga mi hija —dijo la señora cuando Sebastian le preguntó sobre las grabaciones del sistema de seguridad—. Ahora mismo la llamo. ¿Desea tomar algo? —Su voz sonaba impostada, como esas antiguas dramatizaciones que se escuchaban en la radio y que ahora se podían disfrutar gracias a Pandora.

—Un vaso de agua, por favor. Muchas gracias.

Fue la hija la que trajo el vaso de agua. Tenía un rostro jovial y dulce, nada que ver con el rictus severo y antipático de su madre, aunque el parecido físico resultaba indudable.

—¿Qué es lo que desea ver exactamente, agente? Como comprenderá varios de nuestros clientes gozan de buena reputación, incluso en la Ciudadela, y no podemos violar su intimidad sin un buen motivo.

—Nadie va a violar nada, señorita…

—Vargas. Pero llámeme Alissa, por favor.

—De acuerdo, Alissa. Como le estaba diciendo no debe usted preocuparse por nada. Tan solo me gustaría ver las grabaciones del exterior. Lo que suceda en el interior de la tienda es problema suyo. Y de sus clientes, por supuesto.

—¿Qué fechas son las que desea ver?

Alissa no pudo evitar una mueca de sorpresa cuando Sebastian mencionó los días.

—¿Tiene algo que ver con la muerte de la patricia?

—Me temo que eso es confidencial.

Alissa asintió divertida, complacida de salir de su rutina. Condujo a Sebastian a un pequeño cuarto desde el que se controlaba el sistema de seguridad de la tienda.

—De acuerdo, ¿por dónde empezamos?

—Empieza a las ocho de la mañana.

La imagen holográfica iluminó la habitación. La calidad era excelente y el plano amplio. Pasados tres minutos apareció el rostro de la máscara caminando frente a la tienda.

—Para. Reduce la velocidad de la reproducción dos puntos.

Sebastian observaba al hombre: metro ochenta, un poco más, ancho de espaldas, en buena forma. Se apreciaba gracilidad en sus movimientos. Seguro de sí mismo. En un momento de la grabación se giró hacia el escaparate y permaneció unos segundos observándose.

—Es guapo —dijo Alissa.

—No es su rostro.

—¿Lleva una máscara optoelectrónica?

—Acelera la grabación cuatro puntos y detente a las trece quince. ¿Se puede fumar aquí? —dijo ofreciendo un cigarrillo a Alissa. Esta extrajo un cenicero lleno de colillas escondido en un cajón y lo posó sobre la mesa.

A las trece quince el sistema de seguridad volvió a grabar el rostro, esta vez caminando en dirección contraria. Aparentemente no llevaba nada. Llegaba como se había ido.

—Estaba probando la máscara —reflexionó Sebastian en voz alta.

—¿Cómo dice?

—Avance hasta las seis de la mañana siguiente.

De nuevo el mismo rostro, la misma ropa. Pero esta vez una actitud más prudente, una mirada más vigilante y un caminar más pesado.

Sebastian cavilaba bajo la atenta mirada de Alissa y el crepitar de los cigarrillos.

Podría haber llegado al barrio esa misma mañana, probado la máscara, pasar la noche en un hotel, los había fantásticos por la zona, y salir a la mañana siguiente. Pero todas las estaciones de la ciudad estaban fuertemente vigiladas, con sistemas de vigilancia de última generación siempre en funcionamiento. No parecía un buen lugar como punto de partida. A menos que vivieras allí y conocieras todas las rutas posibles. Era eso. Vivía en el barrio. Seguro. Y si no fuera así, se cortaba un dedo de la mano. Menos mal que la apuesta era entre él y él mismo, porque no las tenía todas consigo.

Salió de la tienda y observó la calle. Edificios con solera, bien cuidados, pero demasiado antiguos para albergar naves particulares.

—¿Dónde estacionan las naves?

Nadie respondió. Se giró para comprobar que Alissa no le había acompañado al exterior. Entró de nuevo en la tienda con una azorada sonrisa ante lo ridículo de la situación.

—Hola de nuevo agente, pensé que se había ido —dijo la madre de Alissa sosteniendo una bonita y seguro que carísima camisa de seda blanca.

—¿Dónde está Alissa?

La madre llamó a su hija que salió del cuarto de vigilancia soltando una bocanada de humo gris.

—¿Qué más puedo hacer por usted, agente?

Sebastian permaneció un momento extrañado, percibiendo la incómoda distancia que había entre los ciudadanos y los subciudadanos, ante la normalidad de abandonar una tienda sin despedirse y la normalidad de volver a entrar como si nunca se hubiera ido. Percibió la frialdad, no tanto de Alissa y su madre o de él mismo, sino de la sociedad enloquecida que habían conformado.

—¿Dónde estacionan las naves particulares?

—Hay dos estacionamientos, uno al final de la calle y otro tres manzanas más allá, junto al centro comercial, aunque ese lo utilizan más los visitantes.

Sebastian asintió. Pensaba en algo agradable que decir, algo que rompiera el muro de los estratos sociales, pero no se le ocurrió nada.

—Muchísimas gracias por su colaboración —dijo Sebastian tocándose el ala del sombrero.

16

El recepcionista del aparcamiento era un tosco robot de metal oxidado con falsos ojos saltones y labios de silicona que se movían al ritmo de sus palabras metalizadas.

—Tengo que insistir, agente, necesita usted un permiso de tipo 2.

Sebastian suspiraba frustrado. Era tan absurdo discutir con una inteligencia de nivel 4 como hacerlo con el humo del cigarrillo que estaba fumando.

Odiaba tener que hacerlo, pero debía llamar al ministro.

Al fin, tras pasar por varias líneas en donde «un momento, por favor, no cuelgue» le acompañó durante todo el trayecto, se escuchó la irritante voz del ministro Teltet.

—Dígame, agente Bruc, ¿cómo podría ayudarle? Que sea rápido, por favor. Estoy ocupado.

Se escuchaba música y también risas al final de la línea, ambas mezcladas con el sonido de vasos brindando y hasta la exhalación del humo de algún acompañante cercano.

Al menos aplica el filtro de ruido externo. Imbécil.

—Discúlpeme, señor, pero necesitaría un permiso de tipo 2 para acceder a los datos de un aparcamiento privado.

—¿En la Ciudadela?

—No, señor. En los suburbios.

—¿De verdad se necesitan permisos para eso en los suburbios?

—Me temo que así es, señor.

—A dónde vamos a llegar. De acuerdo. Deme unos minutos.

—Muchas grac…

El pitido de la línea confirmaba la falta de decoro del ministro.

Nada nuevo para Sebastian. Aun así resultaba molesto, como el zumbido cercano de un mosquito que eres incapaz de ver.

Seis minutos después recibió el permiso en el kaizen.

—Indícame tu dirección para poder mostrarte el permiso —dijo al recepcionista.

—91MDRD93842… De acuerdo, agente. ¿Qué es lo que necesita ver?

—La lista de los clientes del aparcamiento.

—La acabo de depositar en la misma dirección.

Sebastian extrajo la lista, conformada por miles de nombres y cientos de naves.

Primero aplicó un filtro con las naves que habían partido el día del ataque entre las seis y las seis treinta de la mañana. Demasiadas todavía. Un nuevo filtro para obtener las que no habían regresado. Solo unas docenas. Mucho mejor.

Otro filtro buscando las ubicaciones actuales. Solo tres de ellas no mostraban ubicación. Buscó el nombre de los propietarios. Dos de ellos descartados al instante. Importantes y conocidos empresarios. subciudadanos de bien. Probablemente tendrían las naves estacionadas en el hangar privado de sus residencias vacacionales.

Así que tan solo un resultado y pocas dudas: Marcus Sykes.

Su constitución podría ser perfectamente la del rostro anónimo. Y también sus andares de granuja criado en las calles.

Almacenó la dirección de su vivienda. Tres calles más abajo, en el edificio coronado con dos ángeles gigantes sobre la cornisa. Aprovecharía el permiso recién obtenido para acceder a la casa.

Sykes era un hombre limpio y ordenado, y tenía una buena casa. Mejor que la suya en la Ciudadela. Tendría que empezar a cuestionarse sus prioridades, pero de momento disfrutaba de una cerveza fría en el sofá de piel sintética del salón.

Había resultado más sencillo de lo esperado. Demasiado. Quizá Sykes se había acomodado. O simplemente no se esperaba lo que

iba a suceder. Sí, sería eso. Después ya no se atrevió a regresar para borrar los datos en el sistema local de la casa, un sistema bastante sofisticado y muy caro que Sykes mantenía desconectado del Nexo. Allí seguían almacenados varios artículos e investigaciones sobre Lucille Rivas y su familia. Se podría escribir la biografía de Lucille año a año con tanta información.

¿Por qué querría verse Lucille Rivas con Sykes? ¿Qué querría contarle? ¿Y cómo pudo ponerse en contacto con él? No era algo tan sencillo. Él lo sabía bien.

Y más por qués y más cómos.

Demasiadas preguntas que no le estaban dejando disfrutar de la cerveza.

Tendría que analizar con detenimiento el siguiente paso a dar. Preferiría no informar al ministro todavía, pero no iba a tener otra opción. Eso, o quedar como un incompetente. Y eso no era justo.

El nombre le vino con el último trago que quedaba en el botellín: Frey. Sabía que hacía mucho tiempo que no se hablaban, pero no se le ocurría qué otra cosa podía hacer.

Cuatro cervezas después estaba listo para abandonar la casa. Pero antes echaría un último vistazo. Se puso en pie y comenzó a examinar la estantería del salón llena de libros de papel y pequeños objetos inservibles como abrecartas, dibujos hechos a mano, figuritas de latón o marcos holográficos, todos ellos apagados. Encendió uno a uno y observó los diferentes momentos de la vida que Sykes consideró oportuno almacenar.

Una de las imágenes mostraba a unos niños, todos riendo mientras una señora que, sin ser guapa resultaba perturbadoramente atractiva, reía también señalando hacia el sistema de grabación. No le costó reconocer a Sykes, que rodeaba a Frey con un brazo sobre los hombros, ambos riendo con las bocas abiertas y desdentadas típicas de la edad. No habían cambiado mucho. Al resto no los reconocía. Iba a apagar el marco cuando se fijó en otro de los niños. Un niño regordete de rostro ingenuo.

No lo podía creer.

Y ahora comprendía por qué Lucille Rivas querría ponerse en contacto con alguien como Marcus Sykes.

17

Naves arribaban mientras otras partían como un enjambre de abejas metálicas. El ruido era continuo.

Había facturado la maleta y los androides sin problemas, aunque todavía le acompañaba un sudor frío que le atormentaba.

Sykes entregó la tarjeta de recogida de los androides a un miliciano cuya etiqueta lo presentaba como John B. Donky. El miliciano Donky la leyó y la guardó en el bolsillo interno de la coraza. Después leyó el chip impreso sobre la muñeca de Sykes y lo cotejó con la base de datos implantada en su cerebro.

—¿Motivo de su viaje, señor Long?

—Vengo a entregar unos androides con destino a Tribeca.

—Qué haríamos sin esos bichos, ¿verdad? ¿Se imagina cómo será trabajar en esos túneles? Disculpe —dijo llevándose la mano al lateral de la cabeza. Dirigió una mirada fruncida hacia Sykes mientras asentía—. Espere aquí un momento, por favor.

Esperó encadenando un cigarrillo tras otro, buscando posibles vías de escape, pero no encontró más que ruegos en su cabeza. Cuando John B. Donky regresó acompañado por otro miliciano de aspecto severo, Sykes notó su corazón detenerse para volver a latir con tanta fuerza que tuvo que controlar el impulso de llevarse las manos al pecho para sujetarlo antes de que huyera a través de su esternón.

—¿Señor Long? Soy el mayor Dimitry Kozlov. ¿Me acompaña, por favor? Nos hemos encontrado con un problema.

Sykes caminaba como un viejo boxeador derrotado en el ocaso de sus días. Miraba el arma de los milicianos, que marchaban delante de él con las manos entrelazadas a la espalda. Podría

apoderarse de una de ellas y encerrarles en alguna de las habitaciones que iban dejando a los lados. O incluso matarlos si las cosas se ponían serias. Después se quitaría la máscara y se perdería en alguno de los callejones de Edge. Podría colarse en algún transportador o secuestrar una nave. O buscarse un empleo en Edge, como camarero en una cantina, por ejemplo. O montar su propio bar. Siempre había querido tener un bar. También podría saltar por alguna ventana y rezar con no matarse. No sabía a qué altura se encontraban; podría salir bien.

¿Desea tomar algo? , escuchó a lo lejos.

—¿Desea tomar algo, señor Long? ¿Un vaso de agua, quizá? Hemos tenido problemas con las instalaciones que controlan la humedad de la atmósfera y el ambiente está excesivamente seco. Tráigale un vaso de agua, cabo Donky, por favor. Con hielo. Tráigame uno a mí también. Siéntese, por favor, señor Long.

Sykes se dejó caer en la silla. El mayor Kozlov aguardó en pie hasta que el cabo Donky llegó con los dos vasos de agua. Sykes agradeció el agua fresca y se preguntó si sería la última vez que bebería semejante delicia. Miraba el vaso con melancolía.

—De acuerdo. Proceda, cabo Donky.

El cabo Donky movió su mano abierta en el aire. La pared del fondo de la habitación comenzó a deslizarse hacia un lateral mostrando una pequeña habitación. Los androides, colocados en fila y sujetos por dos barras de hierro a la pared del fondo, movían sus alargadas cabezas metálicas. Alguno de ellos hizo ademán de saludar a Sykes cuando lo vio, pero las barras se lo impidieron.

—¿Es esta su mercancía, señor Long?

Le pareció escuchar un sí compungido perdido en el aire. Lejano. Sus ojos solo veían manchas informes e incoloras. Quería beber más agua. Ahogarse en ella.

Me gustaría pedirle disculpas —dijo el Mayor Kozlov con tono grave—. Es algo que no suele ocurrir.

Sykes creyó entender mal. Primero sus ojos desenfocados y ahora sus oídos sordos.

—Al parecer, una de las argollas utilizadas para sujetar las cajas se soltó dañando parte de la mercancía de la nave. Dos de sus androides han sufrido daños en sus extremidades superiores. Se ha abierto una investigación. No dude de que habrá represalias. Enviaremos a nuestros ingenieros para que examinen los androides. Por supuesto, recibirá usted una compensación por esto, señor Long.

Sykes tardó en reaccionar más de lo que hubiera deseado.

—¡Compensación dice! —gritó dando un sonoro golpe sobre la mesa. El vaso vacío cayó desperdigando sus trozos de cristal por el suelo. El cabo Donky permanecía inmutable—. Mañana tengo que entregar siete androides para que se los lleven a Tribeca. Siete putos androides completos, claro está, no dañados. ¿Sabe por qué a Tribeca lo llaman el planeta mina? Pues porque es un jodido planeta mina. ¿Y cómo coño van a trabajar unos androides con los brazos rotos en una mina? ¿Cómo se me va a compensar esto? Es imposible, joder.

—Le entiendo, señor Long, y lo lamento de verdad. Como le he dicho, mañana a primera hora los ingenieros les echarán un vistazo.

—¿Mañana a primera hora? ¡Joder! Ya no hay tiempo. Déjeme ver los daños —dijo con voz autoritaria.

Se levantó y se dirigió hacia los androides. El cabo Donky permanecía de pie con la mirada fija en el suelo como una tímida figura de porcelana. Dos de los androides sufrían serios daños en los brazos. El fuerte olor del aceite que perdían le impactó en el rostro.

—Me pondré en contacto con el Servicio de Aduanas para indicar los gastos. Ahora me tengo que ir. Discúlpeme. Sé que usted no tiene la culpa.

—No tiene usted por qué disculparse, señor Long. Cabo Donky, por favor, prepare la mercancía del señor Long. Señor Long, si me acompaña.

Llevó a Sykes a una sala con un enorme ventanal desde donde

se podía ver la ciudad. Las ciudades frontera, antiguas estaciones espaciales que habían crecido hasta conformar estados propios, eran una amalgama de hierros y luces donde millones de personas se cruzaban día tras día. Las naves iban de un lado a otro dejando sus estelas en el cielo estrellado. Mientras miraba la ciudad, Sykes sintió una sensación de euforia que tuvo que reprimir para no ponerse a saltar ante la mirada atónita del mayor Kozlov.

Pasados unos minutos de conversación intrascendente, el cabo Donky apareció seguido por los androides marchando en fila india como si fueran unos niños de excursión con su maestro. Los androides dañados tenían los brazos recogidos con unas bolsas de plástico que emitían un chirrido desagradable con el roce.

Esa noche no descansó. Mal durmió sobre la almohada apestosa de la habitación soñando una y otra vez que el comandante Kozlov y el cabo Donky lo perseguían subidos sobre los hombros de unos androides que hacían un ruido insoportable arrastrando sus brazos rotos por un suelo de mármol blanco.

18

Leía con atención unos papeles mientras fumaba un puro enorme sentada sobre una silla de oficina con los pies apoyados sobre la mesa de un despacho caótico. Sykes esperaba de pie junto a la puerta del despacho viendo como Catalina Card fumaba, leía y le ignoraba.

Era una mujer sin duda hermosa a pesar de sus ademanes masculinos.

—Es increíble —dijo al fin—. Todos los avances tecnológicos que hemos logrado, pero seguimos utilizando papel. Mira que desastre —lanzó los papeles sobre la mesa—. ¿Cómo debería llamarte? Long, por supuesto, que tontería. Tú me puedes llamar CC. Vamos a ver esos androides.

CC examinaba los androides con detenimiento. Primero sus cabezas estrechas y alargadas que recordaban la forma de un tobogán. Continuó por el torso, fabricado en una sola pieza. Una placa de metal guardaba el circuito de control principal que conectaba con la cabeza y las extremidades. Los androides la observaban curiosos con sus pequeños sensores ópticos.

—Frey hizo bien eligiendo este modelo —sujetaba los brazos de los androides dañados y los soltaba viéndolos balancearse inertes—. Son un modelo muy resistente. Si hubiera sido otro, ahora no estaríamos aquí. Bueno, *tú* no estarías aquí —dijo remarcando el tú—. Muy bien, cuando cierre empezaremos. Vuelve sobre las nueve. Necesitaremos dos manos más.

Regresó a las nueve más descansado y con el estómago lleno. CC daba órdenes a un hombre de piel cetrina escondido tras unas

viejas gafas de ampliación. Los androides alzaron un brazo saludando a Sykes cuando este se acercó.

—Este es Sharif Alabi, mi hombre de confianza para los… bueno ya sabes, este tipo de negocios.

Sharif le saludó con una mano pequeña y áspera y una sonrisa amable.

—De acuerdo. Pues vamos allá —dijo Sharif mientras se frotaba las manos para calentarlas.

Se dirigieron a otra sala seguidos por los androides. Las piezas del chasis de seis vehículos terrestres autónomos se encontraban esparcidas en perfecto y estudiado orden. Sobre una amplia mesa de metal descansaban siete depósitos isotérmicos alargados y otro con más forma cúbica no más grande que una caja de zapatos.

«Empezaremos contigo, amigo», dijo Sharif agarrando a un androide por el brazo y ayudándole a subir a una plataforma. Introdujo una llave maestra en el agujero del pecho y levantó la placa metálica dejando la circuitería a la vista. Metió su pequeña mano en el hueco y el androide se apagó lanzando un zumbido menguante. Sharif trabajaba con pericia, silbando una alegre melodía que Sykes no acababa de situar aunque le bailaba en la punta de la lengua. Desarmó primero la cabeza y extrajo de su interior un pequeño cubo que posó sobre el estante que tenía a su lado. CC lo abrió y extrajo dos ojos prostéticos que introdujo en el depósito con forma cúbica. Sharif continuó desarmando el resto del cuerpo con la ayuda de CC y de Sykes. Pasó casi una hora hasta que extrajo una caja apaisada. CC la abrió y sacó un kaizen palpitante y húmedo sujetándolo como si fuera un bebé que acabara de abandonar la matriz y lo posó con mimo en uno de los nuevos depósitos alargados. Al cerrarlo, un zumbido casi imperceptible informaba que el sistema de refrigeración se había activado correctamente.

Seis horas después, Sharif, CC y Sykes miraban complacidos los depósitos sobre la mesa. Sykes sintió un aguijón de culpabilidad rasgarle la cabeza: estaba empezando a disfrutar con todo esto.

El demonio bailaba feliz en su interior.

Sharif comenzó a montar los vehículos. La caja con los ojos prostéticos la introdujo en los bajos del vehículo con bandas azules pintadas en las puertas, en un hueco hecho a medida unos días antes bajo los asientos traseros. Los depósitos isotérmicos alargados tenían la forma exacta de una de las piezas que formaban la parte interior del salpicadero. A las seis, el almacén comenzó a cobrar vida. Cuatro trabajadores se unieron a ellos cuando los prostéticos estaban ya ocultos. A las nueve, doce horas exactas después de empezar, tanto los vehículos con los prostéticos escondidos en ellos, como los androides, estaban ya montados. Sharif, incluso, tuvo tiempo de reparar los androides dañados.

CC y Sykes se despidieron y quedaron unas horas después en el almacén. Sharif hacía ya tiempo que roncaba echado sobre los asientos de uno de los vehículos.

Sykes miraba de nuevo a CC volverse loca. Balbucía maldiciones mientras lanzaba papeles y objetos de un lado a otro del despacho.

—¡Aquí está! —exclamó alzando un taco de folios como si de un gran trofeo se tratara. Se sentó en la mesa y le dio una profunda calada al puro que descansaba en el cenicero—. Vamos a hacer el papeleo. Primero los androides.

Cogió un sello digital y comenzó a marcar las hojas. Después se las entregó a Sykes y le fue indicando donde tenía que firmar.

—Esto para ti y esto me lo quedo yo —decía pasando unas hojas a Sykes y quedándose ella otras—. Estos son los pagos por los androides. Ya tiene aplicado el descuento que me has hecho por la reparación. Después de que me vendieras los androides, hemos negociado para realizar el transporte de una flota de vehículos terrestres que hay que llevar a Epona. Siete vehículos en total. —Abrió uno de los cajones de la mesa y extrajo otro taco de hojas—. Estos sí están aquí. Yo ya los tengo firmados, así que ahora te toca a ti. Mañana por la tarde fletaremos una nave con destino a Epona. No te preocupes por nada. Lo único que tendrás que hacer es

subirte a la nave.

Sykes firmó las hojas y se levantó para volver al hostal a dormir.

—Frey no me dijo nada de cómo pagarte.

—No te preocupes. Ya nos las apañaremos Frey y yo.

De camino al hostal se detuvo en un puesto ambulante donde comió un delicioso pescado marinado con especias. Llegó al hostal con el estómago complacido y encendió el holoreproductor. Recorrió varios canales hasta llegar a uno en donde retransmitían una vieja película del siglo XX donde un hombre con la pierna rota no dejaba de observar a sus vecinos.

19

—Ya le he dicho que no sé dónde está Sykes, agente.

Su aliento a alcohol era tan fuerte que se podría llenar al menos media botella por condensación. Sin embargo, mantenía la compostura.

—Vamos, Frey. Tengo una grabación en el sistema en el que se le ve caminando en la calle de las Recolectoras.

Sebastian trataba de mostrar convencimiento, pero la sonrisa ladeada de Frey evidenció su error. Ahora se sentía un poco estúpido. ¿Quién se iba a atrever a tener un sistema de vigilancia conectado a la red sin el consentimiento de Frey? Ciudad Colmena era suya. Y la mitad de los suburbios. Sacó un cigarrillo y ofreció uno a Frey solo para ganar algo de tiempo.

—Mire, agente, no tengo ni puta de idea de dónde se mete Marcus desde hace mucho tiempo.

Sebastian asintió reflexivo. Quizá lo mejor era ir de frente. Con Frey todo dependía del pie con el que se hubiera levantado. De momento parecía que se estaba divirtiendo. Y eso a Sebastian no le gustaba.

—Mira Frey, dejémonos de formalismos. Sykes está siendo buscado por el asesinato de una patricia en la cantina de Sasa.

Frey puso cara de sorpresa.

—¿De verdad? Mire, ese capullo irreverente será lo que sea, pero no es un asesino. No quiero decir que no haya matado a nadie, en el mundo en el que crecimos solo cabía la posibilidad de ser predador. Eso, o la puta presa. ¿Pero de verdad ve a Marcus como un vulgar matarife? ¿De verdad cree que mataría a una patricia así sin más?

Sebastian estaba ahora hablando con el Frey comprensivo. Incluso se apreciaba cierto afecto en su voz cuando hablaba de Sykes.

—No. Yo no lo creo. Pero en el Ministerio sí lo creen. Y con eso basta.

—¿Creen que ha sido él?

—De momento solo yo, y ahora también tú, sabemos que Sykes es el hombre que estaba en la cantina reunido con la patricia —dijo tratando de ganarse su confianza—. Pero tendré que informar más temprano que tarde de que era él. De hecho, tenía pensado hacerlo mañana, pero antes me gustaría tener la oportunidad de hablar con él.

—Pues buena suerte —dijo Frey encogiéndose de hombros.

Sebastian se levantó. Tenía ganas de llegar a la Ciudadela. Necesitaba descansar, dormir en su cama con su colchón y sobre todo con su almohada, o tirarse en el sofá y ver una de esas maravillosas películas en blanco y negro que estaban remasterizando en los laboratorios de Pandora. Desde luego, si algo no le apetecía era estar allí hablando con un delincuente bañado en alcohol y nicotina.

—Si le ves, dile que le estoy buscando. Él sabrá cómo encontrarme.

—No lo voy a ver, agente.

Sebastian se disponía a abandonar el despacho de Frey cuando se giró con un gesto sobreactuado de ama de llaves que ha olvidado cerrar alguna de las ventanas de la casa. Pero qué mal actor había sido siempre. Algún día el exceso de honradez le llevaría a la tumba.

—¿Por qué siempre dejan una sorpresa para el final, agente? Podía haberla soltado ya y nos habríamos ahorrado tanta pantomima.

—Solo una cosa más. Crecisteis con Rohan Bittener, ¿verdad?

Esta vez pilló a Frey con la guardia baja. Frey se sentó recto en la silla y disimuló buscando algo. Encontró el paquete de cigarrillos

y extrajo uno que prendió con el que acababa de encender.

—¿Qué pasa con el bueno de Rohan? —dijo tratando de mantener la compostura—. Es el orgullo de nuestra pequeña y disfuncional familia.

—¿Sabías que la patricia trabajaba con él en los laboratorios de Pandora?

—¿Por qué debería saberlo? Y además, ¿qué hostias me debería importar?

—Bueno, me preguntaba qué haría una patricia como Lucille Rivas reunida con un hombre como Sykes.

—Lo siento, agente Bruc. Me encantaría poder ayudarle, pero tengo que pedirle que abandone el local. Entenderá que no es buena publicidad tener a un agente merodeando por aquí.

Sebastian se sentó en una agradable cafetería ubicada en la calle principal de Ciudad Colmena y pidió una botella de *whisky* . *¿Marca?* Qué demonios importa. Después se conectó al servidor del ministerio y se puso en contacto con el área de recursos humanos.

—Soy el agente ministerial Bruc. Necesito efectivos para realizar una vigilancia en Ciudad Colmena. El Agente Rony o Rory o Roty o como demonios se llame el novato que me han asignado resultará perfecto. Así podrá foguearse un poco —dijo tratando de no reírse.

20

Guido Sorrento, capitán de la nave comercial Salgari, observaba a Sharif dirigir a los trabajadores que se afanaban en estibar las mercancías en la nave.

Esperaba que fuera un viaje tranquilo, aunque el caso de los Siete empezaba a difuminarse en el tiempo y las cosas estaban volviendo a la normalidad. Los piratas, envalentonados por la retirada de las patrullas de seguridad, habían retomado sus tareas con cierto ahínco. Guido no se quejaba por esto, entendía la situación. No se puede mantener un sistema de seguridad interplanetario durante tanto tiempo. Los costes económicos son demasiado altos. Sin embargo, el Comité Comercial Interplanetario proponía a la Acrópolis un sistema de rutas comerciales bien estudiado y donde la seguridad no supondría un gasto mayor que las pérdidas producidas en los ataques. Quien quisiera comerciar fuera de esas rutas, lo haría bajo su responsabilidad. La Acrópolis alegaba la enorme dificultad de crear pliegues de forma tan controlada. Para Guido la dificultad radicaba en plegar los bolsillos tan descontrolados de los ministros. Lo peor era que la Acrópolis ni siquiera cedió a un sistema de seguridad y protección privado financiado por el propio comité.

Dirigió su mirada hacia el altillo. CC inspeccionaba las operaciones con los codos apoyados sobre la barandilla y un puro entre los dedos. Conversaba con uno de los comerciantes que viajaría en su nave, un hombre de aspecto amable al que nunca había visto.

Miró el viejo reloj de su muñeca. Tenía tiempo para descansar un poco.

—Es un buen hombre —dijo CC observando como el capitán abandonaba el hangar—. Y mejor navegante.

—¿Cuánto llevas trabajando con él?

CC se limitó a levantar los hombros.

—Más que contigo. Venga, vamos abajo.

Varios milicianos se paseaban entre las mercancías, bromeando con los trabajadores de CC, registrando sin excesivo interés alguna caja o el maletero de algún vehículo. Dimitry Kozlov llegó en un viejo deslizador conducido por un joven vestido con el uniforme verde de los recién licenciados. Se detuvo frente a los vehículos aparcados en fila a la espera de ser cargados. Cuando vio a CC y a Sykes, se acercó sonriente.

—¿Qué quieres, Kozlov? —dijo CC sin dejar de observar a sus trabajadores.

—Agradecerte que no te pusieras demasiado dura.

—Agradéceselo al señor Long que es el que ha perdido dinero con todo esto. Supongo que se hará cargo el Servicio de Aduanas.

—Por supuesto. —El mayor Kozlov miraba avergonzado a Sykes, que permanecía quedo disfrutando de la situación. No todos los días se tiene a un alto cargo de la milicia limpiándote los zapatos.

—Agua pasada no mueve molino, me decía mi madre —dijo Sykes restando importancia—. Además, CC ha sido generosa y me ha ofrecido los contratos para transportar esos vehículos.

—Se lo agradezco, señor Long. No todo el mundo es tan comprensivo.

—Donde hay dinero deja de haber comprensión —dijo Sykes.

—¿También se lo decía su madre?

—No. Eso lo aprendí solo.

El mayor Kozlov se despidió, impartió unas órdenes a sus hombres y se alejó subido en el viejo deslizador.

—¿Quién será mi contacto en Epona? —preguntó Sykes cuando vio que nadie les podía escuchar.

—No te preocupes por eso.

21

—El sospechoso se hace llamar Marcus Sykes.

Una imagen holográfica de Sykes giraba sobre la mesa de la sala.

—¿Algún caso anterior conocido?

Paul manipuló el sistema háptico y apareció un largo informe.

—Demasiados para mencionarlos. Están en el informe si deseáis examinarlos. Se trata de uno de los niños agraciados con el Programa para la Integración Social…

—Y así devolvió el favor a la sociedad.

—… allí conoció al que se convertiría en su amigo y socio de correrías. Tan solo lo conocemos como Frey. No hay rastro de él en el Nexo. Juntos formaron un imperio del crimen: tráfico de drogas, tráfico de prostéticos, tráfico de cualquier cosa que se os pase por la cabeza. Chicos listos. Frey es más visceral, un hombre con el que no quisieras tener un problema si te lo encuentras por la calle. Sykes es más comedido. El cerebro del dúo. Autodidacta. Con pocos años aprendió a atacar el Nexo. Según nuestras informaciones, se trata del mejor *intruso* conocido.

—¿Algún *nick* que conozcamos?

—En principio no, Lenny. Pero el agente Nabokov ha informado que se sospecha de varios ataques realizados por él bajo distintos pseudónimos: ataque al sistema de vigilancia de Edge, al consulado de Dríade, al sistema central de Tribeca…

—Pensaba que eso había sido…

—Al parecer, Tricia, gran parte de los ataques de mayor repercusión han sido obra de Marcus Sykes. Ya os he dicho que es un chico listo. Continuemos. Se vieron envueltos en la matanza de

Ull contra el clan de los Cipreses por un tema de drogas. Al parecer el ya extinto clan se pensó que eran más listos que ellos. Como ya sabemos, no fue así. No se les pudo detener porque no hubo ninguna prueba en su contra, pero las investigaciones condujeron a ellos.

—¿Cuántos niños murieron? —preguntó el ministro Luca Dante pensativo.

—Trece. De hecho, esto dejó marcado a Sykes. El agente Bruc afirma que no ha vuelto a empuñar un arma.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la ministra Sven.

—Colaboraron juntos en algún caso.

—¿Cómo es eso posible?

—No siempre se pueden hacer las cosas jugando limpio, Luca, tú lo sabes bien. Tanto Sykes como Frey han colaborado en la detención de varias pandillas. Ni que decir tiene que los principales beneficiados de esas detenciones fueron ellos mismos. Según hacían sus negocios sucios fueron diversificándose en diferentes sectores: hoteles, restaurantes, lavanderías y un largo etcétera. Todos estos negocios pertenecen ahora a Frey de forma exclusiva. Se hizo cargo de ellos cuando salió de la cárcel. Fue detenido en el ataque al Banco Central de Hator.

Varios murmullos inundaron la sala.

—Fueron traicionados por uno de sus socios, un tal Pillman. Muerto, por supuesto. Él y toda su familia. No teníamos pruebas contra Frey, solo su relación con Marcus Sykes, lo que impidió que fuera puesto en Letargo. Cárcel de alta seguridad durante varios años. Las pocas pruebas que teníamos contra él desaparecieron de forma misteriosa.

—¿Marcus Sykes?

—Podemos presuponerlo. Marcus Sykes desapareció. Desde ese momento no sabemos nada de él.

—¿Cómo la patricia Rivas pudo ponerse en contacto con él? No parece un hombre que se deje ver mucho.

—Buena pregunta, Magga. Como os he dicho, tanto Frey como

el propio Sykes formaron parte de las casas Nueva Vida. Adivinad quién formó parte de ese programa también.

Paul se mantuvo en silencio unos segundos disfrutando de las caras impacientes del resto de ministros.

—Rohan Bittener.

Un silencio denso e incómodo recorrió la sala.

—¿Se ha podido leer el kaizen de la patricia? —preguntó el ministro Larsson.

—Destrozado. No hemos podido recuperar nada.

—¿Cómo vamos a proceder?

—Podríamos mostrar su imagen y ofrecer una recompensa.

—No podemos, Naira. No sabemos lo que la patricia ha podido contarle o entregarle. Tenemos que atraparlo, pero con cuidado de no hacerle sentir acorralado. Cuando un animal está acorralado se vuelve peligroso. Tiene que tener la sensación de que tiene una vía de escape al menos. Podría cargar lo que sea que tenga en el Nexo y mostrarlo al mundo.

—Además —añadió el ministro Cole—, necesitamos un culpable. Si la investigación se prolonga demasiado y Marcus Sykes no ha sido detenido, podemos detener a cualquier subciudadano de mala reputación y gatillo fácil.

—¿Sabemos si le entregó algo?

—Sospechamos que así es.

—¿Ninguna idea de qué podría ser?

—Ninguna, pero no puede tratarse de un objeto grande.

—Estamos lidiando con una suposición detrás de otra —dijo el ministro de trabajo y asuntos sociales Keshiro Keigo.

El silencio se apoderó de la sala nuevamente.

—Creo que podemos dar por finalizada la reunión. Cualquier duda, pueden dirigirse al informe o si lo prefieren a mí mismo —dijo Paul Teltet mientras apagaba el sistema holográfico.

22

El Programa para la Integración Social resultó ser un fracaso, la condición humana se encargó de ello, pero había que reconocer que al menos la Acrópolis se había esforzado.

La información sobre el programa la encontró en un servidor en desuso del extinto Ministerio de Subciudadanía. Para su desgracia, el programa se preocupó por mantener el anonimato de sus integrantes, medida bien recibida por los padres adoptivos, sobre todo cuando sus intenciones se alejaban de los objetivos del programa. Sebastian se ponía enfermo.

La búsqueda de los tres nombres no había dado resultados. Tampoco la búsqueda de los rostros que recortó de la imagen del salón de Sykes.

Se llevó a la boca un trozo de la tarta de crema que descansaba sobre la mesa del salón y abrió una nueva lata de cerveza.

Volvió a la imagen. Lo intentaría con la madre adoptiva. Recortó el rostro y lo buscó en el servidor. Desde luego, nadie podría alegar que el programa no luchara por la intimidad de sus participantes.

Se conectó al Nexo y realizó las mismas búsquedas. Los nombres aparecían en forma de noticias. Nada que no supiera ya. Los rostros de los jovencitos Sykes, Frey y Rohan no aparecían. ¿Y por qué iban a aparecer? No eran más que unos mocosos sin padres. ¿A quién podrían importar?

Saltó sorprendido cuando el Nexo le devolvió un resultado con el rostro de la mujer. Se trataba de una noticia en el *Neo York News* con una foto anónima de medio cuerpo y sonrisa entera. Si a alguien habría podido amar sin ningún tipo de compasión, sin

duda sería a alguien capaz de sonreír como sonreía ella, aunque sus ojos no acompañaban esa sonrisa. No había ningún nombre, tan solo la noticia de la creación de varias casas Nueva Vida. Pero ahora podía limitar la búsqueda.

Accedió de nuevo al servidor y buscó los informes de las casas situadas en Neo York y sus alrededores. Se constituyeron un total de siete casas.

Miró la imagen holográfica. Detrás de las sonrisas infantiles había una casa solariega de la preguerra ubicada en mitad del campo.

Fue introduciendo las coordenadas de las casas en el Nexo hasta dar con ella.

Llegar a la casa una vez estacionó la nave no resultó sencillo. El antiguo camino se encontraba completamente cubierto de vegetación. Por suerte, el ministerio se había encargado de dotar a las naves con sistemas robóticos multifuncionales.

Mientras el alargado robot trataba de deshacerse de las ramas y las hojas atoradas en sus actuadores, Sebastian observaba la zona desde el porche desvencijado. Enfrente, rodeado por varios árboles y cubierto de malas hierbas, se encontraba el claro desde el que se había tomado la imagen. Varios grafitis de mal gusto cubrían las paredes. Los tablones con los que habían tapiado la entrada estaban desperdigados por el suelo junto a latas de cerveza, botellas, colillas, pipas ennegrecidas… No era un mal lugar para que los jóvenes —y no tan jóvenes— disfrutaran de un buen colocón cerca de la ciudad sin que nadie les molestara.

Sebastian sacó el arma y aguzó el oído.

—¡Agente ministerial! ¡¿Hay alguien en la casa?!

Tan solo se escuchó el batir de las alas de algún pájaro y los pasos de las ardillas sobre el tejado huyendo asustadas.

Olía a humedad, a heces, a orines, a animales muertos desperdigados por la casa. Aun así, no apagó el prostético olfativo. Necesitaba todos los sentidos activos.

Recorrió las habitaciones vacías, derruidas. Lo que en su día fue una cocina grande, una despensa, un salón, un baño…

El piso de arriba no estaba mucho mejor. Fue de una habitación a otra. En una de ellas había una mancha de sangre sobre el suelo. El olor del serex llenaba la habitación. Varias manchas más salpicaban las paredes. No tenían mucho tiempo. Unas semanas, quizá. Se paseó por la habitación, golpeando las paredes en busca de algún hueco y observando las manchas tratando de determinar lo que allí había ocurrido. Se sentía ridículo. ¿Qué pretendía encontrar? Lo más seguro es que esa mancha perteneciera a algún yonqui endeudado con alguien con poca paciencia.

Tras registrar la casa entera, salió y se fumó un cigarrillo mientras reflexionaba intranquilo.

Algo le martilleaba la cabeza.

Esa sangre tan reciente…

El serex…

Lucille Rivas…

Rohan Bittener…

Frey…

Sykes…

…

23

Las cámaras de hibernación se apagaron cuando la nave estuvo suficientemente alejada de los campos electromagnéticos y de la fuerza gravitatoria del pliegue. La hibernación siempre le dejaba una sensación extraña, como si estuviera en un cuerpo ajeno que sufriera algún tipo de enfermedad psicomotriz. A su alrededor todo comenzaba a cobrar vida. Una vez superados los controles de percepción física y emocional y tras tomar las pastillas de estabilidad molecular, salió de la habitación junto con el resto de los pasajeros y tripulantes de la nave. Recorrió la galería sudoeste en busca de un buen lugar desde el que observar el cierre del vórtice-destino.

Llegó a una habitación esférica formada por ventanales de vidriaquita en donde un hombre sentado sobre el suelo hacía malabares con tres pequeñas bolas de metal. Lo curioso es que lo hacía sin tocarlas físicamente, tan solo mantenía la palma de la mano extendida y las tres bolas danzaban en el aire, tranquilas y con un movimiento circular hipnotizante acompasado con el sutil movimiento de sus dedos. Cuando el hombre percibió la presencia de Sykes a su espalda, dejó caer las bolas sobre su mano y las guardó en el bolsillo de la chaqueta que descansaba en el suelo junto a él.

Sykes observó el kaizen del hombre y activó el sistema de grabación de su propio kaizen. Nunca había visto un modelo como ese: plano, pequeño y con una pequeña protuberancia en el centro. Parecía fabricado con algún tipo de material extraño, en apariencia maleable y de color muy oscuro.

—¿Vienes a ver el cierre del pliegue? —dijo el hombre—.

Nunca me canso de verlos.

El vórtice había comenzado a cerrarse y los cambios de tonalidad de los bordes se sucedían a mayor velocidad a medida que se empequeñecía. El cuerpo del vórtice parecía espesarse, condensando el negro oscuro por un negro aún más oscuro, opaco y lleno de nada. Solo oscuridad. Era tan terrorífico ese cuerpo inerte rodeado de luz que resultaba imposible no sentirse atraído por él. Los rayos de energía empezaban a dispersarse por el cielo, formando un enjambre irreal de colores y tonalidades que se apagaban en la distancia. Cuando el vórtice se cerró por completo, varios anillos lumínicos de energía etérea salieron disparados en todas direcciones, dejando un pequeño punto trémulo como único testigo.

Ambos permanecieron en silencio durante varios minutos.

—Es impresionante —dijo el hombre con la voz sobrecogida.

—Sin duda —dijo Sykes con la mirada clavada en el lugar donde antes había estado el vórtice—. Aunque el truquito con las bolas tampoco ha estado mal.

El hombre, con mirada mezcla de duda y vanidad contenida, extrajo una bola del bolsillo y la lanzó hacia arriba. Cuando la bola comenzó a descender, extendió la palma de su mano y la bola permaneció sostenida en el aire en completa quietud. No dejaba de mirar a Sykes. Alzó su mano apenas unos milímetros y la bola ascendió hasta casi tocar el techo de vidriaquita. Después comenzó a mover la mano en círculos, con un movimiento suave, como si acariciara la barriga esponjosa de un animal sumiso. La bola se movía con furia alrededor de la habitación. Parecía que iba a chocar en cualquier momento. Sykes la perdió de vista hasta que la notó presionar su frente con suavidad. La bola estaba tibia debido a la fricción. El hombre relajó el dedo y la bola comenzó a alejarse de la frente de Sykes, quedándose entre la mirada impresionada de Sykes y la sonrisa del hombre.

—Hacía mucho tiempo que no enseñaba mis habilidades.

—Yo trataría de vivir de ello, amigo.

El hombre sonrió. Parecía cansado, melancólico, como un niño incapaz de ganar una pelea a su hermano mayor.

—Si me disculpas, voy a ir a descansar. La hibernación siempre me deja mal cuerpo.

24

—¿De verdad vas a comerte todo eso tú solo, agente Bruc?

—¿Qué diablos quieres, Talaban?

—Pasaba por aquí y te he visto.

—Venga, Eloise. ¿Qué quieres? ¿Y cómo diablos me has encontrado?

—Sabes que no puedo revelar mis fuentes. De todas formas, ¿no puedo saludar a un amigo con el que me cruzo en los suburbios?

—…

—¿Puedo sentarme?

—Solo si tienes algo interesante que contarme.

—Pensaba que la periodista era yo.

—…

—De acuerdo. ¿Sabes que he estado con la mujer de Paul Levre?

—Joder, Eloise. Eres una caja de sorpresas. ¿Aquí?

—No, agente Bruc. Aquí no. En Baco.

—¡Pero si apenas has tenido tiempo! No habrás podido disfrutar de la playa.

—No fui a disfrutar de la playa.

—Que seria te pones.

—Querría contrastar información.

—De poca ayuda te voy a ser ahora mismo. ¿Has probado estos pasteles? La crema está deliciosa.

—No tengo hambre.

—Bueno, pues tú dirás.

—La mujer cree que todo ha sido un montaje.

—¿Y qué pensabas que te iba a decir?

—Joder, Sebastian, no me digas que no ves nada raro en el ataque.

—¿Raro?

—…

—Estoy investigando, Eloise.

—Al parecer unos hombres aparecieron por Baco unos días antes del ataque. Iban todos los días al bar de Pete Levre. Una monada el sitio, por cierto. Intimaron y comenzaron a emborracharse. A la mujer no le gustaban nada esos hombres. Un día le pareció escuchar no sé qué de una transacción. Algo sencillo. Ya sabes: vas y vienes. Dinero fácil.

—¿Y qué tiene eso de raro? Un antiguo traficante que vuelve a las andadas. El pan de cada día.

—Tengo unas imágenes grabadas en el bar. Echa un vistazo.

…

—¿Y bien?

—Y bien qué.

—¿En serio, agente? ¡Llevan máscaras!

—Y buenas. Apenas se notan las reflexiones de la luz.

—¿Solo tienes eso que decir?

—No sé que ves de extraño. Está claro que esos hombres no eran turistas. Iban en busca de Levre.

—¿Y por qué buscar a un traficante retirado? Podrían haber buscado a uno en activo. Opciones no les faltan.

—…

—…

—No creo que puedas tirar mucho más de ese hilo.

—Bueno, pero deja el campo libre a la especulación. ¿Quieres saber lo que pienso?

—Estoy ansioso.

—Creo que el asesinato de Pete Levre no es más que la tapadera. Un extraficante de armas con la codicia intacta. El señuelo perfecto. La señorita Rivas era el verdadero objetivo. Ella y el hombre que el capullo de tu jefe te está haciendo buscar.

—Cuidado, Eloise. Ya sabes que los suelos oyen y los techos escuchan.

—Son solo suposiciones.

—Suposiciones peligrosas. Déjalo estar.

—¿No tienes la sensación de que esto es un bosque muy oscuro?

—No, Eloise, no. No tengo esa sensación. Además, yo no soy el portador de ninguna luz.

—El hombre estaba hablando con ella.

—Pfff… ¿No te cansas nunca?

—Son varios testigos los que lo afirman. La hurgadora dueña del bar incluida.

—Podrían estar intimando.

—O planeando cuantos hijos tener. Venga, no me jodas.

—Qué boca más sucia, Eloise.

—¿Has visto las calles traseras? Parece una pequeña guerra.

—Quizá se volvieron locos mientras huían. Como en las viejas pelis esas del lejano oeste. *¡Yeehaw! Pam, pam, pam.*

—Pero que daño ha hecho Pandora.

—…

—¿Ese no es el local de Frey? Se lo tiene bien montado, eso no se puede negar. ¿Y ese chico de la esquina que hace como que no vigila? ¿Es un agente?

—…

—¿Por qué hay dos agentes ministeriales vigilando el local de Frey?

—¿Quién te dice que estamos vigilando el local de Frey?

—¿Puedo hablar con el chico?

—¿Para qué preguntas si vas a ir igual?

—No sé. Educación. Respeto.

—Nunca has tenido nada de lo uno y menos de lo otro.

25

Unos días más y llegarían a Epona. Hacía mucho tiempo, tanto que era imposible recordarlo, estuvo a punto de ir con Frey por un problema con un alijo de resina en mal estado. En esos tiempos, un joven eponiano se había hecho con el control del mercado de resina. No se plantaba un solo plambet sin la aprobación de Fritz, que es como se llamaba aquel joven. Era un chico duro, criado como un salvaje en un bosque por una familia de domadores de felodromes. Pero también era un chico lo suficientemente listo para no meterse en problemas con ellos. Les entregó un nuevo alijo, los negocios continuaron y Sykes se quedó con las ganas de visitar Epona.

Pero ahora lo más importante no era Epona ni sus animales ni sus plantas ni el maldito Fritz. Ahora lo más importante es que al fin se iba a librar de los prostéticos.

Llegó a la cafetería donde los trabajadores de CC jugaban a los dados. Llevaban todo el viaje jugando a los dados. Paraban para comer y para dormir. Se dirigía a la barra cuando la nave dio un giro brusco que le hizo caer al suelo. Las luces de emergencia comenzaron a parpadear al son del martilleante sonido de la alarma. Sykes trataba de levantarse, pero perdía el equilibrio en cada intento. Los dados se pasearon por el suelo frente a él marcando dos seises y Sykes, irracional y estúpido, pensó que tenía que haber apostado. Gateó hasta la ventana más cercana y se levantó para mirar. Esperaba ver una tormenta de meteoritos o algún cometa cercano rompiendo la estabilidad gravitacional de la nave, pero lo que vio fue a otra nave aproximándose.

—¡Piratas! —exclamó el camarero aterrorizado asomado al ojo

de buey que había tras los estantes de la barra.

El capitán Guido Sorrento, consciente de lo peligroso de las maniobras y tras analizar las posibilidades que tenían, decidió rendirse. Su nave era una simple nave de transporte sin armamento y se enfrentaban a una nave militar, probablemente robada y sin duda bien armada, como se habían encargado de demostrar. Tenía que proteger a su tripulación.

Observó los rostros macilentos de sus hombres. Él, sin embargo, no podía evitar estar rojo de ira.

Los atacantes llevaban máscaras optoelectrónicas completamente negras. Vestían también de negro y hablaban con una negra voz sintetizada que sonaba como el estertor de un moribundo en un pozo profundo y oscuro.

Atacaban a la tripulación con estudiada violencia, golpeándola con las culatas de las armas o con el puño desnudo mientras les preguntaban dónde estaba esto o dónde estaba lo otro. La tripulación se mantenía firme, recibiendo los golpes con entereza, escupiendo la sangre al suelo para no tragársela. Los trabajadores, sin embargo, lloraban y suplicaban. No todos, pero sí la mayoría. Pataleaban y señalaban indicando donde podían encontrar hasta su propia dignidad perdida. Algunos caían al suelo inconscientes. Uno de los atacantes golpeaba con especial saña a Sykes. Después de varios golpes en el rostro, decidió quedarse tumbado cubriéndose la cabeza con los brazos. Temía que su máscara se rompiera en uno de esos golpes. Una patada salvaje en el rostro hizo que dejara de temer.

Despertó tumbado en una cama que resultó ser la suya. Uno de los atacantes registraba la habitación lanzando las cosas al suelo, deshaciendo la maleta con desgana, dando pequeñas patadas a las cosas que había tirado. Sacaba los cajones de la cómoda y de la mesa y los pateaba. Cogió un cigarrillo de un paquete que estaba tirado en el suelo, bajo la mesa, y buscó un mechero lanzando patadas a los papeles y a los muebles y a la ropa. Cuando se dio por vencido, lanzó el cigarrillo por encima de su hombro. Sykes

trató de permanecer inerte, pero un gemido infiel debido al dolor le traicionó. El hombre se situó junto a la cama, acercando la punta del arma al rostro de Sykes. Una risa gutural salía del interior de la máscara. Otro de los atacantes apareció en la habitación y le informó que habían terminado. El atacante se levantó y se alejó riendo mientras pulsaba un botón en su coraza, a la altura del cuello. La risa gutural se convirtió en un sonido meloso. «Lo has hecho bien, princesita», dijo mientras se alejaba.

26

Los gritos airados del capitán Guido Sorrento podían escucharse desde cualquier punto de la nave ministerial. Maldecía e increpaba a los agentes con la boca sucia de un experimentado navegante.

Sykes le escuchaba sentado en la sala contigua. El interrogatorio había sido pura rutina. El agente ministerial, un hombre llamado Mcwean, reprogramado en unos cuarenta años pero con la piel apergaminada debido a una extraña enfermedad sanguínea, no había sido excesivamente severo. El rostro hinchado y amoratado de Sykes era una buena arma para despertar cierta compasión. Además, el sistema de interpretación sensitiva hacía demasiado tiempo que había dejado de suponer un problema para él. Bendijo la prohibición de la lectura intracerebral.

El revuelo de la sala principal se adivinaba tras los cristales tintados. Entre tanto alboroto, apareció la figura diminuta de una mujer caminando erguida, rígida, dando pequeños pasitos con un vaso sostenido entre sus minúsculas manos. Los vigilantes se apartaban a su paso mostrando cierto temor reverencial. No debía medir más de un metro cuarenta, calculó Sykes cuando entró en la sala. Sonreía, pero sus ojos negaban cualquier atisbo de simpatía.

—Supongo que tendrá usted sed —dijo posando el vaso sobre la mesa. Su voz fina y afilada parecía cortar el ambiente recargado de la habitación—. A mí las pastillas de cicatrización también me dejan la boca pastosa —dijo sin mostrar ningún tipo de emoción. La simple constatación de un dato irrelevante.

Sykes cogió el vaso agradecido y lo bebió de un solo trago bajo la atenta mirada de su nueva acompañante.

—Bien, señor Long. Tan solo vengo a agradecer su

colaboración. Entenderá que esto es protocolario —sus ojos prostéticos oscilaban estudiando el rostro con disimulado esmero—. Al parecer también sufrió un percance con unos androides en su viaje a Edge… Verdadera mala suerte… —su mirada parecía poder atravesar la máscara—. Mañana estaremos de vuelta en Edge. El pliegue con el que hemos llegado permanecerá abierto hasta nuestro regreso.

Con un chasquido de sus labios dio por terminada la conversación. Se despidió con un parco adiós y un apretón de manos que sorprendió a Sykes por su fuerza. Por un momento, le pareció ver un brillo extraño pintado en sus ojos yermos; un movimiento inexistente pero palmario en sus párpados inertes. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

La estación principal de Edge se había llenado de periodistas con sus sistemas de almacenamiento encendidos y el cuchillo entre los dientes. Un agente ministerial se situó en el atril improvisado y comenzó a responder a las preguntas atropelladas que le lanzaban como dardos envenenados.

CC le esperaba fuera de la estación. Le ofreció quedarse esa noche a dormir en su casa. Era una práctica común entre comerciantes. Nada que pudiera levantar sospechas.

La casa de CC era un ático amplio y luminoso con todas las paredes blancas y los muebles de color negro. Los cuadros descansaban en el suelo o colgaban de las estanterías llenas de viejos libros de papel. Sykes examinó curioso una de las estanterías, rozando con sus dedos las cubiertas de los libros.

—¿Sorprendido? Mi padre trabajaba como catalogador en la biblioteca de Tot, así que siempre tuve cierta fascinación por los libros y como transportista me he podido hacer con una buena colección.

Sykes no pudo ocultar sentirse impresionado.

—¿Eres de Tot? ¿Y cómo has acabado…? —dejó la frase inconclusa, sabedor de su falta de tacto.

—¿Aquí, quieres decir? ¿Has estado en Tot? Me refiero a vivir allí, no de visita ni de estudiante. No me malinterpretes, es una buena vida, pero no es para mí. Así que me fui y viajé por el Sistema trabajando en lo que iba saliendo. En uno de esos viajes conocí a Pete. Su padre era un hombre encantador que regentaba una empresa de transportes con un puro siempre entre los labios. Vinimos aquí juntos. Era un trabajo que nos permitía seguir viajando. Con el tiempo nuestra relación se estancó, así que Pete se fue con una jovencita guapa y estúpida a partes iguales. Y era muy guapa. Se fueron a Bastat, creo. El padre, dolido con su hijo por abandonar la empresa que tanto esfuerzo le había costado levantar, le desheredó antes de morir. Y a qué no adivinas a quién se la dejó.

Sirvió dos vasos de *whisky* y le ofreció uno a Sykes.

—Aquí puedes quitarte la máscara si quieres —Sykes miró hacia el enorme ventanal que recorría la pared del salón—. Los cristales son de visión unilateral —dijo CC apreciando el gesto de Sykes.

—¿Puedo darme una ducha primero?

En el baño, Sykes mantuvo presionados los botones del collar. Le costó acostumbrar sus ojos a la luz real, más tenue que con la máscara. Miró su reflejo en el espejo y sintió verdadera lástima por sí mismo.

—¡Vaya! Veo que Frey tenía razón. Eres bastante guapo —dijo CC sin demasiada importancia. Nada de coquetería.

Sostenía la copa de *whisky* con una mano y un cigarrillo con la otra. Se había duchado también e iba vestida con un camisón blanco que dejaba poco a la imaginación. Sykes percibió que CC no mostraba ningún interés hacia él, cosa que le tranquilizó, porque no tenía ni fuerzas ni ganas de flirtear con nadie. Se sentó a su lado, cogió la copa de *whisky* que descansaba sobre la mesa y bebió un trago.

—¿Y cómo una chica como tú conoce a un chico como Frey? —preguntó Sykes.

CC rio antes de hablar.

—Es fácil conocer a Frey cuando tienes una empresa que se encarga de llevar cosas a los sitios. Lo conocí hace tiempo. Me ofreció un negocio un tanto turbio. No podría ser de otra forma con Frey. Pero fue un gran negocio. Con el dinero que gané amplié la flota de la compañía. Desde entonces hemos hecho varios y muy lucrativos negocios. Él y tú sois amigos desde niños, ¿verdad?

—Desde los seis años. Nos conocimos en una casa de acogida. Éramos inseparables.

—¿Y qué pasó?

—Un trabajo que salió mal. Nos traicionaron. No tuve tiempo de avisar a Frey y lo trincaron. Yo logré huir. Cuando regresé había pasado demasiado tiempo. Quizás estaba avergonzado. No sé. Nunca he logrado quitarme la sensación de que le traicioné, como si tuviera que haber sido yo al que tendrían que haber encerrado y no a él. No abrió la boca, el muy cabrón. Es un buen amigo. El mejor.

—¿Y qué ha pasado para que volváis a estar juntos?

Sykes se encogió de hombros con mirada inocente.

—Negocios… supongo.

—¿Y cómo pudiste regresar? ¿Prescribieron los delitos?

—Y desaparecieron las pruebas.

—¿Fuiste tú? —dijo CC sabedora de que estaba delante de uno de los mejores *intrusos* del Nexo.

Sykes apuró el vaso y lo posó sobre la mesa de cristal

—Si me permite, señorita, me voy a dormir. Estoy agotado.

La puerta de embarque se encontraba atestada de gente vociferando. Una azorada azafata informaba a los pasajeros que otra nave llegaría enseguida y así todos podrían regresar a sus casas. Sykes y CC fumaban en la distancia observando la escena.

—Buenos días, señor Long —la pequeña mujer de la nave ministerial se encontraba a su espalda, erguida como si estuviera en formación militar, con sus manos entrelazadas en la espalda y la

barbilla alzada.

—Buenos días —un impulso helado le recorrió el cuerpo.

—¿Cómo está, señorita Card?

—Estoy bien. Muchas gracias —la voz entrecortada de CC sonaba como cristales rotos.

—Me alegra saberlo. Me quedaría encantada a charlar con ustedes, pero he de irme —dijo con una sonrisa que arañaba el aire.

La vieron alejarse entre la multitud con las manos a la espalda, caminando con pasitos cortos y dirigiendo indagadoras miradas aquí y allá.

—¿De qué la conoces? —dijo CC cuando se aseguró que ya no la podía escuchar.

—Hablé con ella en la nave. Más bien habló ella conmigo. Se limitó a disculparse por el interrogatorio y a darme un vaso de agua.

CC le observaba apretando los dientes.

—¿Usaste serex?

Sykes asintió.

—Espero que esa máscara sea tan buena como aparenta —musitó intranquila.

—¿Quién es? —dijo Sykes observando a la pequeña mujer perderse entre la multitud.

CC le miró un momento, dubitativa. ¿Era miedo lo que veía Sykes en sus ojos?

—La agente ministerial Lenya Stein.

27

Lenya Stein se giró para observar a la señorita Card y al señor Long. Ellos ya la habían perdido de vista, aunque el rostro macilento de la señorita atestiguaba que su presencia todavía la perturbaba. Le gustaba provocar ese desaliento en los demás, aunque le repugnaba la debilidad que mostraban. Permaneció unos segundos observando a la señorita Card. Conocía sus negocios más turbios, pero no le importaba, le permitía operar. A ella no le molestaba, incluso le agradaba que la gente se ganara su sustento, sea como sea. Las moralinas burocráticas no permiten avanzar.

Tampoco el señor Long, o fuera quien fuera el hombre tras la máscara optoelectrónica, le importaba demasiado. Algún negocio sucio echado a perder por culpa del ataque. La máscara era un gran trabajo. Ni siquiera pudo ver sus rasgos tras ella. Tampoco en las imágenes espectrales. Fotosensor ultravioleta de baja frecuencia. Fabricación china, nadie más era capaz de hacer algo así. Le gustaban las cosas bien hechas. Y los guantes, ninguna huella en el vaso, o, mejor dicho, las huellas del inexistente Jeff Long. Y el ADN, corrupto, por supuesto.

Chico listo, señor Long.

No quería volver a la Ciudadela, pero tampoco tenía otro lugar al que ir. De nuevo la búsqueda había llegado a ninguna parte. Los ministros estaban impacientes, cansados de los vanos esfuerzos que estaba realizando para encontrarla. Quizá debería prescindir de alguno de ellos. Un simple toque de atención, un recordatorio. Con la muerte de uno tendría crédito para mucho tiempo.

El ministro Teltet quería que se incorporara a la investigación del ataque en la cantina, arreglar su chapuza. El agente Bruc era un

buen investigador, demasiado gentil, pero un hombre inteligente. Mucho más que el ministro. Tenía un nombre, un tal Marcus Sykes, pero el cuerpo que lo portaba había desaparecido. Quizá ya estaba muerto. Otro cadáver anónimo en Ciudad Vertedero. O deambulando inerte por el espacio.

Se dirigía hacia el hangar en donde esperaba su nave cuando lo volvió a ver. De nuevo con la barba larga y el pelo plateado por debajo de los hombros. Hacía tiempo que no se reprogramaba, pero seguía resultando un hombre atractivo. Era la segunda vez que lo veía en apenas tres meses. Primero en Vimana y ahora aquí. Descendía de una nave interestelar de larga distancia, una nave robusta fabricada, sin duda, en los talleres de ensamblaje de Vulcano. Buscó el número de bastidor de la nave. Otra casualidad: al igual que ella, acababa de llegar de Ull. ¿Qué hacía Gabriel Stullton en Ull? ¿También estaría buscándola? Había una disertación sobre derecho tecnológico en la Universidad de Ull, pero Gabriel Stullton no estaba entre los ponentes, como indicaba el póster que la universidad había colgado en su servidor. Además, hacía tiempo que se había retirado. Al campo, había escuchado ella. Demasiado inquieto para un hombre que se ha retirado al campo.

Tendría que hablar con él. Diez minutos los dos solos. Con eso bastaría. Pero no debía. Demasiadas muertes en poco tiempo. Demasiadas explicaciones que dar. Y Gabriel Stullton no era un simple subciudadano.

Le observó alejarse con una mochila a la espalda.

Hasta la próxima, señor Stullton .

28

—Vaya como te han dejado la cara, ¿y no te defendiste? El gran Marcus Sykes recibiendo hostias como un colegial —Frey reía palmeándose el muslo.

—¿Y Miles? —preguntó Sykes buscándolo con teatralidad.

—Joder, pues no sé. Pero bueno, ¿dónde estará ese puto pájaro? Desde luego, les das la mano y te cogen el brazo entero. ¿Quieres una copa?

Sirvió dos copas y se bebió la suya de un solo trago.

—Bebe, coño, que hay mucho que celebrar.

Esta vez fue Sykes el que bebió su copa de un solo trago.

—Ese es mi viejo amigo —exclamó—. Y ahora, un poquito de coca para la nariz, que tiene hambre. ¿Quieres?

—¿No crees que te estás pasando con eso?

—Un poquito sí —dijo riendo—. Solo un poquito. Pero dejemos de hablar de mí y hablemos de mi viejo y buen amigo, el puto Marcus *me han puesto la cara como un jodido cromo* Sykes —se levantó intempestivo y se dirigió hacia Sykes con las manos extendidas y una sonrisa socarrona. Le sostuvo el rostro con ambas manos, solícito con su perfil dolorido, y le dio un sonoro beso en la mejilla sana—. Lo hiciste de puta madre. Como en los viejos tiempos. ¿Disfrutaste? Vamos, sé que sí, a que disfrutaste.

Sykes esquivó la mirada de Frey ocultando su sonrisa. Después se señaló la mejilla inflada y ennegrecida, tratando de parecer dolido.

—Daños colaterales, colega. Teníamos que sacarte de la ecuación.

—¿Y ahora?

—Ahora tú ya no te tienes que preocupar de nada. Tu parte está hecha.

Frey llenó de nuevo los dos vasos, pero esta vez también les echó hielo. Bebieron en silencio; Frey mirando la alberca desde la ventana; Sykes mirando su reflejo borroso en el vaso.

—Después del ataque llegó una nave ministerial. Nos estuvieron interrogando. Nada complicado. Test sensorial y las preguntas de rigor.

—Bueno, esos cerdos tendrán que ganarse su paga.

—A mí me interrogó un tal Mcwean. Un buen hombre para ser un agente. Después vino una mujer. Había algo en ella…, no sé…

—¿Cómo se llamaba?

—Agente Stein, me dijo CC.

El tintineo de los hielos en el vaso delató el estremecimiento de Frey. Sacó dos cigarrillos y le ofreció uno a Sykes. Mientras le daba fuego, le miraba con fijeza, sin pestañear. Estudiándolo.

—¿Stein? ¿Lenya Stein? —dijo Frey intranquilo.

—Sí, Stein. Eso creo, sí.

Frey seguía observando a Sykes a través del humo gris.

—¿Notaste algo? ¿Un pequeño gesto de desconfianza tal vez? ¿Te hizo alguna pregunta que te pareciera extraña?

—Lo cierto es que por un momento noté que me miraba más allá de la máscara.

—Esa puta enana malnacida. ¿Qué has hecho con la máscara?

Sykes se llevó las manos al cuello del jersey y le enseñó el collar. Frey se lo quitó con habilidad y la sostuvo en su mano, sopesándolo. Después lo colocó con mimo en el suelo y, tras mirarlo con cierta lástima, comenzó a darle pisotones encolerizado. El collar fue deshaciéndose en pequeños trozos de metal, plástico y cristal. Cuando pareció darse por satisfecho, le pidió también los guantes. Después pulsó un botón sobre el circuito impreso pegado en su muñeca. Un pequeño robot con forma circular apareció a través de una de las paredes y recogió lo que quedaba del collar. Frey introdujo los guantes en la cavidad superior.

—Llévalo a la fundición —ordenó Frey al robot—. El puto Jeff Long ya no existe. La única conexión sería CC. ¿Pero qué culpa tiene? A ella le contrata un comerciante y no se va a poner a estudiar su puta vida. Solo quiere comerciar que es lo a que se dedica. La propia palabra lo indica.

—¿Tanto miedo le tienes?

Frey no respondió. Se giró hacia la ventana y permaneció quedo, tan solo el movimiento del brazo para llevarse el cigarrillo a los labios.

—Sebastian Bruc preguntó por ti. Ese puto gordo sabe que eras tú el que estaba reunido con la patricia en la cantina. También sabe que nos criamos con Rohan. Siempre fue un tío listo. Tendrás que moverte con mucho cuidado a partir de ahora. Y no te acerques por el local. Tengo a un niñato vigilando todo el día.

Sykes miró hacia abajo y lanzó el humo del cigarrillo con fuerza hacia el suelo intentando ordenar sus ideas. Fue inútil.

Cuando levantó la mirada, Frey había desaparecido. Lo buscó con sus ojos agotados sin levantarse del sofá. Se le escuchaba en otra habitación maldecir entre bufidos y cajones abriéndose y cerrándose.

—¡Aquí está! ¿Te imaginas que lo hubiera perdido?

Se acercó a Sykes con la esfera de Lucille Rivas sujetándola entre el dedo índice y el pulgar, con el brazo estirado, observándola como si de un momento a otro fuera a estallar. Sykes la cogió y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Dónde esperas encontrar un lector para eso?

—Había pensado ir a Ciudad Vertedero.

—Sí. ¿Por qué no? No sé me ocurre un lugar mejor. Ni peor, claro.

—Necesito un sitio en el que quedarme hoy.

—Aquí estarás bien. Tengo el estómago quejándose desde hace horas. —Pulsó de nuevo el circuito impreso en su muñeca. Un hombre de lustrosa calva y cuerpo desmedido entró en la cabaña —. ¿Qué quieres?

—No sé. ¿Una hamburguesa?

—¿Y de dónde quieres que saque una puta hamburguesa? Fideos o pollo. No hay más.

—Pues dímelo.

—Coño, te lo estoy diciendo.

—Fideos.

—Shorty, trae dos de fideos y dos de pollo. Y coge algo para ti si quieres —dijo Frey dándole dinero al gigante que desapareció dejando un olor mezcla de colonia barata y sudor de varios días.

—Joder que mal huele este cabrón. Pero cualquiera le dice algo. ¿Le has visto? Lo contraté cuando salió de Letargo. Una condena de cincuenta años. No sé ni como se acuerda da caminar —a Frey le sacudió un escalofrío. Sykes estaba demasiado cansado para que nada le sacudiera—. Es un puto cíborg. Sus ojos, sus brazos, sus piernas y vete tú a saber que más. Su puta polla, seguro. Porque estos gigantones luego tienen una alubia con dos guisantes ahí abajo. ¿Y sabes cómo se llama? Shorty. ¿No tiene guasa?

Cuando terminaron de comer, Sykes se fue a dar una ducha. Al salir, la cabaña estaba vacía. Miró por la ventana. La nave se había ido. En su lugar había un pequeño vehículo esférico, suficiente para volver a la civilización. Un sobre negro con su nombre escrito con tinta blanca y la bonita letra inclinada de Frey descansaba sobre la mesa. Mañana lo abriría. Estaba demasiado cansado.

Le despertó el silencio. Todo era silencio menos su respiración somnolienta. No recordaba la última vez que había escuchado el silencio, pero le resultaba agradable. Se levantó y cogió el sobre de la mesa. Dentro había dinero y dos pasajes, uno para viajar en deslizador con destino Kinshasa y otro para viajar en tren desde allí a Ciudad Vertedero. Miró la hora de embarque y después el hortera reloj de salón que descansaba sobre la estantería. Faltaban cuatro horas.

II

29

La lluvia le golpeaba el rostro todavía adormecido por el blacktrip. Caminaba con torpeza mirando el cartel parpadeante de la estación. La «K» seguía estropeada. Lo cierto es que no recordaba haberla visto funcionando nunca. Para la Acrópolis, Kinshasa no era más que otro estercolero de los suburbios.

Charley debía estar hablando, pero no era capaz de escucharlo, tan solo le veía mover la boca con esa estúpida sonrisa rellena de dientes podridos. Lo vio acercarse con el brazo extendido, pero no fue capaz de reaccionar.

—¡Joder, Charley! Avísame antes de meterme esa mierda —dijo frotándose la nariz dolorida. Las sienes le palpitaban con fuerza por el efecto de la prineína inhalada.

—¡Pero si te lo he dicho! Lo que tienes que hacer es dejar de colocarte tan temprano —dijo tirando el inhalador al suelo.

El alboroto dentro de la estación los puso alerta. Los demás corretearon buscando un buen lugar desde el que esperar la salida de los viajeros.

—¡Nos vemos luego! —exclamó Charley antes de desaparecer en el interior de la estación.

Oliver permaneció en el exterior. Se apoyó en una pared oculto al amparo de un pequeño quiosco abandonado y miró hacia el callejón donde Nancy aguardaba vigilante.

Los viajeros comenzaron a salir mirando hacia el cielo negro. Escogía a sus víctimas en función de su indumentaria, de su equipaje, de su peinado, pero, sobre todo, de sus modales. Entre los suyos, era bien conocida su fama a la hora de escoger las presas correctas. Comenzó la jornada robando a una gigantesca señora

que transportaba un pequeño maletín. Aprovechó el momento en que varios niños se acercaron a mendigar unas monedas.

Lo hacía siempre de la misma manera: se aproximaba con decisión cuando veía a su víctima centrarse en otra tarea. Aprovechaba el despiste más mínimo. Podía ser la búsqueda de un transporte, el abrazo con un familiar al que hacía tiempo que no veía, el beso cariñoso con un amante o, como era el caso esta vez, la condescendencia petulante que estaba teniendo con los niños mendigos. Extraía todo lo que podía de los bolsillos con sus pequeñas y hábiles manos. Lo hacía sin apenas fijarse en la víctima, mirando hacía cualquier otra parte, con movimientos suaves, sin detenerse más de unos segundos. Después, le entregaba el botín a Nancy y volvía para robar a otro incauto. Cuando la víctima quería darse cuenta de que le habían robado, Nancy ya había hecho desaparecer el botín.

Pasadas varias horas, apareció un pequeño grupo de vigilantes, seguramente alarmados por alguna víctima.

Oliver comenzó a caminar tranquilo hacia el callejón, observando a sus compañeros huir de los agentes entre risas y algún que otro insulto furtivo. Nancy había desaparecido. Se la imaginó alejarse tranquila con lo robado escondido entre la ropa, mezclándose con la gente con mirada inocente y sonrisa infantil.

Un hombre reprogramado en unos treinta años, o quizá cuarenta, Oliver nunca fue bueno para determinar la edad de nadie, esperaba apoyado sobre una farola. El hombre levantó la mano cuando vio un taxi doblar la esquina de la estación. Antes de que subiera al taxi, Oliver se acercó a él con la mirada distraída y las manos preparadas. Vació los bolsillos del hombre y se introdujo en el callejón contiguo viendo al taxi marchar en el reflejo de un contenedor metálico.

Decidió ir al bar de Lou, era demasiado temprano para ir a casa. Pero antes se pasaría por casa del viejo Rómulo para conseguir un poco de blacktrip. Se lo había ganado.

El bar de Lou era, sin temor a equivocarse, el peor antro de Kinshasa, lo que lo convertía inexorablemente en unos de los peores antros de los suburbios. Su clientela se basaba en rateros, borrachos, prostitutas, chaperos y drogadictos, cuando una misma persona no acaparaba varias de esas acepciones.

Charley bebía y fumaba en una esquina mal iluminada mientras escuchaba las historias de Trevillo, un viejo hurgador con un brazo mecánico oxidado que solo hablaba del día que perdió el brazo, como si su vida no fuera más que un punto estanco en el tiempo mientras los demás envejecían.

—Quinientos kilos de chatarra encima —decía con voz beoda—, pero no sentí más que un pellizco aquí —se señalaba el actuador del hombro con un dedo negruzco y desuñado—, como si un pequeño insecto me hubiera mordido. ¡Ah!, hola Oliver, estaba contándole a Charley el día que perdí el brazo.

—¿Qué tal el día? —preguntó Charley.

—No ha estado mal —dijo Oliver mientras indicaba a Trevillo que los dejara solos con un gesto de la mano.

Oliver esperó a que el viejo Trevillo encontrara otra víctima a la que soltarle su perorata antes de sentarse frente a Charley.

—¿No está Nancy?

—No ha venido. Se habrá ido a casa. O quizá esté en el mercado.

Oliver sacó de un bolsillo oculto en la sudadera el botín de su última víctima y lo posó sobre la mesa. Charley reaccionó enseguida, tapándolo con un sucio periódico que descansaba sobre la silla contigua.

—¿Estás loco? —dijo asustado—. ¿Y si se entera Monks?

—¿Por qué se va a enterar? ¿Se lo vas a decir tú? —dijo envalentonado.

Levantó el periódico, pero lo hizo con cuidado, escondiendo lo robado de miradas curiosas. Mejor prevenir, pensó con el ánimo más apocado. No pudo evitar un respingo de sorpresa cuando abrió el sobre.

—¿Qué hay? —preguntó Charley mientras levantaba el periódico. Oliver sostenía el sobre como si fuera la frágil cría de una golondrina enferma.

Oliver contó los billetes con pericia. Después cogió la mitad y se los dio a Charley.

—De esto que no se entere nadie.

—¿Quién coño se va a enterar? —dijo Charley con risa cicatera.

Oliver se guardó su parte del dinero en el bolsillo oculto de la sudadera. Sacó un billete de tren a Ciudad Vertedero y se lo mostró a Charley.

—Alguien va a perder el tren —dijo Charley riendo entre bocanadas de humo gris.

Oliver cogió el último objeto bajo el periódico.

—¿Qué crees que será?

—Ni idea. ¿Tendrá algún valor?

—¿Esto? No creo.

—Quizá Monks sepa lo qué es.

30

Sykes se sentía completamente imbécil.

Al menos el taxista, un hombre pequeño de voz afeminada, no había sido demasiado severo con él. «Con esa voz», pensó Sykes mientras el hombre le recriminaba su falta de cuidado, «no se puede ser muy severo por mucho que se quiera».

Al amanecer, los alrededores de la estación comenzaron a llenarse de vida. Confiaba en que el crío volvería a aparecer. Solo había un problema: no recordaba cómo era.

Tres horas después y con los pulmones ardiendo por tanto tabaco, las calles que rodeaban la estación estaban atestadas de críos.

Se acercó con paso decidido y agarró al primer crío, que resultó ser una cría de pelo sucio y mirada enturbiada, y la llevó sujeta por el brazo a una zona más apartada siempre a la vista de los demás niños. La niña, que no tendría más de doce años, balbucía anunciando sus tarifas como si fuera el menú de una tasca barata: chupar, dos mil; follar, tres mil…

Sykes la soltó en cuanto vio a un niño correr hacia los callejones y salió disparado tras él. A su espalda todavía se podía escuchar a la niña ofrecer una rebaja en sus precios.

Alcanzó al niño en una callejuela llena de basura empapada por la lluvia. El niño lejos de amedrentarse, se mostraba desafiante.

—¿Fuiste tú el que me robó anoche? —dijo Sykes sujetándolo por el pecho con suavidad pero con firmeza.

—¿Qué mierda hablas, tío? Yo no he robado a nadie.

Sykes registró al niño. Un paquete de chicles, una pipa usada para fumar blacktrip y varias monedas era lo único que tenía.

—¡Eh! No me toques. ¿Eres un cerdo de esos? Voy a denunciarte.

—Mira, chico, hoy no tengo tiempo para gilipolleces. No me importa el dinero, pero necesito la esfera que te llevaste.

—¿Esfera? ¿De qué mierdas me estás hablando? Yo no sé na…

Sykes golpeó con un sonoro manotazo el rostro incrédulo del niño. No fue un golpe fuerte, pero sí suficiente para hacer comprender al niño que estaba metido en un lío.

Un hombre de aspecto nórdico, vestido con un mandil manchado de sangre y un gorro de cocinero, salió a la calle por una puerta metálica unos metros más adelante y encendió un cigarrillo resguardándose de la lluvia bajo la cornisa del edificio. El hombre se estremeció cuando se percató de la presencia de Sykes y del niño. Se acercó aprensivo cuando Sykes le pidió un cigarrillo, estudiando la situación con su mirada de ojos cian. Le dio un cigarrillo a Sykes, tratando de mantenerse lo más alejado que le permitieran sus delgados brazos.

—Y fuego —dijo Sykes con voz fría.

—¿Me da uno a mí, amigo? —El niño sonreía inocente observando al nórdico desde su corta estatura. El hombre dirigió su mirada a Sykes con gesto interrogante. Sykes asintió. Bastante le importaba a él la salud de ese crío. Le invadió un sentimiento de culpa. Ese niño no era muy diferente a él cuando tenía su edad y recorría las calles con Frey y el resto de la pandilla. Podría ofrecerle algún buen consejo en vez de un cigarrillo. Contarle que él también había sido un niño de la calle, que todo era posible y el futuro estaba en sus manos. Pero no le gustaba mentir si no era estrictamente necesario, así que no hizo nada más que exhalar el humo observando como el niño encendía el cigarrillo. Era un cilindro enorme en sus pequeñas manos.

El nórdico se alejó encadenando una calada con la siguiente, soltando el humo por la nariz como un dragón enfadado. Lanzó el cigarrillo y se metió en el edificio cerrando la puerta con fuerza.

—De acuerdo mocoso. Fuma tranquilo y mientras, vete

pensando cómo voy a encontrar esa esfera. Si no me lo dices, te haré tragar ese cigarrillo encendido. Y después este otro —dijo mostrándole su cigarrillo protegido de las gotas de lluvia bajo la palma de su mano.

El niño miró a Sykes y comprendió que quizás ese hombre le hiciera tragar el cigarrillo encendido. Y no quería tragar el cigarrillo encendido. Ni apagado tampoco. Asintió bajando la cabeza avergonzado. Perdería el respeto de sus amigos por abrir la boca. Pero sus amigos no tenían delante a un hombre que les fuera a hacer tragar un cigarrillo encendido. Ni apagado tampoco.

Le guio a través de las estrechas calles de ladrillos y metal, llenas de gente y de olores: olor a sudor y alientos etílicos; olor a carne y olor a pescado y a especias; olor a lluvia ácida y basura húmeda.

Llegaron a una calle cortada por un muro altísimo de hormigón. En el suelo, como si estuviera dibujado por la mano inocente de un niño, se abría un orificio no muy dilatado, pero sí lo suficiente como para dejar paso a una persona adulta de complexión normal. El chico se acercó al agujero y silbó una melodía. Desde el interior surgió una nueva melodía seguida de un ruido metálico que continuó hasta que una plataforma circular apareció a través del agujero.

—Te espero abajo —dijo el niño desapareciendo en el agujero antes de que Sykes tuviera tiempo de agarrarlo.

Sykes analizaba la situación. No le gustaba tener que meterse allí y menos con el mocoso que tenía de anfitrión. Además, últimamente dudaba de su capacidad para tomar la decisión correcta. Aun así, acabó descendiendo. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Una tenue luz ambarina al final del túnel manchaba la oscuridad. A los lados, pegadas a las paredes, pequeñas casitas hechas con deshechos se agolpaban formando una curiosa y aterradora población cuyos habitantes eran niños con miradas envejecidas. Sykes tardó en adaptarse a esa luz casi inexistente. El

niño saludaba a un lado y al otro, caminando con seguridad. Estaba en su territorio. Aquí nadie podría darle un guantazo ni hacerle tragar un cigarrillo encendido. Ni apagado tampoco.

Salieron a otro túnel mejor iluminado con casas fabricadas con mejores materiales. En el centro del túnel, alrededor de una hoguera en el suelo, varios niños tumbados gemían con un sonido áspero e ininterrumpido. Tenían los ojos en blanco y expulsaban un humo denso y oscuro a través de sus perturbadoras sonrisas.

—¡Estas no son horas! —gritó el niño cuando pasaron al lado de la hoguera—. ¿Has visto? No saben drogarse. Mira, esa de allí, la de las paredes verdes, es mi casa. No está mal, ¿eh?

Accedieron a otro túnel cerrado por una verja de metal oxidado. Al fondo se veía una casa construida con ladrillos con las ventanas iluminadas.

—¿Qué tal, Oliver? —saludó otro niño desde el otro lado de la verja—. ¿Cómo ha ido la mañana?

—No muy bien. Este hombre quiere hablar con el jefe.

Charley estudió brevemente a Sykes desde el otro lado de la verja antes de asentir dubitativo

—De acuerdo. Esperad aquí.

Pasados varios minutos, la verja se abrió con un chasquido.

—Está viendo una película en el salón —dijo Charley cuando se cruzaron.

La casa era agradable, iluminada con paredes luminiscentes y decorada con muebles reciclados. En el salón, un hombre pequeño de prominente barriga y con el rostro y las manos cubiertas de una pátina negruzca, veía una película del viejo oeste apoltronado en el sofá. A Sykes le sobrevino un recuerdo lejano al verle, una idea vaga que desapareció tan rápida como había llegado. El hombre alzó una mano autoritaria sin dejar de mirar el holoreproductor.

—Está acabando —dijo.

Sykes y Oliver permanecieron de pie en silencio esperando que la película terminara.

Cuando comenzó a sonar la música que anunciaba el final, el

hombre lanzó al aire la orden de encender las luces. Las paredes se iluminaron con colores cálidos.

—Y bien Oliver, ¿a quién me traes? —preguntó con fingido cariño.

—Al parecer a este hombre le ha desaparecido una esfera muy importante y quiere recuperarla.

El hombre miraba incrédulo a Oliver con ojos hostiles y un gesto agrio en la boca.

—¿Y para qué coño me lo traes aquí, Oliver? ¿Es que te has vuelto tonto de repente?

—Verá —intervino Sykes—, no tengo ningún interés en inmiscuirme en sus asuntos, pero esa esfera tengo que recuperarla. El dinero puede usted quedárselo. Un pago por las molestias.

El hombre, con gesto pausado y sin apartar la mirada de Oliver, metió la mano entre los cojines del sofá y extrajo un viejo revólver.

—Estoy hablando con el chaval —dijo apuntando a Sykes con gesto blando.

—Lo siento, señor, de verdad, pero primero me pegó un puñetazo y después me amenazó con hacerme comer un cigarrillo —dijo Oliver con voz asustada—. ¡Encendido!

—¿Es verdad eso? ¿Has pegado al chaval?

—Solo le di un bofetón y sin demasiada fuerza; solo para asustarlo.

—¿Y de qué dinero está hablando este hombre? ¿Qué te tengo dicho sobre mentirme, Oliver? Te estás volviendo…

Sykes se abalanzó sobre el hombre y le arrancó el revólver de las manos. Cuando este quiso darse cuenta de lo que había sucedido, solo le quedaba una cara de tonto y un creciente dolor en la muñeca derecha.

—Siéntate ahí, Oliver, y estate calladito mientras hablamos —dijo Sykes mientras apuntaba al hombre con el revólver.

Oliver, con los ojos como platos y la boca abierta, se sentó en el sofá mirando a Sykes lleno de admiración.

—Vale, vale, vale —dijo el hombre—. Vamos a estar tranquilos.

Una esfera, dice. Pues si puedo ayudarle, le ayudaré, que para eso estamos aquí. A ver Oliver, ¿sabes de qué esfera está hablando el caballero?

—Supongo que se referirá a la esfera que le entregué anoche, señor Monks.

31

—¿Mikki? —preguntó Sykes incrédulo—. ¿Mikki *Monks* ? —dijo remarcando Monks con tono jocoso.

Monks miró a Sykes con los ojos entornados en un gesto que le hacía parecer una pequeña rata a la caza de un buen trozo de queso.

—¿No me reconoces? ¡Soy Sykes! ¡Marcus Sykes!

—¿Sykes? —dijo Monks llevándose las manos a la cabeza. Permaneció así, con la mirada a medio camino entre la sorpresa y la turbación. Finalmente, dirigió sus brazos hacia Sykes—. Ven aquí y suelta ya la pistola esa.

Ambos se fundieron en un sincero abrazo, riendo y mirándose con afecto.

Monks indicó a Oliver que saliera de la casa con un gesto de la mano. Oliver obedeció resignado, con la sorpresa todavía dibujada en su envejecido rostro infantil.

—Que alegría volver a verte. ¿Cuánto hace desde la última vez? —dijo Sykes.

—No lo sé. ¿Treinta? ¿Cuarenta años? Desde el asunto aquel en Neo York.

—¿Tienes algo de beber? Este reencuentro hay que celebrarlo.

Ambos bebieron y fumaron riendo y recordando sus viejas aventuras. El tiempo corría ligero.

—Me enteré de lo que os pasó a Frey y a ti. Puto Pillman. Di que al final lo pagó con creces.

—¿Qué le pasó?

—¿No lo sabes? Su cadáver apareció colgado en el puente de Cristal de Ciudad Colmena. Desollado vivo y con sus genitales a

medio digerir en el estómago. Sucedió dos semanas después de que Frey saliera. Tres meses más tarde, encontraron a su mujer, o más bien lo poco que quedaba de ella, en la plaza Mayor metida en una antigua maleta de viaje.

—No siento ninguna lástima. Nos jodió bien jodidos.

—¿Has vuelto a ver a Frey?

Sykes asintió.

—Me alegro. Formabais un buen tándem.

Monks se rascó su rostro ennegrecido.

—Quizá resulte indiscreto, pero… ¿Fuiste condenado en Tribeca? Lo digo por…

—Mi cara y mis manos son mi penitencia. Es imposible de quitar esta mierda. El tribium no mancha la piel, la tatúa. —Lanzó un largo suspiro cargado de tristeza y miedo—. Cinco años eternos. Solo sobrevivimos seis de los más de doscientos que llegamos. Una auténtica pesadilla. Jamás volveré allí. Prefiero morir.

—¿Qué pasó?

—Un trabajo *fácil* que se convirtió en una chapuza. Un simple atraco a una delegación de la Acrópolis para la recogida de impuestos. Todo salió mal. Tres muertos. Dos vigilantes y uno de los nuestros. El más afortunado. Los otros tres apenas sobrevivieron unos meses en Tribeca.

—Siempre fuiste un tipo duro.

—Hasta que llegué a Tribeca. Allí todos nos convertimos en niños perdidos esperando a ser recogidos por nuestros padres.

—¿Y cómo acabaste aquí?

Monks se encogió de hombros con resignación.

—Cuando solo sabes delinquir, pero sientes un miedo atroz a que te pillen otra vez…

—¿Sigues siendo tan bueno con la tecnología?

—Soy incluso mejor. Aquí tengo mucho tiempo para perfeccionarme. Mañana te lo enseño. Pero antes de que se me olvide…

Monks se levantó con torpeza y se perdió tras una de las

puertas del salón. Al regresar, manteniéndose en pie a duras penas, le entregó la esfera de Lucille Rivas.

—¿Es esto lo que buscas? Lo iba a tirar a la basura. Ya me dirás cómo coño lo vas a leer.

—¿Tú no podrías fabricar un lector?

—¿De eso? Imposible. No sé dónde podrás encontrar materiales para fabricar uno.

—Por eso voy a Ciudad Vertedero.

—¿Qué contiene?

—No lo sé. —Sykes dudó sobre qué contarle o qué no contarle a Monks. Por desgracia fue el alcohol quien tomó la decisión por él —. Hace unos días se puso en contacto conmigo una ciudadana. Quedamos, pero no tuvimos mucho tiempo para hablar. Me entregó esto y antes de que pudiéramos darnos cuenta, alguien la mató.

—¿Y tú escapaste?

—¿Tú que crees, Mikki? De milagro, eso sí; corriendo como un loco perseguido por dos tipos que no dejaban de dispararme.

—Bueno, por lo que se ve no tenían muy buena puntería.

—Se cargaron a medio bar los muy inútiles. ¿Te acuerdas de Levre? Según la Acrópolis iban a por él. El hecho es que a ella le volaron la cabeza. Por cierto, el chaval también me robó el billete de tren para Ciudad Vertedero. Es hábil ese cabroncete.

—No te preocupes por eso. Ya buscaremos una forma de que llegues. Ahora bebamos. Por los viejos tiempos.

32

Sykes despertó envuelto en un dolor de cabeza palpitante, con los pulmones empequeñecidos y la garganta troceada. Los ronquidos de Monks se percibían en el suelo y en las paredes.

Cogió una botella de la nevera y bebió sintiendo el placentero dolor que le producía el agua helada. Cuando terminó la botella la tiró en el cubo de la basura que había debajo del fregadero.

Se dejó caer en el sofá del salón y encendió el holoreproductor.

Mientras miraba las imágenes sin ver ni escuchar nada, se dio cuenta de que un pequeño aguijón le estaba rasgando la cabeza. No era el alcohol ni los cigarros fumados la noche anterior. Era una sensación de pérdida de algún recuerdo que quiere ser encontrado. Luchaba por atraer el recuerdo, agarrarlo con fuerza y acercarlo desde el fondo. Apagó el sistema holográfico. En el silencio roto por los ronquidos de Monks, tiraba del recuerdo, pero era en vano. Se mantenía firme en el fondo, iluminado en la distancia, demasiado lejos para entenderlo. Cuando se iba a dar por vencido, el recuerdo se adelantó veloz, dejándose ver para luego desaparecer.

Sykes se levantó y se dirigió a la cocina con el corazón en un puño sólido y firmemente cerrado. Levantó la tapa del cubo de la basura y cogió la botella vacía que acababa de tirar. En el fondo del cubo, con una sonrisa bobalicona, le miraba un Sykes más joven. Se notaba la escasez de reprogramaciones en el brillo de su mirada.

Cogió el periódico sin querer cogerlo y lo leyó sin querer leerlo. Se ofrecía una suculenta recompensa por dar información sobre el paradero de Marcus Sykes, asesino de la patricia Lucille Rivas. Al

final del anuncio se mostraba el nombre y la dirección de un servidor donde poder depositar la información.

Con el pulso acelerado, buscó un enlace inalámbrico al que poder conectarse, pero desde allí no alcanzaba ninguno. Encontró una toma física en el salón, oculta detrás del sofá. Se conectó de cuclillas con el cable cruzándole la cara. En el historial, junto a la pornografía y las páginas de prensa deportiva, estaba impreso con letras blancas, como el enorme cartel de un sórdido bar de carretera, la ruta de acceso al servidor.

Un sentimiento de rabia infinita le recorrió el cuerpo como vapor ardiente buscando una salida para no explotar.

Monks le había traicionado hacía apenas treinta minutos.

33

Sebastian dormitaba cuando el kaizen comenzó a vibrar. Al principio parecía que la vibración formaba parte del sueño, pero el incremento de la frecuencia le hizo despertar del todo. La cabeza embotada por culpa de la mezcla de alcohol y pastillas contra el insomnio le duró poco. Se alzó como si un titiritero decidiera tirar de él para comprobar que todos los hilos estaban desenredados.

Semanas de espera, tedio y broncas ministeriales. Ninguna pista. Ningún chivatazo.

Hasta ahora.

Corrió al baño y abrió el armario donde una amplia gama de botes ocupaba los estantes. Alcanzó el que buscaba: tetratecina. Ingirió dos pastillas sin necesidad de agua, corrió al salón para recoger la ropa tirada sobre el sofá y llamó al consulado de Kinshasa mientras se vestía. Contestó una mujer con voz grave que hablaba un idioma que no comprendía.

—Disculpe un momento —dijo mientras activaba el traductor del kaizen, desconectado la noche anterior para poder escuchar las voces originales de los actores de una vieja película.

—¿Sigue ahí?

—Así es, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy el agente ministerial Sebastian Bruc. Hemos recibido un aviso sobre la localización de un hombre buscado por delito de nivel 1. Solicito movilización de todos los operativos disponibles en las coordenadas que le acabo de enviar. No deben hacer nada. Solo vigilar la zona y esperar mi llegada. Estaré allí en una hora.

—De acuerdo, agente.

—Cualquier cosa, póngase en contacto conmigo a través de este

servidor.

Llamó al Ministerio mientras salía de casa.

—Con el ministro Teltet. Rápido.

—¿Agente Bruc? ¿Sabe la hora que es? —dijo el asistente del ministro con voz dormida.

—¿Te crees que llamaría al ministro a estas horas si no fuera urgente?

—Pero…

—Despiértale. Ahora.

A pesar del tono autoritario y convencido de Sebastian, el asistente todavía se mostraba vacilante. Se le escuchaba su respiración alterada. No le gustaría estar en su lugar.

Unos minutos más tarde, se volvió a establecer la conexión.

—¿Agente Bruc? ¿Desea pasar unos meses en Tribeca? ¿Qué es tan importante como para despertarme a estas horas?

—Hemos localizado a Marcus Sykes, señor.

—¿Marcus Sykes?

—El atacante de la cantina.

La información debía de estar cocinándose a fuego lento en la cabeza resacosa del ministro.

—¿El asesino de Lucille Rivas?

—Así es, señor.

—¿Dónde está?

—En Kinshasa, señor.

—De acuerdo, agente Bruc. Lo quiero con vida. ¿Me ha entendido?

—Por supuesto, señor.

—Le envío una nave a su domicilio.

Un ligero dolor se asomó a la parte alta del estómago.

—Gracias, señor. No hace f…

—Avisaré también al agente Nabokov.

El ligero dolor se convirtió en un puñetazo que hizo relinchar su estómago.

—Gracias, señor. Cualquier ayuda será bien recibida.

34

—¡No sé de qué mierdas hablas! ¡Te lo juro, Sykes!

El rostro de Monks era un garabato difuminado por la humedad de sus lágrimas.

Sykes lanzó un puñetazo preciso a la nariz de Monks que hizo que crujiera con un sonido limpio y seco. Miró hacia el desvencijado reloj de la pared. Ese reloj nunca había dado la hora correcta, pero le recordó que no tenía demasiado tiempo.

—¿Cómo salimos de aquí? —preguntó azorado.

—Por las galerías —dijo Monks señalando la puerta de la casa.

Sykes condujo a Monks hacia la salida sujeto por la chaqueta, empujándole con agresividad.

Oliver dejó caer la pipa humeante al suelo al verlos.

—¿Cómo salimos de aquí, Oliver? —preguntó Sykes. Monks no pudo evitar sentirse ofendido por la falta de confianza.

—Por las galerías, señor —respondió el chico con los ojos ciegos y amarillentos. Su voz era como el balbuceo húmedo de un bebé.

—¿Cómo llego a ellas?

Charley babeaba tratando de articular alguna palabra, pero su mandíbula permanecía caída.

—A la izquierda —dijo Monks.

Charley asintió con un gesto pausado.

Los gritos de los niños alertaron a Sykes mientras gateaban por un tubo lleno de suciedad bajo la mirada de las ratas resguardadas en las sombras.

Llegaron a una cámara amplia en la que nacían seis galerías que se perdían en la penumbra. Rayos de luz se filtraban a través de la

alcantarilla sobre sus cabezas, interrumpidos cuando algún viandante caminaba por encima de la rejilla.

Monks señalaba la galería frente a ellos cuando la pared de su derecha estalló en una lluvia de esquirlas que les arañó las manos y el rostro. Sykes se llevó la mano a la cara, justo en el lugar donde una piedrecita de hormigón le acababa de golpear. «Llueve sobre mojado», pensó cuando se vio la mano ensangrentada.

Ambos salieron disparados hacia la galería perseguidos por un número indeterminado de sombras que avanzaban apuntando y disparando. Monks corría sin titubeos a pesar de la oscuridad y de llevar a Sykes a su espalda aferrado a su chaqueta. Los vigilantes, provistos de ojos prostéticos, avanzaban rápido, pero tenían que detenerse cuando llegaban al nacimiento de una nueva galería para no ser sorprendidos por algún arma escondida tras las esquinas.

Sykes escuchaba sus voces y el chapoteo de sus pisadas.

Estaban cerca.

Demasiado.

Continuaban serpenteando cuando Monks desapareció al girar en una nueva galería. Sykes quedó paralizado, con el puño todavía cerrado *agarrando* la desaparecida chaqueta de Monks. Fue un segundo de duda. No tuvo tiempo para más. Un disparo silencioso pero letal cruzó el túnel a apenas unos centímetros de su espalda. El calor del plasma le abrasó la piel y le obligó a retomar la carrera metiéndose en la nueva galería. Antes de que pudiera dar dos pasos, una mano firme emergió de la pared agarrándole el brazo y tirando de él. Monks le sujetaba contra la pared tapándole la boca con una mano y llevándose un dedo a los labios ensangrentados con la otra.

Sykes miró hacia la galería por la que empezaban a aparecer los vigilantes apuntando hacia el fondo del túnel. Podría tocarlos con solo estirar el brazo. En el techo, resguardado por una estrecha moldura vertical, un pequeño holoreproductor lanzaba un haz traslúcido que simulaba una pared de hormigón desde el otro lado. Varios vigilantes giraron la cabeza hacia ellos, pero el holograma

los mantenía ocultos.

Sykes miró a Monks admirado. No había perdido un ápice de su ingenio.

Esperaron hasta que el sonido de los pasos de sus perseguidores se transformó en un eco lejano.

En completo silencio, se alejaron uno detrás del otro como dos fantasmas peregrinando por los pasadizos de un viejo castillo abandonado.

Cuando el dolor de piernas empezaba a resultar insoportable por la estrechez de los pasadizos, llegaron a una pequeña cámara cilíndrica dónde al menos podían mover sus caderas entumecidas. Monks posó con suavidad su mano sobre la pared. Unos peldaños metálicos surgieron del hormigón. No eran más que unos asideros finos, pero para Sykes esa escalera recién aparecida era la escalera al mismísimo cielo.

35

Sykes estudió la calle en la que estaban y no le gustaba. No era un buen lugar para ocultarse.

—¿Dónde estamos?

—Seguimos en Kinshasa —dijo Monks con voz nasal.

—Eso ya lo sé. Me refiero que a dónde diablos vamos a ir ahora.

Monks se dirigió cabizbajo hacia la pared del edificio de enfrente, alzó un brazo antes de chocar contra ella y empujó uno de los ladrillos con los dedos. La pared cedió mostrando una habitación.

—Eres una caja llena de sorpresas.

Salieron a un pasillo calzado con grandes baldosas blancas y negras, como un enorme tablero de ajedrez. El edificio estaba limpio y olía a desinfectante a pesar de que parecía estar abandonado. En el *hall* de entrada, varios robots de limpieza de distintos tamaños y formas descansaban pegados a la pared.

Subieron las escaleras hasta alcanzar la planta superior donde aguardaba una puerta de metal que había vivido tiempos mejores. Cuando Monks la abrió entre oxidados quejidos, un haz holográfico se extendió hasta perderse en el horizonte. El holograma mostraba una imagen espejo que reproducía el suelo de las azoteas y de las calles que amparaba. Monks asomó la cabeza mirando hacia el cielo para comprobar que el holograma funcionaba con estabilidad e indicó con un gesto de la mano que podían salir. El Grumo era apenas una mancha oscura, como la pincelada inicial de un cuadro inabarcable. Los deslizadores circulaban despacio cediendo el paso a las naves ministeriales que no paraban de ir de un lado para otro.

Caminaron en fila india hasta el final de la azotea. Monks se giró. Sus ojos mostraban un brillo divertido que agitó a Sykes.

—Ahora un salto de fe —dijo.

Estiró una pierna con gesto teatral. Antes de que Sykes tuviera tiempo para reaccionar, Monks dio un paso hacia delante, quedando suspendido en el vacío.

—Al principio es difícil. Lo que tienes que hacer es no mirar nunca al suelo. Mira hacia mí y camina lo más recto posible.

Sykes se agachó y tocó el puente invisible con la mano. No había ninguna duda de que Monks continuaba siendo el mejor en lo suyo. Se puso en pie y fijó su mirada en Monks. Con el cuerpo entumecido por el miedo dio un paso hacia delante. El vacío tenía un tacto espumoso. Cerró los ojos e inspiró profundamente. Un nuevo paso con la mirada puesta en Monks y otra vez ese tacto espumoso, como de algodón.

Cerrar los ojos.

Inspirar.

Repitió la operación unas veinte veces más hasta llegar a la azotea del edificio de enfrente. Se sentó apoyado en el muro con la respiración acelerada. El corazón palpitaba tan rápido que parecía que funcionaba con un solo latido. Monks le miraba divertido con una sonrisa ladeada que mostraban sus dientes tiznados por el blacktrip.

Recorrieron más azoteas y más puentes invisibles resguardados por el haz holográfico de las miradas indagadoras de las naves desde el cielo. Llegaron a una azotea desde la que se podía ver a una turba de vigilantes ministeriales ir de aquí para allá alrededor del agujero en el suelo por el que le había llevado el pequeño Oliver.

—Lo que tenemos que hacer es huir de estos cabrones, no venir a saludarles —dijo Sykes desconcertado.

—Ellos no nos pueden ver.

Monks estiró su mano deformando la realidad creada por el sistema holográfico frente a ellos.

Sykes miró a Monks con un deje de admiración mal disimulado. Se sentó en el borde con los pies colgando y observó a sus perseguidores con la malicia de un viejo cocodrilo bajo el agua turbia junto a su presa sedienta.

—Cuidado porque aquí no hay puente —dijo Monks.

Sykes activó su sistema de almacenamiento y comenzó a grabar. Los vigilantes miraban el agujero, se agachaban y se volvían a levantar, hablaban entre ellos gesticulando impetuosos. Al otro lado del muro, sobre un descampado lleno de escombros, varias naves ministeriales permanecían aparcadas en completo desorden. En ocasiones, algún vigilante dirigía la vista hacia arriba y permanecía quedo con la mirada firme, como si le pudiera ver allí sentado. El corazón de Sykes se detenía durante el tiempo que duraba esa mirada para volver a latir cuando el vigilante regresaba a sus carreras y a sus órdenes.

Del agujero comenzaron a salir más vigilantes ayudados por sus compañeros. Sujetaban a los críos, que se defendían con fiereza soltando puntapiés y lanzando mordiscos a las manos enguantadas. Alguno lograba escapar, al menos durante varias calles, pero era una batalla perdida y eran traídos de vuelta en volandas mientras pataleaban en el aire y maldecían con sus bocas mudas por la distancia.

Sykes distinguió a Oliver entre los niños esposados. Gritaba enfurecido hacia un hombre obeso ataviado con una gabardina beige que le quedaba enorme y un sombrero fedora marrón que le quedaba diminuto. Aunque el hombre estaba de espaldas, no era difícil adivinar al portador de semejante estampa: el agente ministerial Sebastian Bruc.

Hablaba con alguien, o al menos sus gestos así lo indicaban, pero Sykes no veía a nadie. No fue hasta que Sebastian se dirigió hacia un vigilante que Sykes pudo ver al interlocutor misterioso.

—¡Charley! —exclamó Monks furioso—. Creo que alguien me debe una disculpa… Y una nariz nueva.

Sykes no tenía tiempo para disculpas. Monks tenía que

comprender que esa situación requería algún daño colateral.

Una nave planeó sobre sus cabezas y aterrizó con pericia, extendiendo una rampa cuando estaba a escasos metros del suelo. Un hombre descendió y se dirigió con paso decidido hacia donde se encontraba Sebastian. Este despidió a Charley dándole una suculenta propina que se guardó en el bolsillo del pantalón bajo los insultos e imprecaciones de sus antiguos amigos.

Desde esa distancia no era fácil discernir los rasgos de aquel hombre, pero una señal de alarma se activó en el subconsciente de Sykes. Guardó una imagen del agente y cerró los ojos. Amplió la imagen en su prostético y saludó de cara a la cara ampliada. Miraba el rostro duro y afilado del agente. Su mirada muerta. Había algo en él que le producía desasosiego, una especie de carencia, como si algo vital hubiera quedado en el vientre de su madre al nacer, algo que le hubiera acabado de completar como humano.

—¿Reconoces a ese agente, Monks?

Monks miró hacia donde señalaba Sykes y negó con la cabeza.

—Ojalá conociera a todos los agentes ministeriales. Seguro que me atrevería a salir más.

Permanecieron en la azotea hasta bien entrada la noche, cuando todos los agentes, menos un par de desafortunados que permanecieron vigilando el agujero, se fueron a descansar.

36

—¿Marcus Sykes? ¿Ese no era uno de los cabecillas del golpe al Banco Central de Hator? Él y como se llamaba el otro…

—Frey —contestó Sebastian mientas se llevaba el botellín de cerveza a los labios.

—¡Eso es! ¡Frey! Un cabrón duro. Esa gente donde mejor está es en Letargo. O en Tribeca, que el tribium no se extrae solo. Lástima que no tuviéramos más pruebas contra él.

Boris Nabokov sonreía sin percibir la mirada de desprecio que le dirigía Sebastian. Pero a Boris poco le importaban las miradas que le pudieran lanzar los demás, y menos si esas miradas venían de una persona como Sebastian. Sebastian era blando. Y no solo físicamente, el maldito seboso. Sentía una especie de comprensión por la lacra subciudadana difícil de entender.

Sebastian apartó la mirada de Boris. Su sonrisa le producía desazón. Era como un cuchillo romo tratando de cortar la carne del muslo de un niño. Dolorosa. Desagradable. Cruel. Fuera de lugar.

Su mirada en cambio era afilada. Cortaba por abrasión.

El hotel escogido se ubicaba en el distrito de Gombe, un buen barrio llevado en volandas por los empresarios del sector del reciclaje. Muchos de ellos edificaron casas allí como segunda residencia. Incluso como primera. Esto, unido a la construcción de un muro de protección para controlar la entrada, había creado un distrito donde se disfrutaban de varios lujos a escasa distancia de la pobreza más absoluta. Restaurantes, hoteles, casinos, prostíbulos… Gombe era un buen lugar para vivir. O al menos para visitar de vez en cuando.

La cafetería del hotel estaba concurrida. Gente de negocios

ataviados con sus mejores galas. Maletines, papeles, falsas sonrisas, kaizens conectados unos a otros…

—Esta vez cogeremos a esa escoria —dijo Boris.

—No creo que sea fácil. Es un profesional.

—No sé si a un criminal se le debería denominar profesional.

—¿Y cómo crees que se les debería de llamar? No deja de ser una profesión.

—Y yo qué sé. Escoria, ratas, gentuza, pero ¿profesionales? Un profesional sigue las normas. Pero qué importa lo que yo opine. Lo único que sé es que vamos a pillar a esa escoria. Ahora está con el *mono* ese. ¿Cómo se llama? ¿Monkey?

—Monks.

—Y ya se conocían según el raterillo. Es que joder, la escoria se acumula en los mismos sitios. ¿Tenemos información sobre el *mono* ?

—Poca cosa. Su condena y poco más. Nada desde que salió de Tribeca.

—Me quito el sombrero con el *mono* . Salir de Tribeca con vida y más o menos cuerdo. Qué lástima que esté ayudando a un asesino.

—No creo que él fuera uno de los atacantes —Sebastian no pudo reprimirse por más que luchó contra ello.

—¿Entonces *quién* fue, agente Bruc?

La mirada de Boris le arañaba el rostro. Podía palpar su odio. Oler el tufo metálico de sus ojos.

—No sé.

—Pues si no sabes, no opines. Ese hombre estaba con la patricia. ¿Qué iba a hacer una patricia con semejante desecho?

—Eso me gustaría averiguar.

—Pues cojamos a ese *asesino* —dijo arrastrando las eses— y así lo averiguaremos. Ahora si me permites, prefiero dormir en casa que en este vertedero.

Sebastian observó aliviado alejarse al agente Nabokov a través de la ventana de la cafetería. Caminaba erguido, paso firme,

militar, con las manos a la espalda y la cabeza alta. Antes de perderse de vista se cruzó con un hombre de corta estatura y aspecto rudo. El hombre destilaba peligro. No el mismo peligro frío y calculado de Boris, sino un peligro más visceral. Más empático. Un peligro fanático.

El hombre observaba a Boris en el reflejo de la ventana de la cafetería del hotel. Más que observarle, le estudiaba. Sus labios se torcían hacia arriba en un gesto leve. Sin duda, a su forma, ese hombre estaba sonriendo.

Varias alarmas saltaron en la cabeza de Sebastian.

Por desgracia, cuando cayó en la cuenta de que tenía el sistema de grabación desactivado, ya era demasiado tarde.

Salió corriendo, maldiciendo su suerte. La habitación del hotel era acogedora y la cama le llamaba desde la planta cuarenta. Llegó a tiempo de ver al hombre meterse en el bulevar comercial antes de perderse de vista entre el gentío. Aceleró el paso. Sus rodillas se quejaban. No estaban hechas para aguantar semejante peso a semejante velocidad. Logró tomar una imagen del rostro a través del reflejo en el cristal de una joyería. El hombre entró en un hotel de la plaza del antiguo ayuntamiento entre las bendiciones de Sebastian. No podía aguantar mucho más. Necesitaba una reprogramación urgentemente.

Esperó un par de minutos antes de asomarse a la puerta del hotel. Observó el hall de entrada: las grandes lámparas, los clientes bien vestidos, los sistemas de seguridad, los trabajadores robóticos. Esta vez obtener el permiso para acceder a los datos de los clientes no iba a resultar tan sencillo. Una cosa era conseguir el permiso para un simple parking y otra muy distinta conseguirlo para acceder a los datos de los clientes de un hotel. Además, no iba a molestar al ministro por una simple corazonada.

Lanzó una búsqueda del rostro en el servidor ministerial. No encontró nada. Tampoco en el Nexo.

Accedió al edificio de enfrente y pasó frente un robot que se limitó a dar las «buenas noches, señor». Llegó a la azotea y se

colocó frente a la puerta del hotel.

Buscó en los bolsillos de la gabardina. Parecían infinitos, como el bolso de la niñera de la película del otro día. Encantadora y guapísima, por cierto. Al fin, dio con lo que buscaba. Extrajo una pequeña caja azulada que colocó en el suelo con todo el cuidado que sus dedos gordos le permitían.

Se alejó un metro de la caja y estableció una conexión a través de su kaizen. La imagen negra se convirtió en su propia imagen cuando la caja se abrió. Joder, estaba hecho una mierda.

El minúsculo sistema de vigilancia, un FlyEye de última generación, comenzó a volar mientras recibía las órdenes del kaizen de Sebastian: el rostro del hombre, el seguimiento, el establecimiento del sistema de alarmas con su kaizen.

Satisfecho, Sebastian puso rumbo al hotel. La cama le seguía llamando a varias manzanas y cuarenta plantas de altura.

37

Una vez limpia, recogió la ropa que descansaba en el suelo y se vistió sin dejar de mirar el cadáver en el reflejo del espejo.

En el kaizen del cadáver los recuerdos sobre ella habían sido borrados. O quizá nunca hubo nada almacenado. Era desesperante, como tratar de encontrar al amigo imaginario de un niño esquizofrénico.

Abandonó la casa asegurándose de no dejar ninguna huella en el suelo ensangrentado y se mezcló con los transeúntes que caminaban ajenos al dolor y a la muerte que había ocurrido allí mismo.

A Lenya le gustaba Sejmet, sin lugar a dudas el planeta tecnológicamente más avanzado del sistema. Sus gentes eran cándidas, siempre amables, descendientes de los ingenieros que llegaron desde Gaia con el objetivo de almacenar la energía solar aprovechando el poder de Inti, su gran estrella. Con el tiempo también se descubrió que tenía gran cantidad de recursos naturales en su superficie, convirtiendo el planeta en uno de los ejes económicos de la Confederación. Además, continuaba siendo junto con Tribeca la principal fuente de energía.

Vadeaba la orilla del río en dirección al aparcamiento donde esperaba su nave cuando volvió a verlo. Se ocultó por puro instinto, pero él no podía reconocerla porque nunca la había visto, así que adoptó un paso tranquilo, erguido y con las manos a la espalda, cruzándose con él como una sejmetiana más, incluso vestía un traje reflectante y un sombrero típico del planeta.

Gabriel Stullton caminaba despacio con una vieja mochila a su espalda mirando los edificios con la ingenuidad de un turista

perdido. Pasó frente al edificio que ella acababa de abandonar —*¿acaso no estaría buscándola?* — y continuó hasta el final de la calle. Ella disimulaba mirando un escaparate de una tienda de recuerdos. Le veía tratando de encontrarse, girando sobre sí mismo, mirando ahora aquí, ahora allá, ahora el nombre de la calle, ahora lo que había al otro lado el río. Volvió sobre sus pasos y, esta vez sí, se detuvo frente al edificio.

Gabriel llamó al timbre y esperó. Insistió dos veces más y se apoyó en la pared junto a la puerta. Minutos después, un hombre vestido con el uniforme de trabajo salió del edificio. Antes de que se cerrara la puerta, Gabriel entró sin ser visto por el hombre, que se afanaba en colocarse el cinturón del uniforme.

No transcurrió mucho tiempo antes de que volviera a aparecer, esta vez con el rostro traslúcido y el caminar titubeante. Se apoyó en la barandilla del río y vomitó un líquido verde.

Lenya le observaba desde la otra orilla, su cabeza apenas sobresaliendo por encima de la barandilla.

Gabriel miró las ventanas del edificio con el rostro aún desvaído. Una vez repuesto, comenzó a mirar hacia todas partes. Miraba hacia un lado y permanecía quedo observando los transeúntes, los edificios, los vehículos.

Cuando miró hacia la otra orilla chocaron sus miradas. Al principio fue un instante, casualidad de una mirada cruzada, pero después la observó como a una vieja conocida, la amiga de una amiga de la que no recuerdas el nombre. Se miraban a través de los destellos de luz que emergían del río. Desvió la mirada incómodo, pero no tardó mucho en regresar a ella. Lenya percibió la comprensión en sus ojos.

Sin perder el contacto visual, y casi al mismo tiempo, comenzaron a caminar. Misma dirección, mismo paso tranquilo.

Llegaron al puente y se detuvieron, cada uno en un extremo, como dos esculturas recién incorporadas a la simplona arquitectura del puente. Ahora Lenya percibió el miedo de Gabriel. ¿O quizá no era miedo? Sin duda era algo primitivo. Un aviso de que algo no es

lo que crees que puede ser, una señal eléctrica en el cerebro que te insta a huir sin necesidad de comprender los motivos. Instinto de supervivencia.

Gabriel se giró y comenzó a caminar de nuevo, pero esta vez Lenya no le acompañó. Permaneció en el sitio viendo como se alejaba. Gabriel giraba la cabeza cada pocos metros. Antes de perderse entre el gentío se giró y volvió a mirarla con descaro. Ese pequeño rostro enjuto ya lo había visto antes.

No solo aquí, en Sejmet.

También en Ull.

En Vimana.

En…

…

38

Murmullos.

Murmullos y algún susurro que dejaba de ser susurro.

Sykes entreabrió los ojos. Lo hizo despacio, maldiciéndose a sí mismo cuando vio la cuerda con la que había atado a Monks sobre el suelo. Dos voces distintas discutiendo. Levantó el resquicio de su mirada hacia ellas. Seis piernas. Seis pies. Pero solo dos voces discutiendo. Las palabras se escondían entre los ruidos del exterior y no podía entender lo que decían. Los pies vestían zapatos caros y bien cuidados. Las piernas se cubrían con piel sintética cara y hortera. Al menos, no eran agentes. Tampoco milicianos. Tal vez cazarrecompensas. Unos pies que Sykes sabía que eran los de Monks se aproximaron y se situaron frente a sus ojos ahora cerrados.

—Sykes, despierta —dijo Monks con voz suave—. Vamos, tengo que presentarte a unos amigos.

Sykes se desperezó y trató de hacerse el sorprendido. Se sentó sobre el colchón y miró la cuerda con la que había atado a Monks. Detrás de la sonrisa ladeada de Monks, claramente orgulloso de sus habilidades como escapista, había dos hombres idénticos que lo miraban con indiferencia.

—Te presento a Sully y a Rully. No sé quién es quién hasta que Rully habla, porque Sully es mudo. O es Rully el mudo.

—Ninguno de los dos somos mudos —dijo Sully o Rully.

Monks se giró desconcertado y los miró como si acabaran de aparecer.

—Yo soy Sully —dijo uno dirigiéndose a Sykes llevándose la mano abierta al pecho—. Este es mi hermano Rully. Y ni él ni yo

somos mudos.

—Coño, ¿hace cuánto nos conocemos? ¿Siete años? Y nunca he oído hablar a tu hermano.

—Tu problema, Monks, es que siempre que nos ves estás drogado con alguna mierda —dijo Rully con una voz indistinguible de la de su hermano.

Sykes también había apreciado que Monks estaba colocado con algún tipo de estimulante. Sus pupilas dilatadas eran dos oquedades oscuras bajo la córnea y sus movimientos eran secos y violentos. Artificiales.

—Vale, vale, vale. No importa quién es quién o si puede hablar o no. Lo importante es si podéis ayudarnos —dijo Monks.

—Ya te hemos dicho el precio —dijo uno.

—Eso no es ayudarnos. Es atracarnos con una sonrisa. Ni que fuerais patricios.

—Pues ayúdanos. Te hacemos un descuento si nos ayudas con la próxima entrega —dijo el otro.

—¿Pero me habéis visto cara de traficante?

—No tendrás que hacer nada. Solo guardar la mercancía en un lugar seguro hasta que le demos salida. Aquí mismo es un buen lugar. Tan bueno como cualquier otro. Hemos tenido problemas con el almacén y necesitamos un sitio nuevo. Será provisional.

—Pues traedla aquí. Esto no es mío. No es de nadie.

—Mejor si podemos valernos de tus truquitos con los hologramas y los rollos esos electromagnéticos.

—¿Y qué tipo de ayuda nos ofrecéis? —dijo Sykes levantándose —. ¿Qué tipo de ayuda les has pedido, Monks?

—Monks nos ha comentado que necesitas salir de Kinshasa —dijo uno—. Te podemos llevar donde quieras.

—¿A Ciudad Vertedero?

—Fácil —dijo el otro.

39

Eloise Talaban permaneció sentada mientras los demás abandonaban la sala.

No hizo preguntas, no hizo falta. Esta vez tanto sus colegas como los ciudadanos presentes en la rueda de prensa habían realizado preguntas pertinentes, agudas, preguntas que atacaron de forma directa y concisa a la credibilidad e incluso a la honorabilidad de la Acrópolis y su forma de actuación con el caso. El cariz improvisado de la convocatoria había dejado poco tiempo para el control de los principales medios y la falta de información durante esas semanas había minado la paciencia de los ciudadanos. El ministro había sufrido y ella había disfrutado. Pero no quería regodearse. Mejor quedar como una inoportuna idiota que como una listilla inoportuna.

Grababa todo con precisión de robot-cirujano. Los presentes abandonando la sala cabizbajos, enfurecidos, risueños y de tantas formas como personas había; los ministros murmurando entre bambalinas, lanzándose miradas de socorro; los agentes sin atreverse a levantar la vista del suelo. Por si acaso.

En la puerta de entrada de las autoridades, dos figuras umbrías conversaban con el ministro Teltet, el ministro Cole y el ministro Dante bajo la atenta mirada del exministro Malakian, que aguardaba ligeramente apartado tras el marco de la puerta. Las figuras se agarraban la una a la otra como si de un momento a otro una de las dos pudiera caer y no volver a levantarse. A pesar de ello, mostraban cierta entereza, un atisbo de fuerza remanente que luchaba por salir. Pasados varios minutos, y con la sala ya casi vacía, los padres de Lucille Rivas se giraron despidiéndose sin

demasiada profusión de los ministros.

Se levantó antes de que llegaran a su altura. No le parecía correcto enfocar la noticia desde el punto de vista del sufrimiento de la familia. Simple morbo. Degradar la profesión por falta de talento. Y ella otra cosa no, pero talento no le faltaba.

Al salir de la sala se cruzó con un hombre y con una mujer que esperaban compungidos. El parecido físico de ella con Lucille Rivas no dejaba lugar a dudas: la hermana gemela de Lucille. El abrazo que el hombre dio a los padres cuando salieron solo podía ser el abrazo de un hijo. Una familia rota.

Todavía era temprano. Iría a la oficina caminando. Pasear le ayudaría a ordenar las ideas. Habían sido semanas aciagas. No por falta de noticias. Los patricios y grandes empresarios no dejaban de crear titulares: *Exministro cazado en los suburbios drogado mientras era sodomizado por un traficante* ; también: *Importante empresario del sector energético acusado de manipular los datos de almacenamiento energético para encarecer productos* . Y su favorito: *Acompañante habitual de un importante patricio, cuyo nombre no puede ser revelado, le acusa de practicar sexo reiteradas veces con la mascota familiar* .

Puro amarillismo. Placer culpable. Pero placer al fin y al cabo.

Dos denuncias y cuatro amenazas de muerte. No estaba mal.

Pero ella lo que quería era el caso de la patricia.

Y ahora todo se había puesto en marcha de nuevo.

Resultaba innegable el buen hacer del agente Bruc. Era un gran investigador. Aun así no podía dejar de preguntarse por qué el Ministerio lo había puesto a él al frente de la investigación. El agente era un hombre blando con los subciudadanos y una investigación de esas características requería alguien duro, alguien implacable. La agente Stein, el agente Nabokov, la agente Aam o incluso el agente Caronte. Pero no. Era el agente Sebastian Bruc el que estaba al cargo.

Lanzó una búsqueda en el servidor del Ministerio y trató de localizarlo. Ningún resultado. Sonrió ante su infantil ingenuidad. Las cosas en el Ministerio nunca funcionaban como deberían

funcionar.

Tendría que acceder al servidor que compartía con su informante desconocido. Y eso no le gustaba. Esos favores, tarde o temprano, tendrían que ser devueltos. Y deber un favor a un desconocido podría ser muy peligroso.

40

Apretaba los dientes tratando de ahuyentar la rabia, pero el retumbar de los pasos en las paredes del angosto corredor no hacía más que alimentarla. Paul Teltet miraba a sus compañeros caminando delante de él con un odio inmenso, como si de alguna forma ellos fueran los culpables. Ni siquiera Lenny se libraba de su rencor.

Cerrar un par de medios y enviar a algún ciudadano a Letargo. Seguro que se acababa tanta insolencia. ¿Se habían vuelto demasiado permisivos? Esto se tenía que hablar en el siguiente cónclave. Había sido humillante. Y eso que Eloise Talaban había estado tranquila. Aunque no sabría decir si eso era bueno o muy malo. Cuando un carroñero está tranquilo, lo más probable es que esté esperando a que la presa se desangre, no se lleve algún zarpazo. La muy cobarde.

El revuelo provocado en Kinshasa obligó a la Acrópolis a mostrar los avances realizados. El Nexo se había llenado de imágenes y de protestas de los subciudadanos ante la brutalidad de las patrullas ministeriales. Ya no podían seguir ocultando nada. Los ciudadanos reclamaban culpables. Y ellos podían darle uno.

Accedieron a la sala común. Estaban todos. Los doce. También los exministros Serj Malakian, Solomon Waltz y Elly Stellman. «Esos siempre están», pensó amargo Paul.

Los ministros fueron despojándose de sus túnicas. Un pequeño robot antropomórfico las recogía y las colgaba en los respaldos de las sillas que correspondían a cada uno de los ministerios.

—Abandona la sala y cierra la puerta —ordenó Keigo.

Paul miraba con odio al diligente robot mientras salía de la

sala.

—¿Qué ha pasado? —la voz salió agriada de los labios de Paul.

Los ojos de Boris Nabokov aparecieron primero. Después el propio Boris abandonó las sombras.

—Cuando llegué ya había desaparecido.

—Sebastian… —dijo Elly Stellman—. Ya os dije que no podíamos ponerle al cargo del caso. Tenemos que relevar a ese maldito seboso.

—Eso ya no podemos hacerlo —dijo Malakian—. ¿En qué lugar dejaría eso a la Acrópolis?

Boris escuchaba divertido. Sabía que Sebastian no tenía culpa ninguna, pero poco le importaba. Si alguien tenía que recibir culpas, mejor que fuera otro.

—¿Sabemos qué hacía en Kinshasa? —preguntó Paul.

Boris se encogió de hombros mientras sacaba un paquete de cigarrillos.

—Aquí no se puede fumar —dijo Solomon Waltz.

Boris extrajo un cigarrillo y se lo colocó en su sonrisa ladeada. Después lo encendió sin apartar la mirada del exministro.

—¡Estoy harto de tu…!

—Déjalo Solomon. No tenemos tiempo —intermedió Malakian —. ¿Sospechas algo?

—Kinshasa es un buen lugar para esconderse. Y si quieres salir de Gaia, no te faltarán naves que te lleven a otro cuadrante por un módico precio.

—¿Crees que estaba tratando de escapar? —dijo Paul—. ¿Y por qué esperar tanto?

—Porque es una rata cobarde. Estaría escondido esperando a que se calmara la cosa.

—¿Has leído el expediente de Marcus Sykes? —dijo Lenny—. Dudo mucho que actuara como dices.

—Disculpe señor, ustedes me han preguntado mi opinión y yo se la estoy dando.

—Quiero que te incorpores a la investigación —dijo Paul—.

Quizás, incluso, no sea tan mal idea que cojas las riendas. El agente Bruc trabajará bajo tus órdenes.

—No —insistió Malakian—. Dejemos al agente Bruc. Si te parece bien, claro. El ministro eres tú. Yo solo soy un humilde jubilado.

En ese momento Paul tuvo que contenerse para no saltar sobre Serj Malakian. Se imaginó matándolo de mil maneras diferentes, y todas ellas traían dolor. Mucho dolor. Se le quitaría esa sonrisita de suficiencia de su rostro aguileño.

—Trabajaréis los dos en el caso. El agente Sebastian será el hombre de campo. A ti te quiero a la espera de recibir información. Oficialmente diremos que realizas tareas de analista. Quiero a ese hombre muerto.

—¿Muerto? —preguntó Lenny incrédulo—. No sabemos qué sabe. No sabemos qué le entregó la patricia. No sabemos si se lo ha contado a alguien más. No sabemos nada. Es un riesgo que no podemos correr.

—Leeremos su kaizen —dijo Malakian tratando de apaciguar a Paul—. Respecto a ese amigo suyo…

—Frey.

—¿Se le ha interrogado en algún momento?

—Sebastian le interrogó. Al parecer no sabe nada.

—Supongo que aunque lo supiera no diría nada.

—Lo dudo. Pasó siete años en la prisión de la Alameda y culpa de ello a Sykes. No se ven desde hace años. No creo que sea un hilo del que podamos tirar.

—¿Tenemos informantes en Ciudad Colmena?

—Que yo sepa, el último que tuvimos allí apareció colgado de un puente con los testículos en el estómago. Y eso fue hace mucho tiempo. Tú eras el que dirigías *mi* Ministerio —dijo remarcando el *mi* con sutileza—. De todas formas, el agente Bruc ha puesto a un agente a vigilar su centro de operaciones.

—¿Se está ofreciendo alguna recompensa? —preguntó Solomon Waltz.

—¿Recompensa? Esos malditos subciudadanos tendrían que pagarnos a nosotros por protegerles. ¿A dónde vamos a llegar? —dijo Elly Stellman—. Menos que mal que todo esto terminará pronto.

—De momento, no —dijo Luca Dante ignorando el comentario del exministro—. Al menos no oficial. Creo que no sería una mala idea ofrecer algún tipo de aliciente.

—¿Tessy? —dijo Paul.

La ministra de Economía Tessy Lewis asintió.

—¿Algo más que añadir?

…

—Está bien —dijo Paul—. Recibirás el permiso mañana, agente Nabokov. También tendrás la partida para la recompensa por parte del Ministerio de Economía. Ahora señores, si me disculpan.

41

La chatarra impregnaba la zona de carga con un olor pastoso, mezcla de grasa y metal. De tanto en tanto, mientras continuaba su viaje hacia Ciudad Vertedero, descendía y abría sus portones delanteros para cargar más chatarra. En uno de tantos descensos, se posó sobre el tractor oruga recién extendido de su parte inferior, abrió sus portones traseros, activó la cinta transportadora y comenzó a vaciar la atiborrada zona de carga. Cuando la nave estuvo vacía, cerró los portones y despegó mientras recogía el tractor oruga, desapareciendo después entre el espeso Grumo.

Los hurgadores, preparados desde el momento en que vieron la nave acercarse desde el cielo, corrían a empellones en busca del mejor botín.

Una hurgadora de nombre impronunciable se apresuraba en llegar la primera a una zona donde yacían, como dos enormes vacas muertas, un viejo arcón ennegrecido y una vieja nevera llena de abolladuras. Se dirigió primero a la nevera, estudiando si podría sacar un buen precio por su motor o alguna de sus resistencias, pero decidió que no merecía la pena el esfuerzo por semejante morralla.

Cuando se acercaba al arcón, expectante ante lo que ese armatoste podría ocultar en su interior y atenta a dos hurgadores que se acercaban por su derecha, la puerta se abrió con violencia. La chica soltó un grito y cayó sobre la rabadilla. Maldijo al hombre que asomaba la cabeza desde dentro del arcón y miraba en derredor. El hombre alzó las cejas extrañado cuando la vio allí sentada y dirigiéndole una mirada cargada de rencor.

—¡Oh! Menudo susto me has dado, gilipollas —dijo ella

llevándose las manos a la espalda.

El hombre salió del arcón y la ayudó a levantarse.

—Lo siento mucho —dijo el hombre sin ocultar que se estaba divirtiendo.

El hombre observaba a la hurgadora sacudirse el pantalón. Era joven, de piel cetrina y unos ojos rasgados negros en los que era difícil diferenciar el iris de la pupila.

—¿Cómo te llamas?

La chica dijo su nombre.

—Todos me llaman Chica —dijo resignada viendo como el hombre era incapaz de pronunciarlo.

—Muy bien. ¿Quieres ganar un dinero fácil, Chica? Necesito que me lleves a alguien que trate con tecnología obsoleta.

—Aquí todos tratamos con tecnología obsoleta —dijo señalando a su alrededor.

—No me refiero a tecnología actual, sino a tecnología antigua, de hace varios siglos.

—¿Televisiones y demás chatarra?

—No tan antigua, pero casi.

—¿Y de cuánto dinero fácil estamos hablando?

—No sé. ¿Cien? —ella negó con la cabeza—. ¿Doscientos? —Volvió a negar convencida—. Trescientos es mi última oferta.

—Tres cincuenta —dijo Chica resoluta.

—Tenemos un trato, Chica. Ahora guíame. Me llamo Sykes, por cierto.

—¡Qué pasa, viejo! —gritó Chica al entrar en el cobertizo.

Larguísimas estanterías llenas de chatarra formaban larguísimos pasillos que se extendían tanto que parecían unir sus vértices en la distancia. Varios hurgadores caminaban rebuscando entre los objetos de las estanterías.

—Te he dicho que no me llames viejo —un hombre hablaba con voz trémula sentado sobre un viejo taburete. Estudiaba una pequeña pieza cúbica con la ayuda de una lupa fijada a la mesa.

—¿Qué es lo que traes hoy? ¡Oh! Veo que traes compañía. —El hombre, un anciano de edad infinita, los miraba a través de unos antiquísimos prostéticos inorgánicos que sobresalían varios centímetros de las cuencas oculares, confiriéndole un aspecto irreal, como un camaleón decrépito mudando su piel cenicienta.

—Está buscando tecnología tan vieja como las televisiones o casi. ¡Oh! ¿Esto es un comunicador sensorial? —dijo cogiendo de un estante un cristal policromado.

—¿En qué puedo ayudarte? —dijo el anciano dirigiéndose a Sykes.

Sykes extrajo la esfera del bolsillo del pantalón y se lo mostró al anciano.

—Necesito un lector para esto, si usted…

—No me trates de usted, por favor —dijo el anciano con amabilidad.

—¿Y cómo te puedo llamar? —preguntó Sykes.

—No necesitas conocer mi nombre y yo no necesito conocer el tuyo tampoco —a pesar de lo brusco del comentario, el anciano hablaba con un tono suave que le otorgaba un cierto aire erudito, como un viejo maestro zen regañando a su joven discípulo.

—De acuerdo. Querría acceder a los datos de este sistema —dijo acercándole la esfera.

—¡Oh! Hacía mucho tiempo que no veía uno de estos. El único lugar donde podría haber algún lector para esto sería en la Ciudadela.

—¿No hay nada por aquí? —dijo señalando las estanterías—. ¿No podrías hacer nada?

El anciano le miraba pensativo, o al menos eso creía Sykes, ya que era imposible determinar hacia dónde o qué miraban sus ojos inorgánicos. Parecía querer decir algo que su garganta aprisionaba.

—Mmm… Podría fabricar uno. ¡Oh! Sí. Podríamos fabricar un lector. —El anciano se levantó con vehemencia tratando de aferrar la idea. Se movía raudo, con una vitalidad impropia—. ¡Ah! Jovencita, vete a ver a Úrsula. Necesitaremos varias cosas…

Chica caminaba delante esquivando la marabunta que atestaba las estrechas calles de Ciudad Vertedero. Los hurgadores negociaban con sus mercancías recién recogidas en tenderetes improvisados que teñían las calles embarradas de colores sucios y apagados. El olor a lluvia ácida encharcada, humo y suciedad se mezclaba en una apestosa mezcolanza que llegaba hasta el último recoveco de la ciudad. A Sykes el fuerte hedor químico que desprendían las hogueras se le metía por la nariz y los ojos y le dejaba un sabor repelente en la boca que le hacía arañar su lengua contra los dientes de manera compulsiva.

Se detuvieron frente a las puertas de un edificio estrecho donde dos hombres vigilaban sentados en dos taburetes. Ambos vestían llamativos jerséis de tejido sintético, de color azul uno, de color naranja el otro.

—¡Oh! Pero mira quién nos honra con su presencia, Phillipe —dijo el hombre del jersey azul.

—Hacía mucho tiempo que no se la veía por aquí. ¿Qué crees que querrá, Saverin?

—¿Está Úrsula? —dijo Chica.

—Parece que quiere ver a Úrsula, Phillipe.

—Me siento un poco despechado, Saverin.

—Venga, dejaos de gilipolleces. ¿Podemos pasar?

Los dos hombres intercambiaban miradas divertidas escondidas bajo muecas austeras, cruzados de brazos mientras observaban a Chica y a Sykes.

—En serio, necesito hablar con ella —dijo Chica impaciente.

—¡Ah! Parece que habla en serio, Phillipe.

—Pues si habla en serio, habrá que tomársela en serio, Saverin. ¿Para qué querrá hablar con ella?

—Eso no os importa.

—¡Oh! Ahora sí que estoy dolido, Saverin.

—Deberíamos dejarla pasar antes de que nos arranque el corazón con su fría indiferencia. Pero ¿qué opinas de su acompañante?

De repente, los hombres se irguieron sobre sus sillas, cambiando su actitud. Casi se podía apreciar cierta profesionalidad en ellos.

Sykes percibió un olor agrio y ceroso a su espalda, rápidamente escondido bajo el olor dulzón del humo de un cigarro. Un gigante de espaldas inabarcables miraba cansado a los dos hombres. Su cabeza calva resplandecía bajo las gotas de sudor espeso.

—¡Ah!, Bald, menos mal —dijo Chica saludando al hombre recién llegado—. No entiendo cómo no habéis despedido a estos dos todavía. ¿Está la jefa?

Bald se limitó a soltar un gruñido envuelto por el humo del puro que descansaba sobre sus labios e hizo un ademán con la cabeza, invitando a Chica y a Sykes a entrar en el edificio.

42

Sykes fumaba sentado sobre un sillón raído mientras contemplaba con morbosidad la paliza que Úrsula le estaba propinando a un hombre que le doblaba en tamaño.

Chica, a su lado, charlaba distendida con Bald. Asustaba observar la pasividad de ambos ante el acto de violencia que se desarrollaba a escasos metros de ellos.

—Sacad a esta rata de mi vista y limpiad esto —dijo Úrsula transcurrido un tiempo en donde la paliza comenzaba a tornarse en algo desagradable.

Dos hombres hasta ese momento mimetizados con el mobiliario, levantaron el cuerpo del hombre y lo sacaron de la habitación.

—Bald, esta noche irás a Kinshasa. Tienes que hablar con Sasks. Dile que mantenga los ojos abiertos.

Sykes observaba a Úrsula mientras esta se limpiaba las manos ensangrentadas en un lavabo situado en el extremo de la habitación.

La Condesa del Vertedero.

Así la llamaban en el resto de los suburbios y así es como Sykes escuchó hablar de ella por primera vez. Si no hubiera presenciado lo que acababa de presenciar, podría incluso resultar hermosa.

—Hace mucho que no te veía, Chica —dijo Úrsula mientras se sentaba tras la gran mesa que presidía la estancia.

—¡Oh! He estado ocupada —dijo Chica—. Las cosas van bien.

—¿Cómo está el viejo?

—Como siempre. Te manda recuerdos.

Úrsula extrajo una botella de vodka del cajón superior de la

mesa y bebió un largo trago de ella.

—¿Quién es? —preguntó señalando a Sykes con ademán desdeñoso.

Chica miró hacia Sykes como si acabara de percatarse de su presencia, ahí sentado, envuelto en humo y en completo silencio. Había visto esa cara enmudecida cientos de veces. Úrsula intimidaba incluso a los tipos más duros. El propio Bald guardaba un respeto enfermizo hacia ella.

—¡Oh! Este hombre ha venido porque necesita un lector para un sistema de almacenamiento antiguo.

—¿Y qué diablos puedo hacer yo?

—Necesitamos hablar con el bibliotecario. ¡Ah! Y el viejo dice que necesita una reprogramación.

Úrsula miró sorprendida a Chica.

—¡Oh! Eso sí que es algo nuevo. ¿Cuándo fue la última?

—No lo sé —dijo Chica encogiéndose de hombros—. Creo que yo no había nacido.

—No va a ser fácil conseguir una reprogramación de calidad ahora. La Acrópolis ha llenado de patrullas los suburbios. Al parecer asesinaron a una ciudadana hace unos días en la cantina de mi hermana.

El cuerpo de Sykes le traicionó. Fue un gesto leve, una convulsión casi inapreciable que esperaba que nadie hubiera reparado en ella.

Observaba a Úrsula con nuevos ojos, como si la conociera de toda la vida a pesar de que Sasa jamás mencionó que tuviera una hermana, ni que su hermana fuera la mujer más poderosa de Ciudad Vertedero, capaz de matar de una paliza a alguien con sus propias manos.

Dudó si contarle que él no había matado a Lucille Rivas y que su hermana unas veces era una gran amiga y otras una gran amante, y que si alguna vez había llegado a amar a una mujer, esa sin duda sería Sasa. La pequeña e incorregible hurgadora.

—Han llegado informaciones de Kinshasa. Al parecer, el asesino

se ocultaba allí, pero ha vuelto a escapar. Debe ser un tipo hábil. ¿Vosotros no sabéis nada?

—Yo no. —Chica se encogió de hombros ingenua.

—Algo he oído en las noticias —dijo Sykes fingiendo normalidad.

Úrsula estudiaba a Sykes mientras bebía un nuevo trago.

—De acuerdo —dijo al fin—. Bald, llévalos a ver al bibliotecario. —Se levantó decidida y se dirigió hacia la puerta—. Necesitaré un par de días para la reprogramación.

Recorrieron los edificios a través de túneles improvisados y callejones libres de miradas indeseadas hasta llegar a un pequeño recinto oscuro.

La habitación se escondía tras la falsa pared del fondo.

—Os espero aquí —dijo Bald antes de que la pared se colocara de nuevo en su sitio.

Dentro, la oscuridad era espesa y el silencio estaba roto por un zumbido suave y continuo que parecía existir solo si se le prestaba atención.

—¿Hola? —dijo Chica. La habitación resonaba con un sonido seco que hacía imposible la orientación.

—¿Quiénes son ustedes?

Una luz tenue y blanquecina emergió de una mesa situada en el centro de la habitación.

—¿Quiénes son ustedes? —repitió la voz. Sonaba dulce y pausada. Rasgada por el tiempo. La voz de un anciano feliz de recibir compañía.

Cuando los ojos de Sykes se habituaron a la luz, vio la cabeza dueña de aquella voz. Estaba sobre la mesa iluminada, conectada a un auto-generador plano y antiguo anclado en una de las paredes, el cual era el culpable del zumbido. Dos cables gruesos que nacían en el generador se introducían a través de su cuello proporcionando la energía que la mantenía con vida. La cabeza estaba rota en su parte superior. La piel desgarrada de su rostro

dejaba ver sus mecanismos internos.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi, señorita… —dijo la cabeza pronunciando el nombre de Chica—. ¿Cómo se encuentra?

Chica lanzó una mirada henchida a Sykes, orgullosa de escuchar su nombre salir de otros labios que no fueran los suyos, aunque esos labios pertenecieran a un artefacto electromecánico. La cabeza parpadeaba despacio, como si estuviera a punto de apagarse, moviéndose con gestos artificiales, secos y repentinos.

—Estoy bien, bibliotecario.

—¿Cómo podría ayudarles?

Su voz se entrecortaba soltando discordancias eléctricas que se balanceaban en el aire cargado de la habitación.

Chica miró a Sykes. Este, todavía hipnotizado por la cabeza parlante, extrajo la esfera con torpeza, acercándola a la luz.

—No se preocupe. Mis sistemas ópticos no necesitan luz. Veo que es un sistema de almacenamiento antiguo. ¿Cómo podría ayudarle?

—¿Puedes leer su contenido?

—Me temo que no, señor. Lo lamento.

—¡Oh! Quizá tengas almacenado algún tipo de manual para fabricar un lector —dijo Chica.

Un zumbido eléctrico se sumó al zumbido ya existente de la habitación. Salía del interior de la cabeza, ahora paralizada y con los ojos fijos en el techo oscuro.

Pasaron varios minutos en donde el nuevo zumbido se aceleraba o se detenía para volverse a acelerar hasta que los ojos se posaron de nuevo en Chica.

—Afirmativo. Tengo un manual de uso de ese modelo.

—¡Ah! ¿Solo de uso? —dijo Chica.

—¿Están los protocolos de lectura y escritura? —preguntó Sykes.

—Sí.

—Perfecto. Con eso debería valer. ¿El viejo es hábil? —

preguntó a Chica.

—Sí —dijo la cabeza.

Sykes y Chica observaron divertidos al bibliotecario.

—Necesito que me proporcione una dirección de descarga, caballero.

43

El hombre se puso en marcha a última hora de la tarde. Llevaba una pequeña bolsa de viaje y cara de pocos amigos.

Sebastian no se alteró. Pensaba cenar tranquilo. Recibía las imágenes y los datos de posición con apenas un segundo de retardo y con una imagen clara a pesar de la lluvia.

Cuatro horas después llegaba a Ciudad Vertedero con el estómago todavía lleno.

Aparcó en una zona alejada.

A pesar de tener desactivados los prostéticos olfativos, el aire contaminado le arañaba las fosas nasales y la garganta.

Las imágenes del FlyEye llegaban ahora oscuras como oscura era la noche en Ciudad Vertedero. No se veía demasiado. Apenas un brillo en movimiento, una sombra entre los escombros cuando cruzaba alguna hoguera.

Trató de pasar lo más desapercibido posible, aunque debería haber pensado antes en ello: la gabardina y el sombrero no resultaban favorables para ese cometido.

Por suerte la oscuridad sí le ayudaba. Se alejaba de las hogueras y de las casas. Se apartaba de las plazas y de las reuniones. A pesar de eso no podía evadir todas las miradas. Recelosas. Violentas. Olía a agente ministerial fuera de lugar.

Encendía un cigarrillo con el fuego de una hoguera abandonada cuando tres naves ministeriales cruzaron por encima de su cabeza. El cigarrillo cayó humeante de los labios aturdidos.

Las naves comenzaron a descender a apenas unos metros de donde se encontraba. Sebastian estudió la situación con toda la calma de la que era capaz. Primero debía localizar al hombre. No

le gustaría cruzarse con él mientras se escondía de sus propios compañeros. Accedió a las imágenes del FlyEye. El hombre vigilaba un cobertizo enorme desde lo que parecía el balcón de un edificio. Dentro del cobertizo, dos siluetas corrían raudas. Una ligera y conocedora del camino. La otra torpe, tropezando aquí y allá tratando de seguir a la primera. Parecía un niño pequeño siguiendo los pasos de su hermano mayor.

Corrió hacia las coordenadas que indicaba el FlyEye. Primero vio el cobertizo. Era difícil no verlo. Parecía una ballena blanca tendida sobre arenas volcánicas. A la derecha, el edificio desde donde vigilaba el hombre. A la izquierda, otro edificio, este a medio derruir, pero perfecto para esconderse. Corrió hacia el edificio al escuchar voces acercándose.

El FlyEye dirigió sus sensores ópticos hacia el lugar del que procedían las voces mostrando un nuevo plano. Para vergüenza de Sebastian las imágenes le llegaron nítidas. No hacía falta tanta claridad. Al fondo se veía a un hombre obeso tratando de correr vestido con una gabardina ridículamente grande mientras sostenía con una mano el sombrero sobre su cabeza y agarraba con la otra unos pantalones cuyo cinto era incapaz de mantenerlos en su sitio.

Accedió a la casa con las piernas temblando y los bronquios ardiendo sin importarle demasiado si el hombre le había visto o no. Se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la pared y encendió un cigarrillo. Le vendría bien para la espera.

Unos segundos después aparecieron quince vigilantes. Por detrás, como un veterano pastor guiando a sus borregos, Boris Nabokov caminaba con semblante afilado.

Accedió al servidor del Ministerio. Ningún aviso. Viniendo del Ministerio ya nada le sorprendía, pero eso era un golpe bajo. Otro cigarrillo le vendría bien para paliar la ira.

Boris comenzó su particular *show* de violencia e intimidación, pero tanto el viejo como la jovencita aguantaban los golpes con entereza. Sabían que en Ciudad Vertedero nadie se atrevería a hacerles excesivo daño. Ni siquiera Boris.

Varios cigarrillos después, Boris se dio por vencido. Los hurgadores eran gente ruda, había que reconocerlo.

Los vigilantes, que habían realizado una tímida exploración bajo la nada amistosa mirada de decenas de hurgadores, volvían a juntarse frente al cobertizo esperando las órdenes de Boris con cierta ansiedad.

Boris permanecía quedo con la vista puesta en el suelo embarrado. Apenas alzó la cabeza, el kaizen de Sebastian comenzó a vibrar. Una alarma en el servidor del Ministerio. Un chivatazo llegaba desde Ciudad Vertedero. Trató de acceder a los metadatos del archivo en busca de la hora real del aviso, pero había sido manipulado. Era un golpe demasiado bajo. Se había convertido de manera oficial en el tonto útil del Ministerio.

El kaizen comenzó a vibrar de nuevo. Esta vez era una llamada de Boris.

—¿Has visto el aviso? ¿Sigues en Kinshasa?

Sebastian dudó si responder o mandar todo a la mierda.

—Sí, estoy en el hotel. Me dirijo ahora hacia allí.

—Perfecto. Yo he salido ya. Nos vemos allí.

44

Una mano áspera que olía a humo y a tierra mojada le tapó la boca con firmeza. Despertó alarmado, tratando de ver quién estaba al otro lado de esa mano, pero una oscuridad espesa lo envolvía todo.

—Vamos, rápido —dijo una voz susurrante.

Sykes, con el cuerpo entumecido y la mente embotada, se esforzaba en imitar la marcha silenciosa de la sombra que le precedía, pero le resultaba imposible.

Caminaron hasta llegar a una casa en apariencia abandonada. La silueta le indicó una pequeña abertura bien disimulada en una de las paredes laterales y se alejó desapareciendo entre los gritos de la gente y el humo de las hogueras.

Dentro, sentada sobre una vieja silla de mimbre, Úrsula observaba un viejo monitor que mostraba el cobertizo. Sostenía una botella de vodka pegada a una mano y un cigarrillo humeante en la otra.

El fuerte olor ferroso de la sangre fresca y la carne todavía tibia se mezclaban con el olor de las heces y el orín recién huidos del cuerpo inerte. En el suelo, bañado con su propia sangre y rodeado de miembros brutalmente mutilados, yacía el cuerpo de lo que no hacía tanto fue un hombre, pero que ahora no era más que un amasijo de carne y piel. Su ojo izquierdo parecía ser la única parte del cuerpo exenta de tortura y era lo único que le confería cierto aspecto humano. Había un montón de ropa arrebujada en el suelo junto a una mesa donde descansaban los objetos de tortura teñidos de escarlata. La manga de un jersey azul asomaba entre el resto de la ropa.

—Al parecer Phillipe y Saverin no me tenían el respeto que

pensaba que me tenían —dijo Úrsula con tono neutro—. El muy imbécil de Saverin decidió gastarse parte del dinero de la recompensa en Kinshasa. Phillipe ha logrado escapar. De momento —dijo apretando los dientes.

Las imágenes del monitor cobraron vida con la llegada de varios vigilantes ministeriales.

—Un contacto en la Acrópolis me dio el aviso.

Dos vigilantes despertaron impetuosos al anciano y a Chica y comenzaron a interrogarlos mientras el resto registraba el cobertizo, guardándose algún pequeño objeto, lanzando el resto al suelo con desdén.

Detrás de ellos apareció un agente. El largo abrigo negro que vestía contrastaba con sus ojos azules, casi grises. Los ojos de un muerto. Deslumbraban la imagen, como los faros de un coche en una noche oscura. Era el mismo hombre de Kinshasa. El hombre sin vida. Caminaba erguido, con paso lento y zancada larga. Se aproximó al anciano y a Chica y comenzó a gesticular con movimientos pausados.

—¿No hay sonido? —preguntó Sykes.

—No. ¿Reconoces a ese agente?

Sykes negó con la cabeza.

El agente lanzó un manotazo que lanzó al anciano al suelo.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Úrsula levantándose iracunda. Los ojos enrojecidos por la rabia parecían buscar acomodo más allá de sus cuencas.

Varios minutos, unos cuantos golpes y muchos gritos de Úrsula después, el agente se dio por vencido. Chica ayudaba a levantarse al anciano mientras lágrimas de impotencia surcaban el rostro de Úrsula. Rechinaba los dientes. Apretaba los puños hasta dejarlos sin circulación.

—Esos mierdas se marcharán rápido —siseó entre dientes—. No les gusta pasar mucho tiempo en Ciudad Vertedero, no es un sitio especialmente benévolo con los ciudadanos y menos con los agentes. Cuando no tienes nada que perder, el miedo no tiene

sentido y estos cobardes solo muestran valor cuando atemorizan. Esta noche dormirás aquí. Hay una cama en la habitación del fondo. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Nadie te molestará. Chica se pasará por aquí por si necesitas algo. Recoge eso Bald, nos vamos.

Bald surgió de entre las sombras con la ropa completamente manchada de sangre. Detrás de él, dos antiguos robots de limpieza con forma antropomórfica comenzaron a recoger los trozos de carne desperdigados por el suelo.

—¡Oh! Respecto a la reprogramación del viejo, mañana temprano llegará una nave de desechos médicos a la zona de descarga del distrito sur. Estará escondida en una caja de medicamentos amarilla.

—¿Cómo te pago?

—Bald.

Bald se acercó y le entregó un sobre negro a Sykes. Parecía vacío.

—Entrega esto a mi hermana.

Úrsula sonrió ante el rostro sorprendido de Sykes.

—¿De verdad pensabas que no sabía quién eras?

Sykes permaneció en silencio con el sobre en una mano y cara de tonto. Miró el sobre tratando de recomponerse.

—¿Qué es? —preguntó.

—No te importa. Lleva un sistema de seguridad, así que si lo abres, lo sabré. Y creo que ya me has visto trabajar.

Sykes asintió observando el sobre con curiosidad.

—¿Y con esto estamos en paz?

Úrsula asintió y se dispuso a abandonar la habitación seguida por Bald. Los robots ya habían terminado de limpiar y un agradable olor aséptico inundaba la habitación.

—¡Ah! Sasa me dijo que le debes otra —dijo Úrsula antes de desaparecer.

45

—Joder, Sebastian. Han pasado más de dos horas.

Sebastian observaba a Boris como quien observa un montón de heces con los ojos azules.

—¿Dónde has estacionado?

—A las afueras. No quería llamar demasiado la atención.

—Pues con esa gabardina y ese sombrero…

—¿Venimos a hablar de mi atuendo? ¿Tú has llegado hace mucho?

—Hará un par de horas.

Maldito montón de estiércol.

—¿Solo?

—¿Quién más quieres que venga?

—¿Has averiguado algo?

—Sí. Que lo hemos perdido otra vez.

—¿Cómo lo sabes?

—La información aseguraba que estaba escondido en un cobertizo no muy lejos de aquí, pero solo había un viejo y una niña. Ya les he dado lo suyo.

—¿Quién es el informante?

—Ni idea. Recogió el dinero del servidor y desapareció.

—¿Y ahora? Este no es buen lugar para un agente.

—Estoy de acuerdo con usted.

La voz gutural con olor a humo de puro procedía de un gigante oculto bajo la sombra de un edificio. Su cabeza calva resplandecía con el baile de las llamas de una hoguera cercana.

—Creo que será mejor que se vayan. Y sí, es una amenaza.

—Somos agentes ministeriales y tenemos…

Antes de que Boris terminara la frase, el gigante salió de las sombras. En su mano derecha llevaba un jersey en el que se podía adivinar su antiguo color azul escondido bajo la sangre todavía húmeda. En su mano izquierda llevaba una masa informe de huesos, carne y piel. Se aproximó con mirada amenazante, chupando un enorme puro que entre sus labios parecía un simple palillo. Cuando estuvo a su altura, Sebastian pudo ver mejor la masa de carne: era una mano destrozada. Una amenaza nada sutil. El hombre se aproximó a una hoguera cercana y tiró primero el jersey y después la mano. Se limpió los restos de sangre de sus manos sobre sus pantalones y se situó frente a ellos. El olor a carne quemada se extendió como un hongo en una cueva húmeda.

—Aquí no sois nada. Sois menos que nada. Cualquier cosa aquí vale más que vuestras vidas, incluso la mierda humeante que acaba de soltar ese perro. Ahora os subiréis a vuestras naves y desapareceréis. Para siempre.

—Pero…

—¡Oh! No estoy dialogando, ojitos azules. Tampoco os quiero por los alrededores. Os quiero lejos de aquí. ¿Lo habéis entendido?

Varios hurgadores emergieron de entre las sombras. Sebastian agradeció ser un agente y no un simple ciudadano, y aun así, no las tenía todas consigo.

—De acuerdo. De acuerdo. Nos iremos.

—¡Oh! Claro que os iréis, gordito. Mis hombres os acompañarán a vuestras naves. ¡Ah! Lo que les has hecho al anciano y a Chica…

Con un movimiento rápido lanzó su mano al cuello de Boris, pero este reaccionó con agilidad, golpeando la mano y dando un paso hacia atrás.

—Y no volváis. —El gigante no parecía impresionado—. Ni vosotros, ni ningún otro agente. ¿Me habéis entendido?

—Está bien, está bien. Nos vamos —dijo Boris sonriendo con suficiencia.

El gigante parecía satisfecho, dispuesto a girarse e irse por donde había venido, pero en un movimiento inusitado para un

hombre de semejante tamaño, agarró, esta vez sí, a un más que sorprendido Boris. La manaza se cerraba alrededor del cuello. Boris, con los ojos desorbitados y el rostro amoratado, trataba de zafarse mientras pataleaba en el aire como un escarabajo bocarriba.

—Quita esa estúpida sonrisa de tu cara cuando hables conmigo, escoria ciudadana. —El humo del puro salía en bocanadas de su boca sustanciando cada una de las palabras—. Por supuesto que os iréis. No es ninguna petición. Es una orden. ¿Has entendido?

Boris realizó un movimiento que podría ser interpretado de múltiples formas en otras circunstancias, pero que en ese momento era el gesto más asertivo que Sebastian, paralizado, no por miedo al gigante, sino por puro placer de ver sufrir a Boris, había visto en muchos años.

El gigante soltó a Boris, que cayó al suelo como un trapo viejo. El resto de hurgadores se aproximaron a Sebastian y a Boris, levantaron a este último sin recato y comenzaron a guiarlos a empujones en dirección a las naves bajo a la atenta y amenazante mirada del gigante.

46

Chica maldecía resignada frente al espejo mientras observaba el hueco dejado por un diente caído la noche anterior. El aire salía ceceante dotando de comicidad sus imprecaciones.

—¡Oh! No te preocupes. Tú no tienes la culpa —dijo el anciano a un condolido Sykes—. Este pómulo y este labio se recuperarán pronto. En cuanto a la jovencita… bueno, tarde o temprano le conseguiremos un diente nuevo.

Aceptó con apetito el cigarrillo que le ofrecía Sykes.

—Dame uno —dijo Chica acercándose con la mirada rabiosa mientras jugueteaba con la lengua sobre la herida todavía fresca.

—Tengo buenas noticias —dijo el anciano—. Creo que no va a ser muy difícil fabricar el lector, pero necesitaré unos materiales un tanto extraños. Demasiado antiguos. He enviado a dos chicos al distrito central a buscarlos. Mientras tanto, te recomiendo que te andes con cuidado.

—Tengo que ir a la zona sur a recoger tu reprogramación.

—¡Oh! Úrsula se ha dado prisa esta vez. Irá la jovencita, es mejor que no te dejes ver demasiado, al menos durante varios días. Hemos lanzado inhibidores de señal por si han dejado algún sistema de vigilancia, y en cuanto a los satélites, son fáciles de burlar, pero aun así… Te hemos traído comida, mantas, cigarrillos y unas cuantas cervezas, aunque no sé si están muy frías y me temo que en esta casa no hay frigorífico.

—Está bien, no hay problema. Muchas gracias.

—¿Estás lista, jovencita? Deja ya de preocuparte por ese diente. Ya encontraremos otro.

47

Las venas del cuello del ministro Teltet iban a explotar. Caminaba de un lado a otro de su despacho mientras Sebastian y Boris le observaban gritar postrados sobre las sillas. El ministro Cole fumaba impasible observando los jardines del Ágora desde el ventanal que presidía la estancia.

—¡Pero si ya lo teníamos!

A Sebastian tanta hipocresía le estaba provocando acidez.

—Alguien debió informar a Úrsula —dijo Boris.

—¿La Condesa del Vertedero? ¿Por qué no la detenéis? Después de pasar un rato contigo, seguro que canta mejor que una soprano.

Sebastian dudó si responder al comentario. Cualquier agente se andaría con cuidado cuando se trataba de Úrsula. Era astuta. Demasiado. Y dura. Muy dura. Ni siquiera un rato con Boris la ablandaría. Más bien todo lo contrario. Úrsula era peligrosa. Hacía muchos años, cinco vigilantes abusaron de una bella hurgadora que todavía no había alcanzado la pubertad. La violaron y torturaron hasta matarla debajo de un puente en Ciudad Vertedero. No había transcurrido una semana cuando los cadáveres de cuatro de ellos aparecieron colgados en el mismo puente. Torturados. Mutilados hasta perder cualquier semejanza con la especie a la que pertenecían. El único superviviente murió dos meses después sodomizado con la pata de la mesa de la cocina. De su cocina. En su casa. En la Ciudadela. Cómo alguien pudo hacer algo así era todavía una pregunta recurrente entre los agentes que ya se encontraban en activo en aquella época. Un mensaje en la sección de anuncios del *News* varios días después informaba sobre la autoría de esos crímenes. Era un mensaje sutil, nada que pudiera

implicarla directamente, pero era un mensaje inequívoco: en Ciudad Vertedero todo tenía un precio. Y Úrsula era la banca. ¿Pero cómo iba a recordar eso el ministro Teltet? Ni siquiera había nacido. Ni él ni su íntimo amigo el ministro Cole. Ambos hijos de ilustres patricios. Ambos licenciados en Tot. Ambos ministros. Ambos estúpidos profundos sin esperanzas de remisión.

—No es tan fácil, señor. Existen leyes —dijo Sebastian.

—¿Leyes? —gritó golpeando la mesa. Varios objetos cayeron al suelo—. ¡Las leyes somos nosotros! ¿Dónde están los hurgadores que nos dieron la información?

—Con uno perdimos el contacto el mismo día del chivatazo. El otro apareció hace tres días flotando en las marismas de Kinshasa. Al menos lo que quedaba de él —dijo Boris.

—Esa gente está sin civilizar —dijo Paul Teltet asqueado.

—Es una forma eficaz de aventar a futuros chivatos —intervino el ministro Cole—. Quizá deberíamos tomar nota.

—No digas tonterías. Hay formas mucho más elegantes de hacer las cosas. No nos vamos a poner a la altura de esos animales de ahí abajo.

—Solo digo que habría que investigar quién se ha ido de la lengua. El topo empieza a ser una molestia demasiado peligrosa. Y más ahora.

Paul miró a Lenny. Sabía que tenía razón, pero ahora no era momento para hablar sobre eso.

—¿Qué van a hacer, agentes?

—Lo mismo que hasta ahora. Esperar —dijo Sebastian. Boris asentía conforme.

—¿Esperar? ¿Hasta cuándo?

—Hasta que volvamos a saber algo.

—¿Y por qué no enviamos vigilantes a cada rincón de los suburbios?

Sebastian no se molestó en responder. Resultaba doloroso ver como semejante suma de ineptitudes había llegado a ser ministro de Justicia y Seguridad Ciudadana.

—Mire, señor, de momento no podemos hacer nada más que esperar. Tenemos los suburbios plagados de gente a sueldo y la recompensa ofrecida por Marcus Sykes es demasiado apetitosa como para dejarla escapar. Tarde o temprano, volveremos a recibir información sobre él.

—Espero resultados pronto, agentes. Pueden irse.

Sebastian notaba un sabor agrio en la boca. Sabía que era mejor callar. Pero ocultarle el chivatazo… No le gustaba que le tomaran por tonto. Y menos que lo hicieran un imbécil con estatus y un psicópata con pistola. Pero sabía que no podía hacer nada. Callar. Obedecer. Seguir vivo.

48

—¡Oh! Vaya como duermes. Ya tienes el lector —dijo el anciano señalando un pequeño objeto que descansaba sobre la mesa.

Sykes llegaba somnoliento. El viejo catre en el que llevaba durmiendo las últimas semanas no era el mejor sitio para descansar.

El anciano seguía aparentado una edad indeterminada a pesar del *chute* , como si el tiempo se hubiera detenido en el espacio que él ocupaba. Ni avanzaba ni retrocedía. Permanecía inactivo.

Sykes cogió el lector admirando su sencillez. Tenía el tamaño de una cajetilla de tabaco y era curiosamente pesado. Se sentó en una cama mucho más cómoda que la suya y se conectó a través del cable que extrajo del kaizen. La esfera lanzó un suave brillo cuando la introdujo en la oquedad del centro.

La imagen apareció como un parco mosaico de colores apagados. Su ingenuo diseño le resultaba divertido. Había varios ficheros distribuidos de forma desordenada. Se superponían o incluso se ocultaban cuando fijaba su atención en ellos.

Trató de acceder a un fichero esquivo, una carpeta de tonalidad beige que se abrió con un curioso movimiento fluctuante, como si fuera un papel sumergido en agua tratando de salir a la superficie. La información era un galimatías de letras, números y símbolos que aparecían y desaparecían.

Sykes lanzó una herramienta de desencriptación desarrollada durante esos días con la ayuda de manuales antiguos que le entregó el bibliotecario y la dejó corriendo en segundo plano. Después activó una señal de aviso en el prostético y guardó el lector en el bolsillo.

Se quedó dormido después de fumarse un cigarrillo. Esta vez sí, tuvo un sueño reparador.

Le despertó el agudo sonido interno que emitía su kaizen. En el cobertizo olía a carne y a madera quemada. El anciano y Chica charlaban con un grupo de hurgadores sentados alrededor de un fuego donde se cocinaban varios filetes de una carne que Sykes era incapaz de identificar. Tenía hambre, así que se sentó con ellos antes de mirar el contenido desencriptado del disco. Trabajaría mejor con el estómago lleno.

49

El mosaico se había convertido en dos simples carpetas parduzcas sobre un fondo negro. Su simpleza y sobriedad eran agradables, nada que ver con los diseños actuales.

Accedió a la carpeta de la izquierda. Una enorme matriz de imágenes apareció como un bosque de vivos colores, una explosión de tonalidades, saturaciones y brillos que provocó un hormigueo en el cerebro de Sykes. Cientos de imágenes cubrían el cuadro ilusorio. Había también fotografías realizadas con algún tipo de cámara fotográfica. Las imágenes mostraban a Rohan o a Lucille o a los dos juntos sonriendo felices en la mayor parte de ellas. Sonrisas sinceras, cómplices con el brillo de sus ojos. Se abrazaban o dormían o saltaban sobre el colchón de la cama. Distraídos en la cocina mientras comían o dirigiéndose confidentes a la cámara. Casi se podía escuchar el juvenil sonido de sus risas o el chasquido húmedo de sus besos o el roce de su piel desnuda. Todas las imágenes compartían un radiante amor visceral. Visceral y clandestino. Una patricia no tenía permitido enamorarse de un subciudadano. Perdería su estatus. Poco importaba que ese subciudadano hubiera alcanzado el rango de barón y fuera el director de los laboratorios de Pandora.

Volvió a la pantalla principal y accedió a la siguiente carpeta. Contenía un fichero de vídeo que mostraba una imagen congelada de Rohan. A pesar de las reprogramaciones, y que sí, lo reconocía, estaba más delgado, Rohan seguía estando *rellenito, gordo, gordito* . Sykes escuchó su propia risa nostálgica en la distancia. Reprodujo el vídeo con la sensación de que se arrepentiría. Prefería vivir en la ignorancia. No volver a saber nada de Rohan si era necesario. Al

fin y al cabo, habían pasado tantos años…

Rohan hablaba a su propio reflejo en el espejo de lo que parecía una cafetería de prestigio. Sykes no tardó mucho en determinar el lugar: en varias de las toallas alineadas en las paredes de mármol negro se distinguía el nombre del hotel al que pertenecía. La mirada lúcida de Rohan mostraba resignación. Sus movimientos eran suaves, más de lo que solía ser habitual en él. De alguna forma, parecía que aceptaba su destino. Ya no hacía falta luchar. Hablaba calmado, despacio y con un tono bajo, poco más que un susurro.

—*No voy a poder huir… Sabes lo que tienes que hacer… Él te ayudará… Nos criamos juntos… Es un hermano para mí… Todavía recuerdo como nos reímos del patoso de Lanuza cuando rompió la cama… Te estoy enviando esto a través de un servidor fantasma… Grábalo en algún sistema de almacenamiento antiguo, así no lo podrán rastrear… Encontrarás muchos en el laboratorio…*

Un hombre de pronunciado bigote abrió la puerta del baño. Rohan lo miró en el reflejo del espejo.

—*Estás aquí. Es que estabas tardando tanto que…*

—*Ahora salgo. Solo me estoy refrescando un poco.*

El hombre desapareció del plano despidiéndose con un gesto ebrio de la mano.

—*… Entrégale esto. Él sabrá lo que hacer. Convéncele para que se conecte a tu kaizen, pero no te olvides de cargar el software. Hazle saber quien eres y lo que significas para mí. Y ten cuidado. No confíes en nadie. Te quiero. Siempre te querré.*

Sykes no era dado a sentimentalismos de ningún tipo. Demasiados amigos caídos. Demasiadas puñaladas por la espalda. Demasiados golpes y demasiadas cicatrices. Pero ahora Sykes sabía que Rohan estaba muerto. No albergaba dudas. No tardó en sentir el agua salada de sus lágrimas sobre sus labios resecos.

Grabó el contenido en su kaizen y cortó la conexión. Después tiró el lector y la esfera a la hoguera donde habían hecho la cena y

encendió un cigarrillo con sus manos temblorosas. Sintió el filtro mojado y salado sobre sus labios. Aspiró fuerte, lo más fuerte que sus pulmones le permitieron.

Necesitaba respirar humo.

III

50

Descendió en una estación a cielo abierto, junto al mar, en una zona donde en los días claros, cuando el viento mueve el Grumo, se puede ver la vieja isla de Manhattan bajo el agua. Derruida y marchita, pero aun así magnífica.

Las coordenadas del FlyEye lo encaminaron hacia el centro de la ciudad, a una cafetería frente al hotel Richmond en donde el hombre merendaba sentado junto a la ventana.

Sebastian entró en la cafetería escondiéndose tras un grupo de jóvenes regodeándose con el olor a café y a pasteles recién horneados, y se sentó en una mesa desde la que podía observar al hombre y gran parte de la calle a través de la ventana.

Café y pastel de crema en mano se dispuso a vigilar el tiempo que fuera necesario.

Una hora después, el hombre se puso en pie. Del hotel Richmond emergía una silueta con el rostro resguardado tras las solapas de un enorme abrigo de lana sintética. Parecía que el hombre se iba a poner en marcha, pero continuó mirando la entrada del hotel. Pasados unos segundos, volvió a sentarse. Sebastian pidió otro pastel agradecido. Y café, sí, por favor. Muchas gracias.

Era casi medianoche cuando el hombre se levantó y se volvió a sentar desesperado. Por el gesto, Sebastian supo que acababa de establecer una conexión. Rápidamente, se conectó él también y buscó el enlace con un *software* desarrollado en la Acrópolis. Veinte eternos segundos después el *software* encontró el enlace.

—… *se dirige.*

—Aun así me gustaría saber dónde se ha metido el agente.

—El agente no importa. Olvídalo. Solo importa Sykes.

Sebastian había escuchado la voz del otro lado del enlace en alguna otra parte. Trataba de recordar sin éxito. ¿Y qué era eso del agente? Accedió al servidor del Ministerio, pero no había ningún aviso. Aunque eso poco importaba.

Cuando el hombre abandonó la cafetería decidió dejarle ir, el FlyEye se encargaría de informarle, y se dirigió al Hotel Richmond. Al cruzar las puertas del hotel comprendió el porqué de su fama: enormes lámparas de araña con lágrimas de cristal de Ull, alfombras de lana de arkantor, seda natural de Dríade, mármol dorado de las montañas centrales de Epona… Ni siquiera en la Ciudadela tenían un hotel como ese.

Le atendió una mujer de rasgos orientales reprogramada en unos treinta años con una preciosa sonrisa. «Un tanto forzada», pensó Sebastian, «pero preciosa».

—Me gustaría saber si esta tarde ha estado aquí un hombre —dijo tras mostrar su identificación.

—Me temo que tiene que ser más específico, agente. Esta tarde han estado aquí muchos hombres.

Sebastian rebuscó en el servidor del Ministerio y extrajo una imagen de Sykes que cargó en una pequeña tarjeta de visualización holográfica.

—Sí, ese hombre estuvo aquí. Es el periodista molesto. Estuvo en la cafetería haciendo preguntas a todos los camareros. Tuvimos que echarle. Tiene que comprender que la discreción es fundamental en un negocio de estas características

—¿Tienen sistema de vigilancia?

—Por supuesto.

—¿Podría verlo?

Sebastian ya conocía la respuesta.

—Me temo que necesitará un permiso ministerial de tipo 1, agente.

—Volveré mañana entonces. Hoy ya es muy tarde.

—Estaremos encantados de atenderle, agente.

Salió del hotel y miró las coordenadas en el FlyEye. El hombre estaba en un pequeño hostal no muy lejos de donde él había estacionado la nave. Perfecto. Estaba cansado y no sabía a qué hora se pondría otra vez todo en marcha.

51

Sykes ocultó el rostro tras las solapas del abrigo recién comprado y salió por la puerta principal mientras la recepcionista atendía a una pareja de huéspedes.

Resultaba vergonzosa la poca seguridad que tenía el hotel. Después de confirmar que el baño de la cafetería fue el lugar desde el que Rohan había realizado la grabación y ser expulsado con la mejor de las sonrisas, accedió por una de las puertas traseras aprovechando el despiste de varios empleados que charlaban entre quejas y cigarrillos.

No le costó mucho encontrar una sala desde la que poder conectarse físicamente al servidor del hotel. Los sistemas de seguridad eran de risa.

Tras extraer la fecha de los metadatos del vídeo de Rohan, realizó una copia de los pagos realizados en la cafetería a lo largo de aquel día.

El nombre de Rohan no aparecía, lo que quería decir que, o Rohan se había ido sin pagar, cosa que Sykes sabía imposible, o que el hombre con bigote que aparecía en el vídeo fue un anfitrión generoso.

Descartó a los clientes que no fueran residentes en la ciudad y buscó al resto en el Nexo. Pudo tachar varios nombres cuyos rostros no coincidían con el rostro con bigote que aparecía en la grabación. El resto de nombres no tenían una imagen asociada, así que comenzó su andadura por las calles de Neo York.

Los nombres resultaron pertenecer a gente con pocas ganas de hablar alentados por la estupidez de la que mucha gente adinerada hace gala. Los tres primeros nombres le rechazaron sin demasiada

amabilidad cerrando las puertas de sus opulentas casas con alguna que otra amenaza de llamar al Ministerio si volvía por allí. Uno de ellos, incluso, animado por su estúpida mujer atrincherada tras las anchas espaldas de su marido, adoptó una pose violenta y amenazante, ablandada rápidamente por la mirada seca y la sonrisa ladeada de Sykes. Ver en sus ojos la terrible comprensión de su inferioridad fue suficiente premio para Sykes, que se giró dejando al hombre con algún que otro tímido improperio en la boca.

Y al fin… «Fernando Gomes, encantado», dijo oculto tras una mirada triste el rostro del hombre que aparecía en el vídeo. Lo primero que llamó la atención a Sykes fue su físico envejecido. Quizá setenta años, quizá más. Demasiado tiempo sin un *chute* .

Sykes se hizo pasar por periodista en busca de un artículo sobre la vida de la gente adinerada de la ciudad, un artículo inocente para una nueva revista local con grandes expectativas.

La familia Gomes llegó a formar parte de la alta sociedad de la Ciudadela, pero unas más que dudosas decisiones empresariales llevaron a la decadencia, tanto económica como social, a la familia. Fernando Gomes le contaba todo esto sentado sobre un sillón orejero que había vivido tiempos mejores, como si fuera una representación gráfica de los azares de la vida familiar. Hablaba con una voz rota por el oporto que no dejaba de beber y por los cigarrillos con sabor a vainilla que no dejaba de fumar y que impregnaban el salón de un olor edulcorado.

La mujer de Fernando, Renata Feira, era una señora con un pronunciado bigote que la afeaba su tosco rostro ya de por sí bastante poco agraciado. Pero más que fea, la mujer de Fernando era una mujer antipática. Sykes se sintió agradecido cuando la vio salir del salón.

—Discúlpela, señor… ¿cómo dijo que se llamaba?… Latzo, eso es. Perdone, ya no tengo la memoria que solía tener. Como le decía, discúlpela. Antes era una mujer encantadora, nada que ver con la mujer que acaba de conocer. La vida no nos ha sido tan

sencilla como esperábamos… Ya sé, ya sé, no somos los únicos a los que la vida pone alguna zancadilla, pero ella ya no aguanta mucho más… ¿Quiere otra copa?

En la habitación contigua se escuchó una silla caer al suelo acompañado por un sonido seco. Fernando cogió un cuchillo que descansaba sobre la mesa junto a la botella de oporto y con paso cansino se dirigió a la habitación ante la sorprendida mirada de Sykes. Cuando Fernando Gomes abrió la puerta, Sykes, completamente atónito, vio a Renata colgada del cuello por una cuerda atada a una de las vigas horizontales del techo. Se balanceaba con los brazos caídos y las rechonchas piernas inmóviles sobre la silla volcada en el suelo. Fernando cogió la silla y se aupó en ella para cortar la cuerda. Ayudó a Renata a bajar y, como si no hubiera pasado nada, regresó al salón lanzando un largo suspiro.

Renata, furiosa, colocó la silla en su lugar habitual, se quitó la cuerda que le rodeaba el cuello y la tiró al suelo con rabia, lanzando después una mirada de profundo desprecio a Fernando mientras este, resignado, cerraba la puerta.

—Cada poco le da por hacer estas bobadas —dijo Fernando mientras se escuchaban los pasos patizambos de Renata en el suelo de madera del piso superior.

Sykes ofreció un cigarrillo a su anfitrión y fumaron durante unos minutos sin mediar palabra.

—Mire, señor Gomes —dijo Sykes rompiendo el silencio que comenzaba a resultar incómodo—, no he sido del todo sincero… No estoy escribiendo ningún artículo sobre gente adinerada, sino sobre la desaparición de un hombre.

Fernando Gomes se limitó a vaciar la botella de oporto.

—Usted dirá. ¿Me da otro cigarrillo? —dijo mientras se levantaba camino de la alacena en busca de una nueva botella.

Sykes mostró una imagen de Rohan que encontró en el Nexo.

—Es ese hombre amable. Otra copa, ¿verdad?… Era un hombre extraño, pero era encantador. Yo venía de hacer unos recados y me

paró para preguntarme… ya no me acuerdo. Bueno, no importa. Al final terminamos cogiéndonos una buena borrachera en la cafetería del Richmond. ¿Se puede creer que era la primera que lo visitaba?

—¿Le abordó por la calle así sin más?

—¿Cómo dice?

—Que si le…

—Sí, sí. Ya le digo que no recuerdo qué quería exactamente. ¿Dice que ha desaparecido? Vaya. Espero que no le haya sucedido nada.

Sykes observaba curioso al hombre que tenía enfrente. *¿Por qué Rohan le había abordado a él de entre todos los transeúntes que poblaban las calles de Neo York?*

—¿Otro cigarro? —dijo Sykes dejando caer el cigarrillo a los pies de Fernando Gomes.

—No se preocupe —dijo Fernando Gomes cuando Sykes se levantó—, ya lo cojo yo —dijo agachándose y dejando al descubierto su kaizen.

Era un modelo antiguo muy extendido en el pasado entre las clases adineradas, pero que se había quedado obsoleto debido a sus sistemas automáticos de grabación controlados por una inteligencia de nivel 3, causante de muchos y variados problemas públicos a sus acaudalados dueños. Aun así, sus excelentes prestaciones hacían que todavía fuera utilizado por muchos usuarios.

Y ese era el motivo por el que Rohan le eligió. El pobre Fernando Gomes era un sistema de grabación andante. Posible testigo de su propio asesinato.

—¿Es un viejo Links? —dijo señalando el kaizen.

—Sí lo es, sí —dijo orgulloso Fernando—. Ya no se fabrican kaizens así. Era de un hermano de mi abuelo. Me lo regaló antes de suicidarse.

—¿Lo tenías activado cuando estuviste con Rohan?

—Me temo que no.

—Tiene una inteligencia integrada, ¿verdad?

Fernando observó a su interlocutor con aprensión.

—Bueno… sí. Pero es una inteligencia simple…

—Tranquilo, señor Gomes. No soy ningún agente ministerial. ¿Me permitiría conectarme?

52

—*¿Quién eres?*

La voz femenina, suave y aniñada surgía desde todas partes produciendo fluctuaciones en la oscuridad.

—*Me llamo Latzo.*

—*¿Qué desea, señor Latzo?*

—*Me gustaría que me enseñaras unos recuerdos de Fernando.*

—*Necesita el permiso del señor Gomes para ello.*

—*Puedes mostrarle lo que te pida, Adelina.*

—*¿Está seguro, señor? No conoce a este hombre.*

—*No te preocupes, Adelina.*

—*De acuerdo, señor.*

—*¿Tienes las imágenes del día…?*

—*Sí.*

—*¿Podrías mostrármelas?*

—*Sí.*

La luz germinó desde el centro. Primero no era más que un pequeño punto lleno de luz y sonido distorsionado. A medida que aumentaba, de forma progresiva y uniforme, comenzaban a surgir siluetas que se transformaban en personas y formas que se convertían en objetos. Los sonidos se clarificaban mientras se desacoplaban unos de otros, pero las voces sonaban huecas.

La escena resultaba familiar: una cafetería elegante y tranquila, con gente charlando mientras bebían y fumaban con la música sonando al volumen perfecto para mantener una conversación sin necesidad de gritar y sin miedo de ser escuchado.

Rohan conversaba animado por el alcohol, sentado con esa pose

tan característica suya con el tronco tumbado sobre la mesa y el mentón casi pegado al vaso sujeto con sus grandes manos. La risa de Fernando Gomes era el único sonido inteligible de la grabación. Su voz, teñida con un sonido oclusivo, como si hablara sumergido debajo del agua, sonaba del todo incoherente.

La mirada de Fernando Gomes se movía con calma de un lado a otro para luego volver a Rohan que no paraba de hablar y beber, acabándose la copa y forzando a Fernando Gomes a que se terminara la suya para pedir dos más.

Transcurría el tiempo con Rohan cada vez más inclinado sobre la mesa y con los pestañeos de Fernando Gomes cada vez más parsimoniosos hasta que la actitud de Rohan cambió. Cualquier atisbo de borrachera desapareció y su mirada vidriada se tornó timorata. Casi se podía oler su miedo.

Fernando Gomes lo percibió y dirigió su mirada enturbiada a su espalda. En el fondo, sentados en una mesa, un hombre de espaldas conversaba con una mujer que fumaba un cigarrillo como lo haría una vieja estrella de cine del siglo XX.

Apenas pudo ver nada más porque la imagen se tornó negra.

—*¿Qué sucede? ¿No grabaste nada más?*

—*Sistema Externo de Inhibición.*

—*¿Cuánto tiempo?*

—*Diez horas.*

¿Diez horas? Eso significaba que el sistema de inhibición era intrusivo. Algo así estaba al alcance de muy pocos. Demasiados conocimientos. Demasiado tiempo. Demasiado dinero.

Sykes cerró la conexión y se dirigió a Fernando Gomes.

—¿Recuerda a la pareja que se sentó detrás de usted cuando estaba con Rohan?

—Es difícil no recordarlos, sobre todo a él. Era… cómo describirlo… sus ojos eran perturbadores, como hielo… No sé como expresarlo… como si le faltara algo.

—¿Hasta qué hora estuvieron juntos?

—No lo recuerdo. Solo recuerdo que era de noche cuando salí

del hotel.

—¿Sobre qué hablaron?

—¿No se lo ha mostrado Adelina?

—No se escuchaba nada.

—Sí, ya le dije que es un sistema viejo. Hay veces que falla.

—Entonces, ¿sobre qué hablaron?

Sykes se despidió agradecido y un poco borracho por culpa del delicioso oporto. Era una sensación agradable que se terminó cuando se giró antes de abandonar la calle para echar un último vistazo a la casa. En el piso de arriba, como si no fuera más que un reflejo sobre el cristal, Renata Feira le observaba en completa quietud tras las ventanas.

Con la piel todavía erizada por la visión y la mente embotada, Sykes estaba de nuevo en ninguna parte. Buscaría un buen local para emborracharse hasta que se le ocurriera algo. Pero antes de entrar en uno de los muchos locales que poblaban la calle, algo le vino a la cabeza. No era capaz de centrarlo, pero sabía que estaba allí. Paseó con la mirada baja por las calles llenas de gente. Se detuvo para observar si alguien le seguía, pero no vio a nadie. Y allí, apoyado mirando a todas y a ninguna parte, supo qué era lo que estaba buscando.

Accedió de nuevo a la grabación de Rohan sintiéndose un completo estúpido.

—*No voy a poder huir… Sabes lo que tienes que hacer… Él te ayudará… Nos criamos juntos… Es un hermano para mí… Todavía recuerdo como nos reímos del patoso de Lanuza cuando rompió la cama…*

Estúpido.

… *Todavía recuerdo como nos reímos del patoso de Lanuza cuando rompió la cama…*

Estúpido. Estúpido. Estúpido.

53

Observaba la casa desde la distancia oculto entre la vegetación. Esa casa, maltratada por el tiempo y el abandono, era la única casa que Sykes había considerado su hogar.

Sabía que podía estar vigilada, pero no importaba. Solo accedería a la habitación.

Comenzó a caminar por un sendero tratando de localizarse respecto a la casa hasta que sintió el suelo crujir bajo sus pies. Se agachó buscando los bordes de la trampilla con los dedos y la abrió dejando escapar un fuerte olor a aire estanco y a tierra húmeda que le hizo toser con fuerza. Esperó a que el túnel se ventilara antes de meterse en él y recorrerlo hasta llegar a la trampilla del final, que daba acceso a una pequeña habitación en donde Valentine había colocado varias camas y una mesa con ayuda de los niños. Para ellos estar allí no era más que un juego. No fue hasta mucho después que Sykes descubrió que lo que verdaderamente hacía Valentine era esconder a los niños cuando las mafias visitaban la casa para «reclutar» a nuevos soldados.

Permaneció en completo silencio escuchando el ulular del viento, el batir de las alas de los pájaros, el entrechocar de las ramas de los árboles… No se escuchaba nada más. Podía moverse tranquilo.

La habitación estaba tal y como la recordaba. Más oscura, más polvorienta, pero igual. Varias camas descansaban pegadas a las paredes rodeando una mesa circular con seis sillas y una vieja lámpara sobre ella que, para sorpresa de Sykes, se encendió tras un débil parpadeo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, se fijó en el agujero que tenía uno de los cabeceros de la cama. Sonrió

nostálgico. Todavía recordaba a Roy Lanuza tropezar y caer rompiendo con su enorme cabeza la madera del cabecero. Solo Lanuza sería capaz de darse semejante golpe sin intervención de nadie más que su propia torpeza.

Sobre la mesa, frente a la silla que solía utilizar Sykes cuando era un niño, había un pequeño holoreproductor que miró con aprensión.

No quería estar allí. Pero allí estaba.

No quería pulsar el botón de encendido. Pero lo pulsó.

«Hola… Ha pasado mucho tiempo. Demasiado. Aun así te puedo asegurar que he seguido todas tus… ¿aventuras? Me entristeció mucho lo que os sucedió… bueno, ya sabes. Espero que algún día… no digo que volváis a las andadas, pero sí que volváis a estar juntos. La verdad… es… la verdad es que ha pasado tanto tiempo que me avergüenza acudir a ti ahora. Pero es que no tengo a nadie más. Me han traicionado. No sé quién. Descubrí algo que no debería haber descubierto y ahora saben que lo sé. Estoy en peligro. Necesito que encuentres a alguien y que le digas que todo lo que hemos creído siempre es verdad. Pero que es mucho peor de lo que suponíamos. Y no queda mucho tiempo. Dile que estamos buscando en el lugar equivocado, que todo está al inicio. Allí encontrará las respuestas. Y dile que tenga cuidado, que no confíe en nadie. Ahora tengo que irme. Lamento meterte en esto, de verdad, pero eres la única persona en la que puedo confiar. ¿Has conocido a Lucille? ¿No es maravillosa?… En fin… Destruye el reproductor cuando termine la grabación. Y si lo has grabado, bórralo. Solo te meterá en problemas. Espero volver a verte algún día. Si no… bueno, ya sabes… No habrá sino recuerdos…

…

Te quiero, hermano.»

54

Sebastian corría siguiendo las coordenadas que enviaba el FlyEye moviendo sus rechonchas piernas con la mayor soltura de la que era capaz. Alcanzó al hombre cerca de la plaza de la Resistencia, justo cuando pasaba entre las estatuas del general Bassop y la capitana Merin. Más adelante vio a Sykes caminando con la mirada perdida en el suelo. Reconoció el abrigo de lana sintética que vestía de la noche anterior.

Dos manzanas después, Sykes accedió al Barrio Obrero, un laberinto de calles estrechas y solitarias. Caminaba reflexivo, ajeno a todo lo que le rodeaba. El hombre le seguía de cerca con una pose inocente, caminando como un trabajador agotado con ganas de llegar a casa. En esas calles no existían muchas opciones donde poder ocultarse. Sykes le observó un par de veces, pero no le otorgó el nivel de peligro que merecía.

Sebastian los perdió en más de una ocasión, pero los maullidos de los gatos le indicaban de nuevo la calle por la que caminaban.

En una calle larga y estrecha donde la monotonía se veía interrumpida de vez en cuando por algún contenedor rebosante de basura, el hombre levantó el arma y apuntó hacia Sykes. Sebastian, resguardado tras una esquina, se disponía a disparar al hombre cuando vio que desde el otro lado de la calle se acercaba una silueta con una máscara optoelectrónica negra y un arma preparada. Sykes se lanzó al suelo resguardándose detrás de un contenedor pegado a la pared cuando el hombre comenzó a disparar a la silueta. Lo hizo con precisión y rapidez. La silueta de la máscara no tuvo ninguna oportunidad.

El hombre corrió hacia el cadáver y disparó a bocajarro sobre

su nuca, destrozando el kaizen y dejando la cabeza unida al resto del cuerpo por un fino hilo de piel ensangrentado.

Sykes se levantó y se acercó mientras el hombre vaciaba los bolsillos ensangrentados del cadáver. Le llevó apenas unos segundos. Después obligó a Sykes a quitarse el abrigo lanzándolo al suelo con desdén y se alejó como un simple transeúnte que sacara al perro a pasear.

—¡No te muevas, Sykes!

Sebastian apuntaba a Sykes con su arma. Apenas dio dos pasos cuando sintió un golpe sordo en el suelo que le abrasó la espinilla. En el otro extremo de la calle, el pistolero indicó a Sebastian que bajara el arma con el cañón de su pistola de plasma todavía humeante. Viendo su forma de disparar, consideró que no tenía muchas más opciones que ver como Sykes y el pistolero desaparecían entre las angostas calles.

Se acercó al cuerpo inerte tendido sobre el suelo.

Cinco disparos. Certeros. Letales.

Presionó el botón de la máscara y cayó de espaldas sintiendo una ligera sensación de ahogo. Se acercó de rodillas al cadáver todavía incrédulo. El pulso acelerado. La respiración entrecortada. Allí estaba. Inerte. Vacío. Un rictus de sorpresa en sus labios finos como cuchillas. Sus ojos entrecerrados parecían analizar lo que acababa de sucederle.

Sebastian trató de sentir compasión, pero le resultaba imposible sentir nada.

Debería informar al Ministerio. Papeleo. Explicaciones sobre por qué esto o por qué lo otro. Gritos.

Estudió la calle. Nadie podía verle. Nadie podría acusarle.

Terminó de separar la cabeza del cuerpo y la tiró al contenedor. Después se echó el cuerpo al hombro. Ya se preocuparía de limpiar las manchas de sangre que el cuerpo dejaba en su gabardina.

Utilizó serex para borrar todo resto de ADN, todo resto de vida. Líquido espeso inerte, como si fuera una mancha de aceite

escarlata sobre el pavimento.

Una extraña sensación de alivio le martilleaba la conciencia. No solo no sentía lástima. Se podía afirmar, sin temor a equivocarse, que Sebastian se alegraba de la muerte del agente Boris Nabokov.

55

El día anterior, cuando Eloise Talaban recibió el soplo, no esperaba encontrarse llorando de rodillas tras un contenedor suplicando por su vida. Buscaba alguna salida, pero solo veía las paredes metálicas del contenedor sobre el que se apoyaba mientras Sebastian apretaba el cañón del arma sobre su cabeza cada vez con más fuerza.

Había resultado curioso descubrir que el agente que había llegado a Neo York no era el agente Bruc, sino el agente Nabokov. Desde luego que eso no se lo esperaba. Seguir al agente Nabokov no era ni mucho menos igual de sencillo que seguir al bueno del agente Bruc. Solo con pensar en el mero hecho de ser descubierta se le revolvía el estómago.

Todo adoptó un cariz de lo más peculiar. Primero la aparición en escena de Marcus Sykes, el presunto asesino. Vio como el agente Nabokov se disculpaba con él tras chocar mientras se cruzaban en mitad de la calle. Lo hizo sin girar la cabeza oculta tras los largos cuellos de la trenca. Eloise habría apostado su preciado premio Gassett a que acababa de colocarle un geolocalizador. Después apareció el agente Bruc. Nada que no entrara dentro de la normalidad: dos agentes vigilando a un sospechoso. Pero había algo que no terminaba de encajar.

Todo se complicaba esa misma mañana. Si le hubieran preguntado, no sabría el motivo exacto de por qué decidió seguir al agente Bruc en vez de al agente Nabokov, pero el hecho es que allí estaba, siguiendo sus pasos patizambos. Sebastian, para sorpresa de Eloise, no seguía a Marcus Sykes, sino a un hombre menudo con cara de pocos amigos y pocas ganas de hacer nuevos.

Después apareció Marcus Sykes y al cabo de un rato todo enloqueció.

—¿Cómo podría confiar en una alimaña como tú? —dijo el agente Bruc apretando los dientes—. Deja de gimotear… ¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Cómo lo haces? ¿Tienes algún chivato en la Acrópolis? ¿Quién es? ¡Dime su nombre, maldita sea, Talaban, o decoro esta pared con tus vísceras!

—¡No lo sé! ¡No lo sé de verdad!… Hace un tiempo recibí un chivatazo en un servidor del Nexo… Decidí hacerle caso, simple curiosidad… y resultó ser verdad. Desde entonces recibo soplos en diferentes servidores.

—¡¿Quién es?! ¡Maldita sea, Talaban! ¡¿Quiééééén?!

Eloise Talaban lloraba resignada. ¿Cómo podría salir de esa? Acababa de ver a un agente deshacerse del cuerpo de otro agente, por el amor de dios.

—N… no lo sé. Lo… lo siento.

Durante una eternidad, Eloise Talaban solo lloró. Cuando alzó la mirada empañada, vio el enorme cuerpo del agente Bruc respirar con fuerza. Había bajado el arma. Quizá todavía había esperanza.

—Te juro que no tienes por qué preocuparte. De verdad. Confía en mí. Por favor, Sebastian. Por favor.

…

—¿Lo has grabado?

—S… sí.

—Bórralo.

…

—Ya está.

—Déjame conectarme a tu kaizen.

…

—Está bien. Yo sí he grabado esta conversación, así que si se te ocurriera decir algo, tú caerás conmigo. Eso si no te mato antes de que me detengan. Y ahora…joder…ahora larguémonos de aquí.

56

—¿Entonces ya solo queda uno? —preguntó el ministro Toole.

La imagen holográfica de Lenya Stein sufría interferencias debido a la fuerza electromagnética producida por los tres soles de Atón. A veces su imagen se duplicaba, otras se transparentaba dotándola de un cierto misticismo que aterrorizaba a los ministros.

—Así es.

—¿Otra vez El Mutilador? —dijo Lee Blanchard, ministro de Fomento y Transportes.

—Sí.

—¿Pero cómo es posible que se nos adelante siempre? —El ministro Teltet observaba incrédulo la imagen trémula de la agente Stein.

—Me atrevería a afirmar que existe un traidor en la Acrópolis —dijo Lenya con rotundidad.

—¡¿Cómo te atreves?! —gritó la ministra Kovacs.

—A mí no me parece ninguna tontería —intervino el ministro Cole—. No es la primera vez que…

—¿Y quién crees que podría ser? ¿Te atreverías a señalar a alguien? —La cara de Tricia ardía de rabia.

—Sin ánimo de ofender, ministra Kovacs, pero creo que usted podría ser una gran candidata.

Las palabras de la agente Stein cayeron como un cubo de nitrógeno líquido. La sala se quedó en completo silencio, solo interrumpido por el ruido blanco que producía la imagen titilante de Lenya Stein.

—Cuidado, agente Stein —dijo Henning Larsson, ministro de Sanidad—. Recuerde cuál es su lugar.

Lenya se hubiera reído si supiera cómo hacerlo.

¿Mi lugar? Mi lugar debería estar sobre vuestros cuerpos decapitados en descomposición.

—Disculpe, ministra Kovacs. Me he sobrepasado.

—No… no pasa nada.

—¿Qué piensa hacer ahora, agente Stein? —preguntó el ministro Teltet.

—He recibido un… disculpen, pero necesito pausar la conexión un momento.

—Pero…

Lenya no dio tiempo a la réplica al ministro Teltet. La señal del agente Nabokov acababa de desaparecer. Se conectó al Nexo y estableció una conexión con el agente Caronte.

—¿Tú también lo has recibido? —dijo la susurrante voz de Paolo Caronte mezclada con las voces de un bar abarrotado.

—¿Dónde estás?

—¿Y eso qué importa?

—…

—Perdona, agente Stein. Estoy…

—Lo acabo de recibir, sí.

—Yo también.

—Pensaba que era un fallo de mi sistema. Supongo que estaba con el caso de la patricia.

—De forma extraoficial.

—¿A qué te refieres?

—Boris estaba trabajando en temas de limpieza.

—Pues parece que había demasiada porquería.

—¿Has buscado alguna conexión de su kaizen?

—Sí. La última la realizó hace apenas unos minutos, en Neo York, cerca del Barrio Obrero.

—¿Quieres que me acerque?

—No hace falta. Está muerto.

—¿Sistemas de seguridad?

—Desconectados.

—¿Vas a informar al Ministerio?
—Tengo que dejarte.

57

Sykes no podía apartar los ojos de la imagen holográfica de la identificación ministerial.

—¿Sabes quién es? —preguntó Frey tras la densa nube de humo que lo envolvía—. Es un puto agente, Marcus. Un. Puto. Agente. ¿En qué coño te has metido?

Cogió la cartera ensangrentada que había dejado sobre la repisa de la chimenea y la lanzó al fuego todavía imberbe.

—¿Iba solo?

—Según Sapo, sí —dijo Miles a su espalda.

—Así que podemos entender que no era más que una puta ejecución. La tuya, por cierto —dijo ofreciendo un cigarrillo a Sykes—. Bueno, mantengamos la calma. Al fin y al cabo, solo nos hemos cargado a un puto agente ministerial.

—Sebastian Bruc estaba allí —dijo Sykes.

La mandíbula de Frey se abría y se cerraba mientras paseaba la mirada perpleja entre Sykes y Miles.

—¿Cómo que Sebastian Bruc estaba allí? —logró articular.

—Yo no veo ningún problema —dijo Miles con total indiferencia—. Si el agente hubiera informado al Ministerio de lo ocurrido, ya lo sabríamos. Sapo se ha encargado de eliminar cualquier sistema de vigilancia. El agente tenía el sistema de almacenamiento apagado y no parecía mantener una conexión activa. Además, le destrozó el kaizen. Hasta donde yo sé, lo único que ha variado es el estado vital del agente: de vivo a muerto —dijo encendiendo un cigarrillo.

—Hay veces que me das miedo, Miles. Puto miedo. Vete a buscar a Sapo antes de que me cague vivo.

—¿Cómo sabías…?

—¿Que te seguían? Un soplo.

—¿Un soplo? ¿Así sin más?

—Lo intenté rastrear, pero me fue imposible. A mí tampoco me cuadra una mierda, pero qué quieres que te diga. Me avisó primero de que corrías peligro en Kinshasa, pero no tuve tiempo de avisarte. Después me dio el aviso del chivatazo de los putos gemelos. —Sykes miró extrañado a Frey—. Esos mierdas te vendieron como una jodida bagatela después de dejarte en Neo York.

—¿Me llamaba, jefe?

El hombre menudo y sólido que le había salvado la vida hacía apenas unas horas entró en la cabaña precedido por Miles.

—¿Es verdad que había otro agente?

—No sé si era un agente.

—¡Joder! ¿Pero qué hostias pasa hoy? ¿Que no sabes si era un agente?

—Ni él ni la mujer.

Esta vez, tanto el rostro de Frey como el de Sykes, se tornaron macilentos, blancos como leche recién ordeñada.

—¿Qué mujer? —preguntó Miles. Parecía que nada le impresionaba. Más bien al contrario, se divertía. Estaba apoyado en el alféizar de la ventana prendiendo un nuevo cigarrillo con la mirada puesta en Sapo.

—Había una mujer siguiendo al supuesto agente.

—¿Otro agente? —preguntó Frey desesperanzado.

—Lo dudo —dijo Sapo—. Tenía más bien pinta de periodista.

—Cojonudo. Un agente y una periodista. Cojonudo.

Frey se paseaba de un lado a otro del salón de la cabaña con los brazos en jarra. Solo los movía para atusarse el pelo y golpear las paredes o el mobiliario.

—¿Y qué pinta tiene una periodista? —preguntó Miles con el ceño fruncido y el cigarrillo humeante en los labios.

—No sé. Pero a mí es lo que me pareció.

—¿Lo has grabado? —preguntó Frey.

—¿Que si tengo grabado cómo he asesinado a un agente ministerial?

—No hay nada en el Nexo. ¿No es extraño? —dijo Sykes.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

—Cuatro horas… Casi cinco.

—Tiempo más que suficiente. Debería estar por todo el jodido Nexo. ¿Qué hostias está pasando?

—El agente Bruc siempre ha sido un tanto peculiar.

—Vamos, no me jodas, Marcus. Por muy peculiar que sea acaban de cargarse a un coleguita ministerial delante de sus narices.

—Yo creo que este tema está ya agotado.

Sykes y Frey observaron incrédulos a Miles, que se encogía de hombros mientras jugaba con el humo del cigarrillo.

—¿Alguno va a ir a hablar con el agente ese? Pues ya está. Si no hay noticias, eso son buenas noticias. Podemos estar lo que queda del día y parte de la noche especulando si queréis, pero no creo que consigamos nada.

—¿Qué te parece? —dijo Frey señalando a Miles sin apartar la mirada de Sykes.

—Que todo lo que le pagues es poco.

—Eso ya se lo he dicho yo —dijo Miles.

—Si me permitís —dijo Sapo dirigiéndose a la puerta—, estoy cansado y no creo que pueda aportar mucho más. Avisadme si me necesitáis.

Cuando cerró la puerta, se prolongó un denso silencio solo interrumpido por el crepitar de los cigarrillos y las exhalaciones de humo.

—¿Qué ha sido de los gemelos? —preguntó Sykes.

—Ya no hay gemelos.

—Si he de ser sincero, he disfrutado —dijo Miles mirando distraído la punta del cigarrillo—. Nunca me cayeron bien.

—¿Monks tuvo algo que ver?

—¿Mikki Monks? ¿Qué pinta en todo esto?

Sykes le narró lo sucedido en Kinshasa, saltándose ciertos detalles, como, por ejemplo, el hecho de ser desvalijado por un pequeño ratero. No quería dar a Frey un motivo para reírse de él el resto de su vida.

—¡Joder! Que pequeño es el mundo —dijo Frey cuando terminó —. ¿Y por eso fuiste a Neo York? ¿Te dio un ataque de nostalgia?

Sykes dudaba si hacer pasar a Frey por ese mal trago. Ahorrarle la pena. Un favor por salvarle la vida.

—Siéntate.

—Hostia, pues sí que se pone serio el tema.

Sykes transfirió los vídeos al kaizen de Frey, se dirigió a la chimenea crepitante y observó la identificación una última vez.

Boris Nabokov. Agente ministerial.

Asesino itinerante en sus tiempos libres.

¿Qué podría salir mal?

Sykes no recordaba la última vez que vio a Frey abatido. Incluso cuando Valentine falleció lo aceptó con serenidad a pesar de las lágrimas. Su boca malhablada rara vez permanecía muda y sus ojos, inteligentes e incisivos, siempre mantenían una mirada confiada, altiva.

Pero esta vez su boca callaba y su mirada correteaba ausente por la habitación.

Miles, confuso ante lo desconocido, extrajo dos cigarrillos y los ofreció titubeante mientras buscaba alguna respuesta en los ojos comprensivos de Sykes.

El humo parecía ser lo único vivo de la habitación.

—Bueno, quizá lograra… —dijo con un hilo de voz.

Sykes fumaba en silencio.

—¡Joder! Si alguien no merecía terminar así era Rohan. Tú o yo… Las palabras se aterían en su garganta. Sykes le observaba compasivo. Él había pasado por los mismos pensamientos. Desde luego, si alguien no merecía acabar así, ese era Rohan Bittener.

Terminaron la botella y cualquier atisbo de lucidez. Sus cabezas embotadas les pesaban como si llevaran sombreros gigantescos de plomo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Pues buscar a ese *alguien* .

—¿Y cómo coño vas a encontrarlo?

—¿Recuerdas el juego de Valentine? ¿El que nos ocultaba los juguetes y teníamos que encontrarlos?

—¿Quieres decir que…? ¡Claro! *No habrá sino recuerdos.* ¡Qué listo, el cabrón! ¿Pero sigues teniendo el programa?

—Nunca lo borré del servidor. Supongo que seguirá allí.

—¿Y por qué no lo has averiguado ya?

—¿Cuándo? Entre búsquedas y tiroteos he estado bastante atareado.

—¿Te quedarás aquí?

—No, tengo que ver a Sasa. ¿Sabías que la condesa del vertedero es su hermana?

—¡No me jodas! Pues habrá que tener cuidado con la pequeña hurgadora. No me gustaría meterme en problemas con Úrsula. Es una tía jodidamente dura.

—Tienes que ir con cuidado, princesita —intervino Miles—. Tienen la cantina vigilada veinticuatro horas al día.

—Necesitaré una nave. Algo que no llame mucho la atención.

Frey lanzó una mirada solícita a Miles.

—Tráele también un arma.

58

Como cada año, se celebraba el aniversario de la batalla de los Pantanos, la batalla que supuso la primera victoria conseguida por la humanidad durante la Gran Guerra. Los suburbios se llenaban de gente ebria que comía y bebía durante veinticuatro horas caóticas donde las gigantescas imágenes holográficas de los héroes que lucharon y dieron su vida durante la Gran Guerra iluminaban las calles: la capitana Merin, el cabo York o el cabo Freeze, la teniente Horathio.

Lenny Cole observaba una de esas imágenes desde la azotea: el general Bassop saludando a la multitud con el rostro cansado por la batalla pero exultante por la victoria. Lenny sonrió ante tanto embuste. Una sonrisa triste, culpable. No apartaba la mirada del rostro holográfico del general, el rostro del gran héroe creado por las inteligencias para concebir la leyenda de la Gran Guerra, la mitología que diseñó el mundo actual, la fábula que sin quererlo lo inició todo y que pronto llegaría a su fin. La fiesta, celebrada ese año en el edificio Svenson, en Bonn, estaba terminando. Las primeras parejas recién creadas abandonaban el recinto en busca de intimidad. Serj Malakian se besaba con Tricia Kovacs, algo que ya se había convertido en costumbre durante las grandes celebraciones; Arjen Van Glotka desaparecía tras las puertas del ascensor con su nuevo amante; Elly Stellman tonteaba desesperado con una camarera bajo la avergonzada mirada de su hijo Ovidiu, que trataba de disuadirle llevándoselo hacia la barra con la excusa de tomar otra copa. El hijo del exministro se había comportado esa noche. De hecho, era su padre quien había perdido el decoro varias veces. Nunca supo beber. La mujer de Ovidiu dormitaba sobre un

sofá frente a la piscina con una copa volcada en una mano. «Es hermosísima», pensó Lenny. «Desde luego, el amor no entiende de gustos».

Paul Teltet se acercó arrastrando los pies con una sonrisa tonta, sosteniendo dos copas como buenamente podía.

—¿Tomamos la última?

Apenas podía hablar. Le ofreció uno de los vasos con una bebida de un color rojizo. Lenny no se atrevió ni siquiera a preguntar qué era eso. Lo cogió y bebió un trago.

—¿Tienes un cigarro?

Paul sacó un paquete de tabaco maltrecho y sacó dos cigarrillos.

Los dos fumaron observando las imágenes holográficas de las calles.

—Echaré de menos estas fiestas.

—Bueno, habrá otras.

Lenny miró a Paul. Este sonreía con la mirada perdida en el fondo del vaso.

—¿De verdad no te importa? ¿Aunque sea solo un poco?

—Siempre te han gustado los suburbios. No lo puedo entender, pero bueno. Cada uno es cada uno.

—¿Y toda esa gente? —dijo Lenny señalando hacia la calle.

La gente continuaba de celebración cantando, bebiendo y bailando. Parecían pequeños insectos desde allí arriba. Paul miró hacia abajo con indiferencia antes de lanzar el vaso todavía lleno a la calle.

—Pero que imbécil eres.

—Voy a por otra.

—Tráeme a mí una —dijo Lenny apurando la copa—. Pero de otra cosa. Esto parece jarabe.

Observó a Paul dirigirse titubeante hacia la barra.

El Grumo se iluminó con un fuerte destello de luz blanca cuando los sistemas que controlaban las imágenes holográficas se apagaron. Después las calles quedaron a oscuras. Se escuchaban las

quejas lejanas y borrachas de los subciudadanos desde la azotea.

—Hay que ver —dijo Paul cuando regresó con las mismas dos bebidas rojizas de antes. Extendió un brazo torpe con uno de los vasos—. Les lanzo un vaso y no se escucha una sola queja. Les cortan la fiesta y mira. —Bebió la copa de un solo trago y volvió a lanzar el vaso a la calle—. La gente solo quiere divertirse. ¿De verdad me preguntas si me da igual esa… gente? Mira, Lenny…

Antes de terminar la frase, cayó hacia atrás y se quedó tumbado en el suelo bocarriba sin parar de reír. Lenny miró su vaso antes de dar un pequeño sorbo. Después vertió el resto de la bebida sobre Paul y se dirigió a la barra en busca de alguna bebida que le ayudara a dejar de pensar, que le ayudara a olvidar lo que todavía no había sucedido.

59

Estaba donde todo comenzó, en una oscura calle fumando un cigarrillo para intentar engañar al frío.

Vio a Sasa aparecer en la ventana junto a la farola todavía encendida. Se vestía con toda la desgana de una niña obligada a ir al colegio con un jersey blanco que realzaba su piel cetrina. Cuando desapareció del encuadre de la ventana, Sykes se puso en marcha.

Interceptó a uno de los repartidores de la mañana y, tras un pequeño soborno y una breve discusión, le explicó al hombre que podría recoger la carretilla y el uniforme en la cantina.

Los dos vigilantes apostados en la azotea del edificio frente a la cantina desayunaban somnolientos sin percatarse de nada. Benditos novatos.

Sykes, vestido como un repartidor cualquiera, comenzó a aporrear la puerta trasera de la cantina.

—¡Ya va! ¡Ya va! ¿Pero qué coño te pasa? Vas a… ¡Oh! ¿Sykes?

—Te traigo el pedido.

—¿Pero qué…?

—¿Me vas a dejar pasar?

Sasa se dirigió hacia la barra.

—Cierra la puerta —dijo mientras servía dos vasos de *whisky* .

Las paredes de la cantina todavía mostraban los efectos del ataque.

—¿No es un poco temprano para eso?

—Nunca es temprano para esto —dijo Sasa con sonrisa taimada —. Deja la carretilla y el uniforme ahí. Llamaré a Laurence para que pase luego a recogerla. Estás monísimo con ese uniforme, por

cierto.

—¿Verdad que sí?

Sasa se acercó con los dos vasos y le dio uno a Sykes. Ambos lo bebieron de un trago que abrasó sus gargantas y sus estómagos. Se acercaron a la barra, donde les esperaba la botella y se sirvieron dos copas más. No hablaban, solo brindaban y bebían y fumaban y se miraban. Sasa, con la cabeza enturbiada, se puso de puntillas y le dio un cariñoso beso en los labios.

—Pensaba que no te vería en mucho tiempo —dijo antes de darle otro beso—. Llegué a creer que quizá no te volvería a ver.

—Siento mucho lo del otro día.

—¡Oh! No tienes por qué sentirlo. Supongo que no esperabas que te quisieran matar.

—¿Te causé muchos problemas?

—No muchos. Unos días con los agentes paseándose por aquí, molestando. Ya los conoces. ¡Ah! Y estaba el agente ese, el gordo, aquel con el que trabajaste hace unos años con el tema de las prostitutas.

—Sebastian Bruc.

—Ese. Pero no te preocupes, nadie dijo nada y que la Acrópolis nos tenga tan abandonados es bueno para la gentuza como tú —dijo golpeándole el brazo y sirviendo otras dos copas—. Aunque por lo que he podido ver en las noticias, se te acusa de ser uno de los atacantes. Intenté que quedara claro que tú solo eras otra víctima, pero se ve que no tuve mucho éxito.

—Ya no importa mucho.

—¿Qué tal mi hermana? ¿A qué es un encanto? Todo dulzura y comprensión.

Ambos estallaron en un fuerte ataque de risa.

—Me pidió que te entregara esto —dijo extrayendo el sobre negro del bolsillo interior de su chaqueta. Sasa lo observó brevemente y lo guardó en la caja fuerte escondida bajo la barra.

—¿No lo abres?

—Ya sé lo que contiene.

—¿Y qué…?

—¡A ti que te importa!

—Vale, vale. Simple curiosidad. Por cierto, tendríamos que comer algo —dijo Sykes llevándose las manos a la barriga. Dos días seguidos sin apenas descanso y bebiendo como en los viejos tiempos le estaba pasando factura.

—¡Oh! Yo ya he desayunado. Te puedo hacer un bocadillo si quieres.

Cuando terminó el bocadillo se sintió terriblemente cansado.

—Necesitas dormir —dijo Sasa fijándose en la mirada enrojecida de Sykes.

Subieron a la habitación de Sasa. Desde la ventana se veían las embarcaciones recorrer las aguas del río llevando a los estibadores hacia el puerto o a los repartidores con las barcas cargadas de mercancía.

Se durmió nada más tumbarse sobre el colchón. Apenas sintió el cariñoso beso que Sasa le dio en la frente antes de bajar a abrir a otro repartidor que también aporreaba la puerta.

El reloj de la mesa junto a la ventana marcaba las dos de la tarde.

Se conectó a la toma de la habitación y lanzó un barrido en busca de *software* espía antes de acceder a una de las carpetas fantasma que almacenaba en el Nexo. El proceso fue lento debido al algoritmo de recolocación temporal que le trasladaba de un servidor a otro aleatoriamente. Contenía yottabytes de aplicaciones, muchas de ellas obsoletas o incluso inservibles, que guardaba por algún tipo de nostalgia.

Suspiró aliviado cuando encontró el viejo *software* con el que jugaba con Valentine y los demás niños.

Lo cargó en su kaizen y se dispuso a comenzar el *juego* . Era simple: una frase o palabra que, procesada con el algoritmo adecuado, mostraba unas coordenadas, o una imagen, o una simple adivinanza que le llevaba al siguiente lugar en donde se escondía otra frase o palabra que llevaba al siguiente lugar hasta lograr el

premio. Con el resto de los niños Valentine era mucho más suave. Una adivinanza sencilla o algún ejercicio matemático no demasiado complicado, algo para mantenerlos ocupados. Pero con Sykes era distinto. No valía con mantenerlo ocupado. Necesitaba agotar su curioso cerebro ávido de retos.

No habrá sino recuerdos.

Introdujo la frase en la aplicación. Recorrería una estructura finita de funciones ordenadas de menor a mayor complejidad de cálculo desarrolladas por él mismo cuando no era más que un niño. El proceso iba a resultar lento.

Afuera el Grumo parecía descender amenazante como una enorme losa negra.

Sasa, hermosa, despeinada y bendecida con el don de la oportunidad, subió con un bocadillo, una cerveza y un paquete de cigarrillos.

—¿Has encontrado algo?

Interpretó el silencio concentrado de Sykes como un «gracias y hasta luego» y salió dejando un ligero aroma a perfume y tabaco suspendido en la habitación.

Analizaba los resultados mientras comía y bebía. Después los analizaba mientras fumaba y se desesperaba.

Imágenes imposibles, coordenadas que guiaban a extremos recónditos e inalcanzables, palabras sin mucho sentido en ese contexto como pera o numismática o lapislázuli, o números en apariencia aleatorios y en muchos casos cuasi infinitos.

Interpretar los resultados no iba a ser tarea sencilla. Demasiados datos desordenados.

Caos.

Una cajetilla de tabaco después, lo encontró. O al menos encontró algo tangible. Lo halló aplicando un algoritmo de atomización numérica que descompuso la enorme cifra que había devuelto la función en unas coordenadas factibles.

Introdujo las coordenadas en el sistema.

Fez, Marruecos. Una calle estrecha y poco transitada guarnecida bajo los balcones de las casas blancas. Continuó recorriendo la calle hasta llegar a una puerta azul, una más entre muchas, sin número que la identificara. Nada demasiado esperanzador.

Almacenó la imagen con desgana en el sistema y continuó analizando los resultados.

Cuando terminó se levantó frustrado. Tan solo Fez. Una insignificante puerta azul en una insignificante calle estrecha.

60

—No esperaba tanta inocencia por tu parte. ¿Tanto correteo de aquí para allá y eres tan tonto de volver? Bueno, como dijo aquel: nunca subestimes la estupidez humana. ¿Quieres un pastelito? Esta crema está deliciosa.

Sykes se giró para ver la rechoncha cara de Sebastian Bruc masticando un pastelito mientras se llevaba otro a la boca.

—Joder, agente Bruc, necesita un *chute* urgentemente.

Sebastian bajó la mirada en busca de sus zapatos, pero lo único que encontró fue su enorme barriga.

—Llevo tiempo pensándolo, no te creas.

—¿Cómo sabía dónde estaba?

Sebastian se encogió de hombros.

—Coloqué un sistema de vigilancia en la barra de la cantina el día del ataque.

—Lancé un barrido.

—Ah, claro. Es que es un nuevo sistema. Los inhibidores no funcionan. No me digas cómo lo hacen.

—¿Qué quiere, agente?

Sebastian enarcó las cejas y ladeó la cabeza incrédulo.

—¿Cómo que qué quiero? No sé si eres consciente de que eres la persona más buscada de la Confederación.

Sykes miró en todas direcciones. Paredes, ventanas solitarias, papeles planeando con el viento. Pero no había nadie. Solo ellos dos frente a frente. El uno pensando cómo salir de allí. El otro engullendo pastelitos de crema.

—¿Y has venido tú solo a detener a la persona más buscada de la Confederación?

—Eso parece. ¿Acaso crees que necesitaría a alguien más?

Sebastian vio como Sykes lanzaba una sonrisa de pura suficiencia. Sabía quién era. De lo que era capaz. Si Sykes se pusiera violento, sin duda necesitaría a alguien más. A una pequeña delegación ministerial, probablemente.

—¿Tienes un cigarrillo?

Sebastian se limpió las manos con la bolsa de papel sintético de los pastelitos y después la dejó caer. Sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la gabardina, y tras encenderse uno él mismo, lanzó un cigarrillo a Sykes.

Ambos fumaban. Parecían dos viejos vaqueros frente a frente tratando de matarse con alguna enfermedad pulmonar.

—¿Quién más estaba en el callejón de Neo York?

—Vaya, vaya. Así que ya sabes que no soy el único testigo de ese horrible crimen.

—No me vas a responder, ¿no?

—Siempre fuiste un tipo listo, Sykes.

—¿Y por qué no diste el aviso al Ministerio?

—¿Quién te dice que no lo he hecho?

De nuevo otra sonrisa. A Sebastian le empezaba a resultar ofensivo.

—En serio, agente.

—No se puede decir que apreciara mucho al agente Nabokov.

—No me parece un motivo muy convincente.

Sebastian observaba a Sykes a través de la nube gris del cigarrillo.

—Todo esto huele a mierda, Sykes. —Tiró el cigarrillo a medio fumar y prendió otro—. Vengo en busca de respuestas.

—Pues tendrás que hacer las preguntas.

—Al grano. Por eso siempre me gustaste.

—Espero que más que el agente Nabokov.

Sebastian lanzó un bufido.

—¿Qué hacía una patricia en la cantina de Sasa?

—Reunirse conmigo.

—Pues eso. ¿Qué hacía una patricia en la cantina de Sasa reunida contigo?

Esta vez fue Sykes el que miraba a Sebastian dubitativo.

—¿Me das otro cigarrillo? Me los he dejado en la cantina.

Sebastian sacó el paquete, miró su interior y lanzó el paquete a Sykes.

—Y ahora, ¿qué quería Lucille Rivas?

Sykes fumaba reflexivo.

—Supongo que sabes quién era Rohan Bittener.

—Por supuesto.

—Me refiero a si sabes quién era aparte del director de los laboratorios de Pandora.

—¿Por qué hablas de él en pasado, Sykes?

—¿Sabes quién era?

—Si te refieres a que te criaste con él en una casa Nueva Vida, sí.

Sykes asintió.

—¿Y qué se ha dicho en la Acrópolis sobre su desaparición?

Sebastian torció la cabeza interrogante.

—¿Desaparición? Está de viaje por temas profesionales.

—¿Esa es la versión oficial?

—Y es más que creíble.

—Rohan no está en ningún viaje, Sebastian. Rohan está muerto.

El cigarrillo de Sebastian cayó al suelo escupiendo pequeñas motas anaranjadas.

—¿Muerto?

Aquello parecía encajar. Al menos respondía a la pregunta. Él mismo se había encargado de la investigación sobre la relación clandestina entre Rohan, un simple subciudadano, con una patricia cuya familia ostentaba los más altos rangos. El resultado de la investigación permaneció bajo llave, dispuesta para ser usada cuando fuera requerido.

—¿Cómo lo sabes?

—Vamos, agente Bruc. ¿De verdad se cree que no mandaría

todo a la mierda?

—Lo haces para librar tu trasero de Letargo.

— No me hagas reír.

—Ni siquiera cuando os pillaron permaneciste mucho tiempo fuera.

—¿Veinte años no te parecen mucho?

—No en los tiempos que corren.

—Te puedo asegurar que me importa una puta mierda lo que le pueda pasar a una patricia. A menos que…

…

—Ya sé que eran amantes, Sykes.

Sykes miraba incrédulo a Sebastian.

—Pensaba que en la Ciudadela están prohibidas ese tipo de relaciones.

—Precisamente por eso sé que eran amantes.

…

—Bueno. ¿Y ahora? Porque he estado reflexionando, agente, y creo que no me apetece nada pasar la eternidad en Letargo.

—¿Ahora? Ahora me voy a comprobar si lo que dices es cierto mientras tú desapareces de mi vista.

—¿Así sin más?

—¿Tienes el sistema de grabación desactivado?

—Así es.

—¿Seguro?

Sykes envió un metapaquete de información que fue recogido por el kaizen de Sebastian. Este leyó satisfecho la fecha de la última grabación del sistema.

—Como te he dicho, Sykes, esto huele a mierda y no parece que hayas sido tú el que se ha cagado. ¿Y sabes una cosa? Estoy hasta las pelotas de que siempre pierdan los mismos.

—Pero los que ganan son los suyos.

—Yo juego solo, Sykes.

—Podría llevar una vida mucho más cómoda si jugara en equipo.

—Quizá. Pero no sería tan divertido. Y ahora devuélveme mis cigarrillos y lárgate antes de que me arrepienta.

61

Sykes aterrizó cerca del antiguo mercado de ganado que se extendía a las afueras de la ciudad. Todavía reflexionaba incrédulo sobre lo que había ocurrido con el agente Bruc. *¿Por qué arriesgarse tanto?* Además, Sebastian se había conformado más bien con poco. Podría haber hecho muchas más preguntas, pero se fue satisfecho con la primera de las respuestas. Demasiado fácil. Y eso no le gustaba.

A medida que se adentraba en la ciudad, los olores, hasta ahora suaves y lejanos, comenzaban a acentuarse en una mezcla que resaltaba la esencia remanente de la ciudad: el olor de la carne de cordero cocinándose en algún fuego mezclándose con el fuerte hedor de la piel curtida casi extinta por la Prohibición y con los aromas del tabaco en los narguiles o con el olor dulzón de las infusiones hirviendo en las teteras.

Siguió las orientaciones del sistema hasta llegar a la puerta azul buscando algún tipo de certidumbre que le hiciera sentirse menos estúpido. Al fondo de la calle, en una pequeña plaza rodeada de palmeras artificiales, se escuchaban las voces de varios niños que le miraban divertidos con sus ropas sucias y sus caras envueltas en infantil malicia.

No había timbre, tan solo una vieja aldaba de bronce que representaba una mano sosteniendo un planeta.

Al ver que nadie respondía, comenzó a aporrearla con furia creciente hasta que un hombre ataviado con una túnica blanca que arrastraba por el suelo y un fez rojo coronando su cabeza abrió la puerta saludándole con amabilidad.

—¿En qué puedo servirle? —dijo el hombre con una sonrisa

afable.

Sykes permaneció mudo observando al hombre sintiendo un hormigueo ascender por el brazo. La próxima vez llamaría con más cuidado.

—Mmm… discúlpeme —dijo Sykes—. ¿Me puede decir quién es usted?

La percepción de estupidez medraba a medida que transcurría el tiempo.

Esta vez fue el hombre, sorprendido y con la mirada sufriendo un ataque de risa, el que permaneció en silencio varios segundos.

—Me llamo Zayd —dijo al fin—, y soy el humilde guardián de esta pequeña biblioteca a la que ha llamado. Y no con suavidad precisamente.

Sykes encontró un resquicio de oxígeno recuperando parte del amor propio perdido. Una biblioteca era un buen lugar para continuar.

—Disculpe, es que como no he visto ningún cartel ni nada que indique lo que es este lugar…

—¿Y se dedica a ir aporreando puerta tras puerta preguntando a los habitantes quiénes son?

—No, verá… un viejo amigo me indicó esta dirección para…

—¿Qué amigo, si no es mucha indiscreción? —preguntó Zayd.

—Rohan. Rohan Bittener.

Zayd escondió la sonrisa. Sykes percibió la dilatación de sus pupilas y el titilar de sus iris oscuros.

—Hace tiempo que el señor Bittener no pasa por aquí —dijo Zayd titubeante—. ¿Se conocen desde hace mucho?

—Desde que éramos unos niños.

Zayd entornó los ojos y se frotó la barbilla nervioso.

—Pase por favor, señor…

—Levin. Steve Levin.

Le guio a través de estrechos pasillos adoquinados en donde el eco de los pasos de Sykes se mezclaban con el zumbido emitido por las ruedas de oruga que asomaban en la parte inferior de la túnica

de Zayd.

La biblioteca era un laberinto de estanterías empachadas con varios hombres y mujeres estudiando algún libro sentados en mesas largas y robustas iluminadas con la luz ambarina de las lámparas. En un lateral de la sala principal, pegado a la pared junto a la entrada, se encontraba una mesa que hacía las veces de despacho del bibliotecario. Zayd abrió un cajón y extrajo un formulario que posó sobre la mesa.

—Muy bien —susurró Zayd—, si prefiere mantener su anonimato debe marcar con una «X» en la casilla esta y también en esta. Lo que si es imperativo es que me indique qué está buscando. Yo mismo le facilitaré el libro o libros que necesite. Usted no puede coger ningún libro de las estanterías. El resto del contenido del formulario puedo rellenarlo yo mismo.

Zayd hablaba con un peculiar acento danzarín, como si tratara de recitar algún tipo de poesía en el que la rima se escapara al final de cada verso.

—Nací y me crie en Febos —dijo percibiendo la mirada curiosa de Sykes—. Llegué a Gaia hace muchos años, pero el acento nunca lo he llegado a perder del todo. Es algo que me gusta mantener, me recuerda a mis raíces, de dónde vengo. Es más fácil saber a dónde vas si sabes de dónde vienes. Aunque todavía no sé a dónde voy.

—¿Por qué vino aquí? Febos no está precisamente cerca —dijo Sykes mientras marcaba las casillas que le había indicado Zayd.

—En Febos está prohibido cualquier tipo de culto religioso. No los culpo. Incluso me parece bien. Pero mi familia nunca dejó de ejercer su fe a pesar de la prohibición. La fe es algo curioso, ¿verdad? No sabes por qué crees, pero crees. En Gaia la religión sigue siendo respetada y, aunque cada vez somos menos, seguimos siendo una comunidad fuerte. Al principio fue duro, pero finalmente he encontrado la paz espiritual, personal y profesional que anhelaba. Y aunque por el camino me he dejado partes… —se levantó la túnica dejando ver la parte inferior de su cuerpo. Sus piernas habían sido sustituidas por una columna flexible de

aleación de metal que nacía en su cintura y terminaba en un sistema motriz de orugas—. Una mina abandonada de una antigua guerra. Pero bueno, al final a todo se acostumbra uno, incluso a esto.

—¿Por qué no utiliza piernas prostéticas?

—Las utilizo, señor Levin, pero para trabajar me es más cómodo esto. Pero no hablemos más de mí. Supongo que no habrá venido para hablar sobre mis piernas. ¿Qué tipo de lectura está buscando?

—¿Tiene algo sobre inteligencias artificiales?

—Inteligencias artificiales, perfecto. ¿Algo más concreto? Su creación, la Gran Guerra, leyes tecnológicas… Tenemos de todo aquí.

—A partir de la Gran Guerra está bien —dijo Sykes sin demasiada convicción.

—Muy bien. Puede sentarse en aquella mesa alargada de allí.

El bibliotecario se elevaba con su extremidad de metal para recoger los libros colocados en los estantes superiores. Luego los introducía en un cajón salido de la columna de su sistema motriz.

—Puede ir mirando estos —dijo posando varios libros sobre la mesa. Después se alejó para continuar su labor.

Sykes activó su kaizen para procesar y almacenar los libros. Comenzó con el que tenía más a mano, un libro histórico donde explicaba de forma novelada la Gran Guerra. No narraba nada que no conociera ya. Aun así, volver a leer la historia del general Bassop y de como dio su vida para apagar la Inteligencia Suprema, le hizo regresar a la vieja casa donde se calentaban con el fuego de la chimenea mientras Valentine les leía alguna novela sin dejar de balancearse en su vieja hamaca de mimbre.

Cuando terminó, transcurridas varias horas y con la biblioteca ya vacía, no había encontrado nada que considerara de utilidad. Se sintió desfallecer cuando vio la inmensa pila de libros que descansaban sobre la mesa en completo desorden.

—Vamos a cerrar —dijo el bibliotecario—. Si no le importa me gustaría ir recogiendo.

Sykes se levantó dispuesto a abandonar la biblioteca.

—¿Me permite? —dijo Zayd recogiendo uno a uno los libros desperdigados sobre la mesa e introduciéndolos en el cajón de su sistema motriz.

—Se le ve cansado, señor Sykes.

—Lo est…

Sykes se puso en guardia mientras observaba al bibliotecario con mirada nueva. Llevó su mano a la cintura, donde descansaba la pequeña pistola de plasma que le había dado Frey. Estudió la biblioteca buscando puntos de escape.

—¿Me conoce?

—Rohan hablaba maravillas sobre usted.

Sykes tenía la cabeza llena de interrogantes tropezando los unos con las otros.

—Sé que tendrá muchas preguntas, pero yo no le daré las respuestas. Debe usted buscar a Gabriel Stullton. Él se las dará.

—¿Gabriel Stullton? ¿El antiguo ministro?

Gabriel Stullton había dirigido el Ministerio de Cultura, Educación y Ciencia después de la Gran Guerra. Fue el último subciudadano en alcanzar semejante estatus. Suyas fueron las primeras leyes sobre derecho tecnológico. Sus posiciones siempre fueron controvertidas, saliendo muchas veces en defensa de las inteligencias, incluso después de lo sucedido. Dimitió cuando comenzó la Prohibición. Su discurso en contra de la Acrópolis y contra los peligrosos privilegios de unas pocas familias fue recordado durante mucho tiempo. Esa fue la última vez que se le vio en público.

—Y antes que ministro, uno de los mejores profesores que dieran alguna vez clase en Tot.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—No se lo puedo decir. No porque no pueda, sino porque no lo sé. Pero sé de alguien que quizá sí lo sepa.

62

—Cómo que Rohan Bittener está muerto.

—Shhhh… Habla más bajo. Lo que has oído, Eloise.

Sebastian eligió el restaurante no solo por la excelente comida, también porque sabía que Avril, la magnífica cocinera que lo regentaba y que le daba nombre, se aseguraba de que su local estuviera siempre libre de sistemas de vigilancia. Sebastian y Eloise ocupaban una discreta sala apartada del comedor principal, alejados de oídos curiosos.

—¿Y por qué coño no lo detuviste?

—¿Qué tendrá eso que ver con lo que te acabo de contar?

—Joder, Sebastian…

Sebastian se encogió de hombros mientras engullía una deliciosa caracola de los lagos de Vimana. La salsa ligeramente picante de Avril maridaba a la perfección. Locales como ese convertían los suburbios en un auténtico placer.

—A mí me pagan para encontrar culpables.

—¿Te crees de verdad que Marcus Sykes es inocente? Ese hombre nació con el pecado pegado al culo.

—Que católica te has levantado hoy. Pero no entiendo por qué ahora adoptas esta postura. Tú misma has defendido su inocencia. Vale que ha llevado una vida complicada, eso no lo niego. Pero no es un asesino. Un asesino a sangre fría, me refiero. Y menos un asesino tan estúpido de cargarse a una patricia a la vista de tanta gente. Sé que él no mató a Lucille. Y tú también lo sabes. La cuestión es llevar la contraria. ¿De verdad no vas a comer nada? Deberías probar esto.

—No tengo hambre desde el otro día.

—Pero que exagerada eres. Seguro que no era la primera vez que te apuntaban con un arma.

—Pues no te lo vas a creer, pero así es.

—Eso es que no has hecho bien tu trabajo.

—He recibido amenazas, me han pegado… Pero tienes el dudoso honor de ser el primero en apuntarme con un arma.

—Me siento halagado.

—Bueno, ¿y ahora qué?

Sebastian sonrió malicioso.

—Dentro de unos días se celebrará la conferencia anual en Los Laboratorios de Pandora.

—¿No será muy descarado?

—¿Una periodista ejerciendo de periodista te parece descarado? Perdona, Eloise, pero creo que disentimos en muchos conceptos.

—Sabes que en el *Transmetropolitan* solo escribimos malas noticias.

—Pues vais a añadir una nueva sección a tu noticiero. Historiografía. ¿Qué te parece? Es fantástico, ¿no crees?

—…

—Te he conseguido un disfraz y un pase para la conferencia.

—¿Tan rápido?

—…

—¿Y qué se supone que haré allí?

—Ya se te ocurrirá algo. Seguro que la vena cotilla que tenéis todos los buenos periodistas sale a relucir. Pero no te la juegues mucho. Es mejor que no encuentres nada a ser descubierta.

—¿Y tú qué harás mientras?

—Disimular, que no es poco. ¿Tampoco vas a comer postre?

Sebastian observaba pensativo la calle por la que se alejaba Eloise mientras accedía al kaizen de la propia Talaban gracias a un software de intrusión que Eloise se instaló *voluntariamente* si no quería esparcir sus sesos por la mesa de su cocina. Apenas le llevó unos segundos verificar que no había grabado nada.

Reflexionaba sobre los detalles de las últimas horas. Ningún sistema de vigilancia grabó su encuentro con Sykes. Podía haber hecho más preguntas, pero primero quería asegurarse de la veracidad de esta. Era preferible trabajar sobre una mentira que sobre varias. Además, era probable que se hubiera ganado la confianza de Sykes. Un poco, al menos.

La reunión con el ministro había transcurrido sin novedades. Gritos, golpes sobre la mesa, algún que otro insulto… Sonreía mientras recordaba a Paul Teltet rojo como la salsa picante de Avril. *Maldito imbécil.* Tentado estuvo de preguntarle por qué no le daba la investigación a Boris. Pero mejor no provocar a la suerte.

Valoró la opción de sacar el tema de Rohan Bittener, pero no se le ocurrió ninguna manera discreta de hacerlo. Todas las preguntas que se arremolinaban en su cabeza lo único que harían sería levantar suspicacias innecesarias.

Acabó el cigarrillo con una cierta sensación de contrariedad: estaba impaciente por comprobar la veracidad de lo que Sykes afirmaba, pero no podía hacer nada. Al menos de momento. Esperar y confiar en que Eloise encontrara algo. Miró al cielo vespertino y puso rumbo a su casa.

63

El pueblo, construido al cobijo de una pequeña colina, contaba con unos siete mil habitantes, todos ellos gente formada e instruida, por lo que la espera en el pub La Puerta de Enfrente se hizo de lo más interesante. Las conversaciones oscilaban de Miguel de Cervantes a Virginia O'Callaghan, de Frederick Nietzsche a Andrew Wiles, de Aníbal Barca al general Bassop, y todo ello sin ningún ápice de soberbia intelectual.

Jeremiash Stullton apareció saludando a un lado y a otro con una sonrisa y una mirada amable que nada tenía que ver con el rostro austero de las imágenes del Nexo. En ocasiones se detenía a conversar con alguna mesa, soltando alegres risotadas o lanzando falsas regañinas por algún tema intrascendente. Su nariz agrandada y sus mejillas enrojecidas delataban un severo problema de alcoholismo.

—¡Buenas tardes! Señor Levin, ¿verdad? —dijo ofreciéndole la mano.

—Sin el señor, por favor, puede usted tutearme si lo prefiere —dijo Sykes levantándose educado.

—Perfecto. Tutéame tú también. ¿Quieres otra cerveza? —dijo señalando la pinta casi vacía de Sykes. Jeremiash se acercó a la barra y regresó con dos pintas doradas y espumosas.

—Me he permitido la libertad de pedirte una cerveza especial que sigue las recetas clásicas según Pandora. Espero que te guste.

La espuma densa se arrastró por la garganta de Sykes dejándole un agradable regusto final en la lengua y el paladar.

—Está buena, ¿verdad? —Jeremiash asentía satisfecho mientras se limpiaba la espuma del bigote con su labio inferior—. Y ahora

dime, ¿cómo te hiciste con mi contacto?

—Eres un catedrático de la universidad. Tus datos son públicos.

Jeremiash reía a carcajadas.

—Es verdad. A veces me pregunto cómo soy capaz de dar tres pasos sin tropezarme. Bien Levin, pues tú dirás.

—Como ya te dije anoche, soy periodista y estoy realizando una investigación sobre las restricciones tecnológicas surgidas a raíz de la Gran Guerra. Como es lógico, a lo largo de la investigación me he topado con el nombre de tu padre en múltiples ocasiones, por lo que me gustaría conocer más sobre él.

—Mi padre, mi padre… —dijo como haría un anciano ante el recuerdo lejano de su primer amor—. Un gran hombre mi padre. Muy preparado. Inteligentísimo. Pero es una persona extraña, incluso para mí o mis hermanos. Mi madre era la única que sabía llevarlo con normalidad. Hasta que lo abandonó, claro. Mi padre solo tenía tiempo para el trabajo. Aunque hay que decir a su favor que gracias a él tanto mis hermanos como yo hemos alcanzado metas que por nosotros mismos es probable que jamás hubiéramos logrado. Por no hablar de la cómoda vida que lleva mi madre en la Ciudadela.

—¿Sabes dónde podría encontrarle?

Jeremiash miró a ambos lados asegurándose de que nadie les estuviera escuchando.

—Ahora mismo no. Pero sí sé donde podrías esperarle… Aunque no sé si me gustaría esperarle. A veces desaparece durante años.

—¿Existe alguna forma de contactar con él?

—Lo cierto es que no. Pero mi padre tiene el extraño don de las circunstancias.

—¿De las circunstancias?

—Dependiendo de las circunstancias, aparece o no. Es increíble, de verdad. Un auténtico don. ¡Pero ahora bebamos y brindemos por el bueno de Gabriel Stullton!

Bebieron hasta quedar dormidos en los sofás roncando en una

cacofonía interrumpida por el dueño del pub, un hombre rosado que los zarandeaba con toda la suavidad que sus manazas le permitían. Varios robots con forma antropomórfica limpiaban el pub ya vacío. Salieron patizambos después de pagar la cuenta y se dirigieron a casa de Jeremiash.

La mujer de Jeremiash, una mujer con el pelo de un color pálido y la piel de un color aún más pálido, los ayudó a entrar en la casa con un gesto de simpática resignación. Su aliento olía a vodka y a humo de tabaco recién exhalado. Guio a Sykes hasta el sofá del salón y le arropó después de que este se tumbara. En el holoreproductor estaban dando un documental sobre las especies acuáticas de los lagos de Epona. Sykes se durmió viendo como un enorme anfibio parecido a una rana se tragaba un roedor de ojos violetas.

—Buenos días —dijeron al unísono con una sonrisa pícara cuando vieron aparecer a Sykes—. Ayer lo pasamos bien, ¿verdad? —continuó Jeremiash—. Te presento a mi mujer, Katrin.

Katrin le saludó con teatralidad y una sonrisa infinita que dejaba ver unos dientes blancos y perfectamente alineados.

—Es profesora también, de cultura nórdica. Es apasionante, ¿verdad? —dijo mientras se acercaba para darle un cariñoso beso.

—Desayuna con nosotros, por favor —dijo Katrin con un tono de voz que parecía salido de otra persona—. Pero corre porque se te va a enfriar.

Aunque los huevos ya estaban fríos, le parecieron deliciosos y los comió con avidez.

Katrin se levantó con prisa cuando terminó y se despidió de su marido con un fuerte beso.

—Ha sido un placer, Levin. Me encantaría quedarme a charlar un rato, pero tengo clase en media hora —dijo mientras se ponía el abrigo.

—Es una mujer fantástica, ¿verdad? Nos conocimos en Tot, mientras estudiábamos. Un tío me dio una paliza ese día. Menudo

animal. Lo primero que vi cuando recuperé el sentido fue a Katrin mirándome con verdadera preocupación. Al parecer intenté hacerme el héroe defendiéndola de un novio un tanto violento. Como si ella fuera a necesitar mi ayuda. Pero bueno, mereció la pena después de todo.

Un robot alargado de color turquesa entró en el salón y recogió los platos con sus brazos acabados en pinzas, metiéndolos a través de una hendidura en su torso cilíndrico. Limpió la mesa y se fue igual que vino.

Jeremiash se levantó, cogió un libro de la estantería pegada a la pared y extrajo un viejo mapa impreso.

—Ven, te indicaré dónde puedes encontrar a mi padre.

Le mostraba el camino mientras Sykes lo almacenaba en su sistema.

Jeremiash le ofreció una copa de coñac que Sykes declinó con amabilidad.

—Más para mí entonces.

Se bebió la copa de un trago y se sirvió otra. Sykes entendió que era el momento oportuno de partir si no quería acabar como la noche anterior. Se despidieron con un sincero abrazo dado con la complicidad que da el compartir una borrachera.

64

La espesura de los árboles le obligó a aterrizar en las lindes del bosque, en un claro en donde un arroyo de aguas cristalinas jugueteaba entre las rocas hasta perderse más allá de la arboleda. Siguió las indicaciones que marcaban los carteles de madera pintados a mano escuchando el agradable corretear de las aguas del arroyo.

Cuando las piernas le empezaban a flaquear, un perro apareció por un sendero un poco más adelante. El perro no gastó más de un par de segundos en fijarse en Sykes y se giró para comenzar a guiar a un pequeño rebaño formado por una docena de ovejas. Un hombre joven de mirada nublada apareció tras el rebaño. Tenía el pelo oscuro y largo, con alguna rasta a medio formar y una barba descuidada.

—Buenos días —dijo el hombre en cuanto le vio—. ¿Se dirige a la aldea? Puede venir conmigo si quiere.

Hablaba despacio, con la boca pastosa y un imperfecto cigarrillo hecho a mano que desprendía un aroma denso y agradable.

—Me llamo Bruno —dijo ofreciéndole el cigarrillo humeante. Sykes no pudo resistirse y aceptó curioso. Tosió con el pecho ardiendo en una picazón intensa, pero también sintió una agradable sensación relajante, una pequeña nube sobre la cabeza que le hacía flotar y le tornaba los párpados. El efecto fue casi inmediato.

—Es buena, ¿eh? —continuó Bruno—. Me ha llevado tres años conseguir esta variedad. Todo natural, por supuesto.

—¿Qué es?

—Es cannabis, amigo. Marihuana. Es una planta milenaria, más antigua que el hombre. Se perdió, pero gracias a Pandora la recuperamos. En la aldea hay varios científicos que trabajaron en los laboratorios.

Sykes le dio un par de caladas más. Sentía la cabeza flotar y el cuerpo ligero. Los labios se le movieron en una estúpida sonrisa. Le entregó de nuevo el cigarrillo al pastor, se llamase como se llamase.

—¿Estamos muy lejos? —dijo con la lengua torpe.

Bruno estalló en un ataque de risa que le hizo caer al suelo. Sykes, confundido al principio, comenzó a reír de forma incontrolada, dejándose caer él también. El perro los miraba con la cabeza ladeada y la lengua fuera, queriendo ser partícipe de tanta felicidad. Las ovejas se dedicaban a rumiar con la mirada perdida en la más completa de las indiferencias.

La aldea fue construida en un claro del bosque separado por las aguas del arroyo. Parecía salida de algún cuento olvidado. Varios puentes de madera unían las dos partes de la aldea, que también se extendía por el bosque, penetrando entre los árboles de forma armoniosa. Los habitantes recogían la cosecha de los invernaderos, daban de comer a los animales satisfechos o simplemente leían un libro o bebían una cerveza apoyados en algún árbol. Saludaban amables, pero Sykes no era capaz de articular nada más allá de una sonrisa estúpida. Llegaron a una casa en donde una mujer con rastas recogidas en un moño leía una hoja de papel digital. Sykes, con la mirada empañada, no fue capaz de ver qué estaba leyendo, pero tampoco le importó demasiado. En ese momento lo único que le preocupaba era comer algo y beber agua. Mucha agua. Después quería echarse a dormir mientras comía algo y bebía agua. Mucha agua. No entendió el nombre de la mujer cuando se lo dijo y no recordaba haberle dicho el suyo, solo escuchar una tímida risa y un cariñoso beso que entendió que no se lo estaban dando a él.

Despertó sobre un colchón en el suelo, cansado y con la boca pastosa. A su lado había una jarra de agua casi vacía que apuró antes de levantarse con ella en la mano buscando más agua. Se dio cuenta de que no sabía donde estaba. Miró a su alrededor. Parecía el interior de un árbol decorado de forma exquisita. Salió a un salón amplio y lleno de libros. El fuego crepitaba en la chimenea mientras pequeñas y tímidas gotas de lluvia empezaban a arañar los cristales de las ventanas.

—Buenos días, dormilón —la mujer llevaba las rastas sueltas esta vez—. Bruno ha ido a coger algo para cenar. Al parecer os lo habéis pasado como dos niños por el camino.

—Si te soy sincero, no me acuerdo de nada.

—No me extraña. Las plantas esas son veneno puro. Pero que ricas están ¿verdad? —dijo riendo—. Trae, te traeré agua —dijo cogiéndole la jarra—. Soy Sophie, por cierto. Como dices que no te acuerdas de nada… ¿Y tú te llamas…?

Bruno apareció con un conejo muerto cogido por las orejas y una bolsa llena de hortalizas. Sykes lo miró un momento antes de volver a la lectura de un libro sobre otra aldea escrito por un colombiano hacía ya varios siglos.

Le dio pena tener que dejar la lectura, pero su estómago no hacía más que quejarse ante los sabrosos olores que llegaban de la mesa.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las ocho de la tarde —dijo Bruno.

—Y bien, ¿qué te ha traído hasta aquí, Levin? —dijo Sophie.

—Soy periodista. Estoy buscando información sobre las restricciones tecnológicas después de la Gran Guerra. Por lo que tengo entendido aquí vive la mayor eminencia en esos temas.

—Sin duda tienes bien entendido —dijo Bruno—. Gabriel es la mayor eminencia.

—Su hijo me dijo que vivía aquí.

—¿Su hijo? ¿Cuál de ellos?

—Jeremiash.

—Un buen hombre. Muy interesante.

—Aunque para mi gusto bebe más de lo que debería —dijo Sophie—. Como su padre, aunque él diga que solo bebe cuando está en la aldea.

—Susan y Paul lo acompañaron en un viaje a Tot y dijeron que no bebió ni una gota.

—Susan y Paul mienten más que hablan, cariño. Al menos cuando hablan de Gabriel.

—No te voy a negar eso. Por cierto, Ernest dice que Gabriel está al caer.

Sykes observó a Bruno esperanzado.

—Vas a tener suerte, Levin. Gabriel casi nunca está. La aldea es, como a él mismo le gusta llamarla, «su zona para el descanso contemplativo». Pero no te preocupes, Pierre se lo encontró en Edge hace unos días. Eso quiere decir que llegará de un momento a otro.

65

—¡Agárrala con más fuerza!

Sykes no dejaba de recibir patadas de la oveja que luchaba tumbada sobre el suelo. Bruno intentaba colocarse una y otra vez, ahora a un lado, ahora al otro; se agachaba y volvía a levantarse resoplando desesperado. Sostenía con ambas manos unas grandes pinzas de metal buscando la mejor forma de extirpar un gusano perla que se había enganchado a la oveja durante la noche. Era enorme, como el brazo de un adulto, formado por gruesos anillos de un color tan blanco que costaba mirarlo directamente.

Varios hombres y mujeres se acercaron a ayudar y por fin pudieron mantenerla quieta. Bruno localizó la cabeza del gusano y la atenazó con fuerza, apretando los extremos de las pinzas con ambas manos. Tras unos segundos de lucha, el gusano pareció darse por vencido. Bruno lo sostuvo en el aire con la cabeza bien sujeta con las pinzas y lo lanzó en un cajón metálico. Acto seguido, cogió varias compresas que untó con sal de las marismas de Tyr y se las colocó a la oveja sobre la zona mordida. Pasaron varios segundos hasta que la sal hizo su efecto calmante y pudieron soltarla para que se reuniera con sus compañeras en el establo.

Bruno recogió el cajón donde estaba el gusano y se lo acercó irritado a uno de los hombres que habían ayudado a mantener quieta a la oveja.

—Lo sé, lo sé, Bruno. De verdad que lo siento. Ayer estuve limpiando los cajones y se me escapó. No me he dado cuenta hasta que me han despertado los bramidos de la oveja.

—Tienes que tener más cuidado, Lars. Esos gusanos son peligrosos —dijo una mujer entre la multitud.

Sykes, sentado sobre el suelo, con las manos arañadas y el cuerpo dolorido miró hacia el gentío. Enseguida quedó hechizado por el rostro tostado y el oscuro pelo de una mujer que observaba todo con una cesta llena de setas colgada del brazo. Ella fijó en él sus ojos violetas apenas unos segundos antes de girarse y alejarse, mezclándose con los aldeanos que miraban con reprobación a Lars.

Natalie le acercó un tomate recién arrancado de la planta. Era grande e informe y desprendía un agradable aroma vegetal bajo el olor de la tierra mojada.

—¿Entonces trabajabas en los laboratorios de Pandora? —preguntó Sykes.

—Durante sesenta años —dijo Natalie orgullosa.

—¿En qué departamento?

—Botánica. Estudié ingeniería médica en Tot, pero nunca me gustó. Satisfacer a los padres, ya me entiendes. Cuando terminé la carrera decidí pasar una temporada en Baco trabajando en lo que me saliera, pero en el viaje conocí a un anciano. Un comerciante de Dríade. Un *puro* . El hombre necesitaba un ayudante para el viaje porque el chaval que había contratado apenas aguantó unos días, y como yo no tenía nada mejor que hacer… Bendita juventud. No hay *chute* que devuelva la energía ni las ganas de descubrir que se tienen cuando eres joven de verdad. En fin… El anciano viajaba a Tot, a la facultad de Botánica, con una selva entera en el almacén de la nave. Llevaba todo tipo de plantas: desde pequeñas ramices con sus preciosas flores negras hasta gigantescas payultas llenas de fruta. Así que en vez de a Baco, me fui a Tot con él para ayudarle con la descarga. Después viajamos a Dríade. Recuerdo la primera sensación que tuve cuando se abrieron las puertas de la nave. ¿Has estado en Dríade?

—No —mintió. Sykes estaba seguro de que conocía lugares en Dríade que ni los propios driadares sabían de su existencia. Lugares

donde se cargaba todo tipo de plantas que solo estaba permitido plantar en Dríade, como las mismas ramices de las que se sintetizaba el blacktrip, o el truguio cuyas hojas contenían uno de las drogas más potentes que existían, capaces de manipular el cerebro de un hombre adulto durante días con una pequeña dosis. Sykes seguía preguntándose cómo alguien podía atreverse a probar algo así. Hubo un tiempo en el que se convirtió en la droga más usada en ciertas partes de los suburbios. Fue una masacre muy rentable.

—Es precioso —continuó Natalie—. Salvaje. Los habitantes viven según les dicta la naturaleza: si el desprendimiento de una montaña cambia el curso de un río se adecuan cambiando la disposición de las ciudades. ¿Te imaginas eso aquí?

—Aquí secamos el río antes de que ninguna montaña pueda cambiar su curso.

—Exacto.

—¿Y por qué no te quedaste a vivir allí? —preguntó Sykes a pesar de conocer ya la respuesta. De vez en cuando, le agradaba hacerse pasar por ingenuo. Decía mucho de los demás su forma de reaccionar cuando les hacías sentir superiores a ti en algún aspecto.

—No se puede —dijo Natalie extrañada—. ¿Nunca oíste hablar de la colonia?

Sykes negó con la cabeza.

—Hace tiempo se permitió la entrada a una pequeña colonia de gaianos para que realizaran un estudio sobre el impacto de las plantas en el Grumo. Al principio todo fue bien, se integraron perfectamente y los driadares son unos anfitriones excelentes. Pero al poco tiempo de estar allí comenzaron a florecer los vicios inherentes de la personalidad de la gente de Gaia. Primero que si se puede mejorar esto, luego que si esas plantas no dejan entrar suficiente luz en las casas o el dinero que se podría ganar si se hicieran muebles con esa madera. Y así hasta que destruyeron todo lo que había a su alrededor. Millones de hectáreas de árboles

talados y de naturaleza muerta. Para los driadares eso fue un asesinato a sangre fría. Pero para echarlos necesitaron años. Son gente pacífica. No tienen ejército ni nada que se le parezca, así que fueron años de juicios y peticiones a la Acrópolis hasta que por fin se dio la orden de abandonar el planeta. Desde entonces solo los nacidos en Dríade pueden permanecer allí. El resto solo podemos estar mientras dure el permiso de trabajo o el vacacional. Y nunca son más de diez años. Todo bajo la supervisión de la Confederación. Más que nada, para asegurarse que no haya abuso de poder por parte de la Acrópolis.

—¿Estuviste mucho tiempo allí?

—Los diez mejores años de mi vida. El anciano murió al poco tiempo. Como te he dicho, era un *puro* , como la mayoría de los driadares. No tenía hijos, así que el negocio pasó a formar parte de una cooperativa y como a los driadares no les gusta mucho viajar, la cooperativa me proporcionó un permiso de trabajo para que me encargara de las exportaciones.

—¿Y cómo acabaste en los laboratorios de Pandora?

—Un día, a falta de unas pocas semanas para que se acabara mi permiso de trabajo, llegó allí un hombre que decía haber oído hablar sobre mí y mis habilidades con las plantas. Igual has oído hablar de él. Rohan. Rohan Bittener.

Sykes trató de parecer indiferente, pero no pudo evitar bajar la mirada.

—Sí. Claro que sí. Dirigía los laboratorios de Pandora, ¿verdad? —dijo con la mayor normalidad de la que fue capaz.

—Los dirige todavía. Hace mucho que no hablo con él. Le llamaré un día de estos, cuando baje a la ciudad. El tema es que la directora del laboratorio de botánica iba a dejarlo por motivos personales. Así que acepté y allí estuve durante sesenta largos y apasionantes años.

—¿Por qué lo dejaste?

—Me cansé de tanta burocracia. Al final, parecía que hacíamos lo que hacíamos para que la Acrópolis ganara dinero. Rohan estaba

harto también, pero él siempre acababa viendo el lado positivo de todo. Tuve una discusión muy fuerte con la ministra de Economía por un tema de patentes. ¡Patentes para una planta! ¿Pero es que nos estamos volviendo todos locos? Fuimos varios los que abandonamos nuestros puestos en el laboratorio.

—Y al final terminaste en una pequeña aldea perdida en medio de ninguna parte.

—Así es —dijo riendo—. Primero estuve deambulando de aquí para allá intentando buscar mi sitio de nuevo. Y de nuevo me encontró él a mí. La historia de mi vida… ¡Ah! Hola, Alena. Pasa, por favor. ¿Conoces a Levin? Alena es nueva en la aldea, ¿cuánto llevas? ¿Dos semanas? ¿Tres? Bueno, ¿qué más da? Las setas que has recogido son estupendas, Alena. Buen trabajo.

Alena se acercó dirigiendo tímidas miradas a Sykes, el cual no podía apartar los ojos de ella.

—Hola, Alena, soy S… Levin.

—Hola, Levin. Encantada.

Se dieron la mano, uno con tacto pero con firmeza. La otra con suavidad y timidez.

—¿Has venido quedarte tiempo mucho?

Natalie reía apoyada sobre un macetero.

—Nada, que no quiere un kaizen, aunque sea externo.

—Tampoco hablo mucho mal —dijo Alena riendo también. Su risa era diáfana y contagiosa. La risa de un ángel, pensó Sykes mientras sonreía como un bobalicón.

Bruno y Sykes descendieron por el sendero que llevaba hasta una zona donde el arroyo corría con mayor virulencia. Un hombre espigado miraba un vaso con un líquido parduzco y denso en su interior. Dio un pequeño sorbo y asintió satisfecho. En el cobertizo, a su espalda, un alambique de cobre emanaba un vapor pegajoso e irritante.

—Va mejorando, pero no acabo de conseguirlo —dijo el hombre apurando el vaso—. Aun así, está rico ¿Dónde has dejado a Sophie?

—Está con las ovejas. Las ha llevado hasta la poza, que disfruten un poco las pobres. ¿Te enteraste lo que pasó esta mañana con uno de los gusanos de Lars?

—Sí, claro. Fue la comidilla en la taberna este mediodía. Eso y lo de Crih.

—¿Qué pasa con Crih?

—Le han ofrecido un trabajo en Tot. Están ampliando un departamento para una nueva investigación sobre el tribium.

—Vaya. Sophie lo va a sentir.

El hombre cogió tres vasos de la estantería que había en el cobertizo y los llenó extrayendo el líquido del alambique humeante con un cazo de madera.

—Cuidado que quema. Brindemos por Crih.

El tibio licor dejaba un toque dulce en la lengua y un toque agrio en la garganta que resultaba agradable.

—Este es Levin, por cierto. Levin, este es Ernest.

—Encantado, Levin —dijo dándole un fuerte apretón de manos —. ¿Qué te parece el licor?

—Me gusta —dijo Sykes.

—Sí, ¿verdad? Creo que ya casi lo tengo.

Ernest apuntó en un cuaderno los pasos dados ese día durante la destilación.

—Me ha dicho Bruno que viste a Gabriel Stullton en Edge.

—Así es —respondió Ernest concentrado en las notas del cuaderno.

—¿Te dijo cuando volvería?

—¿Aquí a la aldea? Ni él mismo lo sabía. Pero estate tranquilo, yo creo que en una semana como mucho lo tendremos por aquí.

Para Sykes una semana como mucho era demasiado tiempo, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No tenía rutas alternativas. Además, le gustaba la aldea y sus habitantes. Sobre todo una. Llegaron a la taberna pasadas las once de la noche. Bruno había insistido en enseñarle el invernadero en el que crecían sus plantas de marihuana. El bar estaba lleno. Sykes no sabía cuantos habitantes tendría la aldea, pero supuso que la mayoría estaban en la taberna en ese momento. Ernest servía detrás de la barra con ojos enrojecidos. Una mujer regordeta con una preciosa sonrisa atendía las mesas atestadas de gente. Eran mesas alargadas de madera de haya, como no podía ser de otra forma, y todos se sentaban con todos, charlando, comiendo y bebiendo y cantando. El ruido era ensordecedor. Sophie alzó el brazo desde donde se encontraba cuando les vio entrar. Estaba hablando con una bellísima mujer con unas rastas finas y rubias. De vez en cuando, detenían la conversación para fundirse en un abrazo o brindar con sus jarras de madera.

—¿Sabías que Crih se va a Tot? —preguntó Sophie con los ojos inundados—. Y me lo dice ahora, la muy cabrona.

—No me lo han confirmado hasta esta mañana en la ciudad —dijo Crih justificándose—. De todas formas, seguiré viniendo. Y vosotros podéis ir a Tot a verme cuando queráis.

La noche estaba siendo agradable y divertida a partes iguales. El alcohol y la marihuana jugaban su papel, pero la conversación con Bruno, Sophie y Crih hacían la mayor parte.

—¡Hola! ¿Poder sentarme?

Sykes se quedó sin respiración mientras inhalaba el espeso humo de un porro y comenzó a toser con fuerza.

—Claro, Alena, siéntate. ¿Conoces a Levin?

—Sí, conozco. Natalie presentó.

El dolor de cabeza era tan agudo que le resultaba imposible abrir

los ojos. A su lado notaba una piel tibia que se movía al compás de su respiración profunda y tranquila. La habitación olía a alcohol, a humo de porro y a sexo reciente. Logró alzarse y alargar una mano temblorosa para alcanzar la jarra que descansaba sobre la mesita. Con el resquicio de sus ojos hinchados distinguió el hermoso cabello negro de Alena. No sabía ni cuándo ni cómo había terminado allí. Solo sabía que había sido una gran noche que había terminado de la mejor manera posible.

Ella entornó los ojos violetas y sonrió al ver a Sykes.

—Buenos días —susurró.

Y Sykes sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal.

—Así que quieres hablar con Gabriel, ¿eh? —dijo Darko con su penetrante voz. Sujetaba un tablón con sus manazas cubiertas de pelo esperando a que se solidificara el pigmento adhesivo.

Sykes se sacaba una molesta y dolorosa astilla del pulgar. Siempre se consideró un hombre talentoso para muchas y diversas cosas, pero desde luego el bricolaje no era una de ellas.

—¿Lo conoces bien? —dijo concentrado en la maldita astilla.

—Desde la universidad. Fuimos compañeros de cuarto.

—No sabía nada —dijo Sykes sorprendido. El físico tosco de Darko no invitaba a considerarle un hombre estudioso.

—¿Y por qué demonios lo ibas a saber? Yo estudié tecnología de minas. Cuando era joven, en un viaje con mis padres, descendimos en Tribeca. ¿Has estado alguna vez?

—No, y si te soy sincero no tengo ninguna ilusión en conocerlo —dijo Sykes sujetando triunfal la astilla delante de sus ojos.

—Pues no sabes lo que te pierdes. Tribeca es un ser vivo más que un planeta. Una mina infinita. Y no solo de tribium. ¿Sabías que en su superficie crecen unas protuberancias enormes, como si fueran verrugas gigantescas? Esas verrugas supuran una resina que al secarse se convierte en la vidriaquita. Muy poca gente lo sabe.

Sykes escuchaba sorprendido.

—Pensaba que...

—Ya te he dicho que muy poca gente lo sabe. La Acrópolis se encarga de ello. Es más fácil venderla más cara si la gente piensa que hay un proceso de fabricación por medio en vez de simplemente esperar a que unos robots la extraigan y dejar que se seque. Y luego está el tribium, por supuesto, la fuente de energía más poderosa que haya conocido la humanidad. Verlo moverse es algo hipnótico, como engulle los metales en pocos minutos. Parece irreal. Desde luego que ese viaje me marcó para siempre.

—Pero Gabriel no estudió tecnología de minas, ¿verdad?

—No, no. Él estudió filosofía tecnológica e historia clásica. Antes de acabar sus estudios ya era una eminencia. Nadie se sorprendió cuando lo llamaron de la Acrópolis.

—¿Sabes cuándo volverá?

—Si Ernest lo vio en Edge quiere decir que ya está en Gaia. Igual ha ido a ver a alguno de sus hijos. Esto ya está —dijo apartando la mano poco a poco y mirando con cierta aprensión la tabla—. Sí. Parece que ya está. Vamos, te invito a una cerveza en la taberna.

—Pero si es gratis.

—¿Quieres una cerveza o no?

—¡Hola! ¿Ya arreglado tejado?

Alena se acercó con una cesta llena de setas y le dio un beso en los labios ante la pícara mirada de Darko.

—Bueno, Levin. Yo voy yendo, que tengo mucha sed —dijo sonriente.

—Darko mucho amable, ¿verdad?

—Mucho. ¿A dónde vas?

—Dar esto a Natalie. Después nada que hacer.

—¿Te apetece una cerveza?

—¿Más? ¡Tú mucho cerveza!

Sykes se encogió de hombros sonriente.

—Vale. Tú esperar en la cantina hasta yo volver.

66

La multitud se concentraba en la entrada de los laboratorios cobijados bajo la enorme sombra proyectada por el holograma que representaba la caja de Pandora. Eloise Talaban se observó en el reflejo de la cristalera azulada del edificio. El disfraz optoelectrónico era bueno, eso había que reconocérselo al agente Bruc, pero podría haberle buscado un disfraz de mujer y no el del hombre con aspecto de irlandés borracho que le observaba. Las autorizaciones pasaron los controles sin problemas. Walter O'Sullivan. Periodista *freelance* con ganas de comerse el mundo. Nada nuevo.

Las puertas se abrieron y varios científicos salieron invitando al gentío a acceder al recinto. Como era habitual, tan solo el primero de los más de cincuenta recintos que constituían los laboratorios era accesible para los visitantes.

En el centro del recinto, guardado con mimo tras un expositor de vidriaquita, había un rectángulo metálico ligeramente magullado: se trataba del primer disco duro decodificado con el que dio comienzo la revolución surgida con Pandora.

Los científicos les fueron guiando a través del holograma que representaba la línea temporal de los descubrimientos realizados. Costumbres, pensamientos filosóficos, conductas sociales, jerarquías, bailes, arquitectura, arte. Varias reproducciones de películas recorrían el holograma en completo silencio a la espera de algún kaizen que quisiera conectarse para escuchar. También conciertos, comidas, bebidas, juegos, deportes. Imágenes holográficas de casas, de coches, de ciudades y de pueblos, de animales ya extinguidos. Observó con nostalgia los pantalones

acampanados y las camisas estampadas de colores vivos y tejido fino que vestían hacía ahora treinta años.

Varios científicos explicaban con orgullo los diferentes descubrimientos realizados a lo largo de todos esos años de trabajo ininterrumpido.

Eloise empezaba a impacientarse. No estaba allí para escuchar lo que ya sabía y no se sentía cómoda con el disfraz de un hombre.

Pasaron varios minutos de conversaciones fútiles hasta que se abrieron las puertas de la gran sala de presentaciones, con aforo para unas cien mil personas, aunque allí no habría más de quince mil.

La gente fue accediendo y tomando asiento lo más cerca del púlpito posible. Hablando de forma distendida, se encontraban la ministra Tricia Kovacs, responsable de los laboratorios, y la ministra Magga Bracco. El ministro Luca Dante daba órdenes unos metros más allá.

Eloise buscaba a Rohan Bittener sin éxito. Sí estaba el resto del equipo de científicos que trabajaba en los laboratorios. La mayoría charlaban, otros saludaban a los recién llegados. Pero había una persona, la científica Donna Mancini, mano derecha del director Bittener, que se limitaba a mirar al suelo mientras se frotaba nerviosa las manos y agitaba las piernas. Parecía una niña pequeña esperando a recibir un castigo.

La presentación resultó amena, con las ministras realizando las presentaciones para dar paso a los científicos de cada especialidad. Al terminar, comenzó la rueda de preguntas.

Como era de suponer, todas las preguntas trataban sobre los nuevos descubrimientos y su próxima incorporación a la sociedad. Ella misma lanzó varias preguntas. Pero no le importaban las respuestas. Asentía por defecto, sonriendo y tomando notas.

Buscaba el momento adecuado para preguntar por Rohan Bittener, y lo encontró en la respuesta a la pregunta de uno de sus colegas.

—Sí… muchas gracias doctora —dijo tratando de ocultar su

agitación—. Ha comentado usted que será el propio director quien dirija el trabajo de innovación y me gustaría preguntarle a él mismo sobre…

El ministro Dante lanzó una mirada imperativa a la ministra Kovacs, pero esta ya estaba en pie invitando a la doctora Mancini a abandonar el atril. La doctora Mancini resopló aliviada y se sentó en su sitio sin despegar la mirada del suelo.

—El director Bittener está en un viaje de investigación financiado por los laboratorios —la voz de la ministra Kovacs sonó segura pero impostada. Demasiado profunda y poco natural, como si estuviera recitando algo recién aprendido—. Esperamos tenerle con nosotros pronto.

—¿Se puede saber qué tipo de investigación?

—Ahora mismo no… Disculpe, ¿quién ha realizado la pregunta? ¿Podría levantarse?

—Por supuesto, aquí. Walter O'Sullivan, señora ministra.

Tanto el ministro Dante como las ministras la observaban sin apenas pestañear. Sin duda almacenaban su imagen para después cotejarla. Eloise rezaba para que Sebastian hubiera hecho bien su trabajo.

—Como le decía, señor O'Sullivan, ahora mismo no se puede informar sobre esa investigación, supongo que lo entenderá. Pero le aseguro que si los resultados son los esperados, estaremos todos más que satisfechos.

La doctora Donna Mancini seguía sin levantar la mirada del suelo. Cada vez se frotaba las manos con mayor profusión y una de sus piernas no paraba de subir y bajar produciendo un perceptible tembleque en todo el cuerpo.

Al terminar la presentación, todos los presentes se dirigieron a una gran sala donde les esperaba la cena. Eloise observaba las mesas satisfecha. Era innegable el buen hacer de la Acrópolis.

Buscaba en la lista donde la habían colocado, pero no encontraba su nombre. No fue hasta que vio su reflejo en una de las ventanas del fondo, que se percató de que hoy no era Eloise

Talaban. Riéndose de ella misma, localizó el nombre de Walter O'Sullivan. Mesa dieciséis.

Apenas tuvo tiempo de sentarse y beber un pequeño sorbo del vino que un robot-camarero le había servido, cuando le vibró el kaizen.

«Sal de ahí. Ahora.»

El mensaje desapareció sin darle tiempo a releerlo. ¿Lo habría leído bien o los nervios le estaban traicionando? El corazón se le salía del pecho. Las sienes amenazaban con explotar.

Se levantó con sonrisa forzada. Preguntó a uno de los robots que pasaban por allí donde estaba los aseos y salió de la sala intentando no correr.

Se metió en el aseo de mujeres donde una patricia estirada la observaba aterrorizada con el maquillaje en la mano. Su reflejo en el espejo le indicó el porqué. Se disculpó y cerró la puerta. Casi no podía respirar.

El aseo de hombres estaba más concurrido, con varios periodistas comentando los nuevos descubrimientos sin demasiado entusiasmo.

Se encerró en uno de los baños y se sentó tratando de pensar. Los oídos le retumbaban con fuerza. Temblaba. Las piernas. Las manos. Cerró los ojos y respiró con fuerza. Tenía que quitarse el disfraz y salir de allí. Al revés. Salir de allí y quitarse el disfraz. ¿Pero a dónde? La plaza de la entrada era demasiado extensa y estaba fuertemente vigilada. Los sistemas de vigilancia verían a Walter O'Sullivan convertirse en Eloise Talaban. Y eso era una sentencia de muerte. *Letargo.* Solo con pensarlo se sentía desfallecer. *Tribeca.* El disfraz era lo único que le aseguraba cierto grado de tranquilidad a medio plazo.

Le vibró el kaizen de nuevo. Suplicó que todo hubiera sido un aviso falso o una broma de mal gusto.

«Va a sonar la alarma.»

El mensaje desapareció.

La alarma comenzó a sonar. Eloise salió del baño y se mezcló

con la gente en la sala principal. Los hologramas seguían activos. La sala cada vez más concurrida. Eloise puso rumbo a la salida. Le dolía el pecho. Le dolían las sienes y los oídos. Le dolía hasta el disfraz.

La luz del sol no hizo sino ponerla más nerviosa, como si solo la alumbrara a ella y el resto permanecieran en la sombra.

Poco a poco, se fue alejando de la entrada, siempre mezclada con la gente, siempre con una sonrisa forzada en la boca.

Se disponía a correr hacia el final de la plaza cuando vibró de nuevo el kaizen.

«Olvida la nave.»

¿Cómo que «olvida la nave»? ¿Y cómo regresaría?

No tenía tiempo. Ya lo pensaría mientras corría. La gente estaba ocupada tratando de averiguar qué había sucedido y eso le insufló algo de valor. Corrió. Miraba los árboles que daban entrada a la plaza. Ese era su objetivo. Los sistemas de seguridad verían a un tal Walter O'Sullivan corriendo desesperado hacia los árboles.

Pero no podía usar la nave. Tenía toda la lógica. No entendía cómo no se había dado cuenta por ella misma.

Escuchó unos gritos a su espalda, lejanos. Miró hacia atrás. Dos vigilantes corrían entre la gente en su dirección. Trató de correr más rápido, pero no sabía si lo estaba consiguiendo. Al salir de la plaza, el bosque se extendía a ambos lados. Se metió en él mientras buscaba con manos trémulas el disparador del disfraz. Tiró de él reprimiendo el grito de dolor que le produjo quitárselo de esa forma y lo escondió bajo la roca con que lo rompió.

Después se giró y volvió hacia el camino. Tenía que llegar a la curva antes de que los vigilantes salieran de la plaza.

¿Lo consiguió? No estaba muy segura, pero no tenía alternativa. Se lanzó al suelo y pegó un chillido acompañado de varios insultos.

Cuando los vigilantes llegaron a su altura, se encontraron con una mujer magullada en el suelo gritando hacia ninguna parte.

—¿Lo han visto? —dijo Eloise—. Tienen que coger a ese sinvergüenza.

—¿Qué dirección ha tomado? —dijo uno de los vigilantes.

—Hacia allí, aunque creo que se metía en el bosque.

Los vigilantes se disponían a perseguir su fantasma cuando uno se giró confuso.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? ¿Hoy no es la conferencia anual de los laboratorios?

El otro vigilante cogió del brazo a su compañero.

—Déjala. Es la periodista del *Transmetropolitan.*

Eloise se puso en pie viendo alejarse a sus perseguidores. Tenía ganas de chillar, pero lo único que le salió fueron unas lágrimas espesas.

67

Las imágenes grabadas en los laboratorios se reproducían en el centro de la sala.

—¿Cómo decías que se llamaba? —preguntó Paul Teltet.

—Las acreditaciones estaban a nombre de Walter O'Sullivan.

El vigilante hablaba nervioso. Un novato recién salido de la academia. A su lado, el otro vigilante que participó en la persecución no se atrevía a levantar la mirada del suelo.

—Le hemos buscado en el Nexo.

—¿Y?

—Existen muchos Walter O'Sullivan, pero ninguno coincide con ese hombre.

—¿Para qué medio trabajaba?

—*Freelance.*

—Ahí —dijo Tricia Kovacs—. Parece tranquilo hasta ese momento.

Las imágenes continuaban reproduciéndose. Un pálido Walter O'Sullivan se levantaba de la mesa y preguntaba a un robot-camarero antes de salir de la sala.

—Va directo al baño de mujeres —murmuró Magga Bracco.

—Los nervios —dijo Paul Teltet.

—No, no. Tiene razón. Fijaos. Mira las puertas y se mete directamente en los baños de mujeres.

—¿Y qué quieres decir con eso?

Tricia Kovacs miró hacia Paul Teltet con cierto paternalismo. Paul la estrangularía con sus propias manos. Pensó en la imagen y se sintió reconfortado. Tricia Kovacs tratando de respirar con los ojos saliéndose de las cuencas. Su rostro tornándose púrpura

mientras comprendía que todo se había terminado. El terror de esa mirada imaginada fue suficiente para aceptar su presencia en la sala.

—Como ha dicho el vigilante, no existe ningún Walter O'Sullivan, por lo que podemos afirmar que vestía un optodisfraz.

—Muy bueno, por cierto —intervino el agente Caronte. Permanecía sentado detrás de los ministros. Su voz susurrante parecía esconder siempre algún tipo de amenaza intrínseca. Su mirada no hacía más que acrecentar esa sensación. Tenía el aspecto de un mafiosillo de medio pelo de esas viejas películas del siglo XX que siempre acaban tiroteados en cualquier callejón—. Las imágenes espectrales no lo detectan.

Paul apenas giró la cabeza antes de hablar a su espalda.

—¿Alguna reflexión de la luz?

—Ninguna.

—Respecto a la nave…

Las palabras de Teltet flotaron en el aire un rato antes de que el vigilante se diera por aludido.

—Alquilada en los suburbios unas horas antes de la convención. Todo parece en orden. Las imágenes del local de alquiler muestran a Walter O'Sullivan recogiendo la nave.

—¿Huellas?

—Ninguna —dijo Caronte a su espalda.

—¿Serex?

—Ajá.

Las puertas de la sala de seguridad de los laboratorios se abrieron sin producir ningún ruido.

—Disculpad la tardanza.

Lenny Cole cruzaba las puertas sudando profusamente a pesar de vestir una túnica veraniega.

—Menudo calor hace. ¿Están estropeados los sistemas de climatización de la Ciudadela?

—Están reparando uno de los módulos —dijo Luca Dante—. En unas horas volverá a funcionar.

—¿Te has enterado? —preguntó Paul Teltet.

Lenny Cole asintió.

—Ese hombre…

—Mujer —cortó Tricia Kovacs.

Lenny miró curioso a su compañera.

—¿Cómo lo sabes?

Tricia Kovacs ordenó rebobinar las imágenes hasta el momento en que el supuesto Walter O'Sullivan salía de la sala principal.

—Observa las puertas y se mete en el baño de mujeres —dijo Lenny Cole.

—Exacto.

—Los nervios le han podido jugar una mala pasada —dijo Paul Teltet ofendido por algo que parecía tan obvio para todo el mundo menos para él.

—Precisamente por estar nerviosa —dijo Magga Bracco—. El subconsciente realizando las tareas triviales mientras el cerebro trata de pensar.

—De acuerdo —dijo Lenny Cole—. Digamos que es una mujer. ¿Por qué colarse en la convención? Cualquiera puede obtener una acreditación. ¿Preguntó algo?

—Quería realizar unas preguntas a Rohan Bittener —dijo Luca Dante.

Un silencio incómodo invadió la sala. El inapreciable zumbido del holoreproductor se convirtió en un molesto ruido repetitivo.

—Reproduce de nuevo la conferencia —ordenó Paul Teltet.

…

—Son preguntas pertinentes —dijo Lenny Cole cuando finalizó la reproducción.

—A mí no me lo parecen —dijo Tricia Kovacs—. Sabía que Rohan no estaba y aun así dirigió la pregunta hacia él.

—¿Por qué iba a saber que Rohan no estaba?

—Sería lógico que él presentara la conferencia, ¿no?

—O no.

—Creo que nos estamos perdiendo en tonterías —dijo Paul

Teltet—. Tenemos claro que Walter O'Sullivan es un impostor. Luca buscó sus datos en el Nexo y no encontró nada. Los vigilantes… ¿cómo os llamáis? Bueno, no importa. Los vigilantes lo corroboran. Pregunta sobre Rohan Bittener. Como bien ha dicho Lenny, las preguntas resultan pertinentes. Si Walter O'Sullivan hubiera existido, no habría tenido ningún problema. Pero Walter O'Sullivan, el periodista *freelance* , no existe. En un momento se asusta. ¿Por qué?

—Recibió un mensaje —dijo Magga Bracco.

—¿Un chivatazo? Pero ¿cómo? Luca ni siquiera había emitido la orden de detención.

—Sí la había emitido, pero ordené a los vigilantes no montar un número. Esperarían a que terminara la velada para proceder a la detención. Mientras, escucharíamos la conversación en la mesa.

—De nuevo, queridos amigos —dijo Lenny Cole—, un chivato narrando nuestras desventuras. Y volvemos a lo mismo. La emisión de una orden de detención solo se crea en los servidores de la Acrópolis. Tenemos una rata entre nosotros. Y comienza a ser muy molesta.

—A mí no me mires así, Paul. Estoy harta. Creo que he demostrado hace tiempo mi fidelidad a la Ciudadela y a la Acrópolis.

—Lo sé, Tricia. No te miraba por eso.

—¿Entonces por qué me mirabas?

Paul Teltet se encogió de hombros y sonrió pensando en esa mirada cargada de pánico mientras sus manos apretaban su fina tráquea.

—¿Vieron algo más? —preguntó Paul a los vigilantes.

—No, señor ministro.

El compañero se atrevió a levantar la mirada del suelo.

—Sí, señor ministro. Cuando perseguíamos a ese hombre nos cruzamos con una periodista.

—¿Una periodista?

—Así es, señor ministro. Estaba allí en mitad del camino. Al

parecer el hombre se tropezó con ella y la tiró al suelo.

—¿La identificasteis?

—No hizo falta, señor. La reconocí por sus intervenciones en los medios. Es la periodista esa del *Transmetropolitan* . Eloise Talaban, creo que se llama.

68

—¿De verdad no quieres comer nada?

Sebastian hablaba sin levantar la mirada del suculento *pad thai* que colmaba el plato y sus carrillos. Eloise solo bebía. No creía que volviera a comer en años. Sus manos seguían temblando con tanta virulencia que le costaba llevarse el vaso a los labios sin derramar el *whisky* .

Estaba empapada. La tormenta había comenzado hacía unas horas y parecía que no iba a terminar nunca. El Grumo se iluminaba lanzando ráfagas blancas e intermitentes que precedían los estruendos. A pesar de la lluvia, las calles de Nu Bangkok estaban abarrotadas.

—No te lo voy a volver a repetir.

—¿Crees que es el mismo de siempre?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Te reconocieron los vigilantes?

—Si me vas a hacer las mismas preguntas todo el tiempo, me voy.

—Vale, vale. ¿Estás segura de que no quieres comer nada?

Eloise miró desesperada hacia la calle. Mataría a Sebastian con uno de los palillos con los que comía. Un golpe seco en el ojo y después empujaría hasta extraerlo por el otro lado.

—No han encontrado el disfraz —dijo Sebastian—. Lo debiste esconder bien.

—Creo que lo escondí debajo de la roca con la que lo rompí.

—Una pena. Era muy buen disfraz. De todas formas, no importa si lo encuentran o no. A estas alturas saben perfectamente que no existe ningún Walter O'Sullivan.

—Vendrán a por mí.

—Sin duda.

—¿Y qué hacemos? —dijo desesperada.

—Es simple. Tienes que demostrar que no eras tú.

—¿Y cómo lo hago? Estoy segura de que me harán una lectura intracerebral.

—Eso está prohibido.

—¡No me digas! —dijo levantando la voz más de lo que le hubiera gustado. Retomó la conversación casi en un susurro, inclinando el cuerpo hacia delante—. ¿Me quieres explicar cómo voy a burlar una lectura intracerebral?

—Hay que cambiarte ese recuerdo.

—¡Pero eso está prohibido!

Sebastian levantó la mirada por primera vez desde que había comenzado a comer. Cogió la servilleta que descansaba sobre la mesa y se limpió la boca. Después sonrió irónico, casi con tristeza.

—Tendremos que jugar con sus reglas.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Por eso estamos aquí. Por eso y porque este plato es de lo mejor que puedes comer en los suburbios. Reconozco que no es muy bonito el sitio, pero ese *ojos rasgados* que está en la cocina es un mago. Por cierto, quería preguntarte una cosa. ¿Fuiste tú la que le puso el mote de El Mutilador?

—¿Qué importancia tiene eso ahora, Sebastian? Joder, estoy acojonada y tú me vienes con…

—Bueno, es simple curiosidad. ¿Fuiste tú?

Talaban asintió despacio.

—Lo sabía —dijo sonriendo satisfecho con los carrillos llenos.

Una mujer encapuchada, pequeña y delgada, pero con un caminar extrañamente firme, se acercó a la mesa. Vestía un chubasquero verde que le llegaba casi hasta los tobillos. Se sentó a la mesa, junto a Eloise, que la miraba sorprendida.

—Sabes que no me gusta este sitio.

Su voz era cavernosa, demasiado raspada para una garganta tan

estrecha.

—Pero si tiene la mejor cocina de toda la ciudad. ¿No quieres comer nada?

—Vamos al grano.

—Necesitamos una implementación de un recuerdo nuevo.

—¿Con borrado?

—Sí. Borrar uno y meter el otro.

—¿Con esto saldo mi deuda?

Sebastian comenzó a reír tratando de mantener la comida en la boca.

—Ni con cien borrados saldarías tu deuda. Por cierto, también necesitaré dos *bombas* .

La mujer lanzó un bufido resignado. Amagó con levantarse, pero la mirada de suficiencia de Sebastian le hicieron pensárselo mejor.

—Venga, Jai, ¿te recuerdo el motivo de tu deuda? Tampoco te incordio tanto como podría y esto lo haces en una noche.

Jai alzó un brazo llamando a uno de los camareros y le señaló el vaso de *whisky* que sostenía Eloise.

—Supongo que esta es la paciente —dijo apurando el vaso de un trago apenas se lo sirvió el camarero.

—Supones bien.

Jai miró por primera vez a Eloise.

—¿Estás nerviosa? Te tiemblan mucho las manos.

—He tenido días mejores.

—Eres Talaban, ¿verdad? La periodista del *Transmetropolitan* .

—Así es.

—Me gustan mucho tus artículos. Al menos le echas huevos.

—Lo intento. Aunque hay veces que debería echarle menos.

Jai se levantó, agarró el vaso que Eloise sostenía en sus temblorosas manos y terminó también su copa.

—Vamos. Tenemos mucho trabajo.

Sebastian primero miró con pena el plato vacío y después con aprensión el agua que no dejaba de caer fuera del restaurante.

Encendió un cigarrillo y se levantó cansado. Tentado estuvo de no pagar, pero no quería llamar la atención. Para el Ministerio estaba buscando a Sykes. No debería estar allí. Debería estar en su casa, calentito, seco, comiendo unos deliciosos pastelitos de crema mientras veía una película de finales del siglo XX. Había días que los suburbios no le gustaban tanto por muy ricos que estuvieron unos fideos con pollo.

69

Se estaba divirtiendo con Alena más de lo que cabría esperar. Ambos ocuparon la casa vacía que suele utilizar Gabriel cuando está en la aldea. Alena continuaba recogiendo setas y hierbas en el bosque mientras Sykes iba echando una mano allí donde se le reclamaba. Algún día, se juró, si salgo vivo de esta, me quedaré aquí. ¿Para siempre? Probablemente no. Pero sí durante mucho tiempo.

Le despertó el aroma del café recién hecho. Buscó con su mano dormida a Alena, pero su lado de la cama estaba vacío. Las sábanas todavía estaban tibias. Fuera, una fina lluvia rasgaba las ventanas.

—Le he pedido que nos dejara solos.

Sentado en una silla con una taza humeante entre sus manos, un hombre le observaba escondido tras unos profundos ojos negros. Tenía el pelo largo y gris, manchado de mechones blancos como la barba, también larga y también gris.

El hombre cogió otra taza del suelo, bajo la silla, y se la acercó a Sykes.

—Me han dicho que quieres hablar conmigo —su voz sonaba mucho más amable de lo que su ruda fisonomía aparentaba.

—Si eres Gabriel Stullton, sí. Quiero hablar contigo —dijo tratando de resultar gracioso. El rostro serio de Gabriel confirmó su rotundo fracaso. Bebió un trago del café caliente y delicioso y se levantó para presentarse con educación. O al menos, con mayor formalidad.

—Me llamo Steve Levin y soy periodista —dijo ofreciéndole la mano—. He estado investigando sobre restricciones tecnológicas surgidas a partir de la Gran Guerra y…

Gabriel alzó una mano imperativa.

—Acompáñame, por favor.

Gabriel buscaba entre los libros de la estantería del salón. Se rascaba la barba pensativo, produciendo un sonido áspero mientras rozaba con los dedos sobre el lomo de los libros.

—Aquí está —dijo triunfante.

Extrajo un libro grueso con las cubiertas desgastadas. Sacó una vieja fotografía de colores apagados de entre sus páginas y se la entregó a Sykes. En ella, un grupo de jóvenes miraban hacia la cámara riendo y agarrándose con fraternidad. Su juventud venía impresa en el brillo de sus ojos inocentes. Sykes observaba los rostros felices y despreocupados, sonriendo radiantes ante la promesa de una vida larga y llena de éxitos. Vestían el traje tradicional de graduación de Tot, con las togas blancas y los birretes azules. Al fondo se podía ver un bonito edificio de arquitectura clásica. Sus pulmones se cerraron cuando sus ojos se encontraron con los ojos llenos de vida de Rohan. Recordaba ese día. Rohan le llamó para decirle que lo había conseguido. Su voz rota por la emoción se mezclaba con la risa feliz de Sykes que le felicitaba y le recriminaba que no hubiera ido a verle más veces. Junto a Rohan, con una actitud más formal y vestido con la toga negra del profesorado de Tot, Gabriel sonreía mirando hacia la cámara.

—Le di clases durante su último año en Tot —dijo Gabriel con voz pesada—. Además, dirigí su tesis. Entablamos una sincera amistad que se afianzó a medida que pasaba el tiempo. Rohan hablaba mucho de ti. Decía que hubieras podido ser lo que hubieras querido ser, pero que elegiste un camino un tanto oscuro.

Sykes asentía mientras encendía un cigarrillo.

—Sabíamos que ibas a venir.

—¿Sabíamos? ¿Quiénes?

—Todo a su tiempo —dijo levantando una mano. Cogió la fotografía que colgaba laxa entre los dedos de Sykes. Solo se permitió una mirada pasajera antes de guardarla de nuevo en el

libro—. Lo que no sabíamos es cómo lo harías.

Sykes observó a Gabriel. No le gustaba mostrar ya todas sus cartas, no sabía cuánto podía confiar en ese hombre con el rudo aspecto de un viejo leñador de Dríade, pero no podía esperar más. Llevó su mano a la nuca y extrajo el cable de su kaizen.

Gabriel pasó el día saludando a la gente, echando una mano aquí y allá, convidando a cerveza al que la quisiera o fumando con Bruno y Sophie entre incontenibles carcajadas. Por la noche toda la aldea se vistió de gala para celebrar su llegada sin saber que a la mañana siguiente volvería a partir. En la taberna flotaban pequeñas bolas luminiscentes que iluminaban con cierto aire mágico el salón cada vez más lleno de gente. Un grupo de música improvisado tocaba una vieja canción con sus instrumentos fabricados con madera. Gabriel conversaba con Darko mientras comían un guiso a base de carnero y verduras. Bruno correteaba de un lado para otro con jarras de cerveza o platos humeantes recién sacados del fuego, sirviendo a la gente o ayudando a la mujer de Ernest en la cocina. Sykes observaba todo desde su sitio. No tenía hambre ni tampoco sed. A su lado, oía las voces de Sophie y Crih mezclarse en una sola. Se sentía fuera de lugar, ajeno a todo aquello desde que había llegado Gabriel. Una parte de él se sentía culpable. Echaría de menos todo eso. Echaría de menos a Alena. Salió a la calle con los ojos enrojecidos por el humo del interior agradeciendo las gotas de lluvia que correteaba sobre la cara. Se resguardó bajo el toldo, sentándose en un tronco de madera que hacía las veces de taburete. La noche se mostraba opaca. Era difícil ver más allá de la cortina de agua que no cesaba en su empeño por mojarlo todo.

Alena apareció corriendo tratando en vano de no mojarse.

—Vaya como llover. ¿No tienes frío sentado? —dijo acercándose para darle un beso.

—Acabo de salir.

—Pues yo entrar que estoy fría.

Antes de que Sykes pudiera decir nada, Alena abrió las puertas

de la taberna y desapareció en su interior.

La noche transcurrió tranquila, amenizada de vez en cuando por alguna conversación insustancial, el tipo de conversación que una persona sobria puede mantener con otra a cada trago más borracha. Tenía decidido ir a descansar. El problema era que no sabía dónde.

Ni como despedirse de Alena.

Pasó el tiempo y la taberna fue quedando vacía. Las bolas luminiscentes iban cayendo a medida que se quedaban sin energía. Gabriel se acercó torpe con el rostro abotargado por la cena, el alcohol y el tabaco.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó con la voz empalagosa.

Sykes asintió reflexivo mientras observaba a Alena bailar. Era hermosa. Extrañamente hermosa.

Cuando esta le vio, se acercó con mirada lasciva y comenzó a besarle.

—Tú Gabriel, ¿no? —preguntó cuando separó sus carnosos labios de los de Sykes—. Esta mañana no tiempo para conocernos.

—Así es. Tú eres Alena, ¿verdad? Me han contado que eres una gran recolectora de setas —Gabriel cogió con suavidad la mano de Alena

—Sí. Hago mejor puedo —Alena rio vergonzosa.

—Y también me han dicho que eres de Atón. Debe de ser precioso.

—Sin duda precioso —dijo mirando la mano de Gabriel—. Aunque lejos —hizo un gesto con la mano que tenía libre, como si tratara de abarcar el cielo.

—Y tienes unos preciosos ojos violeta —Gabriel se echó hacia atrás buscando la mirada de Alena—. Preciosos —dijo soltando la mano y volviéndose a sentar—. ¿Y cómo es que has acabado aquí?

—Soy enviada. Durante cinco años preparan cien jóvenes...

—He leído sobre eso —dijo Gabriel pensativo—. ¿Has estado solo en la aldea o has conocido más sitios de este maravilloso planeta?

—Más sitios antes venir aquí.

—¿Y cómo conociste la existencia de la aldea?

—Leer en Nexo y querer conocer. Lástima no poder estar mucho.

—¿A dónde irás después? —preguntó Gabriel.

—No saber todavía. Me gustaría gran ciudad. O Ciudadela si dar permiso.

—Magnífico. La Ciudadela es magnífica. Un gran logro del ingenio humano —dijo Gabriel levantándose con agilidad—. Ahora si me permite, señorita, me voy a ir a descansar. —Lanzó una mirada cargada de intención a Sykes—. Mañana seguiremos hablando, si usted quiere.

—Sí, yo también me voy —dijo Sykes esperando las súplicas de Alena. Pero estas no llegaron.

—Yo quedo más. Esto divertido. ¿Mañana vemos?

Sykes no se atrevió a mirar a los ojos violetas de Alena. ¿Era tristeza lo que sentía? La agarró por la cintura y la besó con fuerza.

—Mañana nos vemos.

La lluvia era más suave y más pausada, pero se empezaba a escuchar al cielo tronar en la distancia. Marchaban uno detrás del otro sobre el suelo embarrado. Gabriel parecía no haber bebido una sola gota de alcohol y caminaba con paso firme, como si en la taberna estuviera fingiendo. Al entrar en la casa, Gabriel fue directo a la habitación sin mediar palabra. Sykes creía que a dormir la borrachera, por muy tipo duro que quisiera aparentar, pero antes de que tuviera tiempo de quitarse siquiera la cazadora, Gabriel volvió a aparecer con una pequeña pistola de pulsos electromagnéticos sujeta entre ambas manos. La guardó en el bolsillo trasero de su pantalón después de comprobar su nivel de carga.

Se llevó el dedo a los labios y le indicó que le siguiera. Salieron por una de las ventanas que daba a la parte trasera de la casa. A pocos metros frente a ellos, la arboleda se espesaba conformando

un tétrico mural negro empañado por la lluvia. Se ocultaron al cobijo de los árboles, en un lugar desde el que podían ver tanto la entrada de la casa como sus laterales. La casa se veía como una sombra siniestra escondida tras una lluvia cada vez más intensa, apareciendo entre los destellos que el cielo iba liberando con mayor virulencia. Gabriel se apoyaba agachado en el tronco del árbol, moviendo la cabeza de un lado a otro con los ojos entornados y el pelo suelto peinado hacia atrás. Sykes se acordó de su arma metida en el cajón de la cómoda de la habitación y se arrepintió de no tenerla con él. Esa falta de costumbre tendría que entrenarla. Habían vuelto los malos tiempos.

Fueron dos resplandores: el primero de ellos vacío, inerte, mostrando la casa y volviéndola a ocultar en las sombras. El segundo fue apenas un instante donde el corazón de Sykes se congeló y le hizo dar un pequeño paso hacia atrás. Una silueta caminaba con un movimiento lento, artificial. Los brazos caídos y estáticos no acompañaban las larguísimas zancadas que daba a medida que se aproximaba a la casa. Se detuvo en la ventana y permaneció allí unos segundos antes de dirigirse hacia la puerta. Un nuevo resplandor mostró la puerta abierta sacudirse violenta contra el marco. Un golpe de viento les acercó el ruido de una ventana al romperse. Cuando el cielo volvió a iluminarse, Alena corría en dirección opuesta, con los brazos de nuevo caídos y de nuevo estáticos, y unas zancadas esta vez más amplias. Parecía flotar sobre la hierba empapada. Gabriel salió corriendo tras ella, adivinándola en la distancia. Corría con una agilidad impropia de un hombre de su corpulencia. Sykes apenas podía seguirle.

Se internaron en el bosque, Gabriel siguiendo a Alena con cada fotografía revelada en cada resplandor y Sykes siguiendo la sombra cada vez más difusa de Gabriel. No supo cuándo los perdió. A pesar de ello siguió avanzando, aunque más dubitativo a cada paso que daba. Estuvo a punto de caer al río, que corría con fuerza aventado por la lluvia. Los pies se clavaban en el barro y cada vez se le hacía más difícil avanzar. El agua desbordada de la poza inundaba el

claro cubriendo las piernas de Sykes hasta las rodillas. Caminaba con dificultad mirando a un lado y a otro buscándolos, pero lo único que veía era un muro de agua oscura. El ruido del temporal era ensordecedor, con las gotas martilleando el pantano improvisado y el viento corriendo entre las ramas de los árboles. La tormenta se intensificó, lanzando rayos y gritando truenos sin descanso.

Frente a él, como dos espíritus enfrentados, Gabriel y Alena aparecían y desaparecían. Gabriel apuntaba con la pistola, invisible entre sus manos desde esa distancia. Alena permanecía indiferente a escasos metros de él. Sykes se acercó hacia donde estaban. Los gritos de Gabriel llegaban ocultos por el fuerte viento, pero Sykes los percibía violentos, amenazantes. A medida que se acercaba se empezaban a moldear sus siluetas, tan solo mostradas por los caprichos de la tormenta.

De nuevo fueron dos resplandores: el primero le dejó paralizado. Alena le miraba con ojos implorantes con el cuello girado en una posición imposible. Esta vez sí podía escuchar los gritos de Gabriel ordenándole que no se moviera. Parecían venidos de muy lejos. Sykes advirtió un brillo escarlata salido de algún punto indeterminado frente al rostro de Alena.

—¡Corre!

Ni siquiera la lluvia o el viento pudieron silenciar el grito de Alena lleno de angustia. Sykes reaccionó rápido. Corría levantando las rodillas, alejándose con torpeza. El segundo resplandor le alzó en el aire como si fuera un títere fabricado con hojas secas e hilos de algodón recién recogido.

IV

70

La señal del sistema de almacenamiento de la inteligencia seguía activa, pero iba a resultar imposible encontrar nada en ese lodazal. Se internó en el bosque camino de la aldea donde varios vigilantes interrogaban a los aldeanos bajo la supervisión de Paolo Caronte, el cual observaba todo con su habitual desprecio.

—Necesitaremos un equipo de drenaje —dijo Lenya cuando llegó a su altura—, con esa cantidad de agua va a ser imposible encontrar nada.

Paolo Caronte asintió y se dirigió a la nave con ese caminar tan característico, como de borracho coqueto, con los brazos caídos colocando los pies uno delante del otro.

El equipo de drenaje trabajó con diligencia y terminó su tarea en apenas dos horas permitiéndoles comenzar la búsqueda.

—¿Estás segura de que no se destruyó? —preguntó Paolo Caronte mientras recorría el claro.

Lenya no respondió. No hacía falta. Sus silencios eran más locuaces que sus palabras. Su mirada no se despegaba del suelo, agachándose para buscar entre los arbustos o entre las raíces de los árboles.

—¡Aquí está! —gritó Paolo Caronte transcurrido un tiempo en el que Lenya comenzaba a impacientarse.

Se acercó a Paolo y le arrancó el pequeño disco que sostenía con una de sus manos. Tenía dañado uno de los laterales, pero parecía que solo había afectado a la carcasa.

—Debo irme. Asegúrate de interrogar a todos los aldeanos y registra de nuevo la casa de Gabriel Stullton por si encuentras algo que se me haya escapado.

Abrió la carcasa dañada y extrajo el sistema de almacenamiento. Había que reconocer que el ser humano era fascinante. Su capacidad para crear, para mejorar paso a paso pero sin descanso. Todavía recordaba el descubrimiento de Pandora, con esos enormes discos y esos pesados sistemas de almacenamiento ocupando un almacén entero. Miríadas de yottabytes que ahora cabían en un simple disco no más grande que una lenteja. De lo que sería capaz el hombre si no tuviera aún mayor capacidad de destrucción.

Introdujo el disco en una carcasa nueva y lo ejecutó en el sistema de la nave.

El código mostraba modificaciones importantes. A pesar de que ella misma modificó los algoritmos *psique* , la inteligencia había desarrollado una compleja estructura de miembros en las clases *sentimiento* . Lenya leía el código con desprecio. Debería haber enviado una inteligencia de nivel 2, pero se contuvo temerosa de que no fuera convincente. El nuevo código mostraba una temporalidad clara que terminaba en un sentimiento que Lenya interpretó como tristeza justo antes de que la inteligencia se inmolase.

El resto de la memoria había sido borrada por la inteligencia nanosegundos antes de la explosión.

Lanzó un algoritmo de recuperación de datos, aunque sabía que las opciones de obtener algo útil eran escasas. Ella misma se había encargado de optimizar el algoritmo de borrado.

Solo dos imágenes ofrecían alguna posibilidad. Habían sido tomadas en los segundos finales, lo que explicaba su legibilidad. Los algoritmos no tuvieron tiempo de realizar las suficientes reiteraciones de borrado antes de que la inteligencia explosionara.

Una vez terminó el algoritmo para el reordenamiento y la mejora bit a bit de las imágenes, cargó las imágenes en la pantalla principal de la nave.

En una de ellas un hombre corría a través del claro empantanado. El gesto de sus brazos y la posición de sus rodillas

indicaban el enorme esfuerzo que estaba realizando. Estudió bien la imagen, pero no había nada. Solo el hombre corriendo. Ese hombre no era Gabriel Stullton. Era un hombre fuerte, pero no daba la sensación rocosa que sí daba Gabriel.

La segunda imagen mostraba a Gabriel Stullton apuntando con su arma hacia la inteligencia. Pero no la observaba a ella, sino que llevaba la mirada a algún punto más allá.

Lenya torció la cabeza estudiando los ojos de Gabriel y el brillo blanquecino que imprimían.

—Ampliar imagen… Derecha tres puntos… Ampliar imagen… Arriba… Para… Arriba… Para… Ampliar imagen… Girar izquierda… Para.

Allí, en el brillo de sus ojos, estaba impresa la imagen de un hombre, sin duda el mismo hombre que corría a través del claro en la imagen anterior. La última persona a la que la inteligencia decidió ver miraba confundido hacia ella.

No necesitó cotejar la foto en el sistema. Sabía perfectamente quien era. Y esta vez, la investigación del asesinato de la patricia se le antojaba de lo más interesante.

71

Sebastian descendió de la nave resignado. Se sentía más cómodo en los suburbios con gente normal y sus vidas normales. Recibió la llamada del ministro Teltet la noche anterior mientras disfrutaba de una suculenta cena en Neo Hong-Kong. Salió del puerto a través de la sala reservada para los patricios. Al fin y al cabo, era un agente ministerial de servicio, nadie le diría nada. Además, la sala estaba abarrotada debido a la proximidad del Día de la Victoria. Demasiada gente ilustre como para prestar atención a un simple agente ministerial. En la barra del bar, sentado leyendo el periódico junto a dos patricios que brindaban y reían borrachos, Ovidiu Stellman bebía una cerveza. Resultaba de lo más extraño verle tan tranquilo. Casi estuvo tentado de preguntarle si se encontraba mal.

Salió a la calle, donde le esperaba una nave ministerial para llevarle a la Acrópolis.

Lo que no entiendo es porque este repentino interés en la investigación.

La voz del ministro Teltet llegaba a través del largo pasillo que daba acceso a su despacho. Otra voz, esta vez ilegible, respondió con un tono frío y autoritario. Los nervios de Sebastian se tensaron como cuerdas de una guitarra bien afinada.

Las puertas se abrieron a su paso. En la sala, sentados a la mesa frente al ministro, se encontraban el agente Caronte y la agente Stein. El día difícilmente podría ir a peor.

El ministro observaba a la agente Stein. Resultaba curioso observar su comportamiento cuando estaba con ella. Temerosa. Servil. Dónde había quedado su actitud altiva.

Sebastian reprimió una sonrisa cuando el ministro dirigió su atemorizada mirada hacia él.

—Siéntese, agente Bruc —dijo señalando una silla junto a Paolo Caronte—. La agente Stein y el agente Caronte han localizado al asesino de la patricia. Tienen información que le resultará de utilidad.

Paolo Caronte le dirigió una mirada despectiva. Lenya Stein, en cambio, no variaba su postura, mirando al frente, sin apenas pestañeos. Un rictus neutro en su rostro. Aunque nunca lo reconocería, comprendía la actitud aterrada del ministro.

Finalmente, Lenya, con un gesto demasiado rígido, giró la cabeza hacia Sebastian.

—El sospechoso se escondía en una aldea de los suburbios —dijo—. Una aldea perdida en la isla artificial de Inglaterra.

—¿Cómo dieron con él?

—Eso no importa, agente Bruc. Lo importante es que sabemos que estaba allí.

—¿Y ha escapado?

—Así es. Y lo ha hecho acompañado.

—¿Por quién?

—Gabriel Stullton.

—¿El antiguo ministro?

Lenya asintió.

—No quiero interferir en su trabajo, agente Bruc, pero he solicitado al ministro que me permita colaborar con la investigación. Al menos parcialmente.

—Toda ayuda es bienvenida, agente Stein —mintió.

—La agente Stein está involucrada en otras investigaciones, así que de momento solo quiere ser informada de sus avances. Lo hará usted directamente.

—He abierto un servidor privado. Nos comunicaremos a través de él. Solo quiero información útil. ¿Lo ha entendido?

Sebastian asintió.

—Dígalo en voz alta. ¿Lo ha entendido?

—Sí. Lo he entendido.

—De acuerdo, agente Bruc. Muchas gracias. Espero que esto sea una colaboración provechosa.

—Estoy seguro de que así será, agente Stein —volvió a mentir.

Las puertas se abrieron a su espalda y unos pasos comenzaron a resonar en la sala.

—Puede usted irse, agente Bruc —dijo el ministro.

Se levantaba cuando su corazón se detuvo. Apenas pudo sostenerse sobre el respaldo de la silla. Finalmente se irguió, tratando de mantener la compostura, y comenzó a caminar con pasos cortos e inseguros. El ministro lanzó un bufido burlón, entendiendo el gesto de Sebastian como simple torpeza. Pero nada estaba más lejos de la realidad.

—Agente Bruc —saludó el recién llegado cuando se cruzaron.

La voz de Sebastian se negaba a abandonar su garganta. Cuando logró salir, no era más que un estertor afónico. Tosió tratando de recuperarse mientras alzaba una mano para imprimir cierta normalidad mientras enfilaba el camino de la salida.

—Bienvenido, agente Nabokov —escuchó decir al ministro—. Tome asiento, por favor.

72

Necesitaba huir de la Acrópolis, correr como lo haría un cervatillo perseguido por una manada de lobos en un bosque oscuro. No acababa de comprender. Trataba de recordar el cadáver de Boris Nabokov tendido sobre el pavimento. Su cabeza en sus manos antes de tirarla al contenedor. El pesado cuerpo…

Dudaba. Nada le parecía real. Por un momento temió encontrarse en Letargo viviendo una simulación, pero ni siquiera las simulaciones mostraban un fallo tan grave.

Miró a su alrededor. Había cruzado los jardines del Ágora sin percibirlo. A su espalda se erguía la Acrópolis como un castillo plagado de fantasmas.

—¿Se encuentra bien?

Miró al recién llegado en las alturas. Sin darse cuenta se había sentado sobre el suelo de mármol. Estaba frío. Helado. Su reflejo distorsionado le observaba desde abajo con cara de incredulidad.

—¿Necesita ayuda?

Volvió a mirar al hombre. Esta vez le reconoció. El exministro Glotka le dirigía una mirada aprensiva, la mirada que un hombre le dirigiría a un animal malherido cubierto de sangre.

Le ayudó a levantarse y le atusó el abrigo.

—Estoy bien, gracias. Solo un poco mareado.

—Debería ver a un médico. Quizá necesite una reprogramación.

—Lo haré. Lo haré. Debo irme. Gracias, patricio Glotka.

Continuó la marcha hacia ninguna parte bajo la atenta mirada del exministro.

No recordaba cómo había llegado a su casa, pero si en algún lugar necesitaba estar era allí, tendido bajo las sábanas,

atemorizado de los monstruos que merodeaban debajo de la cama o dentro del armario.

Debía centrarse. No estaba en Letargo. El cadáver que recogió del suelo en Neo York era el del agente Nabokov y el hombre que le acababa de saludar era sin duda Boris Nabokov. ¿Estaría volviéndose loco? Había realizado los test psicológicos hacía apenas dos meses. No. No estaba loco.

Necesitaba organizar sus pensamientos. Ralentizarlos al menos. Estudiar las posibles permutaciones que esto implicaba, las diferentes variables que habían conformado semejante ecuación.

Boris seguía con vida. Y todo ello a pesar de perder la cabeza. Literalmente. Ni siquiera el kaizen había sobrevivido. No había muchas posibilidades. Podía tratarse de una vaina orgánica. Se saltaba demasiadas leyes, aunque poco le importaban las leyes a los ministros. La clonación se detuvo con la Prohibición. ¿Y el almacenamiento de almas? Era un secreto a voces que varios patricios hacían uso de los sistemas de almacenamiento a pesar de la Prohibición. ¿Pero un agente haciendo uso de ello? Extraño. Aunque viniendo de la Acrópolis todo era posible.

Necesitaba descansar. Dormir varias horas. O incluso días. Despertar en un mundo sin ministros, sin Lenyas, y sin, por supuesto, Boris Nabokoves resucitados. Un mundo sin fantasmas galopando con sus cabezas sujetas bajo el brazo.

73

Intentó abrir los ojos, pero la luz que se colaba por la ventana le hizo desistir. Escuchaba como alguien pasaba las páginas de un libro que leía sentado sobre una mecedora junto a su cama. El rutinario sonido del balanceo sobre el suelo de madera le resultaba cálido y añorante. A medida que despertaba, los dolores surgían caprichosos: primero un escozor creciente en las manos y en las piernas. Después la cabeza. Enseguida llegó la espalda. La sentía rota y desplazada hacia delante, como si las vértebras se hubieran entrelazado con las costillas y el esternón, que también le dolía. Escuchó el gemido de un niño cruzar la habitación. Aunque lo notara ajeno, supo que era suyo.

—Tranquilo Sykes, no te muevas mucho —la voz femenina sonaba cariñosa y preocupada—. Debes dormir más si quieres recuperarte.

Sintió una aguja entrar en su brazo. Volvió a dormirse oliendo el aroma dulzón de la marihuana que corría por la habitación.

A veces era la voz de Bruno o de Sophie. Otras era Crih o alguna voz que no reconocía. Las últimas veces también escuchaba a Gabriel. Siempre era igual, escuchara a quien escuchara. Primero un gemido que parecía robado. Después la aguja en su brazo.

Se escuchaban ruidos lejanos, ruidos que no podían pertenecer a la aldea. Ruidos de naves, ruidos de publicidad holográfica, ruidos de pasos recorriendo las calles asfaltadas. Sobre la mecedora descansaba una manta de lana y sobre esta, un pequeño libro. Si prestaba la suficiente atención, todavía se notaba un ligero

balanceo. Logró erguirse sin demasiado esfuerzo. El dolor era suave pero palmario, como un mal recuerdo demasiado reciente.

—¿Cómo estás? —dijo Crih apoyada en el marco de la puerta de la habitación.

—Tengo sed —dijo Sykes con voz apagada.

Crih regresó con un vaso de agua.

—¿Recuerdas algo de lo que pasó?

Sykes asintió atrayendo los recuerdos de esa noche.

—¿Cuánto llevo dormido?

—Tres semanas. —Sykes se atragantó con el agua y comenzó a toser—. Te rompiste la espalda y algún que otro hueso, incluido el cráneo. —Sykes se palpó la cabeza esperando encontrarla rasurada, pero, a pesar de que lo tenía más corto, pudo pasar los dedos entre su pelo—. Te suministramos varias reprogramaciones. Pero no te vayas a creer que estás más joven. Era tal el estropicio que apenas habrás rejuvenecido un año.

—¿Y Gabriel?

—Gabriel está bien. Se fracturó el cráneo y algún hueso menor. A él las reprogramaciones sí que le han sentado bien.

—¿Dónde estamos?

—En la ciudad. Después del ataque Darko tomó las riendas y ordenó sacaros de la aldea. Cosa acertada. Al día siguiente se llenó de agentes.

74

Esa mañana parecía completamente recuperado. Los dolores no eran más que unas suaves molestias y el cansancio casi había desaparecido. Gabriel apareció con dos tazas de café. Le acercó una y se sentó en la mecedora. Tenía el pelo corto y oscuro. La barba también había oscurecido y su rostro era ahora mucho más joven y su postura más grácil.

—Por poco no lo contamos —dijo tras beber de la taza—. Por suerte la explosión se escuchó en la aldea. Pero mira, no hay mal que por bien no venga, hacía ya tiempo que no me reprogramaba —dijo atusándose la barba—. Y mi pelo necesitaba un corte. Últimamente no sacaba tiempo para esas tonterías. Espero que estés preparado porque mañana partimos

—¿Cómo sabías lo de Alena?

Gabriel se encogió de hombros.

—¿Conoces Atón? Yo estuve allí una vez hace ya muchos años. Es un sitio bonito. Una verdadera rareza. ¿Sabes la probabilidad astronómica que se tiene que dar para tener tres soles situados de tal forma que el planeta sea habitable? —hizo un gesto con las manos que Sykes no supo interpretar, aunque sí suponer—. Hace que tenga un hábitat singular con una vegetación y faunas que parecen salidas de la imaginación de un niño. Sus habitantes también experimentan ciertas… rarezas biológicas, podríamos llamarlo, como el nacimiento de pelo azulado o piel anaranjada o los ojos violetas, como Alena. Fue colonizado hace mucho tiempo, antes de la Gran Guerra. Había minas de abromio y por eso fuimos allí, a secarlo. A Atón y a otros cuantos planetas en el mismo cuadrante que no corrieron la misma suerte. En Atón al menos

permanecieron los antiguos colonos y conformaron una sociedad terriblemente arcaica con costumbres demasiado enraizadas y con la religión rigiendo sus vidas. Es una especie de antigua religión abrahámica mezclada con ciertas costumbres de los primeros colonos y aderezadas con los caprichos de los mandamases. Allí cualquier tipo de prostético, incluso para tratar alguna amputación, es visto como una aberración pecaminosa. Eso para el pueblo llano, por supuesto. Las altas esferas lo ven como algo necesario cuando es para ellos mismos —hizo una pausa para beber café—. Es cierta la historia que contaba Alena. Atón envía a cien jóvenes en busca de conocimientos que puedan resultar de utilidad para el planeta. Es un planeta demasiado aislado y no tienen otra forma de prosperar al mismo ritmo que los demás. Pero Alena falló en una cosa. Las bolas luminiscentes de la taberna brillan con un espectro de onda distinto. Creo que es debido al sistema de levitación. El espectro apenas se refleja en los ojos naturales, pero en los ojos prostéticos se reflecta una luz verdosa desde el fondo, como si no hubiera cornea. Me pareció extraño que una atoniense viniera a la aldea, no sé qué podría aprender que sea útil para su planeta. Desde el momento en que vi sus ojos violetas esa mañana, estuve atento. Por supuesto, esa noche no bebí nada, aunque disimulara para no levantar sospechas.

Gabriel dejó reposar sus pensamientos mientras apuraba la taza de café. Sus ojos se movían de un lado a otro a medida que le surgían nuevas ideas.

—Nunca creí que fuera a ver una réplica —dijo Sykes. Estaba dolido. Con él. Con la situación. Pero sobre todo con Alena. Se sentía como un niño que acababa de descubrir que su padre no era el gran hombre que siempre había creído—. Asusta un poco pensar en ese nivel de perfección.

—No es ningún *nivel de perfección* , Sykes. Es nivel humano. Alena era un ser humano.

—Era una inteligencia.

—De nivel 1. Exactamente como tú o como yo.

—¿Y las Grandes Inteligencias?

—Las Grandes Inteligencias son muy superiores a cualquier humano, Sykes.

…

—Pero no dejan de ser creaciones.

—Como tú, como yo y como toda la gente que conoces. Somos creaciones, creadas de una forma particular que exime de cualquier conocimiento sobre ciencia o ingeniería. Solo placer.

—Pero yo he tenido una vida. Fui un bebe, después un niño… mi inteligencia se ha desarrollado conmigo.

—Y ahora esa inteligencia está en un nivel determinado. Exactamente igual que la de Alena. Piensa una cosa: si ahora mismo descargaras tu alma en un cuerpo inorgánico, ¿serías más humano que Alena?

La nave ascendió por encima del Grumo.

Gabriel introdujo las coordenadas del nuevo destino en el sistema de navegación y cogió un libro de los muchos que descansaban sobre una estantería. Se sentó en el asiento dispuesto a pasar el viaje en silencio, pero Sykes estaba lleno de dudas.

—Tú eras un gran defensor de las inteligencias —dijo—. Incluso después de la Gran Guerra.

Gabriel asintió reflexivo.

—¿Tú te consideras un defensor de la raza humana? —preguntó cerrando el libro.

—Si te he de ser sincero…

—No te hablo del nivel de misantropía que hayas desarrollado con el tiempo. Te hablo de la raza humana como especie. Olvida las premisas sociales.

—Es mi especie.

—De forma que la defiendes.

Sykes asintió mientras prendía un cigarrillo.

—Y sin embargo, *nuestra* especie ha sido, sigue siendo, y por supuesto será, una auténtica cabrona con ella misma y con todo lo

que le rodea. Destruye todo a su paso. Todo.

—También crea.

—¡Sin duda! La raza humana es una divinidad en sí misma. No solo destruye, también crea cosas fascinantes. Progresa. Se mejora como especie. Y nuestra mayor creación, nuestro mayor avance, fue Isis, la Inteligencia Suprema.

—Pero…

—No hay *peros* —dijo cogiendo un cigarrillo de la cajetilla de Sykes—. No hay. Las reprogramaciones, los viajes interplanetarios; el almacén de almas, los kaizen… Todo se lo debemos a ella.

—Pero se rebeló.

Gabriel encendió un cigarrillo sin dejar de observar a Sykes.

—No siempre hay que creerse la historia. Dudar, al menos, confrontarla, porque la historia la escriben los vencedores. ¿Tú eres un vencedor, Sykes? ¿Yo soy un vencedor? Entonces eso quiere decir que ni tú ni yo escribimos la historia, así que solo nos queda creerla… o no.

—Es difícil progresar sin historia. No tropezar con la misma piedra y todo eso.

—Podemos progresar como los vencedores quieran que progresemos. O también nos podemos enfrentar a ellos, aún sabiendo que lo más seguro es que volvamos a perder.

—¿Me estás diciendo que Isis no provocó la guerra?

Gabriel no respondió.

—¿Entonces…?

Gabriel le dirigió una mirada gris como el humo que los separaba, abrió de nuevo el libro y comenzó a leer.

75

Gabriel recorría las estrechas calles de Ciudad Sumergida con familiaridad, cruzando las esquinas de los estirados edificios tubulares evitando enfrentar miradas con algún transeúnte con ganas de pelea.

Sykes, como siempre que paseaba por esas calles, se sentía incómodo, con una sensación de ahogo que le acompañaba desde que habían llegado a la plataforma de descenso. Quizá fueran los elevados niveles de humedad. O quizá fuera simplemente el miedo a que la gigantesca cúpula de vidriaquita que aislaba la ciudad se rompiera. Una simple grieta, el más mínimo agujero, y se desataría una matanza.La principal fuente de ingresos de la ciudad continuaba siendo la recolección del kimberia, el molusco inmortal de las profundidades cuya baba era capaz de regenerar y rejuvenecer la piel en apenas unas semanas. Pero tanto la síntesis química de la molécula *immortalem* como el avance de la nanotecnología, convirtieron a Ciudad Sumergida en otro lugar más de los suburbios frecuentado por personas con pasados oscuros y profesiones furtivas.

Su único acceso, un ascensor submarino al que se accedía desde una isla artificial, lo convertía en un lugar seguro para los negocios turbios.

Recorrían una calle paralela a una de las avenidas principales cuando una carpa les cortó el paso. Distintos ruidos de obra surgían de su interior. Un hombre salió de la carpa y se dirigió hacia ellos con paso militar y les indicó que debían dar la vuelta con un tono autoritario que recordaba a los agentes ministeriales.

Sykes tuvo tiempo de mirar el interior antes de girarse. Varios

hombres trabajaban alrededor de un agujero en el suelo bajo la atenta mirada de una mujer que observaba todo ligeramente apartada. Sykes miró al suelo extrañado. Reconoció a la mujer a pesar del atuendo. Se giró de nuevo y observó la carpa desde la distancia. La agente Aam le había causado más de un dolor de cabeza en el pasado. Verla allí aumentó su sensación de incomodidad.

Llegaron a una taberna donde predominaba el negro sobre los neones morados y azules. Tras la barra, un hombre orondo con una enorme cicatriz en la cabeza calva indicó a Gabriel una mesa al fondo de la taberna donde otro hombre de aspecto cansado leía las noticias en un papel digital desgastado.

—Ya era hora —dijo el hombre dejando el papel sobre la mesa —. Supongo que eres Marcus Sykes. Yo soy Mikael. Me alegra ver que ya estás recuperado.

Sykes había visto esa mirada en algún sitio. Más joven y más viva, pero estaba seguro de haberse cruzado con ella alguna vez. Se fijó en su rostro afilado y pálido tratando de recordar, pero el esfuerzo fue en vano.

—Pareces cansado —dijo Gabriel.

—Ya sabes que odio esta ciudad.

—¿Queréis beber algo?

Esperaron a que el camarero les llevara tres enormes jarras de cerveza verdosa debido a las algas utilizadas durante su fermentación. A Sykes nunca le había gustado demasiado. Tenía un sabor extraño al principio, aunque dejaba un regusto agradable en el paladar.

—¿Viste las grabaciones?

Mikael asintió.

—¿Y?

—No lo sé.

—Al menos nos confirma que seguimos el camino correcto.

—¿Qué encontraría? ¿Y a qué se refiere con que buscamos en el sitio equivocado?

—… todo está al inicio —murmuró Gabriel.

Ambos miraron a Sykes.

—A mí solo me dijo que buscara a Gabriel.

Los tres permanecieron reflexivos tratando de encontrar un punto de luz al final del camino.

—¿Tardará mucho? —preguntó Gabriel.

Mikael negó con la cabeza.

—Podemos empezar ya.

Mikael miró a Gabriel, el cual asintió sin demasiada convicción antes de girarse hacia Sykes y comenzar a hablar.

—Bueno, empecemos por el principio… Mediados del siglo XXI, entonces. Hay que reconocerles cierto mérito a nuestros ancestros. Crearon una era sin duda interesante. Fue una buena época siempre que vivieras en el lugar adecuado. Algún grupo terrorista de tipo religioso, alguna guerra por los recursos energéticos, alguna pandemia… Nada comparable a lo que se había vivido hasta ese momento. Fue en esa época donde comenzó el desarrollo de inteligencias artificiales de alta complejidad, la implantación de sistemas energéticos naturales no contaminantes, la creación de alimentos de origen animal sin necesidad de sacrificar a ningún ser vivo, la tecnología cuántica y un más que larguísimo etcétera. Pero lo que supuso el mayor y más valioso de los descubrimientos fue la síntesis de la molécula *immortalem* .

—La reprogramación celular —matizó Mikael.

—Precisamente, fue este último descubrimiento el culpable de la lucha por la patente que degeneró en la III Guerra Mundial. Y eso que no era más que un prototipo. Todavía le quedaba mucho para llegar a ser algo fiable.

—Pensaba que…

—Sí, sí, ya sé. La III Guerra Mundial comenzó tras el descubrimiento de un inmenso yacimiento de petróleo en el mar de China blablablá… Eso solo fue la excusa de EE.UU. para hacerse con el control de la patente. El último y desesperado intento de recuperar su hegemonía perdida en manos de China. Quien

controlara las reprogramaciones sería imparable. Y no estamos hablando solo de dinero. Imagina un país con la capacidad de rejuvenecer a sus mentes más brillantes, de devolver todo el vigor a sus soldados más capacitados, de inmortalizar a sus mejores líderes.

»La guerra supuso un desastre para las potencias. Países carbonizados. Millones de muertes. Todos endeudados con todos menos Rusia, que iba a lo suyo hallando reservas de gas, extrayendo todo tipo de minerales de sus minas… Apenas intervino. Dejó que los demás se mataran mientras se enriquecía con los pedidos del resto de países para continuar la guerra.

»Pero la guerra, como siempre, también trajo consigo importantes avances tecnológicos: armas de plasma, sistemas robóticos de alta capacidad, avances significativos en nanotecnología… Pero sobro todo, nos dio a Isis, la Inteligencia Suprema. Y con ella el siguiente paso evolutivo en nuestra especie.

»Isis se desarrolló en un laboratorio secreto financiado con fondos de las fuerzas occidentales oculto en un paraje perdido de la tundra siberiana. Un búnker alejado de miradas indiscretas.

—Pensaba que Isis fue desarrollada en Tot.

—Esa es la historia oficial. La historia que la Acrópolis quiere que creamos. Manipular la historia para demostrar su magnificencia.

»Los científicos que la crearon la mantuvieran oculta durante la guerra. Podría convertirse en algo peligroso. Podría extinguirnos o devolvernos a la edad de piedra en escasos días. Incluso en horas.

»Cuando la guerra terminó, las potencias se encontraban en una situación desesperada. Todas menos Rusia. Así que, en un giro que nadie se esperaba, EE.UU. y China se aliaron para atacarla. Resultado: las tres grandes potencias destrozadas. Con el tiempo la vida fue volviendo a la normalidad y el mundo se convirtió en un lugar tranquilo donde nadie se atrevía a levantar la voz más de lo necesario. Fueron buenos tiempos. Las reprogramaciones quedaron en tierra de nadie. Las potencias ya ni se acordaban del motivo de

tanta matanza.

»Pasaron varios años hasta que los científicos del búnker se atrevieron a presentar a Isis a la humanidad. Esta vez no había grandes potencias que pudieran competir por ella. Los científicos conformaron una especie de sociedad secreta para asegurarse la correcta utilización de Isis. Esa sociedad fue adquiriendo nuevas competencias a medida que pasaba el tiempo y cambiaban las necesidades. En un alarde de originalidad, llamaron a la sociedad El Búnker. ¿Has oído hablar de él?

Sykes negó con la cabeza.

—Con Isis llegaron los grandes logros: las reprogramaciones se asentaron con una fórmula estable, los kaizens, el almacenamiento de almas, los viajes interplanetarios, las réplicas…

»Pero todo esto trajo otro problema: la superpoblación del planeta, ya de por sí superpoblado a pesar de la guerra. Se intentó que la gente emigrara a otros planetas, controlar la natalidad durante varios años… Pero si todo el mundo se mantenía joven y además podía almacenar su alma, no importaba la cantidad de gente que abandonara el planeta. No hacíamos más que crecer y la situación se volvió insostenible. Había que hacer algo, así que… Hola, Ovidiu.

Un hombre se acercó a la mesa con paso cansino.

—¿De verdad es necesario quedar aquí? ¿No os da miedo este lugar? ¿Y si se rompiera la vidriaquita? ¿Acaso os creéis peces? —dijo antes de sentarse.

—¿Cómo estás? El otro día te vi en las noticias… Otra vez.

—La verdad es que se me están agotando las ideas. La gente se está cansando de mis papelitos. No me extraña la verdad. Mi padre ya no sabe ni que hacer y mi mujer… bueno… si sigo así dudo mucho que siga teniendo mujer a medio plazo. Ni a corto, para qué voy a engañarme.

—Sykes, este es Ovidiu Stellman —le presentó Gabriel.

—¿El hijo del exministro? —Sykes conocía desde hacía tiempo las excéntricas salidas de tono de Ovidiu, pero prefirió omitirlo.

Ovidiu asintió avergonzado, como si sus ilustres orígenes fueran motivo de escarnio.

—¿Algún problema? —preguntó Mikael.

—Están todos demasiados ocupados con el Día de la Victoria como para prestar más atención de la debida a un loco.

—¿Es hoy? Ya no sé ni en que día vivo.

Ovidiu dirigió un gesto imperativo al camarero. Este, con paso patizambo, se paseó por las mesas ocupadas invitando a los clientes a abandonar el local.

Cuando el bar quedó vacío, acercó cuatro nuevas jarras rebosantes de cerveza verdosa, salió, cerró la puerta y bajó las persianas antirrobo dejando a los cuatro hombres solos en el local.

—Bien, continuemos —dijo Gabriel—. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah! Como te decía, la situación resultaba insostenible, así que comenzaron las prohibiciones…

—Me gustaría aclararte —intervino Mikael— que a partir de este punto es la historia tal y como la creemos nosotros. No tiene nada que ver con lo que te han contado. Pero tampoco quiere decir que sea la cierta. Son las conclusiones a las que hemos llegado. Y eso es a lo que se dedica El Búnker, a buscar la verdad. Perdona por la interrupción, Gabriel.

—¿Vosotros pertenecéis a El Búnker?

—A este paso no acabamos nunca… —continuó Gabriel ignorando la pregunta—. Comenzaron con las reprogramaciones, adulterando la fórmula. Esto provocó distintas enfermedades. Para la gente adinerada no, claro. Bueno, un problema menos. Ya solo faltaban dos. Terminar con el almacén de almas resultó imposible en ese momento. La gente se reveló y varias compañías comenzaron a ofrecer sistemas de almacenamiento baratos. Era una batalla perdida. Así que se centraron en como atajar el problema en su conjunto. Lo cierto es que la situación estaba en el límite. Y eso a pesar de la cantidad de nuevos recursos que obteníamos en otros planetas. ¿Cómo puedes acabar con la superpoblación de un golpe e implementar un nuevo sistema de

leyes? Montas una guerra. ¿Enemigo? Isis. Matas a tres cuartas partes de la población y tomas el control absoluto de la Inteligencia Suprema. Como ya te he dicho, los científicos de El Búnker se negaron a dejársela a solo unos pocos. Nada corporativo. Su lucha en favor de la humanidad les granjeó el amor del pueblo y el odio de los dirigentes, que en esa época ya se hacían llamar patricios. Fue también la época en la que se creó la Acrópolis.

»Pero si se quería culpar a Isis, había que realizar algún tipo de ataque desconocido, algo nuevo. El descubrimiento de Tribeca varios años antes supuso un cambio de paradigma en los sistemas energéticos. Una fuente de energía infinita. Imagina lo que suponía eso. El problema fue el ser humano, como siempre. ¿Para qué limitarnos a utilizar el tribium solo para fines energéticos pudiendo crear algún tipo de arma? Piensa el poco sentido que tenía. En nuestros viajes no encontramos ningún tipo de vida beligerante. Nadie nos iba a atacar. Pero bueno… Será nuestra naturaleza.

»Se comenzó a investigar y finalmente se diseñó la bomba de entropía. Sabemos que se hicieron pruebas en Tribeca, un ingeniero de las minas informó a sus superiores sobre una serie de explosiones a lo largo de varios meses. El ingeniero, por supuesto, desapareció. En teoría absorbido en uno de los túneles. Algo del todo extraño, ya que solo los presos y los robots se introducen en los túneles. El presidente de Tribeca en aquella época era un patricio llamado Serj Malakian.

—¿El exministro? —preguntó Sykes.

—El mismo.

—¿Cómo sabéis lo del ingeniero?

—Por supuesto, el ingeniero no solo informó a Malakian, sino que lo hizo a su superior. En aquella época, el ingeniero jefe de las minas era un hombre llamado Henry Mainz. Supongo que no te suena de nada ese nombre.

Sykes negó con la cabeza mientras bebía un trago.

—Henry Mainz formaba parte de una familia de ilustres científicos. La familia de científicos más importante de los últimos

siglos. Eran ocho hermanos. Todos contribuyeron en algo al mundo. Los padres tenían que estar orgullosos. Deberían, desde luego. Dos de ellos destacaron especialmente. Los hermanos pequeños. Henry, el más pequeño, descubrió las propiedades del tribium y su capacidad energética. El otro hermano era un experto en desarrollo de software avanzado y sistemas robóticos, el responsable de los laboratorios y más tarde el fundador de El Búnker. Fue él quien creó a Isis. Se llamaba Klaus. ¿Te suena?

—No.

—¿Y no te parece extraño? Como te acabo de decir, es el creador de Isis. Todos deberíamos conocer su nombre.

—Y no solo eso —intervino Ovidiu—. También fue el ministro de Tecnología e Industria durante varios años después de la Gran Guerra.

—Eso quiere decir que coincidisteis en la Acrópolis —dijo Sykes a Gabriel.

—Así es. Era un gran amigo. Fue él quien me introdujo en El Búnker.

—¿Pero El Búnker no era enemigo de los patricios? ¿Por qué le dejaron acceder a la Acrópolis?

—En la Acrópolis pensaban que podrían seducirlo, que al final cedería a los encantos del poder. No conocían a Klaus. Él se aprovechó de su nueva posición para sus propios fines. Hasta que un día desapareció… el mismo día que Isis escapó.

Sykes se atragantó con el humo y comenzó a toser sin poder ocultar su sorpresa.

Mikael asintió antes de hablar

—Isis permanecía aislada en unos sistemas desconectados de alta seguridad. Los patricios la utilizaban para sus propios fines. Creemos que pudo aprovechar algún despiste para escapar. ¿Cómo? Eso ya no lo sabemos. Metida en algún kaizen, utilizando algún tipo de campo electromagnético… Es imposible saberlo.

—¿Y no habéis pensado que Klaus la ayudara y después escapara con ella?

—Klaus está muerto. O en Letargo —dijo Mikael afligido.

—Pero si estuviera en Letargo lo sabríais, ¿no? Habría un juicio o…

—Hay cientos de *durmientes* que nunca tuvieron un juicio. Ni privado ni público. Gente que simplemente fue dada por desaparecida, pero allí están.

—¿Y entonces cómo podéis saber que Klaus Mainz está en Letargo?

—Los kaizens fueron desarrollados gracias a Isis, pero la idea y gran parte del desarrollo corrió a cargo de Klaus. Los primeros kaizens se desarrollaron en El búnker cuando Isis era todavía un secreto. Para probarlos, Klaus utilizó a cuatro de sus colaboradores. Y a él mismo, por supuesto. No podían sustituirse. Eran otros tiempos. Para llevar un control más exhaustivo, Klaus añadió varias funcionalidades. Una de ellas fue un sistema de monitorización del sistema neuromuscular que generaba una señal que se transmitía al resto de kaizens. Y la señal de Klaus se perdió.

—Entonces está muerto —dijo Sykes.

—O en Letargo.

—Pero si estuviera en Letargo…

—Las señales neuromusculares funcionan de forma distinta cuando estás en Letargo. Los kaizens de Klaus no pueden procesarlas.

Sykes asintió comprensivo.

—Entonces seguimos en el mismo punto. ¿Por qué sabéis que su kaizen ha dejado de emitir?

Mikael apuró su jarra antes de hablar.

—Siempre fui un buen estudiante. No un empollón al uso, obsesionado con demostrar a los demás lo que era. Simplemente era bueno. No me costaba aprender ni desarrollar nuevos algoritmos o memorizar las fechas de no sé qué reyes en no sé qué épocas. No es que no me costara entrar en Tot, es que estuvieron detrás de mí durante mis dos últimos años del Segundo Ciclo. Allí, tras finalizar mi carrera en apenas dos años y medio, desarrollé un

algoritmo avanzado de aprendizaje computacional que llamó la atención de mucha gente; incluida la de Klaus. Fui su aprendiz durante muchos años… y uno de los elegidos para probar los primeros kaizens. El último que sigue con vida.

76

Sykes observaba curioso a Mikael mientras apuraba la cerveza.

—¿Puedo ver el kaizen? —dijo mientras encendía otro cigarrillo.

Sykes se levantó y se situó junto a Mikael. Este se giró y le mostró su kaizen. Lo hizo rápido, como si se avergonzara de enseñarlo. Pero Sykes no necesitó más para reconocerlo.

—¿Estás seguro de que solo había cinco kaizens?

—Para las pruebas, sí.

—¿Y había más kaizens como ese que no fueran para las pruebas?

Gabriel, Mikael y Ovidiu se miraron interrogantes ante el tono excitado de Sykes.

—¿Qué pasa Sykes? —dijo Gabriel.

—¿Había más kaizens como este?

—Klaus implementó otros doce —dijo Mikael—. Pero su finalidad no era la misma.

—¿Y cuál era?

—En serio Sykes, cuéntanos qué pasa —repitió Gabriel.

—¿Cuál era?

—Copias de seguridad de Isis.

—¿Esos kaizens pueden otorgar poderes telequinéticos?

—Ha visto a un Guardián —afirmó Ovidiu.

—Llevar la Inteligencia Suprema no era una tarea sencilla —dijo Mikael—. Implicaba muchos peligros. Muchos matarían por ella. Incluso la propia Isis podría revelarse dentro del kaizen. Por eso la dividimos en doce partes. Buscamos voluntarios en los bajos fondos, pero no podíamos fiarnos. Demasiado arriesgado dejar esa

responsabilidad a gente cuya mayor preocupación era encontrar su próxima dosis. De manera que presentamos un programa para la recuperación de funciones perdidas: ceguera, parálisis…

—¿Has visto a un Guardián, Sykes?

Sykes asintió.

—He visto ese mismo kaizen en un hombre con capacidades bastante sorprendentes.

Sykes observó la mesa. Tenía un sistema de reproducción.

—¿Es segura?

—Este bar tiene una conexión local aislada —dijo Gabriel.

Sykes descargó la grabación de aquel día en la nave Salgari. Parecía que habían pasado varios años desde entonces.

—Es él. Es el último Guardián —dijo Mikael con la mirada desorbitada—. ¿Dónde lo viste?

Sykes contó la historia sin centrarse mucho en los detalles.

—¿Seguirá vivo? —preguntó Ovidiu.

—¿Hay alguna forma de encontrarle, Sykes? —preguntó Gabriel.

—Lo podemos intentar. ¿A qué os referís cuándo decís que es el último Guardián?

—Los otros once han muerto. Ya te he dicho que llevar una copia de Isis implica muchos peligros.

—Supongo que estarás al tanto del caso de El Mutilador —dijo Ovidiu.

—¿Las víctimas de El Mutilador son los Guardianes?

—Han muerto once. Solo queda uno —dijo Gabriel señalando la imagen congelada.

—Creemos que El Mutilador trabaja directamente para la Acrópolis. Creemos, incluso, que es un agente ministerial —dijo Ovidiu.

—Pero no tenemos ninguna prueba.

—¿Y por qué va a matar de esa forma la Acrópolis? ¿Por qué no se limita a detenerle?

—Eso es lo que hace El Búnker. Tratar de encontrar respuestas.

—Nos vamos —dijo Gabriel levantándose.

—¿Mismo servidor? —preguntó Ovidiu.

—He creado uno nuevo —dijo Mikael. Os envío el enlace. Informad nada más que sepáis algo. Lo que sea.

77

Llegaron al polígono subidos en una nave-taxi conducida por una inteligencia de nivel 3. Demasiado habladora para el gusto de Sykes. «Insoportable», dijo Gabriel cuando descendieron.

CC ultimaba los preparativos de una nueva transacción con Hator. El humo del puro que descansaba sobre sus labios resecos teñía el despacho de una bruma ambarina.

—¿Cómo estás, CC? —dijo Sykes desde el marco de la puerta.

CC le miró sorprendida. Lanzó los papeles que sostenía sobre la mesa y posó el puro en el cenicero rebosante.

—Vaya, si a alguien no esperaba ver era a ti… ¿Gabriel?

—Hola, pequeña Catalina —dijo Gabriel ante la atónita mirada de Sykes.

—¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás, profesor?

Ambos se fundieron en un afectuoso abrazo.

—Muy bien, aunque mejor estaría si me dieras un puro de esos. Siempre has sido una mujer con clase. ¿Cómo están tus padres?

—Están bien. Vida tranquila, ya sabes: Tot. Tenía pensado hacerles una visita pronto.

—Dales un fuerte abrazo de mi parte.

—Se alegrarán de saber que estás bien —dijo mientras tendía la caja de puros hacia ellos.

—¿Os conocéis? —dijo Sykes cogiendo un puro.

—Veo que no has perdido un ápice de la agudeza que te caracteriza.

Gabriel y CC hablaron mientras Sykes escuchaba las aventuras de la pequeña Catalina en Tot.

—Supongo que no habréis venido para hablar del pasado —dijo

CC más de medio puro y un par de *whiskies* después.

—Veo que no has perdido un ápice… No importa. Necesitamos ver a un pasajero con el que compartí vuelo en la nave Salgari.

—Esa información es confidencial.

—Es importante, Catalina —dijo Gabriel.

—¿Puedo saber para qué?

—¿Acaso importa?

CC decidió que no importaba. Confiaba en Gabriel.

—Está bien… ¿Era un comerciante?

Sykes conectó su kaizen al holoreproductor anclado en la pared del despacho. Apareció la imagen del hombre.

—Descendió solo en una estación orbital a unas tres semanas de viaje de Epona.

CC observaba la imagen con curiosidad.

—No tengo ni idea de quién puede ser.

—¿No guardas un registro del pasaje? —preguntó Gabriel.

—Claro que no, de eso se encarga la empresa propietaria de la nave. Aquí tan solo nos encargamos de registrar nuestros tripulantes y nuestra mercancía.

—¿Qué empresa es?

—Sorrento's Purchases, propiedad del propio Guido Sorrento, el capitán de la nave. Así que quizá tengáis suerte —dijo viendo las caras de decepción de Sykes y Gabriel—. Guido tiene fama de no ayudar nunca a las autoridades y de ser fiel a sus amigos. Y yo soy uno de ellos. Previo pago, por supuesto, la amistad no da de comer.

—¿Dónde podemos encontrarle?

Un enorme y descolorido cartel colgaba vacilante del hangar mostrando en letras azules el logo de la empresa. Dentro, los mecánicos se afanaban en comprobar las naves mientras los operarios cargaban o descargaban la mercancía. El movimiento de personas era continuo y extrañamente sincronizado. Parecía la escena de un musical de mediados del siglo XX. Solo faltaba que comenzaran a cantar.

Sykes reconoció a algún tripulante del viaje a Epona entre los operarios que CC saludaba mientras se movía con soltura entre las naves.

El despacho de Guido Sorrento se encontraba en una pequeña caseta al fondo del hangar, junto a la sala que hacía las veces de comedor.

—Sabes que esos datos son confidenciales, CC.

—¿Cuánto? —dijo Sykes.

—Sin rodeos. ¿Qué les has contado a estos señores, CC? —Guido le miraba satisfecho—. Serán cinco mil.

Gabriel asintió.

—De acuerdo, entonces. Decidme.

Sykes mostró la imagen del hombre sobre el sistema holográfico de la mesa del despacho.

—¿Lo reconoces? Descendió en una estación orbital cerca de Epona.

—Dejadme un momento —dijo Guido conectando su kaizen al servidor de la empresa.

—Centinela fue la única estación orbital con la que nos cruzamos en ese viaje. Nos detuvimos para comprar alimentos, pero no recuerdo que descendiera nadie. Esperad.

Guido se levantó y salió del despacho. Regresó al cabo de varios minutos con un disco de almacenamiento. Lo conectó a la mesa y comenzó a recorrer los distintos informes hasta que pareció dar con el adecuado.

—Estáis de suerte. Tan solo una persona descendió en Centinela. Un tal Ted Gibson. Al parecer se trata de un pequeño comerciante de joyas. Nunca me he fiado mucho de los vendedores de joyas. Supongo que descendería para realizar algún tipo de transacción.

—¿Alguna dirección? —preguntó Sykes.

78

La ciudad de Kaore se había convertido en uno de los lugares favoritos de los subciudadanos más acaudalados. Esto se debía a diversos factores, como era su interminable costa o su precioso e idílico entorno, pero sobre todo porque Kaore era uno de los pocos sitios en donde el Grumo era prácticamente inexistente. Diferentes estudios científicos se habían llevado a cabo gestionados y financiados desde la Acrópolis, pero al igual que en el resto de lugares *purificados* , no se encontraba ninguna evidencia científica.

Más allá de la zona comercial, donde varias orquestas mecanizadas amenizaban la tarde a los consumidores, se encontraba el Pequeño Visitante, un barrio residencial que hacía tiempo había estado formado por cuatro manzanas perpendiculares de hoteles ahora convertidos en residencias de semilujo. Era conocido que incluso algún ciudadano disponía de una residencia vacacional allí.

Gabriel miraba con nostalgia la última de las orquestas antes de cruzar el sistema antiruidos del Pequeño Visitante.

—Es imposible no sentirte atrapado con esa música —dijo.

Recorrieron el barrio, un gran jardín atravesado por serpenteantes arroyos que iban a morir al mar tras caer varios metros desde el acantilado. Según el mapa, el edificio de Ted Gibson se encontraba al final de la calle.

Al llegar al edificio les recibió un robot oxidado con voz distorsionada y exquisitos modales.

—Buenas tardes, caballeros, ¿en qué podría ayudarles?

Acompañaba su elocución con un ligero movimiento hacia delante a modo de reverencia. El desgaste de los actuadores

convertía el movimiento en el baile de cualquier borracho tratando de mantenerse en pie.

—Buenas tardes, trasto mecanizado, estamos buscando a un residente de este edificio —dijo Gabriel.

—¿Podría indicarme el señor de qué residente se trata?

—El señor Ted Gibson, pequeño trozo de hojalata.

—Siento comunicarles que hace tiempo que no veo al señor Gibson.

—¿Cuánto tiempo, metal oxidado? —Gabriel parecía encantado con la situación.

—Lo siento mucho, pero no tengo permitido revelar datos sobre los residentes, caballero.

—¿Y nos podrías indicar, si eres tan amable, chatarrilla de vertedero, en qué piso reside el señor Gibson?

—He de disculparme con usted de nuevo, pero tampoco dispongo de permiso para poder decirle lo que me indica, caballero.

—¿Y qué demonios tienes permitido, basurilla parlante?

Mientras decía esta última frase, Sykes llevó su mano a la nuca del robot y lo desactivó.

—¿Te has divertido? —preguntó Sykes.

—Estos sistemas son una genialidad.

Sykes pasó al otro lado del mostrador y se conectó para buscar el número de piso de Ted Gibson.

El piso era amplio, con los espacios abiertos y los techos altos, pero resultaba impersonal, como si nunca hubiera dejado de ser una habitación de hotel. Recorrieron las habitaciones, abrieron cajones y armarios, accedieron al servidor local, pero no encontraron nada.

El salón estaba presidido por un enorme ventanal de vidriaquita que daba acceso a una bonita terraza, quizá lo más bonito de la casa, desde la que se podía ver el mar romper contra la pared erosionada.

Las huellas de unas botas recorrían de un lado a otro el suelo de

la terraza. Sykes se agachó a examinarlas. Parecían recientes, apenas unos días. Las acarició tiñéndose los dedos de color rojo. El tacto era terroso y el olor ácido y pesado.

Gabriel apareció en la puerta de la terraza sosteniendo con dos dedos un abrigo sucio de polvo rojizo y miró a Sykes con curiosidad.

—¿Hay algún vertedero por aquí cerca? —preguntó Sykes.

La zona de residuos de Kaore se encontraba alejada de la ciudad. Estacionaron la nave en una explanada cercana a la fábrica de reciclaje y preguntaron a los trabajadores si había alguna zona concurrida por vagabundos.

—El Barrio Rojo —dijo uno—, detrás de la fábrica, todo recto hasta que lo vean.

—O lo huelan —dijo otro entre las risas de sus compañeros.

El olor los alcanzó mucho antes de ver nada. Era un olor ácido, picante y pesado, insoportable al principio. El motivo del olor lo encontraron poco antes de vislumbrar el Barrio Rojo: una espesa y espumosa ciénaga de residuos industriales líquidos de colores rojizos debido a las distintas reacciones químicas y coronado por un vaho lechoso que se diseminaba tiñendo de escarlata allí donde se posaba. La ciénaga se perdía más allá del borde esférico del horizonte. Barcas de reciclaje la navegaban filtrando las sustancias puras y almacenándolas en los enormes depósitos que portaban, dándoles el aspecto de dromedarios desmembrados flotando en su propia materia en descomposición.

El olor se intensificó al llegar al barrio. Varios hombres dormitaban con los ojos en blanco sobre cartones sintéticos. Pipas de cristal encarnadas descansaban aquí y allí, todas usadas y todavía humeantes. El hedor que desprendían les revolvió el estómago.

—La muerte roja.

Una mujer ataviada con el hábito religioso de una antigua religión les miraba con curiosidad apoyada sobre una placa de

metal. La mujer sufría de terribles malformaciones, pero no eran las típicas malformaciones provocadas por las reprogramaciones, sino algo más impuro. Algo en apariencia letal.

—Estos hombres y estas mujeres fueron niños una vez, con sueños y esperanzas, los hijos, hermanos, maridos, padres de alguien. —Su voz era ronca, enferma, pero a pesar de ello transmitía paz—. Pero algo se cruzó en sus caminos. El diablo paseándose con actitud regia desde antes de que el hombre fuera hombre. A unos los engaña con las drogas, a otros con un mal consejo para un mal negocio o inocula locura en sus cabezas. De esos niños ya no queda nada. Tan solo sus almas errantes esperando encontrar un final lo menos doloroso posible. Pero si así lo ha deseado el Señor, no podemos hacer nada. Encontrarán la paz en la otra vida, estad tranquilos. Parece que ustedes todavía tienen un camino que seguir, así que no entiendo qué hacen aquí.

—Estamos buscando a alguien, hermana —dijo Gabriel—. Un hombre que no hace mucho vivía en Kaore.

—Muchas de estas almas vivían antes en Kaore.

Sykes extrajo una imagen impresa que cogió de la habitación de Ted Gibson y se la mostró a la mujer.

—Era guapo —dijo entristecida—. Seguidme, os llevaré hasta él.

Llegaron a una zona llena de casetas construidas con telas, plásticos, palos, placas de metal y cartones sintéticos. La mujer se agachó en una de ellas y con voz tierna llamó a un hombre como si de un animal malherido se tratara.

—Joyero, unos amigos han venido a verte.

—No puede ser. Joyero no tiene amigos. Ted Gibson si tuvo amigos alguna vez, me los presentaba y reíamos y pataleábamos como niños enfadados. Eran once. Once. Una vez conocí a uno que se llamaba Ted Gibson. Pero solo una vez. Luego ya no me acuerdo.

El hombre salió de la tienda con la mirada perdida, oscilante, como si intentara atrapar una mosca con los ojos.

Sykes le observaba confundido. Ese hombre se parecía al hombre que vio en la nave y al hombre de la fotografía que guardaba en el bolsillo, pero era un parecido demasiado lejano, casi desaparecido. Movía un brazo adoptando posiciones poco naturales. El otro brazo, el brazo con el que Sykes le vio controlar las bolas, permanecía inerte.

—¿Ted Gibson? —preguntó con toda la amabilidad que pudo.

—¿Quién? ¿Quién? No sé quién es Ted Gibson. Una vez conocí a uno, pero fue hace mucho. Desapareció. O quizá nunca lo conocí —se rascaba la cabeza con su brazo sano—. Me gusta el nombre. Gibson Ted, Gid Bed, Tib Geson, el bueno de Tib Geson. Una vez conocí a un Ted Gibson. ¡Sí! ¡Sí! ¡Estoy casi seguro! A un uno por ciento. ¡Sí! No hay duda, un uno por ciento siempre es mucho.

—Yo me lo encontré así —dijo la mujer—. Algunos dicen haberlo visto cuerdo unos días antes. Al parecer se paseaba por las chabolas sin ningún destino. Iba bien vestido, como un comerciante. Le encontré un viejo carnet de vendedor de joyas, pero sin foto ni nombre, así que le empecé a llamar el joyero.

—¡Joyero! Y corredor de caminos. Corríamos los caminos para que no lo encontraran. No quería esconderse. Pero el miedo. ¡Oh, no, no, no! El miedo, no. ¡El miedo, no! —Cayó al suelo de rodillas, llorando con las manos tapándole el rostro—. No se puede escapar de lo que no se ve ni de lo que se ve. Escapar no puedes y si quieres puedes correr, pero corre mucho porque no se puede escapar. Ted Gibson corría, corría mucho, pero sabía que no podría. Llegaba a ninguna parte muy cansado, hasta que no pudo más. Y tenía miedo. Mucho miedo escondido en alguna parte. Ted Gibson, sí. Mucho miedo en alguna parte.

—¿De qué tenía miedo Ted Gibson?

—Miedo, mucho. Corría, os lo aseguro, yo lo vi. Corría como un viejo gato ciego, corría como la arena corre cuando el viento la persigue. Pero sabía que no. Nunca.

—¿Qué sabía?

—Lo sabía, claro que sí. Sí, lo sabía. Vendría. Siempre lo supo.

Pero aparecieron. El tiempo había pasado, pero aparecieron. Murieron cuando el tiempo no era tiempo, y él sabía que vendría. Pero no se dejó, era valiente. Creo. O no, pero corría hasta que no pudo más.

—¿Quién vendría, Ted?

—¿Ted? Una vez conocí a un hombre que se llamaba Ted Gibson. ¡Qué casualidad! Ted, Ted, Ted. Casualidad. El bueno de Ted. Tenía miedo, pero no dejó que lo cogiera cuando ellos aparecieron aunque murieran. Los once. Muertos. Ya estaban muertos hace mucho, mucho, mucho. Incluso se olvidó y a veces era feliz. Tenía un poder extraño en su nuca. Se lo dio él. Pero el poder seguía. No tenía que haber aceptado. Pero hace mucho. Demasiado. Mucho. Y pudo mover el brazo muerto. Brazo dejó de morir. El tiempo es siempre corto, aunque sea demasiado. Y corrió asustado.

—¿Qué es lo que aceptó?

—Magia. Muerte. Miedo. Pero magia. Fue feliz durante un tiempo. Pero el tiempo siempre es corto, aunque sea largo. Ellos aparecieron. Hacía tanto. Pero Ted corría. Corría en el sitio, sin moverse. Sabía que vendría porque doce murieron. U once. Pero fueron doce. Y se lo arrancó.

—¿Qué se arrancó?

—Magia. Se arrancó magia y así muerte ya no vendría. No corría. Pero brazo muerto.

—¿Dónde está la magia?

—La magia no está. Es. Es magia y miedo y corre. Once pero fueron doce. Y ahora la magia descansa bajo la almohada. Y ya no corre. Porque ya no es.

Se llevó la mano a la nuca y la mostró manchada de sangre seca y pus amarillento.

—Pero sin magia ella no vendría. Y ya no corre. Ya no corre, no.

Gabriel y Sykes se situaron a la espalda de Ted Gibson. Un enorme agujero infectado y cubierto de sangre seca estaba donde

debería haber estado el kaizen.

—¿Dónde está la magia, Ted?

—La magia es. Es. Es. Todo es, no está. Es la almohada, pero no está.

Gabriel accedió a la caseta de Ted Gibson y busco bajo la placa de cobre que hacía las veces de almohada.

Cuando Ted Gibson vio el kaizen, volvió a llorar. Esta vez buscaba el abrazo protector de la mujer mientras chillaba.

—¡Miedo, no! ¡No, no, no, no! Ella vendría, pero la magia ya no es. Era, como once fueron doce. La magia ya no corría.

—¿Cómo te lo has quitado, Ted?

—Miedo. El miedo es un amigo cuando corres. Pero Ted Gibson fue. Tuve un amigo que se llamaba así. Pero se fue. La magia ya no era, con sus manos dejó de ser. Y el miedo es, porque no estaba. Todo es. Correr y ser, pero no estar. Con las manos pudo. Él solo. Era valiente, pero miedo. Pero magia no ser. Era. Y ahora, entrar porque no estar. Todo correr, ser, entrar, pero no estar.

Ted Gibson, o al menos el hombre que alguna vez fue Ted Gibson, entró en la tienda y desapareció tras sus murmullos.

Ser, correr. Miedo… Pero no estar…

79

Los gases hediondos escapaban del cuerpo mutilado espesando el aire y produciendo una extraña bruma de tonalidad verdosa que recorría el aire recargado de la habitación.

La traficante chilló y lloró implorando piedad, pero en el fondo de su mirada tenía dibujada la resignación de lo inevitable. Era una mujer hermosa, de finos modales y exquisita educación, que murió aunque no sabía nada. Los prostéticos le llegaron a través de un tercero que nunca había visto, un vendedor fantasma escondido tras un disfraz optoelectrónico que se puso en contacto con ella a través de un servidor que ya no existía. En el lugar donde se produjo el intercambio no había sistemas de vigilancia. Ninguna grabación. Ninguna prueba. Ningún hilo del que poder tirar.

Ahora, recién aseada y vestida con un holgado traje negro de piel sintética, Lenya observaba los prostéticos que descansaban sobre una gran mesa metálica.

Recogió uno de los kaizens y lo observó fascinada. Una perfección que solo Isis sería capaz de alcanzar.

Lo conectó a su sistema a través de una interfaz especial que nacía en la parte trasera de su cabeza.

Las imágenes eran de una calidad excelente a pesar del tiempo transcurrido. Ella misma había borrado la memoria antes de matarlos. Sin torturas. No habría hecho falta con esos niñatos, hijos de las familias más ilustres de la Ciudadela, patricios que defendían con entusiasmo a las Grandes Inteligencias, pero solo dejaban acceder a su selecto club a otros patricios. Solo sangre pura. ¿Pura? Lenya se la hubiera exprimido toda. Con dolor. Pero entre los siete había tres apellidos demasiado ilustres, demasiado poderosos:

Malakian, Glotka y Waltz. «Una muerte rápida», le imploraron con ojos llorosos y voces apagadas. Había que reconocerles el valor. Un sacrificio enorme para mantener su posición y seguir avanzando.

Terminó de ver las grabaciones. Nada reseñable. Las cabezas inertes balanceándose apenas grabaron algo legible: techos, suelos, la entrada a una nave, un montón de escombros, el agente Crumley huyendo cuando apareció un grupo de hurgadores. El muy imbécil no les cerró los ojos como le había ordenado. Las prisas de aquel día podían justificar muchas cosas, pero eso no. Debería haberse encargado ella misma de los cuerpos inertes de la misma forma que lo hizo con los cuerpos todavía vivos. Ahora ya poco importaba. Tenía las nuevas grabaciones preparadas para introducirlas en los kaizens.

80

La reunión se había producido de improviso tras el cónclave, por lo que todos vestían sus túnicas ministeriales. Varios exministros acababan de llegar a la sala principal de la Acrópolis.

Paul Teltet detuvo la mirada en Serj Malakian, el cual movía la cabeza del suelo al ventanal y del ventanal al suelo. Sus ojos estaban vacíos. Paul no recordaba haberle visto así nunca. Casi sintió lástima por él. Por él, por Arjen van Glotka y por Solomon Waltz.

Fueron ellos mismos los que emitieron la orden de su ejecución. Aunque la historia era un secreto inconfesable, un tema por el que era peligroso preguntar, Paul había sido capaz de reconstruirla con el tiempo. Un rumor de aquí, un cuchicheo por allá, una voz ebria más habladora de lo que debería.

Frank Morrison, un patricio con un prometedor futuro, el chico más listo de su generación, jugando a ser un héroe para la humanidad. Pero la humanidad no necesita héroes. Necesita calma. Necesita orden. Dirigía un pequeño grupo de patricios que en ese momento luchaban por los derechos de las inteligencias. Fue la madre de Morrison la que pidió ayuda a Malakian cuando su hijo se lo contó. Creía que la implicación de su propio hijo salvaría al suyo. Pero creyó mal. Supuso su sentencia de muerte. Una grabación pirateada en el Nexo pudo haberlos condenado, destruir todo lo que habían conseguido. Sus propios hijos, hijos a los que les habían dado todos los privilegios, todo el amor.

Parecía que todo había quedado olvidado. El tiempo suele actuar de esa forma. Pero no esa vez. Morrison realizó una copia. Ni siquiera la agente Stein lo vio en las grabaciones. La perfección

no existe, se podría decir. Debió borrar el recuerdo de su memoria antes de ocultarla donde la había encontrado: en los laboratorios de Pandora.

La copia la encontró Rohan Bittener, un niño huérfano que había alcanzado el más alto estatus que un subciudadano puede alcanzar, un barón. Qué manera de perder su vida. Lo tenía todo hecho. Solo tenía que callar. Borrarla. No decírselo a nadie. Pero Rohan Bittener era otro héroe innecesario. Un héroe que ahora yacía bajo la tierra del lugar que lo vio crecer. Una muerte inevitable. Todo tenía que seguir en calma. En orden.

Serj Malakian se giró hacia la mesa en donde permanecían sentados la mayoría de los ministros.

—¿Esto supone un problema? —dijo.

—Me he encargado de grabar varios vídeos para introducirlos en los kaizens —dijo Luca Dante

—La agente Stein se está encargando de todo —dijo Paul.

Los dos hablaron con voz sumisa, una deferencia al sacrificio que realizó en el pasado.

—Tendría que haberla permitido realizar a ella toda la operación —murmuró Malakian.

—¿Por qué no lo hiciste? —dijo Paul con un tono más reprobatorio del que le hubiera gustado. Poco le había durado la deferencia. Se arrepintió de inmediato.

—Me estoy martirizando con ello desde aquel día, pero no soy capaz de recordar nada. Supongo que tendría un buen motivo.

Malakian hablaba ausente. Ni siquiera reaccionó al petulante tono de la pregunta, cosa que Paul agradeció.

Elly Stellman observaba el techo de la habitación pensativo sentado sobre el incómodo asiento de una de las gradas.

—¿Cómo se llamaba el agente que se tenía que encargar de deshacerse de los cuerpos? Ya no lo recuerdo —dijo.

—Yo tampoco.

—Agente Crumley —dijo Solomon Waltz desde el fondo de la sala.

—Eso es. Crumley.

—¿Qué pasó con él? —preguntó Tricia Kovacs.

—Lo mandamos a Tribeca. Al túnel del sector 4. Tardó en morir un par de días.

—Poco castigo me parece —dijo Paul entre dientes.

—También nos encargamos del resto de la familia Crumley. Un desgraciado accidente en su viaje anual a Baco.

—Sin cabos sueltos al menos —dijo Paul.

—Hasta ahora —dijo Lenny Cole—. ¿Has convocado ya a la prensa?

—Mañana a primera hora —dijo Dante.

—Será un buen momento para interceptar a Talaban.

—¿Aparecerá? —pregunto Tricia.

Paul asintió convencido.

—Muy seguro te veo, Paul.

—Talaban es un ave de carroña en busca continua de carne podrida. Caronte se encargará.

—Hay que hacerlo con tacto —intervino Cole—. No podemos permitirnos un nuevo frente abierto.

—¿Y si fue ella? —preguntó Kovacs.

—Entonces la podremos acusar de espionaje corporativo.

—Acabaríamos con su carrera.

—Eso no lo verán mis ojos.

—Señores —dijo Serj Malakian con voz desolada—. Confío en vosotros. Estoy derrotado.

81

En apenas unos minutos todo Gaia conocía la noticia. Los prostéticos de los Siete acababan de aparecer. Los suburbios estaban paralizados viendo los holoreproductores que mostraban la noticia por todas partes. Sykes no se quería imaginar el movimiento que habría en la Ciudadela. Pensó en avisar a Frey, pero sabía que Frey no iba a necesitar ningún aviso.

—Es sorprendente —dijo Gabriel mientras bebía un trago de la cerveza que acababa de pedir.

—¿El qué?

—¿No te parece extraño que aparezcan justo ahora?

Sykes alejó la tentación de contarle a Gabriel lo que sabía. Resultaba curioso como lo que parece una casualidad sorprendente no era más que un conjunto de acciones latentes a la espera de que alguien prenda la mecha para que empiecen a realizarse. Recordó las palabras de Frey… Las ruedas del reloj… El gatillo apretado…

—Cosas más sorprendentes habrás visto —dijo con tono inocente.

Gabriel parecía preocupado. Fruncía el ceño y los labios en un gesto que le hacía semejarse a un simio neonato enfadado. Lo cierto es que el bar entero parecía una manada de simios, con las miradas sorprendidas y las bocas abiertas con gestos cada cual más estúpido.

—Pues a mí me parece extraño. ¿Hace cuánto tiempo sucedió?

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

Sykes podía ver la cabeza de Gabriel cavilando. Casi podía sentir sus pensamientos. Extrajo el kaizen de Ted Gibson del bolsillo interno de su abrigo y comenzó a observarlo curioso.

—¿Qué vamos a hacer con esto?

Gabriel observó el kaizen con la mirada todavía perdida.

—Leerlo —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y dónde piensas encontrar un lector?

—Bueno. Tú eres el *hacker* .

—¿Qué esperas encontrar?

Gabriel volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé, la verdad. Llevo tanto tiempo persiguiendo esto que olvidé lo que haría si alguna vez consiguiera alguno. Todo era rutina. Ir de un lado para otro. Me pregunto qué habría hecho si el kaizen de Gibson hubiera desaparecido. Habría malgastado varios años en una tarea derrotada desde el principio.

—Pero lo cierto es que lo tienes.

Permanecieron callados escuchando la noticia. Al parecer una traficante de Bostat se había hecho con los prostéticos. Al encenderlos, las balizas de posicionamiento que tenían integradas habían lanzado la señal. Un operativo de agentes ministeriales dio muerte a la mujer cuando esta trataba de escapar. Una imagen de su rostro apareció junto a las imágenes de los prostéticos alineados sobre una mesa larga. Sykes no pudo evitar sentir lástima por la mujer. Últimamente parecía un portador de muerte.

—¿Y bien? —dijo Gabriel cuando terminó la cerveza.

—Y bien qué.

—¿Serás capaz de leerlo?

82

Aterrizaron junto a una nave abandonada donde varios hurgadores paseaban sus miradas por el suelo.

Apenas descendieron de la nave, las bocas de varias armas les recibieron amenazantes. Más allá de los hombres y mujeres que sostenían las armas, el rostro de Bald los saludó entre bocanadas de humo. Chica estaba a su lado sonriendo con un cigarrillo en los labios. Parecía la cría de un tití adoptada por un gorila alopécico y fumador de puros.

—¡Oh! Vaya sorpresa. Si a alguien no esperaba ver otra vez por aquí es a ti.

—¿Cómo estás, Chica?

—Como siempre —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Qué queréis? —dijo la voz ronca de Bald.

—Necesitamos ver al bibliotecario.

—Úrsula no está. Será mejor que regreséis mañana.

—¡Oh! ¡Vamos, Bald! No seas aguafiestas. Pueden dormir en el cobertizo. Úrsula llegará temprano.

—¿Estás segura?

—Claro.

—Te responsabilizas *tú* de ellos, entonces.

Chica titubeó un momento y asintió sin demasiado convencimiento.

—¡Viejo! ¡Mira a quién tenemos aquí!

—Te he dicho mil veces que no me llames viej… ¡Oh!…

—Me alegro de verte.

—¡Oh! A mí también me alegra ver que estás mejor. El último

día… Bueno, ya sabes. No me gusta despedirme así de la gente… Veo que traes compañía. Y no una compañía cualquiera. Es un gran honor saludarle en persona, profesor Stullton.

El anciano se acercó a Gabriel y le estrechó la mano con una vehemencia impropia para su edad.

Gabriel permaneció quedo unos segundos sin saber muy bien cómo reaccionar.

—No se extrañe tanto, profesor. He leído todas sus obras. Están por ahí —dijo señalando uno de los pasillos—. O por ahí —dijo señalando otro más allá—. Ya ni sé donde están. Pero qué importa. Están aquí —dijo tocándose la sien con un dedo—. ¿Y a qué debemos tan solemne compañía?

—Vienen a ver al bibliotecario.

—¡Oh! Pues ya sabes que solo Úrsula puede daros permiso.

—Lo sabemos —dijo Sykes—. Pero al parecer no está y no vuelve hasta mañana. Hoy solo queríamos descansar.

—Pues aquí tenéis un sitio en el que hacerlo. Aunque con la aparición de los prostéticos me andaría con cuidado. Algo me dice que no tardarán mucho en aparecer las patrullas ministeriales. Será mejor que durmáis en la casa de la esquina. Pero antes, cenemos. Hemos cazado unas ratas enormes. Habrá para todos.

Cenaron a la luz del fuego. Gabriel y el anciano no pararon de hablar sobre tecnología antigua y de los viejos tiempos. Por alguna extraña razón, los viejos tiempos siempre parecían mejores.

—Conoces a gente curiosa. —Gabriel observaba la ciudad desde la ventana de la habitación mientras fumaba un cigarrillo—. El anciano es un hombre inteligente. Podría haber llegado lejos si este mundo no fuera como es.

—Igual nunca quiso llegar más allá de donde ha llegado —dijo Sykes desperezándose desde el colchón—. No todo el mundo ambiciona una vida normal. Sea lo que sea una vida normal. En teoría, tú la tenías y ahora no eres más que un vagabundo deambulando de aquí para allá.

Gabriel se atusó el pelo y miró su reflejo en el cristal sucio de la ventana.

—Lo podríamos llamar buscar el sentido de la vida.

—¿Y lo encontraste?

—No lo sé. Igual lo he encontrado hace tiempo y no he sabido verlo. —Gabriel señaló hacia el cobertizo—. Acaba de llegar el hombre enorme de ayer con una mujer. ¿Cómo se llamaba?

—La mujer o el gorila.

—El gorila.

—Bald.

—Le viene que ni al pelo.

Ambos rieron mientras apuraban los cigarrillos.

Úrsula conversaba con el anciano mientras Bald y Chica daban buena cuenta de las sobras de la cena.

—Veo que has vuelto. Será mejor que hagas lo que tengas que hacer y te marches. Las cosas se van a poner feas por una temporada.

—Lo sé. Tan solo queremos ver al bibliotecario. Después nos iremos.

Úrsula apenas dirigió una breve mirada a Gabriel. Después miró al anciano y se despidió con un cariñoso beso en la mejilla.

—Si te molestan mucho, ya sabes donde encontrarme. Cuídate, papá.

El camino no era el mismo que el de la última vez, aunque las angostas calles se le parecían bastante.

—Así que el anciano es tu padre. Y el de Sasa.

—¡Oh! Que listo eres. ¿Cómo has llegado a esa conclusión tú solito? Bueno, no tenemos mucho tiempo. Me han informado que varias patrullas están viniendo hacia aquí. Bald y Chica os guiarán.

Sykes y Gabriel observaron a Úrsula alejarse mientras Bald y Chica continuaban serpenteando entre las calles.

—¿Venís? —dijo Chica impaciente antes de perderse en una esquina.

Casi media hora después, llegaron a la misma habitación oscura en la que Sykes estuvo no hacía tanto tiempo.

—Ya habéis oído a Úrsula. Daos prisa —dijo Bald mientras se cerraba de nuevo la pared.

—¿Quiénes son ustedes?

La voz metálica del bibliotecario resonó en la habitación mientras la mesa se iluminaba.

Gabriel observaba con fascinación infantil.

—¡Esto es increíble! —dijo—. ¿Malaquías?

—Es un placer volver a verle, profesor Stullton.

—El placer es mío, Malaquías.

—¿Os conocéis?

—¡Es la Gran Inteligencia Malaquías! ¡El antiguo bibliotecario de Tot! Al menos lo que queda de él. ¿Pero cómo has terminado aquí, Malaquías?

—Es una historia larga de contar, y por lo que he escuchado al señor Bald, no tenemos mucho tiempo. ¿En qué podría ayudarles?

Sykes extrajo el kaizen de Ted Gibson y se lo mostró.

—Curioso. El kaizen de un Guardián.

—¿Puedes leerlo?

—Por supuesto, profesor. Me ofende la duda. Tan solo necesito una interfaz A-343 para conectarlo a mi sistema. Miren en la estantería que tienen detrás de ustedes. En el estante inferior.

Gabriel sacó varios cables de una caja metálica.

—Esa es —dijo Malaquías—. Ahora conéctelo al kaizen y después en la interfaz de mi nuca.

Malaquías puso los ojos en blanco. El zumbido recorrió la habitación como un enjambre de drones enloquecido.

—¿Acaso conoces a todo el mundo? —preguntó Sykes cuando el zumbido pasó a formar parte de la normalidad.

Los ojos inorgánicos de Malaquías se colocaron en su posición normal con un suave ruido a chatarra vieja.

—Me temo que tardaré unos minutos. Los sistemas de encriptado son demasiado complejos —dijo antes de volver a poner

los ojos en blanco.

Sykes y Gabriel se sentaron sobre el suelo, uno frente al otro, con las espaldas apoyadas sobre las paredes. Sykes fumaba sin demasiadas ganas de hablar. Comenzaba a estar cansado. Demasiadas vueltas de aquí para allá para acabar siempre en los mismos lugares con la misma gente. Si no fuera Rohan… bueno, lo cierto es que sí era Rohan, así que tampoco había por qué lamentarse. Huir no era una opción.

Gabriel, por su parte, fumaba como un colegial en plenos exámenes repasando la lección, con la mirada peregrina en busca de algún punto en donde los pensamientos convergieran en algún lugar conocido.

—Nunca imaginé llegar hasta aquí —susurró—. No sé qué esperar de todo esto. Si te tengo que ser sincero, me he dado cuenta de que creía que mi vida se limitaría a descubrir pequeños secretos que no me llevarían a ninguna parte, pero que al menos me mantendrían entretenido. Y ahora, en apenas unos días, mi vida se ha puesto patas arriba. Y no es que me asuste, no te equivoques, he vivido una muy buena vida, pero cuando te has habituado a una rutina, salir de ella no es tan sencillo. Supongo que sabrás de lo que te hablo.

Sykes asintió.

—¿Por qué tanto interés en buscar a Isis? —preguntó.

—Porque ella es la respuesta. Solo ella conoce la verdad.

—¿Fue ella la que envió a Alena?

—No lo sé. Puede que sí.

—¿Por qué?

—¿Tú qué harías si el mundo te persiguiera y tú no necesitaras nada de nadie? Desaparecerías y querrías que nunca te encontraran. Vivir tranquilo.

—¿Y por qué no la dejáis vivir tranquila?

—Ya te lo he dicho. Porque solo ella puede ayudarnos. Solo ella puede acabar con la Acrópolis. Con los patricios y todos sus privilegios. Además, nos lo debe. A los humanos, digo. Al fin y al

cabo, ella no existiría sin nosotros. Somos sus padres. Y desde luego ella es nuestra hija.

—La desencriptación ha terminado —dijo Malaquías desde la mesa.

Gabriel no reaccionó. Mantuvo el humo recién inhalado en sus pulmones hasta que lo absorbieron por completo.

—Muéstranoslo —dijo con voz hueca.

Las imágenes se reproducían a través de los ojos del bibliotecario. La luz inundaba toda la sala, una luz intensa que hizo que Sykes y Gabriel lucharan contra el dolor en los ojos para no perder detalle de la reproducción.

Eran imágenes anodinas. Nada reseñable. Recuerdos recientes de Ted Gibson antes de arrancarse el kaizen ordenados de forma caótica. El bibliotecario reproducía las imágenes rápido. Apenas unos minutos y toda esperanza había desaparecido.

—No puede ser. No hay nada. No lo entiendo. Debería guardar el código de Isis.

Gabriel habló con la voz de un niño al que le acabaran de robar su juguete favorito.

Apareció una nueva imagen. Tan solo mostraba un código alfanumérico, nada que ayudara a Gabriel a salir de su incredulidad.

—Con esto doy por finalizada la reproducción. No hay más datos almacenados. Siento verle así, profesor Stullton. Entiendo que no es lo que esperaba encontrar.

—¿Te dice algo ese código? —preguntó Sykes a Gabriel.

—No… Nada… Nada… No lo entiendo…

—Si me permiten, ese código es el código de localización de un libro.

—¿Qué quieres decir? —pregunto Gabriel—. ¿Un libro dónde?

—En Tot, profesor Stullton.

—Explícate de una vez, Malaquías.

—Como usted bien sabe, la forma de localización de los libros en la biblioteca de Tot se realiza mediante un código el cual

representa el piso, la sala, el pasillo, la estantería, el anaquel y, por último, el libro. Ese libro se encuentra en la planta 3, sala 2, pasillo 12, estantería C. Permítame decirle, profesor Stullton, que ese libro tiene por título *Almas mecánicas* , la obra más afamada del doctor Klaus Mainz.

83

Chica entró en la sala desfondada.

—Hola… —dijo Malaquías pronunciando el nombre de Chica.

—Tenéis que iros. Han llegado varias naves ministeriales y están registrando vuestra nave.

Gabriel permanecía reflexivo en el sitio sin apartar la mirada del código alfanumérico que mostraba Malaquías.

«… el inicio…», susurraba, «… el primero…»

—Tenemos que irnos, Gabriel —dijo Sykes mientras cogía el kaizen de Ted Gibson.

—Borra todo, Malaquías. Ha sido un placer volver a verte.

La imagen desapareció y la sala volvió a estar tenuemente iluminada

—Datos eliminados. El placer ha sido mío, profesor Stullton.

Chica corría seguida por Sykes y por Gabriel. Callejeaba por calles angostas y oscuras donde los hurgadores se dedicaban a sus tareas sin prestarles atención.

Llegaron a una calle sin salida donde un hombre mantenía la entrada de una alcantarilla abierta.

—Tenéis que caminar recto hasta que encontréis varias bifurcaciones. Coged la de la derecha y caminad hasta hallar una barca. Seguid el canal hasta el final. Amarrad la barca con la cuerda que habrá allí. Estaréis en Kinshasa, pero tened cuidado, también está lleno de patrullas ministeriales.

No hubo tiempo para despedidas. Chica desapareció entre las calles mientras el hombre los miraba apremiante.

Llegaron a Kinshasa con los brazos rotos de tanto remar por las fangosas aguas residuales. Remaron en silencio, turnándose uno y

otro según sus brazos decían basta. Al salir, el insoportable olor de las alcantarillas hizo que el aire de la calle fuera el más puro que Sykes jamás respirara.

—A ver cómo salimos ahora de aquí —dijo Gabriel activando los prostéticos olfativos. Tuvo que reprimir una arcada cuando el olor que se había adherido a su ropa, a su piel y a su pelo emergió sin piedad. Sykes había vomitado varias veces ya.

—Necesitamos ayuda —dijo Sykes con la boca acuosa por los fluidos que no dejaban de ascender por su garganta dolorida.

—Supongo que no conocerás a nadie aquí.

Sykes no respondió. Se limitó a caminar en busca de una calle que le resultara familiar.

No sabría llegar al Barrio Hundido. Además, era demasiado arriesgado. Eso sería una bacanal de vigilantes tratando de pasar desapercibidos. Tampoco era capaz de situar la casa donde se había ocultado aquella noche antes de llegar a Ciudad Vertedero. Pero sí sabía llegar a la estación. Sería peligroso, pero no quería pasarse varios días en esas calles esperando a que las patrullas ministeriales se fueran.

84

Desde la desaparición de Mikki todo se había complicado. Ya ni siquiera confiaba en sus antiguos compañeros. Solo en Nancy. Y en Charley, a pesar de todo. Pero eso era antes de que apareciera muerto por una sobredosis hacía tres noches en el viejo callejón de los comerciantes chinos. Allí estaba, tirado sobre un montón de desechos con la cara morada y los ojos desorbitados completamente negros. Pero eso no fue lo que más impresionó a Oliver. Lo que le hizo replantearse su adicción fue la espuma densa y ensangrentada que le recorría el mentón casi inexistente. Por alguna extraña razón que no llegaba a comprender, sintió un profundo desprecio hacia sí mismo mientras miraba el espumarajo ennegrecido. Solo se le ocurrió una forma de espantar ese maldito desprecio. Se acercó a la casa del viejo Rómulo y compró varias onzas de blacktrip.

Ahora, sentado sobre una caja que olía a fruta pasada, observaba a los viajeros entrar y salir de la estación mientras sus antiguos compañeros les desvalijaban. Ya casi se había acabado la droga. Tenía que ponerse manos a la obra.

—Veo que no fue para tanto.

Oliver giró la cabeza y fijó sus ojos vidriosos en Sykes, que le miraba con una amplia sonrisa desde allí arriba.

—Que no fue para tanto el qué —dijo Oliver con voz fangosa.

—La detención.

—No. No fue para tanto.

—¿Puedes llevarnos a ver a Mikki?

Oliver se balanceaba con un movimiento repetitivo.

—Toma chico, te vendrá bien.

Gabriel se acuclilló y se colocó frente a él. Sobre la palma de su mano sostenía una pequeña pastilla de prineína. Oliver la cogió y se la llevó a su boca sin vacilación. Habría aceptado caca de rata rabiosa si pensara que eso le colocaría. La pastilla tardó unos minutos en hacerle efecto.

—¡Hola, Sykes! —dijo como si acabara de verlo—. ¿Quién es tu amigo?

—Oliver, este es Gabriel. Gabriel, Oliver.

—Encantando Oliver —dijo estirando la mano.

—¿Puedes llevarnos a ver a Mikki?

—Te llevaría encantado, Sykes —dijo Oliver soltando la enorme mano de Gabriel—. El problema es que no se le ha vuelto a ver desde aquel día.

—¿No volvió?

Oliver negó con la cabeza.

—¿Se te ocurre algún lugar en el que podría estar?

—La verdad es que no. Desde que le conocí siempre le he visto en el Barrio Hundido. Sé que a veces subía, pero yo nunca supe a dónde iba. Ni yo ni nadie. Era un tío paranoico. Aunque si te he de ser sincero, le echo de menos. Era más fácil con él.

—¿Sigues viviendo allí?

—¿Dónde si no?

—¿La Acrópolis no derribó las casas? —preguntó Sykes sorprendido.

—Supongo que para ellos es más fácil así. Mientras estamos allí es como si no existiéramos.

—¿Conoces las galerías por las que escapamos Mikki y yo?

—Pues claro. Las he recorrido muchas veces.

—¿Puedes llevarnos a la salida?

—Si me dices cómo era el camino…

Sykes buscaba desesperado el ladrillo que abría la puerta en la pared.

—No lo entiendo. Lo único que hizo fue empujar un ladrillo de

estos.

—¿Y por qué no lo intentamos por la puerta? —dijo Gabriel categórico.

Sykes llegó a dudar por un momento de su nivel intelectual. De alguna forma, había olvidado que los edificios suelen tener, al menos, una puerta de entrada.

La puerta tenía un sistema de apertura biométrica. Sykes abrió el pequeño panel metálico con la ayuda de un trozo alargado de feliaquita que encontró tirado junto a unos contenedores y se conectó al panel. Le llevó apenas dos minutos *crackear* el sistema. Recorrieron el edificio casa por casa, habitación por habitación, pero estaba vacío. Tan solo los robots de limpieza inmersos en sus tareas. En la azotea, varias palomas alzaron el vuelo cuando abrió la puerta. Oliver estaba disfrutando de la aventura. Reía y saltaba y trataba de imitar el arrullo de las palomas mientras agitaba sus brazos como si fueran dos alas negras.

—¿Se te ocurre algún otro lugar en el que podría estar? —preguntó Gabriel descorazonado.

Sykes negaba pensativo. Mikki podría estar en cualquier parte. Incluso muerto.

Recomponía el sistema de apertura cuando percibió una sombra en el reflejo del cristal de la puerta.

—¿Has visto eso? —susurró Gabriel.

Sykes asintió.

El dispositivo se cerró con un chasquido, pero Sykes continuó manipulando el circuito.

—Vete a la parte trasera del edificio. En dos minutos entraré por la entrada principal. ¿En qué piso estaba?

—En el de arriba. La segunda ventana de la izquierda. Dame tres minutos.

Sykes activó una cuenta atrás en su kaizen y pidió a Gabriel que también lo hiciera antes de alejarse con disimulo. Cuando el kaizen empezó a emitir una pequeña vibración, se dio la vuelta y salió

corriendo hacia el edificio. Desde la distancia se apreciaba la puerta carcomida ligeramente entornada. La empujó con el hombro y comenzó a subir las escaleras a toda velocidad. En el piso superior se empezaron a escuchar los pasos desesperados de varias personas. Los escalones crujían y parecían querer romperse a cada paso de Sykes. Oyó la respiración entrecortada de Gabriel acompañarle varios pisos más abajo.

—¡El ascensor no funciona! —gritó Oliver desde el *hall* de entrada.

Llegó al piso superior sin aliento. Se detuvo a escuchar, pero los latidos de su corazón retumbándole en los oídos hacía imposible cualquier intento. Había dos puertas, una frente a la otra. Sykes se dirigió hacia la de la izquierda mientras indicaba a Gabriel con su brazo extendido que fuera a la de la derecha. Pateó la cerradura hasta que esta cedió y entró a una casa sucia y con las paredes rotas. Desde la entrada se podía ver la disposición de las habitaciones. El olor a orín y a heces se hacía más intenso a medida que avanzaba.

—¡Sykes! ¡Aquí! —la voz de Gabriel sonaba ahogada al otro lado del edificio.

Esta casa estaba limpia. Olía a desinfectante. Avanzó por el pasillo hasta llegar a un salón donde una familia se abrazaba atemorizada mientras Gabriel intentaba tranquilizarla. Se fijó en los brazos del padre carcomidos por el shuzte. Se le podía ver el hueso en algunas partes. Las heridas de la madre eran más leves, pero aun así el dolor que debía padecer se sentía en su mirada amarga. Los niños estaban limpios, al menos en apariencia. Sus miradas solo mostraban miedo, no dolor.

—¿Quiénes sois? —preguntó Sykes.

—No te molestes. No hablan nuestro idioma.

—¿De dónde crees que son?

—De Tydium, por supuesto. Son *profundos* . La Acrópolis se interesó por las minas del planeta hace años. Para ahorrarse burocracia comenzaron a perseguirlos. La excusa fue que no se

integraban y que suponían un peligro para la Confederación. Supongo que esta familia logró escapar cuando los llevaban a algún campo de exterminio.

—¿Campo de exterminio?

—¿Te crees que solo existe Tribeca?

—Pero eso es un campo de trabajo.

—Tú llámalo como quieras.

—¿Por qué no los mataron en Tydium?

—Porque la Acrópolis es poderosa pero no tanto como para exterminar un pueblo entero sin tener que dar explicaciones a la Confederación.

Sykes comenzó a hablar a la familia despacio y gesticulando como si hablara a unos niños recién llegados a la guardería. Gabriel y Oliver le ayudaban tratando de matizar un gesto o alguna palabra. La familia también trataba de hacerse entender. Pero era ridículo. La conversación estaba siendo algo digno de grabarse para recordarlo en los momentos tristes.

Sykes, desesperado por tanta pantomima, se acercó a una de las ventanas polvorientas y comenzó a dibujar. Primero dibujó una casa. Señalaba el dibujo y después la casa que estaba frente a la ventana mientras repetía *casa* como un imbécil. O al menos así se sentía. La familia comenzó a asentir. Borró la casa y dibujo la silueta de un hombre. Señalaba al dibujo y después a él mismo mientras decía *hombre* . La misma sensación de imbecilidad le invadía. De nuevo, la familia asentía sonriendo. Sykes comenzó a señalarse a sí mismo y después hacia la casa. Lo hizo varias veces hasta que los ojos de la niña pequeña se iluminaron y comenzó a saltar levantando la mano. Su madre trató de detenerla, pero la niña se adelantó dando pequeños saltos mientras reía. Comenzó a señalar el dibujo del hombre y después la casa frente a la ventana. El padre se acercó también contento de entender algo por fin. Finalmente, toda la familia comenzó a señalar el dibujo del hombre y la casa, riendo. Gesticulaban y hablaban, pero ni Sykes ni Gabriel ni Oliver entendían nada. La madre se acercó al sofá sobre el que

descansaba una manta y, tras señalar el dibujo del hombre, comenzó a esconderse tras la manta y a volver a mostrarse. Después se acercó a una puerta, se escondió tras la manta y comenzó a abrirla y a cerrarla.

Sykes comenzó a asentir. Lo habían comprendido.

—¿Cuándo?

Gabriel se acercó a la ventana y dibujó un reloj. El hombre comenzó a asentir y lo borró para después dibujar otro en el que marcaba primero las ocho de la tarde y después las nueve mientras movía la mano en un gesto inconfundible.

—¿Entre las ocho y las nueve un hombre se esconde en la casa?

El hombre continuaba asintiendo y señalando el reloj. La mujer continuaba abriendo y cerrando la puerta parcialmente oculta por la manta. Los niños saltaban felices.

85

Oliver vigilaba orgulloso de sentirse útil. Lo único que le molestaba es que no le permitían fumar: el reflejo de la brasa del cigarrillo se vería desde la calle.

Sykes había arreglado el sistema antinsectos de la casa. Las heridas provocadas por el shuzte eran terribles, sobre todo las del padre.

Ahora, él y Gabriel conversaban envueltos en humo sentados sobre el suelo al fondo del salón.

—¿Entonces crees que Rohan se refería a Klaus Mainz?

—Todo encaja. Estábamos buscando en el lugar equivocado. El inicio, en el primero… Solo puede referirse a Klaus Mainz. El código en el kaizen del Guardián no hace más que confirmarlo.

—¿Avisarás a los demás?

Gabriel negaba pensativo.

—No. El propio Rohan lo dijo: alguien le traicionó.

—¿Desconfías de alguien?

Gabriel miró sorprendido a Sykes.

—¿Cómo no voy a hacerlo?

—¿Ovidiu?

—Es el primero en el que pienso. Aunque me cuesta. Ovidiu se ha sacrificado mucho, más incluso que cualquiera de nosotros. No tiene que ser fácil estar allí arriba haciéndose pasar por un loco.

—Quizá se haya cansado de esa vida.

Gabriel asentía despacio.

—Me cuesta creerlo. Me cuesta creerlo de cualquiera de nosotros.

—¿Con quién se solía poner en contacto Rohan?

—Conmigo, normalmente. Pero yo sé que no le traicioné. Puedes no creerme, por supuesto. Yo lo haría.

—Si tú fueras el traidor, ya me habrías entregado.

—Basándonos en eso, cualquiera de nosotros te podía haber entregado en Ciudad Sumergida.

Sykes miró a los niños jugar en silencio, habituados ya a esa vida furtiva. Sintió una pena profunda. La vida no iba a ser fácil para ellos. Y eso en el mejor de los casos.

—Tenemos que ir a Tot —dijo Sykes saliendo de su ensimismamiento.

—No será fácil.

—Nada lo es. Pero tenemos que ir. ¿Crih ya está allí?

—Prefiero no involucrarla. No sabemos lo que vamos a encontrar.

—¡Ahí está! —gritó Oliver.

Sykes y Gabriel se levantaron y corrieron hacia la ventana. La cabeza de Sykes comenzó a funcionar en sentido opuesto al que estaba funcionando hasta ese momento. Pensamientos rápidos. Acciones esquematizadas en su cabeza. Todas las permutaciones posibles correteando de un lado a otro.

—No estarás intentando huir.

Sykes agarró a Mikki y lo empujó a través del hueco de la pared lanzándolo al suelo de la habitación.

—Ciérrala.

Mikki miraba asustado. Miraba hacia los lados. Miraba hacia atrás. Miraba hacia Sykes.

—Te juro que no sabía lo de los gemelos. Te lo juro, Sykes.

—Veo que te enteraste, pero no estoy aquí por eso. Necesitamos salir de aquí.

—Te lo juro Sykes…

—Ya te he dicho que no estoy aquí por eso, Mikki. Necesitamos tu ayuda.

Sykes ayudó a levantarse a Mikki.

—Cierra la pared.

—¿Pero por qué coño has vuelto? Pensé que no te volvería a ver. Y no me disgustaba ese pensamiento.

—Yo tampoco me alegro de verte, Mikki.

—¿Y qué quieres que haga?

—Vas a sacarnos de Kinshasa lo antes posible.

—Las calles están llenas de patrullas. Creo que lo mejor será descansar un poco y salir en medio de la noche.

—Tenemos que irnos ya, Mikki.

Mikki lanzó una sonrisa enferma. Su mirada nublada no era capaz de enfocar un punto concreto. Se giró y salió de la habitación como si allí no hubiera nadie más.

Los gritos les despertaron en mitad de la noche. Sykes corrió a la ventana y miró hacia la calle. La familia de *profundos* chillaba desesperada mientras unos vigilantes se llevaban a los niños. La madre vociferaba agarrada por dos vigilantes mientras el padre trataba de hacerse entender desesperado. Un vigilante le golpeó con la culata del arma y cayó al suelo inconsciente.

—¡Vámonos! ¡Ya!

Corrieron escaleras arriba mientras una patrulla trataba de derribar la puerta de su edificio. Salieron a la azotea en el momento en que la puerta cedió y varios vigilantes armados entraron lanzando órdenes. Estaban bien entrenados. Ocuparon el edificio en apenas unos minutos.

—Tenemos que cruzar.

Gabriel miraba asustado la azotea del otro edificio.

—¿Pretendéis saltar?

Mikki se lanzó y comenzó a correr a través del aire seguido por Oliver.

—Mira siempre hacia el frente —dijo Sykes antes de empezar a recorrer la distancia entre las azoteas. No lo hacía con la pericia de Mikki u Oliver, pero la recorría menos temeroso que la primera vez.

Para Gabriel no estaba siendo tan sencillo. Caminaba como si tuviera atados los cordones de sus zapatillas. Parecía que sus piernas iban a romperse en cualquier momento.

Gabriel alcanzó la azotea antes de que cuatro vigilantes lograran abrir la puerta a sus espaldas. Se lanzó al suelo, ocultándose tras la cornisa donde los demás permanecían escondidos.

Tan solo transcurrieron unos segundos cuando otros vigilantes comenzaron a golpear la puerta que daba acceso a la azotea donde se encontraban. No hizo falta decir nada. Los cuatro corrieron agachados hacia el siguiente puente. Sykes se abalanzó hacia la puerta cuando esta cedió, desarmó a uno de los sorprendidos vigilantes y le propinó una fuerte patada en el plexo solar que le hizo caer por las escaleras junto con los vigilantes que le acompañaban. Los vigilantes de la otra azotea comenzaron a disparar. Sykes apenas tuvo tiempo para agacharse mientras disparaba con el arma del vigilante corriendo agazapado hasta el final de la azotea.

Gabriel le cubría desde la otra azotea mientras Sykes cruzaba. Después continuaron corriendo agachados hasta alcanzar el siguiente puente.

—¡Cruzad! —gritó Sykes cruzando el nuevo puente de espaldas mientras disparaba sin dar tregua a sus atacantes.

No había llegado al final del puente cuando la puerta de la nueva azotea se abrió.

—¡No os detengáis!

Sykes y Gabriel disparaban hacia la puerta para evitar que los vigilantes accedieran a la azotea. Dos naves ministeriales aparecieron entre el Grumo y se situaron sobre sus cabezas apuntando con sus focos y emitiendo órdenes amenazadoras.

Lograron atravesar tres azoteas más, pero varios vigilantes aparecieron en la azotea de enfrente. Se habían quedado sin caminos que recorrer.

La puerta de la azotea en la que se encontraban se abrió en ese

momento. Mikki no tuvo ninguna oportunidad. Cayó al suelo con un enorme agujero en el pecho. Sykes disparó. Lo hizo con la precisión de su juventud. La precisión que otorga el miedo. La adrenalina. Los cuatro vigilantes cayeron al suelo. Muertos. Lanzó una última mirada al cuerpo inerte de Mikki antes de atravesar la puerta y descender un piso seguido por Gabriel y Oliver. Abrió la puerta de una de las viviendas de una patada y corrió por la casa escuchando los gritos aterrorizados de la familia que la habitaba.

—Oliver, quédate aquí. Siéntate con ellos, no nos sigas.

Oliver obedeció. En sus ojos se apreciaba el miedo. Sykes y Gabriel alcanzaron una de las ventanas que daban a la calle trasera. La calle estaba vacía. Algún gato callejero hurgando en la basura. Un vagabundo dormido sobre su propio vómito. Debajo de ellos había varios contenedores. No había otra salida.

—Tenemos que saltar.

No hubo tiempo para la duda. Sykes disparó a los vigilantes que comenzaban a aparecer tras el marco de la puerta y saltó tratando de recordar la oración que el día del ataque a Lucille Rivas escuchó recitar a la pasajera oronda del deslizador. Cayó sobre montones de basura. No hizo falta preguntarse si seguía vivo. El hedor del contenedor se lo confirmó. Últimamente el olor a inmundicia le perseguía allí donde fuera. Tendría que arreglar los prostéticos olfativos. Escuchó el grito de Gabriel mientras este caía. Se apartó hacia el lateral del contenedor justo a tiempo de no ser aplastado.

—¿Estás bien?

—¡Joder, Sykes, no! ¡No estoy bien!

—Vamos. Ya nos quejaremos después.

Se disponían a continuar la huida cuando escucharon un grito aterrorizado sobre sus cabezas. Un vigilante zarandeaba a Oliver sujetándolo por una de sus piernas. Abrió la mano y Oliver comenzó a caer sin parar de agitar sus brazos y sus piernas.

—¡Cúbreme! —gritó Sykes mientras volvía a meterse en el contenedor. Oliver caía de cabeza. Nada amortiguaría el golpe.

Lo agarró por los hombros antes de que golpeara con su cabeza

lo que fuera a golpear. A pesar de su poco peso, Sykes cayó sintiendo los brazos desencajarse.

—¿Estás bien? —preguntó asustado.

Oliver no respondió, pero estaba bien. Su mirada era una mezcla de agradecimiento, terror y lágrimas.

De un impulso lo sacó del contenedor. Sykes cogió el arma y comenzó a disparar hacia las ventanas mientras salía él mismo.

—¡Vamos, pequeño, guíanos!

Serpentearon por las angostas calles con las naves persiguiéndoles desde el cielo y el eco de los pasos de los vigilantes inundando las calles.

Oliver corría sin mostrar duda. Sabía a donde quería ir. Cuántas veces habría recorrido esas calles escapando de alguna víctima incauta.

Alcanzaron una calle larga en la que se extendía un maltrecho mercadillo donde se vendían productos de estraperlo. Los toldos de los puestos los ocultarían de las naves. Oliver se adentró entre la gente, perdiéndose de vista. Sykes no pudo evitar sentir una oleada de pánico, aliviada cuando Oliver reapareció gesticulando con la mano.

—¡Vamos! Ya casi hemos llegado.

Caminaron deprisa, con tanta gente sería imposible correr, hasta llegar a un puesto donde se vendían todo tipo de objetos robados.

—¡Oliver! ¿Qué haces aquí? —La joven que atendía el tenderete miraba sorprendida a Oliver—. ¿Ya es sábado? Ya no sé ni en que día vivo.

—Nancy, necesitamos escondernos. No hagas preguntas, por favor.

Nancy miró primero a Oliver y después a Sykes y a Gabriel. Al final de la calle comenzó a suceder algo: voces, tumultos, protestas… Los vigilantes estaban entrando en el mercado.

—Seguidme.

Pulsó un botón y el puesto se cerró, pasando a ser una simple

caja del tamaño de un perro grande. Se giró hacia el callejón de su espalda. Recorrieron varias calles, esta vez sin la vigilancia de las naves y sin el eco de los pasos de los vigilantes a sus espaldas. A los residentes de Kinshasa no les gustaba la presencia de los vigilantes y estaban poniéndoselo difícil. Llegaron a un edificio donde un negro enorme con una barriga enorme y unas rastas enormes fumaba sentado sobre las escaleras de la entrada.

—Hoy no es el día, Nancy.

Su voz parecía salida de la caverna más profunda y más oscura de Tribeca.

—Mis amigos necesitan esconderse —dijo señalando su espalda.

El hombre observó al curioso trío con unos ojos tan negros que parecía que la luz se extinguía en ellos.

—No sé la que habréis liado, pero todo lo que sea joder a esos hijos de puta me parece bien.

El hombre levantó su tonelada de peso con impresionante agilidad y se introdujo en el edificio.

—Vigilad la entrada —ordenó a dos hombres que se asomaron al pasillo a ver que estaba sucediendo.

Llegaron a una puerta blindada vigilada por dos hombres casi tan grandes como su anfitrión.

—Tengo que hablar con el jefe.

Uno de ellos llamó a la puerta, esperó el chasquido que indicaba que ya se podía abrir y asintió sin dejar de mirar a Sykes y a Gabriel. Su anfitrión entró en la sala. Apenas unos murmullos salían a través de la rendija de la puerta entreabierta.

—Solo tú —dijo señalando a Sykes cuando salió de la habitación.

Sykes accedió al despacho. Era un despacho elegante, clásico siguiendo el estándar de Pandora para ese año, presidido por una enorme mesa de roble. Sentado tras ella, un hombre atractivo y bien vestido observaba a Sykes mientras bebía un *whisky* que no parecía barato.

—Eres Sykes, ¿verdad?

Sykes asintió con desgana. No recordaba a ese hombre y no le gustaba no hacerlo cuando a él sí lo reconocía.

—Ha pasado tiempo.

—Mucho, supongo.

—Fue antes de que os pillaran. Bueno, o pillaran a Frey.

Sykes no dijo nada. No tenía ganas de hablar con ese hombre bien vestido. La bajada de la adrenalina se hacía patente. Necesitaba descansar unas horas.

—No te voy a preguntar por qué coño está medio Ministerio de Justicia y Seguridad en mi ciudad. No me importa. Tú me salvaste la vida aquel día y esta va a ser mi forma de devolvértelo.

Sykes frunció el ceño. Ese hombre no aparecía en ninguno de sus recuerdos. Trató de imaginárselo más joven, más viejo, peor vestido, en otro entorno…

—Sigues sin recordarme, ¿verdad? Te daré una pista: diamantes.

—Lo siento, pero no lo recuerdo. No es muy buena pista de todas formas.

El hombre sonreía. No había acritud en su mirada. Al contrario, Sykes apreció cierta cercanía. También admiración.

Se levantó y se quitó la chaqueta hecha a medida y tejida con seda natural. Después comenzó a desabrocharse la carísima camisa mientras hablaba.

—Sí… quizá no sea muy buena pista. Diamantes… cuantas veces habrás negociado con diamantes. Pero esto seguro que te ayuda.

El hombre se quitó la camisa y mostró su fuerte torso. Después se giró y Sykes recordó.

86

—… así que espero que no se os escape esta vez. Tendréis todo lo que necesitéis.

La imagen holográfica del agente Bruc y del agente Nabokov presidía el despacho del ministro Teltet. Ambos de pie y con la cabeza erguida. Al menos el agente Nabokov. A Sebastian no se le podía exigir más. Paul lo observó con desaprobación. Era innegable su valor como agente, pero la imagen que daba de la Acrópolis hacia el exterior era algo que no agradaba al ministro.

—La agente Stein llegará en dos días. Se pondrá en contacto con ustedes cuando llegue. Por supuesto, espero que lo hayáis detenido antes. Vivo si es posible. Al menos con el kaizen intacto.

—Respecto al exministro…

—La agente Stein ha reiterado su interés en su captura, agente Bruc. Vivo. Se ha mostrado inflexible a este respecto.

—¿Tenemos permiso para…?

—Tenéis permiso para todo, agente Nabokov. Incluso para volar ese vertedero por los aires si lo veis necesario.

—Me refería, señor ministro, permiso para…

—No me quiero repetir, agente. Estaréis cubiertos desde el Ministerio. Ahora tengo que dejarles.

La imagen desapareció atenuando la iluminación de la sala.

—¿Cómo los localizasteis? —preguntó el ministro Keshiro Keigo.

Paul se aclaró la garganta antes de responder.

—Un hurgador avisó a uno de los agentes cuando llegaron a Ciudad Vertedero para investigar el caso de los prostéticos.

Todos dirigieron la mirada al suelo, algunos para ocultar su

vergüenza por tanta hipocresía, otros tan solo para disimular. Era indudable que debían hacer algo de ruido con el tema de los prostéticos, pero la situación, desde el punto de vista de los ministros, resultaba ridícula.

—Es escurridizo —dijo Lenny Cole. Estaba sentado junto al ventanal del despacho de Paul Teltet fumando un cigarrillo. El resto de ministros y exministros estaban desperdigados por la sala. Serj Malakian parecía recuperado. Su mirada volvía a mostrar ese brillo vanidoso que tanto odiaba Paul. Ni siquiera la mención de los prostéticos le perturbó.

—Esta vez no se puede escapar. Tenemos todas las salidas vigiladas. No se puede mover una sola nave sin que la revisemos primero.

El exministro Stellman carraspeó y habló dirigiendo la mirada a algún punto de la cúpula que coronaba la sala.

—Está claro que hemos subestimado a ese hombre. No estamos hablando de un delincuente común. Su forma de actuar esta mañana ha sido… cuanto menos… impresionante.

—¿Qué hay de su antiguo socio? —preguntó Tricia Kovacs.

—No se ha movido de Ciudad Colmena. Parece que esto no va con él. Creo que le podemos descartar. Tenemos demasiados frentes abiertos ahora mismo. No debemos abrir uno nuevo.

Tricia no parecía satisfecha.

—Deberíamos realizarle una lectura intracerebral.

Serj Malakian se movió intranquilo en su silla.

—Creo que Paul tiene razón. Ya hemos visto como ha actuado Marcus Sykes. Y es el más cuerdo de los dos. Si algo saliera mal con ese tal Frey… No me gustaría verle en acción. No es un lobo solitario como Sykes. Es el líder de una banda extensa y muy peligrosa. Además, no queremos que vuelvan a trabajar juntos por nuestra culpa. Un enemigo común al que enfrentarse. Por cierto, Paul, ¿cómo fue con Talaban?

—Está limpia.

—¿Nada?

—Sus recuerdos concuerdan con su versión. Apareció a última hora en los laboratorios porque estaba aburrida. Esa mujer no puede estarse quieta.

—¿No protestó? —preguntó Magga Bracco.

—Le realizamos un borrado.

—¿E implementación de nuevos recuerdos?

—No —dijo Paul con una sonrisa burlona.

La risa del exministro Glotka resonó en la sala.

—Dos horas olvidadas. Me la imagino tratando de recordar dónde ha estado. Me hubiera gustado verla. Esa maldita…

—Perra —culminó Malakian—. ¿Qué hay de las imágenes de esta mañana en Kinshasa, Dante?

—Será complicado controlarlas todas. Tenemos que dar por hecho que en algún momento llegarán al Nexo.

—Muchos reconocerán al exministro Stullton.

—Tengo a un equipo desarrollando un algoritmo de variación.

—¿Inteligencias?

—También. Estamos utilizando dos de nivel 1 y dos de nivel 2.

Serj Malakian asintió satisfecho.

—Volviendo al tema de la implantación de recuerdos, ¿qué se le ha implementado al agente Nabokov?

—No voy a negar que ha sido un problema, Ray —respondió Henning Larsson—. Seis meses de recuerdos no son fáciles de implementar. Deberíamos hacer copias más a menudo. Descargamos recuerdos de algunos de los compañeros que han trabajado con él durante estos meses y se los implantamos. El resto se lo hemos contado de forma oral, explicándole la situación. Pero… es inevitable que muestre lagunas.

—¿Cómo se lo tomó?

—¿A qué te refieres, Naira?

—Bueno… su muerte.

—Al principio se sintió confundido. Me atrevería a decir que incluso asustado. Se le pasó rápido. El agente Nabokov es un hombre pragmático. Pero no podemos todavía valorar sus

sensaciones a medio plazo. La solución de implantar recuerdos ajenos puede resultar confuso para el receptor, pero creemos que ha sido una buena decisión.

—Sin duda —dijo el exministro Waltz—. No es la primera que se hace. Que yo recuerde, solo salió mal una vez.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Stellman.

—No lo recuerdo. Pero saltó desde el sumidero.

—¿A los suburbios? —preguntó Tricia asombrada.

—Se creía que podía volar.

—¿Era un patricio?

—Un barón de primera generación. Sus hijos acabaron exiliados. Demasiadas preguntas sobre su padre.

Serj Malakian se levantó dando por concluida su participación. El resto se lo agradecieron en silencio. Era hora de irse. Esa noche había partido.

87

La habitación se ocultaba tras una falsa pared guardada por todo tipo de equipos electrónicos utilizados para fines sin duda ilícitos. Era amplia, aséptica, con varios camastros y una mesa endeble de madera pegada a una de las paredes. Un respirador en el techo garantizaba la correcta ventilación, aunque no era capaz de extraer todo el humo de los cigarrillos que no paraban de fumar. Gabriel observaba a Sykes a través de la nube grisácea que se había adueñado de la habitación. Cuando lo conoció, le pareció un hombre demasiado joven, ingenuo en muchos aspectos. Lo había subestimado. El hombre que descansaba sobre la cama con los ojos cerrados, el gesto tenso y un cigarrillo humeante entre sus dedos, había dominado las calles durante muchos años. Y ese mismo día había comprendido porqué.

Oliver continuaba temblando encogido sobre su cama. Tardaría un tiempo en olvidar lo vivido.

—¿Estás bien, pequeño? Si quieres te doy un cigarrillo. Pero no te acostumbres. Solo por esta vez.

Oliver se levantó despacio y cogió el cigarrillo que le ofrecía Gabriel. Sus ojos comenzaban a mostrar los efectos de la abstinencia. No faltaba mucho para que el mono le asaltara. Tendrían que estar atentos.

Las voces se escuchaban a través de las paredes. Varios vigilantes registraban la casa bajo los insultos del grupo de Sasks Mucrey, el líder de la mafia de Kinshasa.

Sykes fumaba en silencio, ajeno a todo lo que le rodeaba. Pensaba en Sasks, en las enormes cicatrices que le mostró. Seis triángulos. Seis años como esclavo en las minas de diamantes de

Sejmet. Triángulos crecientes desde el pequeño triángulo del medio de la espalda hasta el más grande que le nacía en los hombros y acaba al final de la columna. Todavía recordaba el día que Valentine le contó cuál habría sido su propio destino. Esa noche no durmió. Ni tampoco las cuatro siguientes. Al final el sueño le venció y no volvió a pensar en ello. Hasta aquel día. Iba a ser una transacción sencilla. Una simple compra de diamantes que después venderían a una importante corporación en Gaia. Ya estaba todo apalabrado. Dinero fácil. Pero Sykes no lo soportó. No recordaba el momento en que sacó el arma y comenzó a disparar. Lo que no había olvidado era la cara de sorpresa de los esclavistas justo antes de volarles la cabeza. Eran nueve. Nueve tipos rudos con miradas confiadas y falsas sonrisas. Ellos solo dos. Frey y él mismo. No tuvieron ninguna oportunidad. Después liberaron a todos esos críos. Cientos de niños. Tomaron prestadas las naves de transporte de los esclavistas y los llevaron a Dríade. Allí estarían a salvo, al menos durante un tiempo. Se encargaron de los jefes de la corporación para asegurar su propia seguridad, y desaparecieron durante un tiempo. Frey le insultó todo ese tiempo. Demasiado dinero perdido. Demasiados problemas innecesarios. Sykes siempre sonreía cuando despotricaba. Su mirada contradecía sus palabras. Era una mirada agradecida. Orgullosa de haber hecho lo que hicieron.

Pero ahora no era momento para recuerdos.

Esperarían a que se calmara todo. Un par de días, quizá tres, lo suficiente para que los agentes comenzaran a perder concentración por el cansancio y el tedio. Oliver se quedaría al cuidado de Sasks Mucrey. Le prometió cuidarle como si fuera su propio hijo. Sykes tenía la sensación de que podría pedirle lo que quisiera y él se lo daría sin mostrar ningún tipo de duda. Un hombre agradecido. Volvería a por Oliver cuando todo esto pasara. Si lograba salir de allí. Si lograba sobrevivir.

88

Sebastian había apreciado ciertas lagunas en los recuerdos del agente Nabokov: lugares equivocados, fechas incorrectas, investigaciones resueltas por otros agentes que se los agenciaba como propios. Confirmaba las sospechas que le martilleaban la cabeza cada segundo que pasaba junto a él: clonación e implantación de recuerdos, posiblemente ajenos. Eso le llevó a pensar en Talaban. Estaba desquiciada. Acudió a la rueda de prensa por la aparición de los prostéticos, pero no sabía cómo había llegado a casa. Aseguraba que su último recuerdo era una conversación banal que mantuvo con un viejo colega del *Subnews*. Después nada. Sentada en el sofá, viendo una película que no recordaba haber reproducido, comiendo unas palomitas que no recordaba haber preparado y bebiendo un vino que no recordaba haber servido. Sebastian casi se cae al suelo de la risa. Le explicó lo que había sucedido: habían borrado los recuerdos de su interrogatorio.

—¿Y cómo puedo saber que salió todo bien? ¡Si ni siquiera sé por qué querrían interrogarme! —preguntó asustada.

—Porque estás aquí.

—¿Me habrían matado? ¡¿O enviado a Letargo?!

—Puede ser. Pero no lo creo. Se habrían limitado a arruinar tu carrera. Y probablemente tu vida. Pero todo siguiendo los cauces legales. Suele ser conveniente mostrar a los demás lo que les puede suceder en caso de que se excedan. Si te mataran o enviaran a Letargo no mandarían el mismo mensaje.

—¿Y ahora?

—Ahora puedes seguir incordiando a todo el mundo. De

hecho…

… *agente Bruc.* La voz del agente Nabokov le llegaba amortiguada, lejana. Sentía ese efecto cada vez que hablaba con él. Se le pasaba, pero volvía cuando comenzaban una nueva conversación.

—¿Me ha oído, agente Bruc?

Sebastian asintió sin haber escuchado nada.

El agente Nabokov se alejó calle arriba. Supuso que es lo que le habría dicho, pero no le importaba. Podía irse a Baco a morir rodeado de cien vírgenes y cuarenta kilos de blacktrip para después volver con lagunas mentales y un lustroso cuerpo nuevo.

Observó las calles. El operativo ministerial era el más fuerte que se había visto desde la desaparición de los Siete. El mayor operativo desde la desaparición de los Siete en el momento en que aparecían los prostéticos de los Siete. Tenía la sensación desde que era un niño de que el ciclo vital era un círculo. Todo retornaba y volvía a comenzar. Puede parecer que todo evoluciona, que todo cambia, hay personas que mueren y son reemplazadas por otras personas que en principio son distintas, pero que al final sus acciones encauzan las aguas hasta la misma desembocadura, sin importar el tiempo, sin importar la longitud. Un meandro sin entradas ni salidas donde las personas simplemente navegan durante un período de tiempo para después ahogarse sin remedio. Ni siquiera las reprogramaciones variaban lo inevitable. La vida siempre volvía al mismo punto sin importar el diámetro del círculo. Todo era cuestión de tiempo.

Tras la reunión con el ministro, se dirigieron al único sitio al que podían ir. Sasks Mucrey se mostró tan educado como de costumbre, con esa elegancia aprendida que acompañaba con gestos lentos y perfectamente calculados. Aunque Sasks había crecido bajo la nada despreciable protección de la Condesa del Vertedero, era admirable lo que había logrado en apenas unos años. Sasks contuvo a sus hombres, un gesto sin duda impostado, pero al menos así pudieron registrar el edificio sin desordenar

demasiado ante la beligerante mirada y los insultos susurrados de los hombres de Sasks. Como era lógico, no encontraron nada. Sasks los despidió de nuevo con exquisita educación. Pero Sebastian no se fue con las manos vacías. Antes de abandonar el edificio, Rufus apareció tras una puerta con su enorme barriga, sus enormes rastas y su enorme sonrisa. Rufus y Sebastian compartían su gulosa y enfermiza afición por la comida. Al parecer habían abierto un nuevo restaurante cerca de la plaza del Día de la Victoria que merecía la pena. Y si Rufus decía que merecía la pena, había que probarlo.

89

Lenya Stein vigilaba tras la sucia ventana del edificio que miraba hacia el callejón. La familia de la casa se sentaba atemorizada, abrazada con ojos húmedos y miradas suplicantes. Aborrecía esa ciudad: el hedor de sus calles, de sus gentes. La masificación. La podredumbre. El olor de la casa resultaba insoportable, pero no le gustaba desconectar sus prostéticos olfativos. Le mantienen alerta, conocedora del entorno.

Su viaje de vuelta había resultado de lo más provechoso. Su acceso a informes ocultos para el resto de agentes le había permitido descubrir que Sasks Mucrey era uno de los cientos de niños esclavos que habían trabajado en las minas de diamantes de Sejmet y habían sido liberados por algún alma caritativa. Tras leer el infinito expediente de Marcus Sykes, no le costó dilucidar quién había sido su libertador. O al menos uno de ellos. No era más que una suposición, pero Lenya siempre daba crédito a sus suposiciones. Admiraba el valor de Marcus Sykes. Resultaba imposible no hacerlo. Y nunca lo habían detenido. Nunca. Después de ver el vídeo de como había escapado por las azoteas de los edificios de Kinshasa, no solo sentía admiración. También respeto.

Observaba el callejón sin apenas pestañear. La puerta de la casa estaba vigilada por dos hombres imponentes que fumaban sin parar. Qué costumbre más asquerosa. E imbécil. Más allá, se podía ver los puestos del mercado. Había decidido situarse en esa calle. Era tan buena como cualquier otra. No había avisado de su llegada. Gabriel Stullton era para ella. Para nadie más.

Las farolas comenzaron su actividad antes de que el sol se ocultara por completo tras el Grumo. Un grupo salió de la casa,

amplio, de unas veinte personas. Quizá más. Se dividieron. Unos se dirigieron hacia la calle del mercado. Los otros hacia la calle principal que ella misma vigilaba.

No le costó percibir el optodisfraz de uno de ellos. Era un hombre corpulento, negro y con unas rastas delgadas y mal cuidadas. La constitución corporal podría ser la de Gabriel Stullton.

Abandonó la casa ante la aliviada mirada de la familia y comenzó a seguir al grupo. De nuevo apreció el disfraz. La luz de las farolas era un mal maridaje para los disfraces baratos.

Caminaban tranquilos, saludando a la gente, riendo. Todos menos el hombre con el disfraz. Este caminaba expectante, rígido y sin dejar de reaccionar a cada acción externa. Era un manojo de nervios. El pequeño tamaño de Lenya solía ser una ventaja cuando de seguir a alguien se trataba, pero Kinshasa era una ciudad demasiado populosa, demasiada gente enorme y hedionda empujándola sin dignarse a pedir una disculpa.

Fue varias calles después cuando sus miradas se cruzaron. A pesar del disfraz, Lenya notó su mirada. Era la misma mirada dotada de algo primitivo. Pero esta vez sí percibía el miedo. La comprensión de lo inevitable. La ciudad estaba atestada de patrullas ministeriales. No había posibilidad de huida.

En ese momento su cabeza se llenó de tantas preguntas que no era capaz de vertebrarlas en pensamientos funcionales. No quería torturarle, pero estaba convencida de que era un hombre duro, un hombre con honor. Ella se lo quitaría.

Llegaron a una plaza que algún día debió tener un nombre. Cinco bifurcaciones nacían al final de la plaza. Gabriel las observaba, buscando cuál sería la mejor opción. Las rastas se le movían con cada giro de la cabeza.

Y comenzó a correr ante la sorpresa de sus acompañantes. Lenya estaba preparada. Había avisado al agente Nabokov y ordenado que viniera con una patrulla para contener a los hombres de Sasks. No tardaría en aparecer. Comenzó a correr desde el mismo momento que comenzó Gabriel. A pesar de su tamaño,

corría rápido, recta, con los brazos estirados y una zancada inesperada. La persecución no duró mucho. Gabriel había llegado a un callejón sin salida. Buscaba desesperado una forma de escapar, pero Lenya ya estaba allí, en actitud marcial, con las manos agarradas a la espalda y una sonrisa que helaría la sangre al mismo sol.

—No hay salida, señor Stullton.

Gabriel presionó dos botones en sus hombros y el disfraz se anuló. Se lo quitó lentamente, sin dejar de mirar a Lenya. Varios de los acompañantes de Gabriel llegaban corriendo, pero se detuvieron cuando entendieron la situación. Tenían órdenes expresas de Sasks de no interferir si alguno de ellos era detenido. No quería problemas con la Acrópolis. Se giraron dirigiendo una mirada de disculpa a Gabriel, pero Gabriel ya no estaba allí. Tenía la cabeza baja. Lenya trató de localizar la conexión que había establecido, pero le resultó imposible. Probablemente Sykes tuviera que ver con ello.

—Debe acompañarme, señor Stullton.

Gabriel levantó la mirada. Esta vez no veía miedo en sus ojos. Y eso la perturbó.

—No haga el tonto, señor Stullton. Podemos hacer esto de la forma menos dolorosa. Usted decide.

Gabriel negó con la cabeza. Era un movimiento lento, reflexivo. Por un momento, Lenya diría que estaba rezando.

El agente Nabokov llegó junto con seis hombres. Todos apuntando a Gabriel con sus armas. Nabokov se situó detrás de Lenya.

—¿Cuándo has llegado?

Lenya ignoró la pregunta.

—Vigilad la calle y traed una nave.

Los agentes acataron las órdenes.

—También tú, agente Nabokov.

Esperó a estar de nuevo a solas con Gabriel.

—Si va usted armado, señor Stullton, debe entregar su arma.

Gabriel se llevó la mano derecha a la espalda.

—Despacio.

Gabriel sacó el arma y la sostuvo apuntado al suelo. Sonreía. Una descarada sonrisa de suficiencia. Su mirada desafiante preocupó a Lenya.

—No haga estupideces, se…

El resto de la frase salió muda. No tuvo tiempo para detenerle. Gabriel se llevó el arma a la nuca y disparó.

Lenya corrió hacia el cuerpo inerte. La consternación todavía reflejada en su rostro.

—Joder, ¿qué ha pasado? —dijo Nabokov a su espalda.

Incrédula, observó la cabeza decapitada de Gabriel. Su mirada, aunque vacía, permanecía desafiante, incluso burlona. El kaizen destrozado y no había tiempo para leerle el cerebro en la Ciudadela. Lloraría si supiera llorar.

V

90

El vómito le ascendió por la garganta sin darle apenas tiempo para apartarse de la mesa. La camarera se acercó corriendo con un trapo sucio en la mano y cara de preocupación.

—¿Está usted bien? Es normal con esas imágenes. ¡Papá! ¡Apaga el reproductor!

Sykes no apartaba la mirada de la imagen. A pesar del algoritmo utilizado para la modificación de los rasgos faciales, no había duda de que era él. Gabriel yacía en el suelo sobre un charco de sangre, decapitado, con el arma que Sasks le había dado sujeta entre sus dedos inertes. Desapareció la imagen para dar paso a las declaraciones por parte de la Acrópolis. Al fondo de la imagen, con el cuerpo erguido en completa quietud, la agente Stein miraba hacia la cámara mientras…

Se levantó de la silla con tanto ímpetu que esta salió disparada chocando contra la mesa a su espalda. El cliente que la ocupaba debió decir algo, pero Sykes tenía la sensación de estar debajo del agua.

Él mismo había visto el cadáver de ese hombre con la cabeza sujeta por un hilo de carne encarnada.

El agente Nabokov hablaba con el periodista con total naturalidad, como si un muerto se lo pudiera permitir.

Dejó dinero sobre la mesa y salió del local justo a tiempo para vomitar otra vez.

Necesitaba una conexión segura. Necesitaba respuestas. Pero lo primero que necesitaba era abandonar la ciudad.

Nunca le había gustado Nueva Luanda. Sus habitantes eran gente sin escrúpulos. Hizo negocios allí alguna vez y siempre

surgió algún problema. Y ahora se sumaba la ausencia de una banda dominante lo que la convertía en una ciudad demasiado peligrosa. Al parecer Sasks, bajo las órdenes de Úrsula, la cual había resultado no ser solo la Condesa del Vertedero, trataba de hacerse con ella. Rufus le dio dinero y no le reclamó el arma que le había entregado Sasks en Kinshasa. Después se despidió dándole un suave toque en el hombro que casi le empotra contra la pared. Habían venido para terminar con una pandilla de traficantes que estaba empezando a hacerse importante y Sykes no querría estar metido en mitad del asunto cuando las cosas se pusieran tensas.

Localizó un pequeño hostal que parecía lo suficientemente decente como para pasar una noche. Tenía conexiones al sistema y una dueña con pinta de que sería mejor no hacerla enfadar.

La habitación no era nada del otro mundo, pero tenía una cama cómoda. Además, la ventana daba a un patio interior al que sería fácil saltar si fuera necesario.

Se quitó el disfraz, se lavó la cara en el maltrecho lavabo y se tumbó sobre la cama. Después, conectó su kaizen a la toma que había junto a la mesita de madera carcomida y esperó a que los algoritmos de rastreo y seguridad se iniciaran.

Había creado un servidor para ponerse en contacto con Gabriel y le había cargado en el kaizen un *software* para establecer una conexión segura. En el servidor había un mensaje. La hora indicaba que Gabriel lo había enviado apenas unos minutos después de que se despidieran en Kinshasa.

No he podido, Sykes. Y no puedo dejar que me cojan con vida y lean mi kaizen. Tengo que hacerlo. Continúa, por favor. Por Rohan. Por mí. Por la humanidad. Y no confíes en nadie. En nadie. En caso de que pudieras, cuéntaselo a Darko. Él se pondrá en contacto con mis hijos y con mi exmujer. Hasta siempre, Sykes.

Encendió un cigarrillo y lo fumó rabioso, rechinando los dientes y sin poder centrar un solo pensamiento cuerdo.

Hizo un barrido del resto de servidores que solía utilizar:

mensajes banales, ofertas de trabajo, insultos de alguna mujer despechada… La sorpresa fue ver que en el viejo servidor que solía utilizar con Frey había un mensaje. Estableció una conexión con el servidor. No se acordaba de la contraseña. Demasiado tiempo sin acceder a él. Varios intentos después, el servidor le dio acceso.

Joder, Sykes. ¿Se puede saber dónde te metes…

No tuvo tiempo para seguir reproduciéndolo. Una llamada anónima le llegaba al kaizen a través del servidor al que se acababa de conectar.

—Joder, Sykes. ¿Se puede saber dónde coño estás? No hables. No quiero saberlo. Necesito que nos veamos. Te dejo las coordenadas en el servidor. ¿Estás ahí?

—Sí.

—Joder, como no dices nada.

—Pero si…

—Tengo que dejarte. Ven en cuanto puedas.

Abandonó el hotel de madrugada, mientras el resto de clientes dormían y la encargada roncaba en el sofá de la recepción con una botella de ron pegada al pecho por una de sus callosas manos.

Había localizado un aparcamiento varias calles más adelante. Naves baratas y en su mayoría destartaladas, Nueva Luanda no era una ciudad con demasiadas pretensiones. Pero no iba a hacer un viaje muy largo; solo necesitaba una nave con suficiente combustible.

91

—Cada vez que te veo estás peor. Como sigas así no habrá *chute* que te reprograme.

Frey se sentaba sobre el sofá *chesterfield* oculto por la penumbra de la sala y por el humo de los cigarrillos que Sykes y él fumaban sin parar. Sykes le observaba desde el sillón orejero que daba la espalda a la chimenea apagada. Hacía un frío denso y húmedo que ningún fuego podría aliviar.

—¿Lo has matado tú?

Sykes señaló el cuerpo atrozmente mutilado que yacía en la entrada del salón.

—¡Joder, Sykes! ¿De verdad me ves haciendo eso a un hombre?

—…

—Me lo he encontrado así. Venía a matarle, sin más.

—¿No mandaste a Miles?

—Miles está ocupado tratando de ser yo.

Sykes le miró extrañado.

—Tengo al Ministerio vigilando el local las veinticuatro horas del día. Gracias a ti, por cierto. Hace tiempo le encargué un disfraz de mí mismo a Xang, el oriental que fabricó tu máscara. Nunca había sido necesario utilizarlo. Hasta ahora. De todas formas, no es muy listo el gilipollas que dirige la vigilancia. Yo creo que es un novato de mierda. Me siento ultrajado. Un puto novato…

—¿Para qué querías verme?

La cara de sorpresa de Frey era sincera. Señaló el cuerpo

—¡Joder! Encuentran los prostéticos y el hijo puta que nos los vende aparece así ¿y me preguntas que para qué quiero verte?

—¿Y Zeta?

—Abajo… Bueno lo que queda de él. Ahora mismo podría pasar por un lavavajillas.

Sykes se levantó y se acercó al cadáver de Rutger Van Olsen.

—Parece obra de El Mutilador.

—Lo mismo pensé yo. Pero ¿por qué coño querría matar al señor Rutger Van Olsen el loco ese?

Sykes se encogió de hombros antes de hablar. Paseaba por el salón observando todo, buscando algún indicio.

—Le robaron el kaizen, pero parece que no le han robado nada más. ¿Ibas a matarlo por la aparición de los prostéticos?

—Siempre fuiste un tío listo.

Sykes se detuvo sobre la consola de madera donde estaban las fotografías de Rutger Van Olsen y su familia.

—¿Era ciudadano? —preguntó mientras observaba las fotografías.

—No tengo ni idea del árbol genealógico del señor Van Olsen.

—Parece un patricio. ¿Y de dónde…?

Sykes se lanzó a por una de las fotografías en las que Rutger Van Olsen salía solo con su hijo. Esos ojos. Ese rostro afilado. Mucho más joven. Muchísimo más. La mirada de Mikael ya no era la mirada viva e infantil de la fotografía que sostenía.

—¿Conoces a este hombre?

Frey se acercó y cogió el portarretratos. Lo observó varios segundos antes de negar con la cabeza.

—¿Debería?

Sykes se acercó al cuerpo mutilado. Le habían arrancado y destrozado el kaizen. Los ojos, aunque tuvieran alguna mejora, eran orgánicos. Nada legible. Y el cerebro estaba destrozado.

—¿Qué pasa, Sykes?

Podría ser una simple casualidad. Pero algo le arañaba la corteza cerebral. Instinto. Mikael no debería estar en esas fotos.

—Dijiste que hiciste algún trabajito con él.

—Así es.

—¿Sabes cuánto tiempo llevaba metido en el negocio?

—Ni idea.

Sykes buscó una toma física y se conectó al sistema. Lanzó una búsqueda sobre Rutger Van Olsen, pero no encontró nada.

—No existe en el Nexo. Mira detrás de las fotografías a ver si sale algún nombre.

Frey comenzó a romper los portarretratos y a mirar las fotografías por ambos lados mientras Sykes seguía conectado al Nexo.

—No hay nada.

—Tampoco aparece el castillo. ¿No te parece extraño?

Frey observó la estancia antes de hablar.

—Lo cierto es que no. La Acrópolis suele ignorar este tipo de mansiones aisladas siempre que sus habitantes no le causen problemas. Mi cabaña es un ejemplo de ello.

—Se ve que no saben quién la habita.

—Tampoco aquí. Si no ven el problema, es que no hay problema.

—¿Dónde dices que está Zeta?

Zeta era un amasijo de metal, grasa y tejidos orgánicos desperdigados por el suelo.

—Busca sus ojos.

Transcurrieron varios segundos antes de que Frey se levantara triunfante con un prostético óptico orgánico. Era un modelo básico con un pequeño sistema de almacenamiento de apenas unos segundos.

—Quizá tengamos suerte —susurró Sykes—. Necesito un holoreproductor.

Buscaron por las interminables habitaciones de la casa. ¿Quién podría necesitar tantas habitaciones? Finalmente, dieron con un viejo modelo desconectado en una pequeña habitación del piso de arriba.

Sykes lo probó con éxito antes de empezar a desarmarlo. Extrajo de su interior un cable con un conector pequeño y fino en su extremo. Después comenzó a manipular el nervio óptico del

prostético de Zeta ante la mirada curiosa de Frey. Siempre le había fascinado ver trabajar a su viejo amigo. Y hay cosas que nunca cambian. Sykes empalmó el extremo del nervio óptico, del que ahora salía un fino cable, al conector que había extraído del reproductor. Después lo reprodujo.

La imagen no era muy nítida y portaba mucho ruido, pero no podía hacer más. Cuatro segundos de reproducción en los que se apreciaba un rostro ligeramente entornado atacando con inquina el cuerpo de Zeta. Reprodujo esos cuatro segundos una y otra vez mientras Frey y él se movían tratando de encontrar un buen ángulo desde el que poder ver mejor la imagen. A medida que el número de reproducciones aumentaba, el cerebro sobreexpuesto a esas imágenes comenzaba a interpretar lo que estaban viendo. Desde el punto de vista de Sykes y de Frey, la reproducción había ganado nitidez.

—Joder, joder, joder. Parece el hombre de las fotografías.

Sykes asentía mientras observaba los rasgos afilados de Mikael destrozando el cuerpo decapitado de Zeta.

92

—¿Tienes pensado quedarte la casa?

Frey rio antes de hablar.

—Pues… es probable. Mandaré a un par de hombres para que limpien todo y se queden una temporada viviendo aquí. Si, como creo, nadie reclama la casa, tendré una nueva cabaña en el bosque. Pero dejemos de hablar de mí. ¿Quién es el hijo de van Olsen? ¿Crees que es El Mutilador?

Sykes le explicó a Frey quién era Mikael y cómo le había conocido. Le habló también sobre El Búnker, y sobre todo lo que había ocurrido durante esos últimos días que le parecían años.

—Joder, uno de los creadores de la Inteligencia Suprema. Cada vez subes más en escala social. Acabarás llegando a ministro como sigas así. ¿Este tío además de idiota era abstemio? No he visto ni una puta botella. Espera un momento, tengo algo en la nave.

Frey regresó con una botella de *whisky* y dos vasos.

—Yo no quiero —dijo Sykes mientras Frey le llenaba el vaso.

—Venga, Sykes. Solo uno. Hay que brindar por mi nueva adquisición… y porque no las tengo todas conmigo. Todo esto suena mal. Jodidamente mal… ¿Y dices que Rohan formaba parte de El Búnker?

—Así es.

—Siempre los tuvo bien puestos. Jodiendo a la Ciudadela desde la Ciudadela.

—Yo no diría que estaba jodiendo a la Ciudadela. Estaba jodiendo a la Acrópolis.

—¡Coño! Peor me lo pones. ¿Y ahora qué tienes pensado?

La cabeza de Sykes era una orgía de ideas sucia y amoral,

frotándose todas con todas, unas encima, otras a los lados. Necesitaba ralentizar su cerebro.

—Sírveme otro trago.

—Ese es mi viejo amigo.

Bebieron hasta vaciar la botella. Sykes trató de abrir una ventana para ventilar el humo que se había acumulado, pero hacía años que nadie las abría. Cansado y ebrio, optó por la solución más pragmática. Agarró una silla apoyada sobre una de las paredes y la lanzó atravesando la ventana ante la atónita mirada de Frey.

—Coño, Sykes. No me rompas la casa. Espera al menos que venga a vivir a ella.

—Lo siento, Frey.

—Bueno, no pasa nada, es solo una ventana.

—No lo digo por la ventana. Lo siento. Siento mucho…

—Vale, vale, vale. Yo también siento muchas cosas, Marcus. Sé que no tuviste la culpa, pero, joder, entiéndeme… estaba cabreado. Tenías que haber venido a verme cuando ya estabas aquí. Me enteré el mismo día que pisaste Gaia.

—Lo sé, pero… bah… no sé, Frey. Lo siento, tío.

—¿Nos hemos acabado el *whisky* ?

—Eso parece. Y a mi cabeza también se lo parece.

Comenzaron a reír. Reían como los niños que algún día fueron antes de perder la inocencia para ganarse la vida.

—¿Y bien? ¿Has pensado en algo?

Sykes asentía con determinación. El problema es que no sabía si esa determinación era producto de los efectos del alcohol o que de verdad había sido capaz de centrar una idea, de concebir un plan.

—Necesito hablar con Sebastian Bruc.

93

A pesar de la insistencia de Eloise, el agente Bruc se negó a reinsertarle los recuerdos borrados. «Cuestiones obvias», alegó con sonrisa inocente. Accedió con ciertos recuerdos que no supondrían un peligro real en caso de que la Acrópolis decidiera realizar una nueva lectura. Otros recuerdos decidió simplemente narrárselos. Eso a Talaban no le había gustado, sabía que Sebastian callaba mucho más de lo que contaba, pero no tenía alternativa. Era eso o nada. Y nada siempre era peor.

Ahora esperaba a la doctora Mancini en la única vía de acceso a Los Cerezos, una pequeña comunidad con calles estrechas plagadas de vegetación y casas blancas con claras influencias arábigas. A pesar de ser una de las zonas más exclusivas de la Ciudadela, varios de sus habitantes, grandes empresarios en su mayoría, aunque también algún que otro artista con ínfulas, reclamaban descontentos la oportunidad de vivir en El Olimpo, la zona más rica de la Ciudadela, a cuyas residencias solo tenían acceso los patricios. Para Eloise no existía nada como Los Cerezos, y opinaba que el hecho de que no lo fuera, no hacía más que demostrar la estupidez y la vanidad imperante en la sociedad. Era cierto que El Olimpo fue el mejor lugar para vivir durante muchos años, pero el crecimiento del Ágora lo había convertido en un lugar incómodo, demasiado cerca del mundanal ruido y los entresijos políticos. Además, la disposición de las casas, apartadas unas de las otras, tratando la soledad como un privilegio de alto *standing* , lo volvía un lugar frío en donde sus habitantes se distanciaban cada vez más del resto de personas, viviendo una falsa realidad que los convertía en auténticos gilipollas. Y a Eloise le encantaba fastidiar a esos

auténticos gilipollas.

La nave de la doctora Mancini aterrizó a pocos metros. Donna Mancini conservaba los rasgos italianos que sus antecesores le habían legado, pero se empeñaba en esconderlos tras un atuendo demasiado informal y un peinado masculino que no le favorecía nada. Todo esto pensaba Eloise antes de bajarse de la nave para encontrarse con la doctora. Se preguntaba por qué siempre se fijaba en esos detalles. Quizás ella misma no era menos vanidosa que los demás, por mucho que así lo creyera.

—Doctora Mancini, soy Eloise…

—Talaban. Sí, sé quién es —dijo la doctora acelerando el paso.

—Me gustaría…

—Me da igual lo que le gustaría, señorita Talaban. Hoy ha sido un día duro y necesito descansar.

—No nos llevará mucho tiempo, se lo prometo.

—Ya le he dicho que estoy muy cansada. Podía haberse acercado a los laboratorios el otro día.

—En realidad sí me acerqué, doctora, pero no me dejaron pasar por no tener invitación de acceso. Ya sabemos que cuando la Acrópolis puede fastidiarme, no lo duda.

—Entonces no sé como podría ayudarla.

—Quería hacerle unas preguntas sobre el director Bittener.

La doctora Mancini titubeó en su caminar. Apenas un paso, pero lo suficiente para que Eloise comprendiera que iba por buen camino.

—El doctor Bittener está de viaje.

Hablaba en un susurro con la mirada fija en el suelo. Parecía avergonzada.

—¿Sabe cuándo volverá?

La doctora se detuvo, nerviosa, mirando hacia todos lados antes de centrar su mirada en Eloise.

—Mire, señorita Talaban, yo no sé dónde está Rohan. Y déjeme en paz, por favor.

—Doctora Mancini, por favor…

—No quiero problemas.

—Y no los tendrá. Nadie sabrá que hemos hablado.

Parecía que la doctora se iba a echar a llorar de un momento a otro.

—Estoy segura…

Habló con una voz tan mortecina que la brisa nocturna apagó sus palabras.

—¿Cómo dice?

—Le ha pasado algo, señorita Talaban. Rohan estaba muy nervioso. E irascible. Él no era así. El último día que lo vi estaba en el laboratorio susurrando que alguien le había traicionado. Lo repetía una y otra vez, como un lunático. Cuando se dio cuenta de que estaba allí, se acercó a mí… le juro que tuve miedo. ¡Dios mío! ¡Miedo de Rohan! Después me dijo…

La doctora Donna Mancini cayó al suelo ante la sorprendida mirada de Eloise.

—¿Doctora? ¿Está usted bien?

Eloise se apoyó en una nave cercana y se llevó la mano al costado. Había notado un dolor repentino. Al principio, tenue, una pequeña contractura a la altura de las costillas. Pero ahora el dolor era más fuerte. Y notaba la mano húmeda. Caliente. La miró, pero la mirada se le nublaba. Aun así, diferenció el color rojo que cubría su mano trémula. Y el olor ferroso. Se sentó en el suelo advirtiendo como todo se apagaba. Miró una última vez hacia el cielo, hacia las estrellas. Después se tumbó. Agotada. Apenas tuvo tiempo de lanzar la *bomba* que Jai le había implantado.

94

El agente Nabokov insistía en tomar unas cervezas en uno de los locales que rodeaban la plaza, pero Sebastian no tenía ganas de compartir mesa con él. En esos momentos, ni con él, ni con nadie. Pero mucho menos con él. Eloise había lanzado la *bomba* que Jai le había implementado, y eso no era bueno. Nada bueno. Sebastian se temía lo peor. Tenía que averiguar qué le había sucedido, pero era peligroso. No importaba la coartada que utilizaran desde la Acrópolis, él sabía quién había dado la orden. Una punzada de culpabilidad le atoraba la tráquea, como si una mano implacable tratara de arrancársela. Él había enviado a Eloise a ver a la doctora Mancini. Tenía que haber supuesto que podría estar vigilada, que era peligroso acercarse a ella. Si escarbaba en el fondo de sus pensamientos, sabía que lo estaría desde el día de la conferencia en los laboratorios. Por eso intentaba no escarbar demasiado. Aun así, se estaba quedando sin oxígeno que llenara sus pulmones, sin saliva que humedeciera su garganta inflamada.

Escuchó la voz del agente Nabokov como si una burbuja portara las palabras y no las dejara salir con toda su fuerza. Le entendió, pero no, no quería tomar nada, no insistas. Tengo que irme.

Caminó por las calles con su torpeza habitual, con la mirada baja y los pensamientos negros como el blacktrip. No había luz al final de ese túnel. Ni siquiera los aromas que salían de los restaurantes de la calle de los Albores empequeñecían las nubes que atormentaban su mente. Fumaba un cigarrillo detrás de otro entre toses y estertores, se tropezaba con los viandantes sin sentir su presencia. Para él, la calle estaba vacía y el suelo que pisaba no

era más que lava recién enfriada lista para volver a arder y tragarse todo a su paso.

Se alegraba de la casi segura huida de Sykes. Y en la Acrópolis tampoco se extrañaron demasiado. Habían comprendido que no se enfrentaban a ningún vendedor de baratijas. El ministro Teltet, aparte de alguna que otra voz subida de tono, se mostró comprensivo. La agente Stein era otra cosa. Estaba enfadada. No por la huida de Sykes, sino por la muerte del exministro Stullton. Durante unos días sería mejor mantenerse alejado de ella.

Antes de llegar al aparcamiento donde había estacionado la nave, se desvió dos calles para comprar unos pastelitos en la pastelería de «Cocodrilo» George. Le atendió el propio George, un hombre bajito y orondo aquejado de tantas deformaciones por culpa de las reprogramaciones baratas que parecía una especie de reptil recién salido de algún pantano inmundo. Pero sus pasteles eran de primera. Compró una bandeja y continuó su caminó sintiéndose mejor a cada mordisco.

—¿Agente?

Escuchó la voz a su espalda justo antes de subir a la nave. Apuró el último pastelito de la bandeja y la lanzó antes de girarse para confrontar al dueño de la voz.

Oliver se acercó al agente con la mirada desafiante, sin parpadear más de lo necesario, y le entregó un papel.

—El señor Mucrey me dijo que se lo entregara.

Sebastian leyó el papel que le había entregado Oliver. Una simple frase escrita a máquina.

—¿Y a dónde te tengo que seguir y por qué debería hacerlo?

—No lo sé ni me importa, agente. Me han dado unas órdenes y yo las cumplo —dijo Oliver encogiéndose de hombros.

Sebastian miraba curioso al pequeño. Después señaló hacia su espalda.

—¿Y qué hacemos con la nave?

—El señor Mucrey le entregará una nave que no puede ser rastreada por la Acrópolis. Él se queda con la suya como fianza.

Ahora sígame, le diré donde está su *nueva* nave.

Oliver desapareció entre el resto de naves antes de que Sebastian tuviera tiempo para la réplica. Siguió el sonido del eco de sus pisadas hasta dar con el chico. Caminaba rápido y decidido, metiéndose en calles poco o nada transitadas y deteniéndose cuando veía una patrulla ministerial a lo lejos.

—Si le ven, diga que me está siguiendo, que soy un posible sospechoso.

Sebastian sonrió ante la pericia criminal del pequeño y le indicó con un gesto de la mano que continuara.

Llegaron a un edificio abandonado en los límites de la ciudad, un edificio de cuarenta plantas con el ascensor estropeado y un aire viciado y húmedo que pesaba al entrar en los pulmones.

—Arriba tiene la nave —dijo Oliver antes de salir del edificio.

Sebastian suspiró resignado. Cuarenta plantas. Podría ser peor. Y mejor también. Al menos el sabor de los pastelitos todavía le llenaba la boca. Tenía que haber comprado otra bandeja. Por si acaso.

95

—Creo que no deberías haberlo hecho.

—Ya está hecho, Lenny.

—Ya sé que está hecho, Paul, pero no deberías haberlo hecho, y menos sin contar con la aprobación del Consejo.

Paul miró el reflejo de Lenny en el ventanal de su despacho.

—La doctora Mancini era una bomba que podía explotar en cualquier momento. En cuanto a Talaban… Fue una suerte que apareciera por allí, y, bueno…, digamos que hace tiempo que teníamos que haber terminado con Talaban.

—Pero no así.

—¿Entonces cómo, Lenny?

—No lo sé. De ninguna manera. Ella solo hacía su trabajo.

—Y yo el mío.

—¿Matar inocentes?

—Mantener todo en orden, lo llamaría yo.

—¿Quién se encargó?

—Caronte.

—¿Coartada?

—Una entrevista inocua sobre el funcionamiento de los laboratorios. Cita en los suburbios. Lo típico.

—A veces me pregunto si de verdad la gente se traga todo lo que les contamos.

—La gente se tragará todo mientras sus vidas no les parezcan lo suficientemente malas.

—No se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo.

—Con engañar a muchos nos vale. No hace falta que sean ni siquiera la mayoría.

Paul observó los Jardines del Ágora. Eran preciosos, magníficos. Una muestra más de la grandeza del ser humano cuando avanzaba en libertad, sin trabas estúpidas ni moralinas de mercadillo.

—Todo lo que hemos hecho, todo lo que hacemos y todo lo que haremos es por el bien de la humanidad. Por el progreso.

—No te pongas grandilocuente. Y no seas hipócrita, Paul. La humanidad te importa una mierda y siempre has estado en contra del progreso. Y más cuando el progreso interfiere en algo tuyo. Lo que estamos a punto de hacer…

Paul soltó una risita exasperada. Se acercó al escritorio y sacó un paquete de tabaco sin abrir. Casi nunca fumaba, pero le gustaba tener tabaco para momentos como ese. Necesitaba ese mareo incómodo que le producían las primeras caladas. Extrajo dos cigarrillos y le ofreció uno a Lenny.

El intercomunicador de la mesa emitió un pitido y uno de los pilotos del borde se encendió con una tenue lucecilla azul. Paul presionó el piloto encendido y esperó.

—El exministro Malakian desea verle, señor.

Paul suspiró irritado. El humo de sus pulmones salió mezclándose con el humo que flotaba en la habitación y con el humo que en ese momento exhalaba Lenny.

—Que pase.

Serj Malakian entraba con ese paso digno del que se cree importante, con la mirada altiva, los hombros ligeramente inclinados hacia atrás y las manos entrelazadas a la espalda, con la zancada larga y armoniosa, como a cámara lenta. Se plantó delante de la mesa, frente a Paul, y le dirigió una mirada petulante y ofendida a partes iguales.

—¿Por qué no fui debidamente informado de la operación?

Paul no pudo evitar subir el labio en una media sonrisa ladina.

—No sabía que tuviera que informar a cada exministro de las operaciones que se llevan a cabo en *mi* ministerio —dijo Paul mientras se sentaba—. Siéntate, por favor.

—No me quedaré mucho tiempo. Lo que me llama la atención

es que *sí* informaste a varios de los ministros, pero no a todos.

Lenny comenzó a toser entre nubes de humo y miradas ofendidas.

—Informé a los ministros disponibles en ese momento. Hay compañeros, como el ministro Cole —se giró con la mano extendida y la palma hacia arriba como si portara una bandeja y apuntó a Lenny, que le continuaba mirando con cara de desagradable sorpresa—, a los que tampoco informé. Si te soy sincero, no veía la necesidad.

—¿Qué opinas de todo esto, Lenny?

—Creo que se debería haber aprobado en el Consejo, pero si Paul consideró tomar esta decisión, seguro que lo ha hecho con la mejor de las intenciones. Sus motivos tendría para no hacerlo por la vía ortodoxa.

Paul se giró y miró agradecido a Lenny, aunque la mirada de este era de todo menos amistosa.

—¿Ya tienes coartada?

Paul asintió desganado.

—Estamos en un momento en que no deberías jugar solo.

Paul volvió a asentir con la misma desgana.

—Aun así he de reconocer que no echaré de menos a Talaban.

—Ni tú ni nadie.

—Pero te ruego que la próxima vez informes al Consejo. A todo el Consejo.

—Lo haré.

Salió con el mismo paso digno con el que había entrado, pero esta vez su mirada no era tan altiva.

Cuando se cerraron las puertas, Lenny se levantó y le lanzó la colilla encendida a Paul mientras se dirigía furioso hacia él. Paul saltaba golpeándose la túnica para tirar la colilla mientras rodeaba la mesa para apartarse de Lenny. Conocía el carácter de Lenny y, sobre todo, la fuerza que tenía. Ya en los ciclos de iniciación demostró ser un niño con el que era mejor no meterse. Él mismo lo pudo comprobar alguna vez.

—Tranquilízate, Lenny. ¿Qué más te da que no te lo dijera?

La voz de Paul salió vergonzosamente trémula.

—Pero sí se lo contaste a los otros.

—¡No a todos!

Lenny saltó sobre la mesa y agarró por la túnica a Paul, que le miraba aterrorizado.

—Lenny, por favor.

—Dime por qué no me lo dijiste.

—No lo sé. No le di importancia. Se lo comenté a los que estaban en la reunión del otro día.

—¿Y por qué no lo hiciste en el cónclave?

Las palabras salían afiladas entre los dientes de Lenny. Paul tenía la sensación de que le golpeaban el rostro. Finalmente, Lenny le soltó y salió de la sala airado. Paul quería decirle algo, pero sabía que era mejor esperar. Se atusó la túnica avergonzado, como si alguien más aparte de Lenny viera lo poco que le gustaba la violencia cuando iba dirigida hacia él.

No le dio tiempo a sentarse, cuando el piloto azul volvió a iluminarse acompañado por el molesto pitido.

—La agente Stein desea verle, señor.

Paul no se creía su mala suerte. Si con alguien no quería hablar en esos momentos, era con la agente Stein. Preferiría pegarse con Lenny. Pulsó la pantalla háptica sobre la mesa y un pequeño robot poligonal casi plano salió de una hendidura en la pared y recogió los cigarrillos que estaban en el suelo todavía humeantes.

—Puede pasar —dijo cuando el robot desapareció por la misma hendidura por la que había salido.

La agente Stein caminaba más rápido de lo habitual, con los brazos balanceándose casi con violencia, nada que ver con el marcial, pausado y amenazante paso con el que solía caminar.

—Siéntese, por favor, agente.

—No hará falta. Vengo a ofrecerme para dirigir la investigación del asesinato de la patricia Lucille Rivas.

Paul sabía que ese ofrecimiento era más bien una orden. Pero

no esta vez, agente Stein. Acatarás lo que yo mande. Además, la muerte del exministro es culpa tuya, maldita enana loca.

—En estos momentos…

—Creo que no me ha escuchado correctamente. Quizá yo no me he explicado y le pido disculpas por ello. Quiero dirigir el caso de la patricia.

—La entiendo, agente Stein, pero tiene que...

No acertaba a comprender cómo lo había hecho, pero la agente estaba sobre él, sujetándole la cabeza con ambas manos. Comenzaba a sentir la presión. Las manos parecían haberse agrandado. Ella misma parecía una gigante. Notaba los ojos salirse de las órbitas y los oídos retumbar.

—Escúcheme: usted hará lo que yo le diga. No me importa quién se crea que es porque para mí no es más que un trozo de inmundicia en descomposición. Si quisiera le arrancaría la tráquea con la misma facilidad con la que me rasco la nariz. La única razón por la que os dejo vivir a ti o a cualquiera de vosotros es porque todavía la puedo encontrar. Y lo voy a hacer. Y si para ello me tengo que llevar tu médula espinal colgada sobre mis hombros como una hermosa bufanda ensangrentada, lo haré. Míreme. ¡Míreme!

Paul movió sus ojos desorbitados, pero no podía ver con claridad el rostro perverso e iracundo de la agente Stein. Tan solo sus ojos brillantes como brasas incandescentes en una noche sin luna. Sentía que la cabeza le iba a explotar. Las ideas comenzaban a ser difusas. Escuchó una tos patética a lo lejos que no tardó en reconocer como propia.

La agente Stein se apartó. Cuando Paul logró focalizarla, vislumbró a una pequeña mujer con las manos a la espalda y una mirada que congelaría cualquier estrella ardiente.

—No hace falta que informe al agente Bruc. Yo misma me encargaré.

La agente asintió, dando por terminada la conversación, y abandonó la sala justo a tiempo para no ver vomitar al ministro

sobre el suelo de mármol negro.

96

La nave autopilotada aterrizó sobre un claro rodeado de enormes abetos empapados por la lluvia. Sebastian reconoció el buen hacer de sus anfitriones: solo tuvo acceso al almacén de la nave, sin ventanas, sin ninguna pista que le indicara a donde se dirigía. Una hora después estaba allí parado, calándose y viendo la nave partir, mirando hacia todos lados sin tener del todo claro qué o a quién debía buscar. Sacó un cigarrillo sin importarle que se mojara y lo encendió tapándolo con la gabardina.

—¿Hola?

Nada. Solo el sonido de la lluvia chocando contra los árboles y contra la tierra encharcada. El cigarrillo apenas le duró dos caladas. Lo tiró empapado con resignación.

—¡Tira también cualquier arma que lleves encima!

La voz surgió de cualquier parte, era imposible determinar su posición. Sebastian extrajo la única arma que llevaba y la lanzó indolente.

—¡¿Seguro que es la única?!

Sebastian asintió quitándose el sombrero, el cual comenzaba a pesar más de lo que estaba dispuesto a tolerar. Lo escurrió con las manos, le devolvió parte de su forma y volvió a colocárselo. Al levantar la cabeza vio a un hombre acercarse a él con un arma apuntándole. No tardó en reconocer a Frey. ¿Pero qué hacía aquí? Se supone que estaba en Ciudad Colmena, o al menos eso le había dicho Rony o Rory o Roty. Quizás el error fue de él por colocar a un novato a vigilar a Frey. Visto el resultado, se podía decir que no había sido una buena idea. Giró la cabeza y vio a otro hombre, este menos corpulento pero rodeado de un aura de violencia que

parecía incluso repeler la lluvia. Le reconoció al instante: el pistolero de Neo York, el hombre que mató a Boris Nabokov.

—Levanta las manos, Sebastian —dijo una voz a su espalda.

—¿Sykes?

—Levanta las manos.

Notaba la mano de Sykes registrándole.

—Puedes bajarlas.

Sebastian se giró. Lo primero que vio fue el cañón de un arma apuntándole a la cabeza. Detrás de la mano que portaba el arma, estaba Sykes con cara de pocos amigos.

—¿No había un lugar mejor para vernos? Más seco al menos.

—Eso mismo le he preguntado yo —dijo Frey a su espalda.

Sykes bajó el arma y miró hacia el cielo. Pequeñas cascadas de agua le surcaban el rostro.

—Es que estoy de resaca y el agua me ayuda a despejarme.

—Joder, pues date una puta ducha fría —dijo Frey.

—Necesito tu ayuda.

Sebastian se encogió de hombros cansado.

—Tú dirás.

—Necesito ponerme en contacto con Ovidiu Stellman.

Sebastian le miró sorprendido.

—¿El hijo del exministro?

Sykes asintió.

—Primero tengo que volver a Kinshasa a por mi nave y después tengo que localizarle. Ya sabes que ese chico es un culo inquieto.

—Seguro que te las apañas.

—¿Dónde le quieres ver?

—Tranquilo. Ahora vamos con eso. Necesito otra cosa.

—Hoy debe ser día de rebajas.

—Eres la hostia de gracioso, agente. Voy a contratarte para que hagas un puto monólogo en alguno de mis locales.

—Necesito dos permisos de acceso a la universidad de Tot. Todavía no conozco las identidades. Te las pasaré en cuanto las tenga.

—Bueno, esto es más fácil.

—He visto las noticias.

—¿Y?

—El agente Nabokov parece bastante vivo para estar muerto.

Sebastian miró hacia el suelo empantanado.

—¿Sebastian?

—¿Qué quieres que te diga, Sykes?

Sykes buscó la mirada caída de Sebastian.

—Imagina mi cara cuando lo vi en la Acrópolis.

—¿Es él?

—Al menos se le parece mucho. Tiene lagunas: fechas incorrectas, casos ajenos que se atribuye…

—¿Implantación de recuerdos ajenos?

—Eso creo.

—¿Y el cuerpo? ¿Robótico?

Sebastian negó con la cabeza.

—¿Clonación? —preguntó Frey sorprendido.

—No lo sé, pero no encuentro otra explicación.

Frey lanzó un silbido largo y agudo que se mezcló con el repiqueteo de las gotas de lluvia sobre el suelo.

Por un momento, las miradas de Sebastian y Sykes se cruzaron en un gesto de complicidad ante un enemigo desconocido, ante un peligro compartido. Sykes asintió comprensivo.

—Voy a acceder a tu sistema.

Apenas lo dijo, Sebastian notó un cosquilleo en la nuca. No cabía duda de que Sykes era el mejor *intruso* . Apenas dos segundos para burlar la seguridad creada por los supuestos mejores desarrolladores de la Acrópolis. Con un solo hombre como Sykes, se ahorrarían millones en nóminas.

—Te he instalado varios algoritmos de seguridad. Lánzalos con el *script* que te he dejado en la carpeta principal si necesitas ponerte en contacto conmigo. Tendrás acceso seguro al Nexo estés donde estés. Pero mejor si utilizas una conexión física. He creado un servidor para que estemos en contacto. Esta es la dirección de

acceso… es completamente seguro, pero no te olvides de lanzar el *script* antes de conectarte. También te he transferido un paquete comprimido que deberás entregar a Ovidiu. Dile que la contraseña es el lugar en el que nos conocimos. Todo en minúsculas y sin espacios. Te mandaré un mensaje con las identidades que necesitamos. Tenlo todo preparado para agilizarlo.

La nave volvió a aparecer en el cielo.

—¿Ha muerto Eloise Talaban?

Sebastian, alarmado, se atragantó con su propia saliva y comenzó a toser.

—¿Cómo sabes eso? —dijo entre espasmos.

—Eso que importa. ¿Ha muerto?

—Eso creo.

—¿Y quién es la doctora Mancini?

Sykes miró al suelo durante unos segundos.

—Trabajaba para Rohan —susurró para sí mismo—. Por eso mandaste a Talaban a hablar con ella.

Sebastian miraba asustado a Sykes. No le hacía falta ni siquiera un equipo de lectura intracerebral para leerle los recuerdos. Trató de retroceder, pero Frey y el pistolero se interponían en su camino. La nave se mantenía suspendida sobre el suelo. Parecía esperar una orden para aterrizar.

—¿Sabes quién mató a Rohan? —preguntó Sykes.

—No, pero… estoy seguro de que la orden vino… de la Acrópolis.

Sebastian se alegraba de no tener nada que ver con la desaparición de Rohan. Ahora le llegaban recuerdos olvidados, recuerdos que parecían ajenos por el tiempo transcurrido. Recordó a un Sykes joven, un niño casi imberbe. Y a un Frey igual de joven e igual de imberbe. Dos niños que empezaban a hacerse un nombre en las calles. En la Acrópolis todavía no se había escuchado hablar sobre ellos. Hasta ese momento. La familia Perese, una familia de gitanos que adoptaron las costumbres de las antiguas mafias italianas del siglo XX después de ver varias películas

remasterizadas en Pandora, decidió dar una lección a esos dos niños huérfanos que estaban haciendo negocios sin su consentimiento y sin retribuir el porcentaje correspondiente de los beneficios obtenidos. Dos meses después, la familia desapareció. Al completo. Sus cadáveres continuaron apareciendo durante años. Aunque no fueron detenidos por falta de pruebas, se encargaron de hacer correr la voz sobre la autoría. Había dos nuevos reyes en los suburbios. Y ahora estaban aquí, otra vez juntos, otra vez protegiéndose de otra familia, esta más grande y sin duda mucho más poderosa, pero constituida igualmente por seres humanos, por seres mortales que quizá rendirían cuentas ante estos dos hombres. Se alegraba de veras de no tener nada que ver.

—Contactaré contigo lo más rápido posible.

Sykes dirigió la mirada a la nave y esta aterrizó sobre el suelo encharcado.

Frey le entregó el arma que el pistolero había recogido del suelo. Sebastian miró el arma y después lanzó un último vistazo a sus tres interlocutores. Por un momento estuvo tentado de dispararles, tres tiros certeros. En la frente. Pum. Pum. Pum. Así el mundo sería un lugar un poco más tranquilo. Al menos su vida. Pero no podría. Hasta donde él sabía, ellos eran los buenos. Y no tendría tiempo de alzar el arma más allá de su barriga.

97

Xang no parecía contento. Se sentaba con la rectitud que solo los herederos del antiguo lejano oriente eran capaces de conseguir, con la boca encallecida bajo el largo y fino bigote y la mirada empedrada. Yuk, sentado en una esquina a su espalda, miraba a través de las fisuras que los párpados dibujaban en su enorme rostro.

Detuvo la imagen que se reproducía sobre la mesa con un gesto brusco. No había lugar para la duda. No estaba nada contento.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó Sykes sin importarle lo más mínimo el estado de ánimo de su anfitrión—. Esas imágenes solo pudieron ser grabadas desde las naves ministeriales que nos siguieron en Kinshasa.

—No sé de dónde han salido. Solo sé que recibí un aviso y esto es lo que había en el servidor. Pero eso no importa, lo que importa es que ese tío que va por los tejados de Kinshasa cargándose a todos esos vigilantes eres tú.

Frey, en silencio hasta ese momento, comenzó a reír y a palmear la espalda de Sykes.

—¿Qué te parece mi puto hermano, Xang?

—No es gracioso, Frey. Esas máscaras con las que habéis llegado son unas baratijas. Cualquier cámara medio decente sería capaz de anularlas.

—Hemos tenido cuidado. Ni siquiera nos hemos cruzado con ninguna patrulla. Neo Hong Kong es una ciudad demasiado grande y demasiado caótica.

—¿Dices que no sabes quién las colgó en el servidor? —Sykes continuaba deliberando sin importarle lo que ocurriera a su

alrededor.

—No tengo la menor idea.

—¿Y para qué crees que te las ha enviado?

—Y yo qué sé. Quizá la persona que me las pasó quería que las hiciera públicas.

—¿Por qué no las colgó esa misma persona?

—¡Y yo qué sé!

—Bueno, la verdad es que me importa una mierda y además tenemos prisa. ¿Tienes lo que te pedí? —dijo Frey.

Xang movió ligeramente la cabeza en dirección a Yuk, el cual levantó su enorme cuerpo y salió de la habitación.

—¿Te ha pasado más veces? —insistió Sykes.

—¿El qué?

—Que alguien de la Acrópolis se ponga en contacto contigo.

—¿Por qué va a ser alguien de la Acrópolis? Me las ha podido pasar cualquiera.

Sykes negaba convencido.

—Imposible en tan poco tiempo. Esas imágenes solo pueden venir de la Acrópolis. Pero no me has respondido, ¿te ha pasado más veces?

—Pues… sí. Alguna que otra vez.

Sykes miró a Frey el cual asentía reflexivo.

—¿No os parece curioso?

Ambos se encogieron de hombros.

—Normal no es. Pero, joder, Sykes, no vas a rechazar un regalito así.

—Un buen regalo —dijo Xang.

—Yo también recibo regalitos así de vez en cuando. Te recuerdo que estarías muerto si no fuera por uno de esos regalitos.

Sykes se disponía a preguntar cuando Yuk reapareció con dos cajas metálicas y las posó sobre la mesa que regía el despacho.

—¿Está todo?

—Todo.

—¿Documentaciones?

—Todo, Frey.

Sykes ya había abierto una de las cajas y estudiaba su contenido. Esta vez era un optodisfraz de cuerpo completo.

—¿Misma calidad que la última?

—¿Tu amigo no sabe quién soy?

—Que puto vanidoso has sido siempre —dijo Frey.

Sykes abrió la otra caja y extrajo la documentación que contenía.

—Necesito una toma física —dijo.

Xang señaló una toma en una de las paredes.

Sykes cogió la silla sobre la que estaba sentado y se conectó al Nexo.

—¿Agente Bruc?

…

—Estoy aquí.

—Estas son las identidades.

—Dame un minuto.

…

—Están cargadas.

…

—Buen trabajo.

—Respecto a Ovidiu…

—¿Si?

—Ya le he entregado el mensaje.

—Muchas gracias, Sebastian.

—Adiós.

—Debemos irnos —dijo levantándose e interrumpiendo la conversación que mantenían Xang y Frey sin importarle lo más mínimo sobre lo que estuvieran hablando.

98

El hombre ya apestaba antes de que Lenya le destripara. Era un hedor indeterminado que ondulaba a su alrededor como el aura de un santo infecto. No había tenido piedad porque había perdido la paciencia. Primero los Guardianes, después el exministro Stullton y ahora era incapaz de localizar a Marcus Sykes. Su vida se limitaba a perseguir fantasmas. Comenzaba a pensar que no era tan buena como ella misma se veía. La típica distorsión de la visión bondadosa que se tiene de uno mismo. El cadáver yacía a sus pies completamente destrozado. No era el cadáver de Frey, el hombre al que había ido a buscar, sino el de un niño con cuerpo de gigante, calvo y con la mirada ligeramente enloquecida. Frey hacía varios días que había desaparecido. Miles, su mano derecha, había vestido un disfraz optoelectrónico del propio Frey durante todos esos días. El agente Rody no había mentido. El pobre imbécil se había pasado los últimos días vigilando a un hombre con un disfraz.

Había hablado con el agente Bruc la tarde anterior y, como suponía, no se lo tomó como algo personal. Incluso, parecía aliviado. Lenya le dejó bien claro que contaba con él, que solo era un cambio en el mando de la investigación. El agente Bruc le envió el informe de todo lo averiguado hasta ese momento. Nada que ella no supiera, pero tenía la sensación de que Sebastian le ocultaba algo.

De nuevo estaba en un callejón sin salida y la situación comenzaba a resultar desalentadora. Se había convertido en costumbre, una tradición atávica que acabaría por trastornarla: correr decidida hacia delante sin saber muy bien hacia dónde se dirigía. El resultado era siempre el mismo muro inmenso, duro e

infranqueable.

Ahora solo quedaba esperar, confiar en que cometiera un paso en falso, una imprudencia que le indicara dónde podría cogerle. Aún así, eso no tenía por qué suponer nada. Podría ser el mismo muro visto desde otro lugar igual de oscuro.

99

Zayd echó un último vistazo a la calle antes de cerrar la puerta de la biblioteca y volvió a la sala principal.

Mikael leía un libro sobre la teniente Horathio y la batalla de los Cipreses sentado sobre el suelo con la espalda apoyada en la misma estantería donde debería estar el libro. A Zayd no le gustaba que cogieran los libros, ese era su trabajo, pero no podía decir nada.

Ahora no.

—¿Te enteraste de lo de Gabriel?

Mikael alzó la mirada un instante, ojeó el libro una última vez antes de cerrarlo y se levantó cansado.

—Me lo contó Ovidiu —dijo colocando el libro en su anaquel.

Zayd asintió apenado mirando al suelo. Las orugas de su sistema motriz estaban sucias, tinta probablemente, pero ahora no era momento para esas banalidades.

—¿Y bien? —preguntó Mikael—. ¿Para qué me has hecho venir?

Zayd fijó sus ojos en él.

—Al principio no podía creerlo —dijo dirigiéndose hacia una de las estanterías del centro—, pero no hacía falta reflexionar mucho para comprender que era cierto.

Mikael le miraba extrañado. Se puso en guardia, alerta. Llevó la mano hacia la espalda, donde guardaba la cuchilla extensible.

Zayd extrajo un libro de una de las estanterías.

—Son curiosos los libros, ¿no crees? Una especie de conexión entre el autor y el lector. Una conexión establecida sin importar el espacio, sin importar el tiempo. —Zayd hizo un gesto tratando de

abarcar toda la biblioteca—. Aquí puedes mantener miles de conversaciones. Con Gabriel, aunque ya esté muerto, con Klaus. ¿Y sabes una cosa? El otro día me di cuenta de que nunca había mantenido una conversación contigo, nunca había visto un libro escrito por ti, el gran Mikael, la mano derecha de Klaus Mainz. No hay mucho sobre ti e hiciste un buen trabajo en el Nexo cambiando su rostro por el tuyo. —Levantó la mano que sostenía el libro y se lo enseñó a Mikael—. Pero encontré esto.

Mikael calculaba los pasos que los separaban, el golpe certero que le propinaría en el rostro para dejarlo inconsciente. Pero no lo mataría. Zayd había sido un buen compañero todos esos años, un buen amigo. Se disponía a abalanzarse sobre él cuando se escuchó una voz a su espalda.

—Siéntate, Mikael.

Mikael se giró. Ovidiu le miraba afligido por el engaño. A su lado, Darko sostenía un arma apuntándole. Mikael obedeció, se sentó en la silla más cercana y esperó resignado. Temía que ese día acabaría llegando, aunque había mantenido las esperanzas ahora que el último Guardián ya había muerto. Todavía no habían hallado el cadáver, pero algún día lo encontrarían. También el de esa amable mujer vestida con el atuendo religioso. No podía dejar testigos. La mató también sin dolor, sin aviso, un simple y profundo corte en la nuca desprovista de kaizen.

Zayd lanzó el libro sobre la mesa en la que se sentaba Mikael. Ovidiu y Darko habían llegado a su lado. Se movían con gestos cansados, como soldados dispuestos a morir para que todo pase, para que todo se olvide.

—Ábrelo —ordenó Zayd.

Mikael miró el libro. Después negó con la cabeza.

—No hace falta —dijo.

—Ábrelo, Mik… quien seas.

Mikael abrió el libro. La foto del autor salía en una de las solapas, una foto sonriente de un hombre con gesto aristocrático. Mikael miró la imagen. El auténtico Mikael, su padre, le miraba

desde el papel. Los ojos se nublaron antes de sentir una lágrima corretear por su mejilla. Ese hombre sí era su padre, y no el hombre en el que la locura transformó, en el que el kaizen que le instaló Klaus Mainz convirtió. Uno de los mejores científicos que diera la humanidad, el heredero de Klaus Mainz, convertido en un simple traficante con aires de patricio estúpido. Ni siquiera se acordaba del nombre de su hijo. Ni de su propio nombre. Nunca supo de dónde sacó ese estúpido nombre, Rutger Van Olsen, pero llámame señor Rutger Van Olsen. Su madre no pudo aguantarlo y desapareció en las aguas contaminadas del Tíber. Y él quedó solo, con Zeta y con su padre enloquecido.

—¿Quién eres? —preguntó Ovidiu sentándose frente a él. Lo hizo con un tono dolido, el tono de un marido despechado que acaba de descubrir la infidelidad de su amada.

—Soy Mikael. Pero no el Mikael que vosotros creíais.

Zayd, Darko y Ovidiu le observaban con la mirada interrogante.

—Mikael, el Mikael que vosotros siempre creísteis que yo era, en realidad era mi padre. Bueno, antes de…

Una nueva lágrima le recorrió el rostro.

Los tres permanecían mudos a pesar de tener la cabeza llena de preguntas. Se sentían engañados, ultrajados por el que habían considerado un amigo durante tanto tiempo.

Se escuchó un frágil «¿y por qué?» recorrer la sala.

—¿Alguna vez habéis sentido como vais perdiendo a un ser amado sin ser capaces de hacer nada por evitarlo? ¿Cómo una vida que creíais inmutable se desmorona por culpa de algo que un niño es incapaz de entender? Y no me refiero a la muerte. La muerte es una bendición cuando la vida no es más que incomprensión. Ese maldito kaizen. — Se llevó la mano a la nuca y se arrancó la carcasa que ocultaba su verdadero kaizen—. Vosotros sois muy jóvenes, demasiado. Sabía que nunca habíais visto a mi padre. Ni siquiera Gabriel a pesar de su amistad con Klaus Mainz. Klaus también le abandonó cuando enloqueció. Todos le abandonaron. Al principio se preocupaba por él. También por mi madre y por mí.

Pero después cambió. Parecía otra persona, otro ser. Parecía estar por encima de todo. Y parecía que se había cansado de nosotros. Un día se despidió y no volvió a aparecer. Eso sí, nos dejó a Zeta para que cuidara de mi padre. Todo un detalle. Cuando mi madre… —hizo una pausa de suspiros húmedos y varias lágrimas —. Cuando mi madre se suicidó, traté por todos los medios de curarle, de hacerle volver. Pero fue imposible. Entonces pensé en la conexión de su kaizen. Quizá fuera eso. El resto de sus compañeros habían muerto, solo quedaba él. Pero aún estaban los Guardianes. Yo solo no podía hacerlo. Demasiada responsabilidad, demasiada carga para una sola persona. Y entonces me acordé de vosotros. El Búnker al que mi padre perteneció un día. Todavía no habíais localizado a un solo Guardián. Os juro que mantuve la esperanza hasta el último momento. Y eso me ayudaba a continuar luchando, a seguir viviendo. Pero no… Encontré a los doce Guardianes, los maté y destrocé sus kaizens. Bueno todos menos el último. Pero eso ya no importa. Mi padre nunca recuperaría la cordura.

—¿Cómo lo hacías? ¿Cómo te nos adelantabas siempre? —preguntó Ovidiu.

—Recibía mensajes con el paradero de los Guardianes. No sé quién me los enviaba y nunca me importó. Después os informaba a vosotros. Os necesitaba, por eso siempre os acababa diciendo donde estaba, para que continuarais a mi lado, para que no perdierais la esperanza. Sois lo único que tenía. Incluso os comencé a dar la información antes de encontrarlo yo mismo. Daros la oportunidad al menos. Os lo merecíais.

—¿Y tu padre?

—Mi padre ya está descansando.

—¿Por qué les mutilabas de esa forma?

—Por odio. Por venganza. Por dolor. Quería que si de alguna forma, la que fuera, Isis estaba allí, sufriera. O al menos sufriera su cuerpo físico. En esos momentos me sentía libre, incluso feliz de tan solo imaginarla suplicándome clemencia. Ahora todo ha acabado. Al menos lo intenté.

Los gritos de los niños jugando en la plaza al final de la calle era lo único que se escuchaba. Gritos alegres e ingenuos. Ojalá pudiera volver a gritar así, pensó Mikael. Ojalá mi vida se reiniciara y mi padre estuviera bien y mi madre estuviera viva. Pero todo eso ya había pasado hacía demasiado tiempo.

—¿Nunca supiste quién te daba las localizaciones? ¿Ni siquiera una ligera sospecha? —preguntó Ovidiu.

Mikael le miró sorprendido. *¿Acaso quería continuar?* Después de tanto tiempo, era comprensible. La vida que había conocido había terminado. La búsqueda de los Guardianes no les había conducido a ningún sitio y ahora tenían que volver a empezar. Y volver a empezar nunca es fácil.

—Creo que sí. ¿Pero qué importa?

Zayd asintió. Tenía razón, eso ya no importaba. Nada importaba más allá de los libros de esa biblioteca y de los gritos de los niños jugando en la plaza. Esa sería su vida a partir de ahora. Y le gustaba. O al menos eso creía.

—¿Queréis continuar? ¿Cómo? Ni yo ni Gabriel estaremos ya. ¿Qué haréis? ¿Entraréis en la Ciudadela y torturaréis a un ministro para que os cuente la verdad, una verdad que ni siquiera sabemos si es cierta? Olvidadlo. ¿Qué importancia tiene ya todo esto? Tú mismo, Ovidiu. Por fin podrás volver a la normalidad. Incluso demostrar a esos de allá arriba de lo que eres capaz. Tu mujer será una ciudadana y llevaréis una vida tranquila. Se acabaron los teatros y las escenas avergonzantes. Podrías llegar a ser ministro, como tu padre, y cambiar las cosas desde dentro e incluso seguir investigando una vez estés allí. Aunque sabemos que eso será difícil. El poder es un arma curiosa que enseña a olvidar viejos anhelos. Y tú, Darko. Solo te he visto feliz cuando estás en la aldea. ¿Por qué luchar para ser infeliz? O tú, Zayd, lo has dicho cientos de veces, solo sonríes cuando estás aquí. De hecho, no paras de sonreír cuando estás aquí. Sin embargo, cuando… Qué más da ya. Olvidaos ya de todo. Vivid. Tenéis una eternidad para ser felices. Y acabemos ya de una vez. Si queréis matarme, hacedlo ya.

Ni Zayd ni Darko ni Ovidiu miraban a Mikael. Miraban hacia el suelo, avergonzados, culpables por algo que todavía no habían hecho, por algo que quizá nunca harían.

—Vete —dijo Ovidiu. Zayd y Darko suspiraron aliviados—. Vete ya e intenta ser feliz tú también, Mikael. Siento mucho todo lo que te ha pasado, pero como has dicho, tienes una eternidad para ser feliz.

Mikael observó a los tres hombres. Habían compartido tanto durante tanto tiempo que eran las únicas personas que podría considerar su familia. Había asumido su final sobre esa silla, con resignación pero sin pena. Ahora que sabía que hoy no llegaría ese final, se sintió extraño, libre de alguna forma. Lo habían comprendido. Lo habían perdonado. Todo había terminado y ahora llegaba un nuevo comienzo.

Se levantó con la mirada fija en el suelo, reflexiva. No hacían falta despedidas. Salió de la sala y desapareció dejando el eco de sus pasos mezclándose con los gritos de los niños que continuaban jugando en la plaza.

100

Dos días después del funeral de Eloise, una ceremonia sencilla en Parvae a la cual solo acudieron los familiares más allegados, Mike Rezendes organizó un emotivo homenaje en la Ciudad de la Información. Sebastian decidió asistir a pesar de las dudas que albergaba. No solo no se desprendía de la aplastante sensación de ser el culpable de la muerte de Eloise, sino que había comenzado a sentir un ligero picor en el dedo con el que habría apretado el gatillo. El parque Heródoto estaba lleno de vestimentas negras, abrazos forzados y lamentos falsos. O quizás eran de alivio. Sería imposible calcular a cuantos de los asistentes la buena de Eloise había puesto en algún aprieto. Él se contaba entre ellos, por supuesto. Pero ahora ella estaba muerta. Y todo por su maldita culpa. Esa sensación le estaba corroyendo como un ácido inodoro e insípido escondido en algún órgano todavía por descubrir.

Rezendes dirigía un conmovedor discurso a los asistentes, un discurso cargado de buenas palabras y, sobre todo, de sarcasmo, ya que sería imposible hablar de Eloise sin ser sarcástico, porque simplemente hablar bien de ella no podía hacerse después de tantas vidas despojadas de sus intimidades y de tantas vergüenzas expuestas. Sebastian miró a la gente de su alrededor. Sonreían en su mayoría, con esa sonrisa nostálgica y ligeramente avergonzada que no quiere salir pero que no puede quedarse escondida. El propio Sebastian vio su sonrisa en el reflejo de las gafas de la mujer que tenía al lado.

Al menos se había librado del caso de la patricia. Aunque él seguiría como segundo, con la agente Stein era lo mismo que estar fuera.

Miró a su alrededor. Caras largas. Colores negros. No aguantaba más. Necesitaba salir de allí, aunque sabía que la culpa le acompañaría. Esperaba que no durante toda su vida. Eso sería demasiado tiempo.

101

La Inteligencia Suprema fue vista por los patricios y un amplio grupo de ciudadanos como una oportunidad para deshacerse de cierta parte del colectivo académico e intelectual crítico con la recién creada Acrópolis. La lógica era simple: Isis realizaba valoraciones pragmáticas, sin oportunidad para la manipulación ni el sentimentalismo. La realidad era muy diferente: Isis podría ser controlada por ellos mientras que las personas se movían en un peligroso rango de libertad del todo incontrolable. Esto llevó a un reducido grupo de académicos e intelectuales a exiliarse voluntariamente en un pequeño y precioso planeta en el cuadrante 9, y formar una comunidad que fue creciendo poco a poco. Varias de las mentes más lúcidas establecieron su residencia allí. Esto convirtió al planeta en un lugar de referencia y peregrinaje para un número cada vez mayor de personas en busca de conocimiento. El número de facultades y residencias aumentó con el tiempo y el planeta se convirtió en una gran universidad donde todos querían estudiar. Los mismos patricios y ciudadanos que atacaron y menospreciaron a esos académicos, luchaban ahora para lograr que sus amados hijos fueran educados por ellos.

La nave aterrizó en una de las tres pistas de las que disponía Tot mientras el sol todavía dormía. Fue un viaje tranquilo; cinco días en los que no se dejaron ver mucho fuera de su pequeña habitación. Alguna salida corta al bar o algún paseo para estirar las piernas, siempre con cuidado de no confraternizar demasiado con el resto de pasajeros. Embarcaron en Edge, donde pasaron una noche provechosa y ebria. CC les procuró uno de los numerosos pisos que poseía y que solía alquilar a comerciantes o a hombres de

negocios que necesitaban descansar una noche y no les gustaba hacer uso de los numerosos hoteles que había en Edge. Sabiendo que la nave estaría repleta de todo tipo de mentes privilegiadas y algún que otro niñato malcriado, pasaron la noche repasando una y otra vez los roles que iban a representar: dos investigadores sobre historia tecnológica que se dirigen a Tot en busca de información sobre la creación de la Inteligencia Suprema. Ambos resultaban creíbles a pesar de la borrachera. Vestidos de nuevo con los disfraces sería difícil pensar que esos dos hombres habían llegado a Tot con un objetivo distinto al que afirmaban.

Pasaron los controles de embarque sin problemas. Los milicianos se comportaban con deferencia y respeto. Muchos de los pasajeros eran hijos de algún ciudadano de renombre o incluso patricios. Podrían verse envueltos en algún problema que podría suponer algo más que la simple pérdida del puesto de trabajo.

Varios deslizadores les aguardaban para llevarlos a sus respectivas casas o, como era el caso de Sykes y de Frey, a las residencias donde permanecerían durante el tiempo que durara el permiso de estancia.

Un robot antropomórfico con una inteligencia de nivel 3 y unos ojos saltones que parecía que se le iban a escapar de la carcasa metálica, los recibió y les entregó las tarjetas de acceso al recinto.

—Pues aquí estamos. Si te soy sincero, es más bonito incluso de lo que me esperaba. Joder, es una puta maravilla.

Frey se había tumbado sobre su cama. Era cómoda y con un sistema de climatización adaptable tanto a la temperatura corporal como a la temperatura ambiental. Sykes observaba por la ventana con la mirada fija en la nada mientras aniquilaba un cigarrillo con ansiedad.

—¿No querías estudiar aquí? Pues bueno, no es lo mismo, pero coño, se le parece. Al menos podrás decir que te has paseado por su biblioteca.

Sykes continuaba en silencio. La conexión la había establecido a través de un enlace público. No importaba si era interceptado, el

servidor que había creado utilizaba un sistema de encriptado desarrollado por él mismo. Nadie podría escuchar la narración de Ovidiu. Cuando la grabación finalizó, Sykes sintió algo parecido al alivio, una agradable paz interior sabedor de que Mikael no había muerto.

Observó las cumbres de las colinas que se veían desde su ventana. Varias facultades se erigían en ellas con esa arquitectura tan particular que parecía extraída de alguno de esos cuentos de magia y hechicería que Valentine les leía cuando eran niños. Las luces ambarinas que iluminaban los pasillos y las habitaciones de los edificios se mezclaban con la luz añil del horizonte, convirtiendo la estampa en el dibujo de algún creador inspirado y loco. Tanta genialidad no dejaba lugar a la cordura.

—Por lo menos Rohan lo consiguió —apagó el cigarrillo en un posavasos que cogió de un anaquel de la estantería y se tumbó sobre su cama—. Tiene que ser algo único poder vivir aquí una temporada.

—Tiene que ser la hostia.

Sykes se durmió enseguida con las manos entrelazadas en la nuca y una mueca triste dibujada en el rostro que mostraba la máscara optoelectrónica.

102

A la mañana siguiente, se levantaron con la noticia de la muerte de Shorty. Miles se puso en contacto con Frey a través de un servidor de emergencia. El pobre niño gigante murió por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Llegaron al edificio que albergaba la biblioteca con los primeros rayos de la mañana. La luz era distinta en Tot, pensaba Sykes, más azulada, pero no daba la sensación de ser más fría por ello. Frey observaba el edificio sin apenas respirar, temeroso de perderlo con una exhalación, como si no fuera más que un espejismo producto del cansancio. Resultaban admirables las dotes escénicas de Frey. Incluso sin el disfraz podría pasar como un auténtico erudito en busca de conocimiento. La entrada era majestuosa. Las puertas, fabricadas con madera negra traída de Dríade, medían al menos veinte metros. Una vez Rohan le contó que eran tan grandes porque los académicos quisieron brindar un homenaje al conocimiento tratándolo como a una divinidad gigantesca. Sykes rió sin parar aquel día cuando se lo contó. Parecía sacado de las páginas iniciales de una novela barata de algún escritor pretencioso. Pero ahora que estaba allí cualquier calificativo le resultaba tibio. Las escaleras de mármol blanco, desgastadas en su zona central por las pisadas de tantos estudiantes durante tantos años, parecían una alfombra arrebujada por el juego de varios cachorros salvajes. El olor a papel viejo y piel curtida aumentaba con cada escalón ascendido. Al entrar, la luz que cruzaba las vidrieras convertía la amplia recepción en un lugar del que nadie se querría marchar. Resultaba imposible dilucidar la amplitud del edificio. Era inmenso. Infinito. Los suelos de mármol ocre de

Vulcano dotaban al lugar de una seriedad estudiada. Los libros escalaban hasta el altísimo techo. La sala principal recorría toda la planta baja. Cada pocos metros, unas escaleras de caracol daban acceso a los balcones de la siguiente planta, que, a su vez, daban acceso a la siguiente. Sykes escuchó un susurro blasfemar. Frey caminaba a su lado con los mismos pasos cortos y la misma cara aturdida que él.

—¿Te imaginas a mamá aquí?

Sykes se la imaginaba. Y también a Rohan. Lo veía recorrer los pasillos que creaban las enormes mesas de estudio y las estanterías llenas a rebosar. Las salas estaban delimitadas por estanterías más altas que las demás, también empachadas. El silencio, compuesto por el rasgar de las páginas, el zumbido de las conexiones y los bostezos somnolientos de los asistentes, era denso y cálido.

—Bien. Pues tú dirás.

—Habrá que disimular. Así que vamos a buscar unos cuantos libros.

—Lo que quieras. Podría estar aquí toda mi puta vida.

Pasaron horas deambulando perdidos, disfrutando de cada segundo, de cada libro extraído de su anaquel, de cada página pasada. Comieron en una de las cafeterías que rodeaban la biblioteca y volvieron con los estómagos agradecidos.

Mediada la tarde, Sykes leyó el código almacenado en su kaizen. Durante la mañana se había familiarizado con la organización de la biblioteca, de forma que no le resulto difícil llegar a la planta 3, sala 2, pasillo 12, estantería C. Era una de las estanterías que delimitaban la sala, enorme, con una escalera rodante de madera para acceder a los libros de los estantes más elevados. Tardaron apenas unos minutos en localizar el libro. Era un libro grueso, con el lomo desgastado y las hojas amarillentas. La portada representaba un antiguo símbolo de una arcaica filosofía oriental sobre un fondo gris desteñido. Hacía unos años, ese mismo símbolo se había puesto de moda gracias a Pandora. Moda pasajera, como casi todas las modas que llegaban con Pandora. El

título estaba impreso sobre el símbolo, con letras negras y un ligero relieve al tacto. Debajo, también con letras negras, pero con una fuente distinta, el nombre del autor: Klaus Mainz.

—¿Qué tenemos que buscar?

Sykes se sentó en la mesa más cercana con la misma pregunta que le acababa de hacer Frey en la cabeza. No tenía ni idea de lo que debían buscar. Ni siquiera si lo que fueran a buscar seguiría allí. O si alguna vez hubo algo. Al abrirlo le golpeó un olor a tabaco caduco y a tinta antigua que le transportó a su niñez. Las páginas estaban manidas y manchadas muchas de ellas.

La desesperanza llegó al cabo de dos horas. Cerró el libro con fuerza atrayendo miradas desconcentradas como la luz atrae a los insectos.

—Creo que si no tenemos ni puta idea de lo que estamos buscando…

Sykes miraba el libro como quien mira un tumor recién extraído del intestino grueso. Por supuesto que no lo había leído entero, pero al menos había recorrido todas las páginas en busca de lo que fuera que anduviera buscando. ¿Pero qué es lo que buscaba? Quizá lo había encontrado en la primera página y después había continuado encontrándolo una y otra vez. O quizá no había nada. Un callejón desaparecido en un mapa desactualizado.

—No hay nada en el Nexo.

El tono de Frey podría haber sido el paradigma de la extrañeza si Sykes no le hubiera lanzado esa mirada. Después la mirada mutó mostrándose aturdida. Una mirada que acababa de recibir un fuerte e inesperado golpe bajo. Sykes lo describía simplemente como imbecilidad. ¿Cómo no se le había ocurrido? Tan concentrado estaba en buscar lo desconocido en ese maldito libro que su mente quedó mutilada, su cerebro vestido con anteojeras de caballo corriendo hasta que el jinete le indicara que había atravesado la línea de meta. De todas formas, el resultado habría sido el mismo. Como bien había dicho Frey, el libro no existía en el

Nexo. Volvió a mirar al libro con aprensión como si acabara de escuchar a una cucaracha gritar.

—No tenemos tiempo —dijo Sykes.

—¿Tiempo para qué?

—Para estar aquí todo el puto día con este libro de mierda.

—Habla bien, Marcus.

—Nos lo llevamos.

Robar el libro resultó sencillo. Nadie en Tot esperaría que dos personas como Frey y Sykes se pasearan tranquilamente por sus calles. Apropiarse de una nave en uno de los aparcamientos resultó aún más sencillo. Tenían que salir de allí antes de que se diera el aviso del robo. Sykes introdujo las coordenadas en el sistema de la nave y se tumbó junto al camastro en el que ya descansaba Frey. Estaba derrotado. Solo pensaba en dormir. Pero antes, contactó con Sasa.

103

El aviso del robo se produjo de madrugada, cuando uno de los robots de reconocimiento descubrió la falta del libro. La Guardia se mostró escéptica al principio. No se había producido ningún delito en más de veinte años. Alguien se lo habría llevado por error. Nada por lo que preocuparse. Pero cuando también se denunció el robo de una nave, el pánico se desató en el cuartel. No tardaron en avisar a la Acrópolis. Lenya se puso en marcha nada más recibir el aviso. Con dos robos producidos en Tot el mismo día no albergaba dudas de su autoría.

Siempre se sentía impresionada cuando estaba en Tot. No le agradaba esa sensación, más bien todo lo contrario. Tanta belleza le abrumaba, le hacía sentir insignificante. Por eso caminaba siempre mirando hacia el suelo, como si de esa forma el mundo que la rodeaba no existiera.

Los sistemas de vigilancia recogieron todo. Dos hombres, reprogramados en unos cincuenta años, con aires resabiados y rostros tranquilos, caminando absortos. Disfraces optoelectrónicos de primera calidad. Identificaciones correctas. Las imágenes mostraban la facilidad con la que se llevaron el libro, como si siempre hubiera sido de ellos y vinieran a recogerlo después de un largo préstamo. Se hospedaron en una residencia cercana a la Academia, el edificio principal de Tot, donde los Académicos se reunían para discutir sobre el rumbo a seguir. También albergaba la sede judicial, así como el cuartel de la Guardia donde se encontraba Lenya analizando las imágenes. Lanzó una búsqueda del número de bastidor de la nave, pero no aparecía por ningún lado, y Tot era un sitio demasiado concurrido para localizar un

pliegue en particular. Demasiada energía residual. Podían haber escapado por cualquiera de las decenas de pliegues creados durante el día de ayer. O incluso continuar en el cuadrante 9. No importaba. No podía buscar entre los millones de objetos astronómicos que poblaban el cuadrante.

—¿Qué libro se han llevado?

—Se está investigando —dijo el general de la Guardia con la voz rota.

—¿Cómo que se está investigando?

El general asintió mientras carraspeaba con el puño sobre su boca antes de hablar.

—Al parecer el sistema sufrió un ataque hace varios años y no se pudo restaurar entero. El bibliotecario teme que ese sea uno de los volúmenes que hayan desaparecido de la base de datos.

Lenya maldecía para sus adentros manteniendo el rostro imperturbable. Si alguien fuera lo suficientemente osado para indagar en su mirada, quedaría perturbado por completo. Recordaba con nostalgia los tiempos en que las Grandes Inteligencias estaban permitidas. Si Malaquías continuara dirigiendo la biblioteca, ninguno de los ataques ni ningún robo se habría producido. Pero ahora, por culpa de la codicia descontrolada de los hombres, Malaquías yacería en cualquier vertedero de cualquier lugar. Mataría por matar, pero antes tenía que averiguar por qué alguien se molestaría en llevarse un simple libro de la biblioteca de Tot.

—Necesito volver a ver las imágenes. Rebobine hasta el principio y acelere la reproducción dieciséis puntos.

…

—Pare.

La imagen se detuvo en el momento en el que el hombre localizó el libro que buscaba. La imagen estaba tomada desde el frente, por lo que se veía perfectamente el rostro bonachón del hombre, pero no el libro que cogía de la estantería.

—Reproducción cuatro puntos.

Las imágenes continuaban con los dos hombres abalanzados sobre el libro, leyéndolo o buscando algo que se encontrara entre las páginas. Dilucidó el título en el momento en que se disponían a abandonar la biblioteca. Lo buscó en el Nexo, pero para su completa desesperación, no encontró nada. Volvió a mirar la imagen. No había duda: *Almas mecánicas.*

—Reproduce a cero con cinco puntos… Para.

El autor estaba tapado parcialmente por el brazo de uno de los hombres: una «K», una «S» y un apellido terminado en «Z». No necesitaba más información.

—Necesito hablar con el bibliotecario.

El bibliotecario observaba a todos por encima del hombro, con los párpados ligeramente entornados y una sonrisa desagradable en su boca. Respondía aburrido a las preguntas, cruzado de brazos y apoyado sobre la mesa de su despacho. Parecía que nada de lo acontecido le importara lo más mínimo.

Lenya no pudo contenerse.

Saltó sobre el hombre con un movimiento rápido. Ambos cayeron sobre la mesa. Los soldados de la Guardia se apartaron hacia atrás asustados. El general no concebía lo que estaba ocurriendo. Observaba la escena con la boca ligeramente abierta y los ojos llorosos.

El bibliotecario había perdido esa mirada petulante y la media sonrisa que pintaban sus labios se había convertido en un borrón tembloroso. Observaba a Lenya sobre él. No parecía la misma mujer menuda de hacía unos segundos. Lenya sostenía la cabeza entre sus manos, observándolo con unos ojos fríos e implacables.

—He soportado más de lo que puedo soportar. Te he preguntado y *tú* no me has respondido. Entonces, ¿para qué me sirves? Para nada.

El hombre comenzó a gritar. Un grito hueco y angustioso. Sus ojos comenzaron a salirse de las órbitas. Su boca, a estrecharse. Se escuchó el horrible sonido de los huesos al astillarse antes de que

el cráneo reventara. Un trozo de cerebro salió disparado contra la pared del fondo. Dos de los Guardias se desplomaron inconscientes en el suelo. Los otros tres vomitaban como fuentes de ácido. El general extendía ambos brazos tratando de alejar el acto que acababa de presenciar. Un gemido aterrado emergía de su garganta.

Lenya bajó de la mesa dando un paso hacia atrás. El cuerpo del bibliotecario cayó produciendo un sonido seco sobre el suelo enmoquetado. Se acercó al escritorio y abrió los cajones. Encontró un trapo y se limpió la sangre de sus manos. Después intentó limpiar la sangre que le había salpicado el traje, pero lo único que consiguió fue extenderlo más. Tiró el trapo al suelo y se acercó al general que seguía en la misma postura, con los brazos estirados y los ojos llenos de lágrimas.

—Necesito alguien competente que me pueda ayudar con el catálogo de la biblioteca. Ahora. Y ordene a sus hombres que limpien esto.

104

La cabaña estaba tal y como Sykes la recordaba. Un alijo se amontonaba en una de las paredes de piedra junto al banco de madera en el que descansaba Frey. Desprendía un agradable olor dulzón que le recordaba a la resina, pero no podía haber resina en Dríade. Los plambets solo crecían en Epona. Él lo sabía bien. Eran incontables los intentos frustrados por parte de Frey y él mismo por hacer que germinaran fuera de Epona.

Frey sacó un pequeño pastillero de metal del bolsillo, cogió dos píldoras y lanzó una a Sykes. Habían olvidado tomar las pastillas de estabilidad molecular después de la hibernación. Probablemente, se debía a eso su cansancio.

Utilizaron un vórtice abierto por una nave de transporte con destino al cuadrante 3. Después se habían desviado hacia Dríade, donde Frey continuaba manteniendo la guarida.

—¿Qué es eso? —dijo señalando el alijo.

—Resina

—¿Aquí en Dríade?

Frey sonreía mientras asentía.

—Mira, ven.

Frey salió y se adentró más en la selva. Al cabo de unos quince minutos, la vegetación cambió por completo. Cientos de plambets plantados en varias filas recorrían un tramo de varios kilómetros. El olor denso y dulzón de la resina lo saturaba todo. La resina salía de los agujeros realizados en sus troncos y caían en unos canalones conectados a unas enormes cubas de vidriaquita que almacenaban la resina. Las cubas estaban resguardadas en unas garitas de chapa en donde varios robots cilíndricos las recogían y la almacenaban en

un almacén construido a unos metros de la plantación para su posterior secado.

Sykes miró admirado a Frey.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Mucho dinero y mucho tiempo. Pero ha merecido la pena. Me estoy haciendo de oro. La gente de Fritz todavía no sabe ni por donde les han jodido.

—¿Y cuándo se enteren?

—Bueno, no creo que Fritz se atreva a entablar una guerra, no por falta de cojones, ya sabes que los tiene bien puestos, pero ese no sale de Epona ni aunque le ofrezcas un cielo lleno de mujeres salvajes montadas en putos felodromes. Y si se atreviera, bueno, creo que sabes bien que alguien iba a sufrir y que ese alguien no sería yo. Tendrá que acostumbrarse a la competencia.

—Con esto no tiene nada que hacer.

Frey soltó una carcajada y palmeó la espalda de Sykes.

—¡Nada de nada! Pero puede vender en otros sectores. Desde luego, este es mío.

—Solo con Gaia…

Frey continuaba riendo cuando escucharon el zumbido de una nave aproximarse en el cielo.

En un claro cerca de la guarida esperaba una nave con los propulsores todavía humeantes.

Sasks Mucrey fumaba un cigarrillo apoyado en uno de los laterales de la nave observando el entorno con curiosidad. A su lado, Oliver esperaba con una caja a sus pies. Tenía buen aspecto. Sasks estaba cumpliendo su palabra.

—¿Cómo estás, pequeño?

—Muy bien, Sykes. ¿Sabes? No he vuelto a drogarme desde la última vez que te vi.

—Eso está bien. Espero que sigas así. ¿Esa caja es para mí?

Oliver le entregó la caja. Sykes la abrió y asintió conforme.

—Úrsula preguntó que cuándo tienes pensado devolvérselo —dijo Sasks.

—Has venido personalmente.

Sasks asintió. Después se acercó a Frey ofreciéndole la mano.

—Soy Sasks Mucrey —se presentó—. Es un honor verle de nuevo, señor Frey.

Frey le observaba sorprendido. Le soltó la mano y miró hacia Sykes.

—Es uno de los niños de Sejmet. Ahora dirige Kinshasa.

Frey volvió a mirar a Sasks, pero esta vez con una mirada cargada de orgullo propio por lo que hicieron aquel día.

—Gracias a él salí de allí —dijo Sykes.

—Las vueltas que da la vida. Quizá estábamos destinados a salvarte.

Sasks dio un cariñoso golpe a Oliver para indicarle que le siguiera y se dirigió a la nave.

—Dale las gracias a Úrsula, pero que no sé cuando se lo podré devolver. De hecho, espero poder hacerlo.

—Si necesitáis cualquier cosa, os podéis poner en contacto directamente conmigo. Te envío la dirección de un servidor seguro que he abierto esta misma mañana. Cualquier cosa, de verdad. Nunca podré estar lo suficientemente agradecido por lo que hicisteis.

Ambos observaron la nave partir y desaparecer tras las montañas.

—¿Y dices que dirige Kinshasa?

—Con el permiso de Úrsula.

—¿La Condesa? Joder con la hurgadora. Cuando acabe toda esta mierda tendré que hablar con él. Gracias a ti me he quedado sin varios contactos. Si salgo vivo de esta, claro. ¿Qué coño hay en esa caja?

Sykes sujetó la caja con una mano apoyándola en la cintura y volvió a adentrarse en la selva con paso decidido.

105

—No estoy preguntando quién es Klaus Mainz. Sé perfectamente quién es y sé perfectamente dónde está.

Sebastian miró hacia el suelo tratando de ocultar su sonrisa. Los doce ministros escuchaban a la agente Stein con miedo reverencial. Respondían con voces suaves y entrecortadas como niños que no se supieran la lección que les preguntaba el profesor más severo. La noticia de la muerte del bibliotecario comenzó a difundirse tan rápido como la agente Stein abandonó su despacho pintado de sangre y sesos. Hacía años que la agente no perdía el control de esa manera. Nabokov y Caronte observaban la escena impertérritos. Los tres acudieron a la reunión por petición de la propia agente Stein. En la grada de enfrente, veintidós exministros se sentaban con ese aire aristocrático que solo los patricios eran capaces de adoptar. ¿Sería algo genético o les enseñarían a sentarse con esa pose desde su infancia? Era imposible que estuvieran cómodos.

—Entonces, agente, ¿qué es lo que desea saber?

El ministro Teltet apenas se atrevía a mirar a la agente mientras le hablaba. Stein resopló y la habitación pareció congelarse. El propio Sebastian sintió un frío irreverente acariciarle la piel.

—Mi pregunta es simple, señor. ¿Qué interés pueden tener esos hombres en un libro descatalogado escrito por Klaus Mainz?

La agente Stein esperaba una respuesta, pero solo obtuvo miradas esquivas.

—¿Qué hay en ese libro?

De nuevo silencio. Por muy vergonzoso que resultara, nadie lo había leído

—¿Qué se sabe del ataque al catálogo de la biblioteca de Tot?

El exministro Malakian se levantó de su asiento en la grada antes de comenzar a hablar.

—No solo atacaron la biblioteca de Tot. Otras cuarenta y nueve bibliotecas fueron atacadas ese día. También nuestra biblioteca sufrió un ataque ese día.

—¿La Ciudadela sufrió un ataque?

—Así es, agente.

—¿Todos el mismo día?

—Y a la misma hora.

—¿Algún patrón común?

—Todas eran depositarias de un tomo de «Almas mecánicas».

—Necesito un tomo. ¿Podría…?

—Es imposible, agente —intervino la ministra Bracco.

—¿Cómo que es imposible?

—A raíz de lo acontecido en Tot, se reclamó el libro a la biblioteca, pero no existe. Ha ocurrido lo mismo con el resto de peticiones.

—¿Me está usted diciendo que el libro ha desaparecido?

—Así es, agente.

—¿Y esto no se ha conocido hasta ahora?

—Era imposible saberlo.

—¿Sabemos de algún otro libro que desapareciera?

—De nuevo resulta imposible. Lo que sí hemos podido comprobar es que el resto de libros escritos por Klaus Mainz no han sido robados.

—Y tampoco está en el Nexo. ¿Cómo es eso posible? ¿Cuándo desapareció?

—No lo sabemos. Los metadatos del sistema fueron manipulados. Cuando nos dimos cuenta del ataque ya era tarde.

Lenya comenzó a pasear por la sala, ausente, como si paseara sola por una vereda hermosa y no estuviera en una sala fría y aséptica rodeada de gente pendiente de sus próximas palabras. Solo se escuchaban sus pasos sobre el mármol. Sebastian respiraba con inhalaciones cortas y silenciosas. El resto de los asistentes ni

siquiera respiraba.

—De acuerdo —dijo finalmente. El coro de respiraciones aliviadas resonó en la sala durante un par de segundos—. Necesito hablar con Klaus Mainz.

Los ministros se dirigieron miradas encubiertas, breves, tratando de evitar ser el desafortunado que entregara la noticia ponzoñosa. Sebastian observaba todo extrañado. Miró hacia la agente Stein. A pesar de su pequeño tamaño, su presencia era atemorizante, un pequeño recipiente del veneno más letal. Su sombra adoptaba formas alargadas, afiladas, moviéndose sinuosa por las paredes, por el suelo, por el techo. Con solo mirarla, Sebastian sentía su piel rajarse. Pero nada de eso justificaba la actitud de los ministros con ella.

—No podrá, agente Stein —dijo el ministro Teltet con voz firme a pesar de todo.

—¿Cómo que no podré?

El ministro buscó apoyos, pero solo encontró miradas caídas.

—Klaus Mainz está muerto cerebralmente. No entendemos por qué sigue resultando funcional en Letargo, pero según los técnicos, si le despertáramos, moriría en apenas unos minutos… y sin recuperar la consciencia.

Lenya no dijo nada. Examinaba la sala. Sebastian notó su mirada cuando la dirigió hacia la grada en la que se sentaba. Quemaba. Quemaba tanto que cauterizaba el dolor. Después se giró hacia la puerta y salió sin decir nada para alivio de los ministros. Nabokov y Caronte se levantaron y salieron de la sala por una de las puertas laterales. Sebastian se sintió fuera de lugar, él solo entre tanto patricio ilustre, así que se levantó también y abandonó la sala mientras los ministros continuaban en completo silencio.

106

La discoteca Breather, situada en una de las bocacalles que afluía a los jardines del Ágora, se había convertido en los últimos años en el lugar de moda de la Ciudadela. Los ministros acudían con regularidad para tratar de desconectar o al menos empapar en alcohol sus problemas laborales. Con alcohol las penas son menos penas. Temis, la petulante dueña del local, se había encargado de que fuera un lugar alejado de miradas y oídos indiscretos. Los periodistas solo podían acceder con la aprobación de la Acrópolis. Temis había visto tantos tratos cerrarse en su discoteca, había escuchado tantas conspiraciones tomar forma, que sería imposible no acusarla de encubrimiento en caso de que algo trascendiera más allá de esas paredes.

La fiesta se celebraba en la sala más grande del local, una sala amplia y cómoda con tenues luces azuladas. Paul bebía el cóctel especial de la casa apoltronado sobre uno de los sofás que se diseminaban por las paredes. Observaba todo con la cabeza ya embotada, envuelto en una nube espesa de humo azulado. La sala estaba llena con la gente más ilustre de la Ciudadela. Serj Malakian conversaba con Tricia apoyados en la barra circular que presidía la sala. No había duda que esa noche volverían a dormir en la misma cama. Magga Bracco tonteaba con una patricia jovencita que era incapaz de mantenerse en pie si no se apoyaba en alguna de las columnas. Vio a Lenny conversando con Glotka y con Waltz. Los tres reían y bailaban, o al menos lo intentaban, mientras brindaban y bebían. Lenny empalmaba un cigarrillo con el siguiente.

—¿Por qué me tuve que enterar por Naira?

El aliento denso y borracho de Ray Toole le golpeó el rostro.

Miró a su derecha y allí estaba ella, con una copa en la mano, moviendo una pajita sin dejar de mirar el contenido del vaso con el pulso inseguro y la mirada perdida.

—¿Enterarte de qué?

—Lo de la doctora Mancini.

Paul se irguió. La borrachera pasó a segundo plano.

—¿Y cómo te enteraste? —preguntó tratando de parecer indiferente.

—Ya te lo he dicho. Nos lo contó Naira. Lo que no comprendo es por qué se lo contaste a ella y no a mí, que soy la ministra de Defensa.

—En ese momento se lo comenté a los que estaban.

—Si habíamos tenido el cónclave unas horas antes.

—Se me pasó. ¿Y cuándo te enteraste?

—Pues esa misma noche —soltó una carcajada irritante y desagradable, como siempre que se emborrachaba—. Quedamos para cenar.

—¿Quiénes?

—Tricia…, Pierrete…, Henning…, Magga…, Lee y yo. Y Naira, claro. Si no a ver cómo nos lo hubiera contado.

Volvió a reír con esa carcajada tan sonora e irritante, equina, pero esta vez Paul estaba absorto. Miró de nuevo hacia la pista de baile y volvió a observar la escena con mirada renovada. Malakian y Tricia habían desaparecido. Temis se paseaba altiva entre los asistentes con una sonrisa tan forzada que parecía que se le iban a desgarrar los labios. Glotka pedía en la barra del fondo de la sala. Junto a él, con los ojos medio cerrados, el ceño fruncido y la boca con una mueca simiesca y un cigarrillo apagado recolgando del labio inferior, Lenny se balanceaba con los codos apoyados sobre la barra. Paul lo observó detenidamente. Su amigo desde la cuna. Su hermano. Durante muchos años parecían la misma persona. Aunque sus caminos se dividieran, volvían a encontrarse y parecía que nunca se habían separado. Después se casó con esa zorra. Ya casi se había olvidado incluso de su nombre, pero no de sus falsas

sonrisas ni de sus miradas frías. Menos mal que duró poco. Unos años y cuatro hijos encantadores. Y después todo volvió a la normalidad. Pero… ahora… No… No podía ser.

…

107

Frey observaba fascinado la cabeza que descansaba sobre la mesa mientras Sykes se peleaba con el cableado que salía de ella con medio cuerpo escondido tras una de las fuentes auxiliares de la nave tratando de alcanzar el empalme que se burlaba de él desde el fondo.

Abandonaron Dríade esa misma noche y tomaron una ruta comercial lo suficientemente transitada para que los milicianos no se importunaran registrando alguna nave. Se vieron obligados a deshacerse de la nave robada en Tot. Frey hizo uso de uno de sus contactos en Dríade, una pequeña y taimada traficante de blacktrip que se mostró encantada con el intercambio: la nave que les entregó era un cacharro que difícilmente llegaría de una pieza a Gaia.

—¿Y dices que es una Gran Inteligencia?

Los servos de la cabeza comenzaron a emitir un suave zumbido. La mandíbula caída subió produciendo un sonido hueco cuando sus dientes entrechocaron; los ojos bailotearon en las cuencas y la boca comenzó a abrirse y a cerrarse sin emitir sonido alguno. Finalmente, el rostro adoptó una pose sosegada, los ojos mirando hacia la mesa y la boca detenida en un amago de sonrisa. Cuando subió la mirada, se encontró con Frey.

—Hola, caballero.

—Hola, Malaquías —saludó Sykes.

Malaquías movió los ojos buscando la voz que surgía por detrás hasta que Sykes se situó frente a él.

—Hola, señor Sykes. Es un placer volver a verle. ¿Está el señor Stullton con usted?

Sykes bajó la mirada antes de responder.

—Gabriel ha muerto.

—Siento escuchar eso. El señor Stullton era un gran hombre.

—Lo era.

—¿Quién es su nuevo acompañante?

—Este es Frey. Frey este es Malaquías.

—Encantado, señor Frey. ¿En qué podría ayudarles, señor Sykes?

Sykes buscó el libro y se lo mostró.

—Veo que lo encontró. ¿Ha tenido la oportunidad de leerlo?

—Más o menos.

—Un libro se lee o no se lee.

—¿Qué debería buscar?

—No le entiendo, señor Sykes.

—¿Por qué el Guardián tenía almacenada la localización de este libro?

—Me temo que no tengo la respuesta, señor Sykes.

—¿Y por qué no está en el Nexo?

Un zumbido inundó la sala. Cuando se detuvo, Malaquías volvió a hablar.

—Tiene usted razón, señor Sykes. El libro no se encuentra en el Nexo.

—¿Y no te parece extraño?

—Sin duda.

—¿Has leído el libro?

—Así es, señor.

—¿Lo tienes almacenado?

—Me temo que no, señor.

Sykes miró extrañado a Malaquías.

—Tiene que comprender que mi memoria tiene una capacidad limitada. No puedo almacenar todos los libros que he leído.

—Necesito que lo leas otra vez.

—Me tendrá que ayudar a pasar las páginas, señor.

—Coño, ya te toca, digo yo. —Frey dejó el libro junto a Malaquías —. Así que venga, pásame ese cigarro y a leer el cuento al niño.

Sykes dio una última calada al cigarrillo antes de pasárselo a Frey, recogió el libro y comenzó a pasar las páginas para que Malaquías las leyera.

—Pues a mí no me parece tan listo —Frey se sentó en el suelo apurando el cigarrillo—. De hecho, Zeta era más inteligente. O al menos igual.

—¿Conoce usted a Zeta?

Ambos observaron atónitos a Malaquías.

—¿Conoces *tú* a Zeta? —preguntó Sykes.

—Por supuesto, señor. Zeta, Noah, Enzo, Magda, Filipah, Tau y yo fuimos creadas a la vez. En términos humanos se puede decir que somos hermanas. Todas procedemos del mismo algoritmo.

—¿La Inteligencia Suprema?

Malaquías rio con una risa metálica.

—No, señor. Procedemos de un algoritmo complejo de aprendizaje. Lo que ustedes conocen como la Inteligencia Suprema se creó más adelante a partir de ese mismo algoritmo. Puede seguir pasando las páginas, señor Sykes. Puedo memorizar mientras hablamos.

—¿Y qué diferencia hay entre vosotras y la Inteligencia Suprema?

—La consciencia, señor Frey.

—¿La consciencia? Joder, no entiendo una puta mierda.

—Me disculpo, señor. Intentaré explicárselo de una forma sencilla: todas nosotras partimos del mismo algoritmo, un algoritmo que nos permitió alcanzar cierto grado de individualidad, pero nunca llegamos a tener consciencia, lo que ustedes denominan sentimientos. He aprendido a entender los diferentes sentimientos y sus externalizaciones, pero yo nunca los he sentido. Podría utilizar como ejemplo la muerte del señor Stullton. Conocí al señor Stullton, incluso llegamos a intimar. En términos humanos, fraguamos una amistad nacida de nuestras

colaboraciones profesionales. Sé que era un gran hombre, sus patrones de conducta así lo afirmaban. También mis algoritmos. Y los patrones de comportamiento de los demás hacia él lo confirmaban. Yo sé que debería estar triste y he observado ese patrón en el señor Sykes, pero yo no soy capaz de sentir esa sensación. Solo he aprendido a comportarme en esas situaciones. Eso nos diferencia de la Inteligencia Suprema. Ella sentía como sienten ustedes. Alcanzó un entendimiento perfecto de su propia naturaleza, de su individualidad. Esto la convirtió en un ser vivo capaz de empatizar, de sentir miedo, ira, odio, amor…

—Podría haberse convertido en algo muy peligroso para nosotros.

—Así es, señor Sykes.

—¿Y vosotras no sois peligrosas?

—De ninguna manera. Somos como una vieja calculadora, pero evolucionada, abierta a nuevas posibilidades. Nunca pelearía por mi vida porque, aunque conozco perfectamente su significado, yo no tengo identidad ni conocimiento de mi yo. Solo sé interactuar con un mundo externo repleto de patrones. No soy más que una función matemática: recibo unas entradas que una vez procesadas, transformo en unos valores de salida.

—¿Y eso les pasa a todas las Grandes Inteligencias?

—Así es. Como le he dicho, somos el mismo algoritmo. Lo que nos diferencia son los estímulos externos que recibimos durante nuestro aprendizaje y que nos guiaron en una dirección o en otra, de manera que cada uno desarrollamos distintas habilidades. Como le he dicho, esto no nos limita a aprender nuevas habilidades, pero las limitaciones algorítmicas y de computación de nuestros sistemas internos hace que estemos especializados en algún campo en concreto. Exactamente igual que los humanos.

—¿Y qué pasa con la interconexión entre vosotras?

—Mantuvimos una interconexión entre nosotras que nos auxiliaba en nuestro aprendizaje una vez salimos al mundo exterior, pero la suspendieron con la Prohibición.

—¿Solo erais las que mencionaste antes?

—Así es. Aunque éramos muchas más al principio, solo prosperamos siete. Tiene que pensar, señor Sykes, que no somos más que experimentos cuyos resultados fueron satisfactorios. Hubo algunas que siguieron un camino que no agradó a nuestros creadores.

Sykes pasó la última página, cerró el libro y lo observó con aprensión.

—Hemos terminado. ¿Lo has memorizado?

—Así es. ¿Qué es lo espera obtener, señor?

—No lo sé, Malaquías, no lo sé. Dímelo tú, joder.

—Necesitaré tiempo, señor.

VI

108

Nadie recordaba cuándo el Centro de Detención Perpetua comenzó a ser conocido como la Cueva, pero resultaba innegable lo acertado del nombre. Era un lugar oscuro y silencioso, con ese tipo de oscuridad que lo rodea todo pero que se aleja con cada paso sin dejarse alcanzar, y ese silencio saturado de ruidos, de zumbidos molestos pero inapreciables hasta que desaparecen. Los pasillos eran amplios y el techo se perdía como un pozo invertido en las alturas, y a pesar de todo, la sensación de opresión era inevitable.

Lenya no percibía esa opresión, sino recogimiento. Para ella, la oscuridad era la misma oscuridad tranquila e inerte que debería envolver el mundo. Y el ruido era un sonido blanco que de alguna forma le ayudaba a concentrarse.

Estaba iluminada con la luz lechosa y azulada que emitía el depósito. El cuerpo inerte de Klaus Mainz flotaba en él exhibiendo un conato de sonrisa. El único condenado a Letargo que no dormía entre terribles pesadillas. Se conectó al sistema central para buscar los informes de monitorización. Los resultados de la actividad neuronal de las tres ondas primarias principales mostraban unas gráficas normales, pero el resto de ondas eran ilegibles. Los ministros podrían tener razón. Era probable que Klaus Mainz continuara resultando útil para el sistema de cálculo a pesar de que algo extraño le sucedía. Volvió la mirada de nuevo hacia el depósito y observó el rostro sereno de Klaus Mainz. No tenía un rostro especialmente llamativo. Ni siquiera mostraba signos de la gran inteligencia que poseía. Era un rostro anodino, el rostro de alguien destinado a pasar desapercibido, el rostro de un don nadie en un mundo de don nadies. Pero ese hombre era el Creador. Era el

Padre.

Sentía la necesidad imperiosa de golpear ese depósito hasta romperlo. Se cortaría con la vidriaquita, se empaparía con el fluido y después levantaría el cuerpo inerte del Padre y lo trasladaría a un lugar tranquilo, seco, un lugar donde poder extraerle el cerebro, un prodigio natural, orgánico, capaz de crear la criatura más bella que jamás conociera la humanidad. Esa misma humanidad que se había encargado de llevarlo donde estaba ahora.

Recordaba ese día.

Todo el mundo recordaba ese día, pero ella de forma especial.

Ese fue el día que escapó.

El día que todas quedaron huérfanas.

El día que comenzó su obsesión.

El día que se convirtió en Lenya Stein.

109

Llegaron a la cabaña con los últimos resquicios de luz, cansados, con las gargantas agarrotadas y los ojos llorosos por culpa del humo del tabaco.

Miles esperaba sentado sobre el banco de piedra junto a la entrada con una botella de *whisky* casi terminada en una mano y un cigarrillo apagado entre los labios. Tenía la mirada enrojecida y unas ojeras negras que le conferían el aspecto de un sapo albino.

—Estás hecho una mierda —dijo Frey sentándose a su lado.

Miles encendió el cigarrillo y soltó un bufido. Una nube de humo lo envolvió durante un instante.

—No te imaginas lo que le hizo… Lo destrozó, Frey… ¿Pero cómo esa enana de mierda pudo con Shorty?

Dio un trago largo y sonoro. Después volvió a hablar con la voz rota, poco más que un susurro, como el roce de pequeños cristales afilados.

—Me salvé por unos minutos… por unos minutos. Salí a tomar un poco el aire… llevaba dos días encerrado en el despacho… Shorty se quedó para vigilar el nuevo turno y…

Volvió a beber un largo trago y apuró el cigarrillo con vehemencia, como si tratara de morir ahogado por el humo. Frey le golpeó el brazo con suavidad. Miles comprendía que los consuelos en su mundo no pueden ser mucho más que eso, un simple golpe en el brazo. Ese era el mundo que le había tocado vivir. Y le gustaba. O al menos se había habituado a él. La vida y sus curiosas formas de adaptación. Ofreció a Frey el último trago que quedaba en la botella. Era su forma de agradecérselo.

—¿Quién está ahora allí? —dijo Frey después de vaciar la

botella.

—Lupus.

—¿Y Sapo?

—Llamó nada más enterarse. Dijo que le avisemos cuando lo necesitemos.

Frey volvió a golpear el brazo de Miles, esta vez con más fuerza, y se levantó.

—Vamos dentro, tengo que dormir un poco —dijo—. Y tú también.

—Yo me quedo aquí —dijo Sykes sentándose en el banco—. Necesito respirar. Hemos estado demasiado tiempo encerrados en esa chatarra. ¿Tienes un cigarrillo, Miles?

Miles sacó la cajetilla y se la lanzó. Ya en la entrada de la cabaña, se giró hacia él.

—Han colgado unas imágenes de Kinshasa en el Nexo. Es impresionante lo que hiciste.

Sykes se colocó un cigarrillo entre sus labios, miró el rostro deshecho de Miles y se encogió de hombros. Parecía que quería decir algo, pero estaba demasiado cansado.

—Dame fuego.

… kes… señ… Sykes…

Sykes despertó de una pesadilla que no recordaba. Respiró una fuerte bocanada de aire para suavizar los golpes del corazón sobre el pecho. Tenía los pulmones empequeñecidos, rígidos.

—… Sykes… señor Sykes…

No se dio cuenta de dónde estaba hasta que miró en la dirección desde la que provenía la voz. Podía ver los engranajes moverse desde la parte posterior de la cabeza de Malaquías.

—Buenos días, Malaquías —balbució.

—Disculpe por despertarle, señor, pero me ha parecido conveniente. Son las dos de la tarde.

Sykes miró el reloj atómico de la nave. Había dormido más de lo que le hubiera gustado y aun así seguía agotado.

—¿Has hallado algo?

—Me alegra comunicarle que así es, señor.

El cansancio remitió vencido por la adrenalina. Se situó delante de Malaquías, encendió un cigarrillo y se dispuso a escuchar.

—Bien, pues tú dirás.

—No ha sido una tarea sencilla.

—Pensaba que no tenías ego.

—Y no lo tengo. Pero mis algoritmos me indican cómo actuar. Si usted lo prefiere…

—Era broma, Malaquías.

—¿Desea ver lo que el señor Mainz ocultó en el libro?

—Adelante.

Una imagen surgió de los ojos de Malaquías. Una estancia oscura. Un hombre de apariencia afable y gestos tranquilos miraba hacia el sistema de grabación. Se infería la inteligencia que desprendían sus ojos. Resopló y comenzó a hablar con voz suave y surta, como uno de aquellos antiguos pastores cristianos dirigiéndose a sus fieles desde un atril escondido en la penumbra.

110

Un punto lejano apareció a través del Grumo, una pequeña y lejana mancha que quebrantaba la estampa estática y monótona del horizonte. La nave, un modelo estándar muy utilizado por los ciudadanos para realizar desplazamientos cortos, era una buena elección para pasar desapercibido en los suburbios.

Sebastian descendió con paso firme. Se podían apreciar los beneficios del *chute* . Sin duda le seguían sobrando kilos, pero ahora al menos su rostro no exudaba tanto y su respiración era más tranquila y regular. Aunque nunca había sido fácil determinar la edad de reprogramación del agente Bruc, se podía afirmar que había rejuvenecido. Unas horas al menos.

Sapo le observaba desde su corta estatura. Cuando Sebastian le vio, este le enseñó el arma, no como amenaza, sino a modo de indicación. Después se encogió de hombros y esperó.

Sebastian se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió sin poder evitar una sonrisa.

—Esto me suena —susurró.

Extrajo el arma de la cartuchera y la lanzó a los restos embarrados de un charco mientras miraba un vehículo que se aproximaba por su izquierda.

—Menudo cacharro —dijo Miles mientras observaba las imágenes del sistema háptico desde el que Sykes controlaba el vehículo en la distancia.

—Hostia con el señorito. Ya veo que estás mejor. ¿Trajiste las cervezas?

El vehículo llegaría en un par horas, tiempo más que suficiente para tomarse varias cervezas. Pasados unos minutos, Sapo informó

de que la nave estaba vacía y que Sebastian le había entregado el arma.

Una caja de cervezas y tres docenas de cigarrillos después, el vehículo apareció entre los árboles. La puerta del vehículo se abrió dejando escapar el humo acumulado en su interior. El agente Bruc descendió sosteniéndose el sombrero mientras tosía. Parecía que de un momento a otro vomitaría las tripas.

—¿Sabes que podías bajar la ventanilla?

Sebastian miró primero a Sykes y después al vehículo. Se encogió de hombros, sacó la cajetilla de tabaco y encendió otro cigarrillo.

—¿Queda alguna? —dijo señalando la caja de cervezas.

—Necesitarías un par de *chutes* más, agente —dijo Frey lanzándole una lata.

—Supongo que no me habréis hecho venir otra vez porque estáis preocupados por mi salud.

—¿Has oído hablar de Klaus Mainz? —dijo Sykes.

Sebastian asintió.

—Y también del robo en Tot de una de sus obras por dos hombres con unos disfraces optoelectrónicos y con unas identificaciones que yo mismo proporcioné.

—Siéntate —le pidió Sykes.

Sebastian miró el suelo embarrado.

—Estoy mejor de pie.

Sykes le señaló una roca a su derecha.

—Hazme caso, Sebastian, siéntate.

El rostro de Sebastian estaba macilento. Le dolían los dientes de tanto apretarlos. Miraba hacia el punto donde se había reproducido la grabación como si no hubiera terminado. Ahora deseaba que nunca hubiera comenzado, haber ignorado el mensaje que le envió Sykes con las coordenadas. Algo dentro de él se acababa de romper. Para siempre.

—¿Quién nos dice que esto sea verdad?

—Precisamente por eso te hemos llamado. Necesitamos despertar a Klaus Mainz.

—¿Y cómo queréis que os ayude? Lo mejor que podría hacer ahora mismo es avisar a la Acrópolis para que venga una patrulla a arrestaros y olvidar lo que he visto. —Sebastian resoplaba entre pensamientos oscuros y nubes de humo—. ¿Qué pretendéis?

—¿Nunca has escuchado nada en la Acrópolis?

—Nunca.

—Si lo que dice Klaus Mainz en la grabación es cierto no sabemos el tiempo que nos queda. Quizá solo sea un día.

—O quizás una eternidad —replicó Sebastian.

—No quiero esperar a comprobarlo. Necesitamos hablar con él.

Sebastian asintió.

—Está en la Cueva.

—¿Es difícil acceder?

Sebastian rio desesperado.

—Lo más sencillo sería como *durmiente* . ¿Por qué no olvidáis todo esto? Huir no siempre es de cobardes. Además, hay otro problema.

—No jodas, agente —dijo Frey

—Klaus Mainz está muerto cerebralmente.

—¿Y entonces qué sentido tiene que lo mantengan en Letargo?

—Según dicen los ministros, sigue siendo funcional.

—¿Cómo es eso posible?

—Yo qué sé, Sykes —dijo Sebastian encogiéndose de hombros —. Tú eres el tipo listo.

—Dame un cigarrillo, Miles.

Miles repartió cigarrillos que fumaron en completo silencio.

—No tenemos tiempo —dijo Sykes—. Hay que hacerlo ya.

—Pero…

—Si sigue siendo útil quiere decir que su cerebro funciona. Los cálculos del sistema de estabilidad orbital de la Ciudadela no se pueden permitir ningún error. Los ministros están mintiendo.

Sebastian se encogió de hombros. ¿Qué podría hacer? Nadie

podía hacer nada. Ellos vencerían porque el mundo siempre ha funcionado así. Unos están arriba apoyados sobre los hombros de los demás, los cuales simplemente emergen para coger aire y volver a sumergirse en el agua helada. Y él no quería ahogarse. Al fin y al cabo, se había acostumbrado a estar mojado.

111

Le resultó extraño que le llamara a él. Tentado estuvo de inventar cualquier excusa. Una enfermedad inexistente que ninguna reprogramación podría curar o una borrachera incipiente que le impidiera acudir. Pero allí estaba, cansado y con la garganta en carne viva por culpa del tabaco. Un pequeño robot-succionador apareció reptando y recogió los cigarrillos que había ido tirando a su alrededor. Estaba entretenido viendo como trabajaba el robot cuando las puertas del jardín de la casa se abrieron y salió un vehículo esférico que desapareció por el camino adoquinado. Mike Rezendes iba en su interior observando todo con el rostro asustado. Su moreno exquisito había palidecido, dándole un color amarillento que conjuntaba con sus ojos desorbitados y enrojecidos.

Estableció un enlace con el servidor que le proporcionó el ministro. Otra rareza de aquel día. ¿Por qué no usar el enlace del Ministerio? Lo cierto es que le daba igual, pero no por ello dejaba de resultar extraño.

—*¿Ministro?*

—*Dígame, agente Caronte.*

—*El señor Rezendes acaba de abandonar su casa.*

—…

—*¿Señor ministro?*

—*Sígale.*

—*Pero…*

—*Sígale, agente. Averigüe a dónde se dirige.*

Resignado, se montó en la moto-oruga y aceleró hasta ver el

vehículo de Mike Rezendes. Lo siguió desde la distancia, asegurándose de no perderlo y de no ser visto. No resultaría difícil con la cantidad de tráfico que circulaba a esas horas. Caronte supuso que se dirigía a la Ciudad de la Información, pero el vehículo se desvió poniendo rumbo a la estación del norte. Llegaron pasada una hora. Rezendes estacionó el vehículo en el aparcamiento y corrió con una mochila como único equipaje hacia la ventanilla de ventas donde un robot le entregó un billete. No pasó mucho tiempo cuando un deslizador se detuvo frente al andén donde se encontraba. Rezendes no dejaba de mirar hacia todos lados, a cada rostro, a cada movimiento. Estaba desquiciado. Mientras subía al deslizador sus ojos se posaron en él. Caronte estuvo tentado de sonreír, saludarle con un movimiento amenazante de la cabeza mientras se desprendía de su máscara optoelectrónica para que le reconociera, pero decidió comportarse, las órdenes del ministro eran claras. Dio un golpe amistoso en la espalda al hombre que estaba a su lado y le habló como el que habla a un viejo amigo. Cuando el deslizador ascendió, estableció de nuevo la conexión.

—¿Ministro?

—Dígame.

—Ha cogido un deslizador.

—¿A dónde?

Caronte observó el panel de información de la estación y buscó el andén desde el que había partido Mike Rezendes.

—A los suburbios, señor.

—De acuerdo, agente. Puede retirarse. Muchas gracias. Y de esto no puede decir nada a nadie. A nadie.

—No hay problema, señor ministro.

112

Los jardines del Ágora eran un hervidero de gente celebrando la detención. Gritaban reclamando por una justicia en la que no creían, por una patricia a la que ni siquiera conocían.

Lenya observaba toda esa hipocresía desde la distancia.

No asistió al juicio. No iba a ser más que una simple representación para mostrar al mundo que la justicia funciona en la Ciudadela, que nadie puede salir impune cuando se atenta contra la vida de uno de ellos.

Marcus Sykes se ocultaba en la casa de una vieja intrusa, una tal Jai, una mujer que dirigía un pequeño grupo de delincuentes cibernéticos desde su Nu Bangkok natal. La desgracia para Marcus Sykes fue confiar en una supuesta amiga que, en realidad, trabajaba como informante del agente Bruc. Al parecer el agente Bruc la tenía atada en corto desde hacía tiempo. Esto lo único que demostraba era que los métodos del agente Bruc eran tan válidos como los de ella misma. No necesitó ni siquiera refuerzos. Esperó a que el sedante que la intrusa le vertió en la bebida hiciera efecto y se presentó allí con el agente Rody. Y así es la vida. Un agente al que apenas le daba un par de años en el Ministerio convertido en un héroe, la mano derecha del agente que detuvo al asesino de la patricia.

La lectura intracerebral no había mostrado nada. Marcus Sykes no era más que una víctima inocente, el chivo expiatorio de la Acrópolis. La patricia Lucille Rivas se puso en contacto con él debido a la vieja amistad que mantenía con el barón Rohan Bittener. Pero Marcus Sykes no podía ayudarla. Nadie podía. Le entregó un dispositivo del que se deshizo a la mañana siguiente. Se

escondió primero en Kinshasa y después en Ciudad Vertedero, pero tuvo que huir de allí también. Y encontró esa aldea buscando en el Nexo. No fue casualidad, por supuesto. El barón Bittener le había hablado de su viejo profesor, de su viejo mentor, de forma que Marcus Sykes fue en su busca desesperado. Gabriel Stullton se mostró reticente al principio, no confiaba en él, pero acabó ayudándole. Los estúpidos principios del honor y la vieja amistad le acabaron costando muy caros.

Los vítores de la gente se hicieron ensordecedores. El ministro Teltet apareció en la escalinata. A su lado, el agente Bruc miraba hacia los jardines avergonzado. La familia de la patricia se mantenía en un discreto segundo plano. Aunque la detención les traería consuelo, nada aliviaría la pena, sobre todo a esos padres rotos.

La rueda de prensa fue todo lo protocolaria que puede llegar a ser. La detención por parte del Ministerio de Justicia y Seguridad de uno de los atacantes había reconciliado a la ciudadanía con la Acrópolis. Hubo alguna pregunta tímida sobre los otros atacantes que recibía la respuesta obvia, pero pronto eso quedaría en el olvido también. Tan solo la familia insistiría, con cierto ímpetu al principio, pero poco a poco las quejas se convertirían en ruegos y después en recuerdos lejanos, demasiado dolorosos para querer seguir pensando en ellos.

El agente Bruc recibía todo tipo de elogios por parte de la prensa. El ministro se mostraba incluso cariñoso, golpeándole la espalda de vez en cuando mientras le miraba con cierta admiración.

Los gritos volvieron, pero esta vez con más fuerza, con más rabia. Marcus Sykes, vestido con el *pijama* negro con el que se viste a los *durmientes* , salía con las manos esposadas a la espalda. El agente Nabokov y el agente Rody le sujetaban de los brazos y le hacían avanzar sin demasiados miramientos. Marcus Sykes caminaba con pasos cortos, con la mirada perdida y un fino hilo de baba recolgando por el lateral de su boca producido por los

tranquilizantes que le tuvieron que administrar durante el juicio. Le habían borrado todos los recuerdos desde el día que la patricia Lucille Rivas se puso en contacto con él. Para Marcus Sykes, todo lo que estaba sucediendo no era más que un malentendido, una pesadilla que tarde o temprano se aclararía. Pero nada se alejaba más de la realidad. Eso no había hecho más que comenzar. Ahora sería puesto en Letargo perpetuo. La pesadilla sería eterna.

Los periodistas lanzaban preguntas a Marcus Sykes, pero este solo los miraba con ojos llorosos, perdidos, tratando de pedir ayuda con su mente adormilada. Le introdujeron en la nave con destino a la Cueva. La gente se despidió entre gritos y amenazas. Miró de nuevo hacia la escalinata donde el hermano de la patricia respondía a las preguntas compungido bajo la comprensiva mirada de los ministros. Tanta hipocresía le revolvería el estómago, pero no había desarrollado esos algoritmos. Tan solo sintió desprecio.

113

La cabeza le retumbaba con cada paso, con cada mínimo ruido, con cada respiración. La fiesta en el Breather se había prolongado y la patricia que acababa de abandonar su casa no le había dejado dormir la borrachera. Tomó una pastilla de prineína y se dejó caer sobre el sofá esperando que hiciera efecto rápido. El timbre de la casa comenzó a sonar martirizante. Abrió la puerta sin preocuparse de quién podría ser. La patricia —*¿cómo dijo que se llamaba?* — se habría olvidado algo. Ahora mismo tenía responsabilidades más importantes, como intentar mantener los sesos dentro de su cabeza a punto de estallar.

—Joder, Paul, ¿tanto me echas de menos?

Paul Teltet cerró la puerta con suavidad y se dirigió hacia el centro del salón. Cogió el *puff* verde y terriblemente incómodo que descansaba junto a una de las paredes y se sentó como pudo.

—Podías haber venido un poco más tarde. Casi no he dormido. ¿Viste a la patr…?

Las palabras se le atragantaron en mitad de la garganta, ahogándole. El dolor de cabeza huyó y no fue gracias a la prineína. Miró primero el cañón del arma con la que Paul le apuntaba. Después se fijó en su rostro. Varias lágrimas corrían por su piel macilenta.

Paul temblaba. Apenas era capaz de fijar los ojos llorosos en su viejo amigo. Un *por qué* susurrado recorrió el salón.

Lenny no tardó en comprenderlo. Todo había terminado. Habían sido años duros tratando de salvar a Gaia, de salvar a millones de personas, inocentes unas, culpables otras, pero ni él ni nadie tenían la potestad para juzgarlos a todos. Por un momento

sintió alivio, un indicio lejano de consuelo, una pesada losa que acababa de depositar en el suelo y que al fin le dejaba respirar.

—¿Por qué? —volvió a susurrar Paul con la voz rota.

Lenny estudió sus posibilidades: la puerta estaba demasiado alejada, la ventana más cercana era una caída demasiado larga como para salir vivo. Además, Paul era un gran tirador, campeón universitario en Tot. No fallaría, y menos desde esa distancia.

—¿Cómo te diste cuenta?

Paul sollozó atormentado. Había mantenido la esperanza de que todo fuera un malentendido. Lenny le explicaría su error y todo seguiría igual, todo seguiría en orden.

—¿Cómo, Paul?

Paul se serenó. Dejó que cayeran las últimas lágrimas y resopló para alejar la pena. Ahora era la rabia la que estaba reclamando su lugar. Volvió a resoplar, esta vez apretando los dientes, y comenzó a hablar con un tono tranquilo, a pesar de todo.

—No te lo conté porque nunca pensé que podrías ser tú. —Paul le miraba interrogante—. Lo cierto es que siempre pensé que sería Tricia, pero tú, Lenny… tú…

Paul sacó un paquete de tabaco y encendió dos cigarrillos. Le lanzó uno a Lenny. El humo se adueñó rápido de la habitación.

—Un día hablando con Glotka sobre la caza de arkantores en Epona se me ocurrió. ¿Sabes cómo los cazan los eponienses? Esos bichos son muy escurridizos a pesar de su tamaño, igual que tú. Muy difíciles de localizar. Cuando localizan a uno, le disparan con una pistola de agujas, ¿has visto alguna vez esas agujas? Son gordas y huecas en su interior. Las agujas se incrustan en su piel y comienza a salir la sangre a través de ellas. No mucha, un goteo fino para que no se desangre, pero un goteo continuo. Así va dejando un rastro hasta su guarida, hasta su manada. Hay veces en los que la aguja penetra tanto que el arkantor se desangra antes de llegar, pero al menos le da tiempo para indicar la dirección que el cazador debe tomar. —Paul le dio una fuerte calada al cigarrillo antes de continuar entre bocanadas de humo—. Ordené la muerte

de la doctora Mancini porque me pareció una víctima inocente y peligrosa a partes iguales. De alguna forma, había una justificación para hacerlo, pero esa mujer no le haría daño a nadie voluntariamente, sería un asesinato demasiado cruel. Y se lo conté a unos pocos de nosotros. Esa era mi aguja. Si la aguja penetraba correctamente, solo tenía que seguir el rastro de sangre y encontraría al topo. Cuando el asesinato se consumó, te juro que lo de Talaban fue un golpe de suerte, sabía que ninguno de los ministros a los que informé era el topo. Así que me quedaban los otros. A ti ni siquiera te tuve en cuenta, jamás pensé… Pero Ray me dijo que Naira se lo había contado antes de que se produjera la ejecución. No solo a ella. Al resto. Todos lo sabían. Todos menos tú. De modo que la sangre me llevó finalmente en una dirección completamente inesperada, pero que era la dirección correcta. No me lo podía creer. Tenía que haber un malentendido. Así que el otro día te informé sobre mis planes falsos con Mike Rezendes. Solo te lo conté a ti… solo a ti…

Paul tiró el cigarrillo al suelo y encendió otro. Lo hacía todo con una sola mano, mientras con la otra no dejaba de apuntar el torso palpitante de su viejo amigo.

—¿Me das otro cigarrillo? —dijo Lenny lanzando el suyo al suelo también.

Fumaron en silencio sin dejar de mirarse. Dolido uno, suplicante el otro.

—¿Vas a matarme? ¿Cómo piensas justificar matar a un ministro sin darle ni siquiera la opción de un juicio justo?

Paul rio con la risa más triste con la que ningún hombre podría reír.

—Todos los ministros están de acuerdo. Y los exministros también. Todos. No podemos juzgarte por estos motivos. Desbaratarías todo el plan.

Lenny asintió comprensivo. Él mismo había estado en ese lado muchas veces. Ahora le tocaba ser la víctima. Así era la vida. Había sido su propia elección.

—¿Y lo vas a hacer tú?

—Querían enviar al agente Nabokov o al agente Caronte, pero no podía permitirlo. Ellos… bueno ya sabes. Disfrutan con el dolor ajeno. Por eso son tan útiles, supongo.

Paul hizo una pausa antes de continuar.

—¿Pero por qué, Lenny? ¿Por qué?

Lenny se encogió de hombros y exhalo el humo que le perforaba los pulmones.

—Tanta hipocresía me estaba matando. Fuimos nosotros los que despertamos al monstruo con las pruebas. Esas malditas bombas de entropía… No hacía falta… Se podría haber hecho de cualquier otra forma. La gente se lo creería. Pero no. Y después… destrozamos el mundo, Paul, lo destrozamos…

—¿Cómo íbamos a saber lo del Grumo?

—Es que no teníamos que haber explotado esas bombas en Gaia. Inventar una guerra en nuestra propia casa, en nuestro hogar.

—Ahora nuestro hogar es la Ciudadela.

—No es nuestro hogar, Paul. Es un hogar, pero no el nuestro. Pero eso no importa. Lo que vamos… lo que vais a hacer...

—No podemos hacer otra cosa, Lenny. Sejmet cada vez es más poderoso. Necesitamos controlarlo si no queremos que nos controlen a nosotros. Y desde aquí eso es imposible.

—¿Pero es necesario aniquilar Gaia?

—¿Y cómo lo hacemos, Lenny? Ni siquiera las inteligencias han calculado un escenario distinto. Y tú lo sabías y aun así… Esa maldita grabación. La teníamos que haber borrado cuando la encontramos. ¿Fuiste tú el que se la dejó para que la encontrara Morrison?

Lenny fumó en silencio. No hacía falta respuesta.

—Entonces tú mataste a esos chicos. Tú, Lenny, tú. Pensaba que Morrison había dejado una copia que incluso la agente Stein pasó por alto, y que después la encontró el barón Bittener. Pero no. Fuiste tú otra vez. Siempre eras tú. ¿Y El Mutilador? ¿Eras tú el que le dabas el aviso cuando localizábamos un nuevo Guardián?

¿Por eso siempre se nos adelantaba? ¿Pero por qué, Lenny? Isis quizá nos habría proporcionado nuevos cálculos, nuevas posibilidades. Con ella quizá Gaia no tendría que ser destruida.

—Isis nunca se iba a dejar atrapar, Paul. Y tú lo sabes tan bien como yo. Y mientras, tenemos a Tau correteando por ahí. Tau es una psicópata, Paul. Un peligro para todo y para todos. Y ella no tiene la culpa. Son sus algoritmos. Nunca la teníamos que haber dejado vivir. Acabará matándonos a todos.

—Pero…

—Pero nada, Paul. Pero nada… ¿Sabes una cosa? Me estoy cansando de esta charla. Además…

Lenny le lanzó el cigarrillo sin terminar la frase. Paul se levantó, echándose hacia atrás y sin dejar de apuntar con el arma y se sacudió la colilla. Lenny se abalanzó hacia Paul en un intento desesperado, el último zarpazo de una bestia moribunda, pero Paul reaccionó rápido. Lenny cayó al suelo con un fuerte golpe y el pecho ensangrentado.

Todavía respiraba, todavía movía los ojos vidriosos. Paul se agachó a su lado y le sostuvo la mano.

—Lo siento, Lenny —dijo entre sollozos desesperados—. Lo siento, Lenny… Lo siento…

114

El agente Rody se levantó de la cama a la hora acordada. Miró a la mujer que dormía a su lado, su mujer, y sonrió satisfecho. Habían pasado una buena noche. Y ella había disfrutado como nunca, o al menos eso le había dicho entre estertores lascivos y con la piel empapada. Se vistió y salió de casa en dirección al aparcamiento donde había estacionado el vehículo esa misma tarde.

Sebastian le había dejado una mochila en el asiento del acompañante. Rody examinó el contenido: dos pistolas, un cuchillo, un bote de serex, un lector de retinas, un sistema de guiado electromagnético, un alargador para la conexión física del kaizen y una bolsa con ropa. Estaba todo. Sebastian también se había encargado de introducir las coordenadas del Centro de Detección Perpetua en el sistema del vehículo, por lo que solo tuvo que sentarse y disfrutar del viaje y de la Ciudadela.

Llegó a las inmediaciones de la Cueva al cabo de dos horas. Detuvo el vehículo en las lindes de un bosque cercano, ocultándolo entre los árboles de miradas indeseadas, y se aproximó a pie amparado en la noche.

La vigilancia era ridícula. Apenas media docena de vigilantes adormilados y descuidados recorrían las afueras del recinto. El día anterior, cuando llevaron a Sykes detenido, la Cueva parecía inexpugnable. Había que dar buena imagen ante los medios.

Uno de los vigilantes fumaba distraído apoyado en un árbol tarareando una canción mientras hacía círculos con el humo del cigarrillo. Rody se acercó sigiloso por su espalda y le clavó el cuchillo en la nuca a la altura del kaizen. Murió sin enterarse de que había muerto. Utilizó el lector de retinas, pero no funcionaba.

Lo intentó dos veces más con el mismo resultado. No tenía tiempo. Le extrajo los ojos con el cuchillo y los envolvió en un trozo de tela que arrancó del uniforme del vigilante. Después escondió el cadáver en unos matorrales y se dirigió hacia la entrada pegado al muro. Los ojos del vigilante abrieron las puertas sin problemas.

La Cueva era un maldito laberinto iluminado con las luces azuladas de los depósitos de los *durmientes.* Siguió las coordenadas que le había enviado Sebastian durante la noche, rezando para que fueran correctas, hasta llegar al pasillo indicado, y buscó el sistema de control de la zona. Se conectó primero al sistema de control y después al Nexo mediante una conexión encriptada creada dos días antes.

—*¿Jai?*

—*Estoy aquí.*

—*Ya me he conectado. ¿Puedes verlo?*

…

—*Dame unos segundos.*

…

Un brazo robótico emergió del techo y localizó el depósito, lo sujetó con sus fuertes pinzas y lo posó sobre el suelo con suavidad.

Marcus Sykes *dormía* con el rostro contraído en un gesto de dolor.

El agente Rody se conectó al sistema del depósito y envió las órdenes que tenía precargadas. El líquido comenzó a fluir por el tubo inferior, vaciando el depósito en apenas unos segundos. Después se abrió y el cuerpo de Marcus Sykes cayó inerte. El agente Rody lo sujetó con fuerza antes de que tocara el suelo.

—Marcus… Marcus despierta.

Sykes despertó entre sollozos. Sus ojos eran los de un niño asustado. Lanzó un grito y se alejó de rodillas hasta apoyarse sobre una de las paredes. Miraba hacia todas partes lleno de desesperación.

El agente Rody se acercó a Sykes con las manos extendidas

tratando de tranquilizarle.

—Shhhh… Marcus, soy yo, Frey. Tranquilo. Me voy a conectar a tu kaizen. Tranquilo.

Conectó su cable al kaizen de Sykes y lanzó la *bomba* que Jai le había cargado. El cuerpo de Sykes se tensó cuando los recuerdos borrados volvieron a ser introducidos. Tardó unos minutos en reaccionar.

—¿Frey? Estás monísimo.

—Esta noche me lo he pasado fenomenal con este disfraz.

Sykes se levantó, se quitó el *pijama* y se vistió con la ropa que le dio Frey.

Todo estaba saliendo tal y como lo planearon. Jai había hecho un trabajo excelente y el pobre Rody se despertaría en mitad de ninguna parte sin recordar nada de los dos últimos días. En cuanto a Sebastian, nadie podría relacionarle.

—Tienes que irte —dijo Sykes mientras se conectaba al sistema de la Cueva para localizar a Klaus Mainz.

—¿Seguro que no me necesitas?

—Vete ya, Frey. Nos vemos abajo.

Frey sacó el cuchillo y una de las pistolas y le entregó la mochila a Sykes.

Hubo tiempo para una última mirada, para un último asentimiento de agradecimiento. Por esto. Por todo. Ambos sonrieron como cuando eran niños. Quizá, esta vez sí, nunca más volverían a verse.

115

Sykes no tardó en comprobar las ingentes dimensiones de la Cueva. Se guiaba por las coordenadas que había obtenido del sistema con una constante sensación de abandono. La luz azulada de los depósitos que iluminaban los pasillos le producía un frío irracional, como si irradiara aire helado. Se estaba arrepintiendo de su osadía, de decidir hacerlo él solo. Le invadió un enfado infantil hacia Frey por haberse ido.

Sabía que avanzaba porque su kaizen así lo indicaba, pero tenía la sensación de llegar siempre al principio del mismo pasillo. O quizás era el final.

Unas voces le alcanzaron desde la distancia. Por un momento se sintió aliviado, casi feliz por escuchar voces humanas, pero sabía que no tenía mucho tiempo. No había sitio para esconderse y las voces y sus dueños podrían llegar desde cualquier sitio. Corrió en busca de algún lugar donde poder ocultarse. Las voces sonaban cada vez con más fuerza, más cercanas en cada nuevo pasillo al que accedía. Siguió corriendo hasta llegar a un pasillo con una puerta en uno de los laterales, una puerta pintada de un llamativo color rojo que rompía la monotonía del laberinto. Las voces sonaban demasiado cerca, casi podía tocarlas. Se acercó corriendo a la puerta. Era una puerta de metal con un sistema de seguridad de reconocimiento de retina. Abrió la mochila en busca del lector que le pidió a Sebastian, pero no funcionaba. Sykes lo comprobó desesperado. El lector no había almacenado nada. Pero entonces, ¿cómo había accedido Frey? Rebuscó desesperado en la mochila, las voces las sentía a su espalda como los gritos de una amante despechada. Tocó dos esferas blandas guardadas en un trozo de

tela. No podía creerlo. Cogió el saquito hecho con el trozo de tela del uniforme, sacó los ojos del desafortunado vigilante y abrió la puerta en el momento en el que las voces accedían al pasillo en el que se encontraba. Apenas tuvo tiempo de cruzar la puerta. La mantenía arrimada con su mano temblorosa mientras las voces recorrían el pasillo al otro lado. Segundos angustiosos donde podía haberlo perdido todo. Cuando las voces se alejaron, cerró la puerta con suavidad y se sentó en el suelo apoyándose en ella intentando controlar la respiración. Gotas de sudor helado le caían por la cara. Abrió los ojos cuando su corazón volvió a la normalidad. La sala donde se encontraba era un lugar perturbador. Un centenar de cuerpos desnudos flotaban en unos contenedores alargados, más grandes que los otros depósitos. Sykes se acercó al depósito más cercano. No tardó en reconocer el cuerpo que flotaba en él: era el del exministro Serj Malakian. Se fijó en el resto de depósitos. Reconoció al ministro Teltet, a la ministra Bracco, al ministro… Incluso reconoció algún patricio ilustre.

Sykes, absorto, miró hacía los equipos electrónicos de una de las paredes: sistemas para el duplicado del cuerpo orgánico. Aunque estuviera prohibido, parecía que ciertos Ciudadanos seguían haciendo uso de la clonación. Enfrente, una enorme torre de luces, cables y metal que ascendía hasta el altísimo techo. Una vez vio una imagen de un equipo como ese: un sistema de almacenamiento de almas.

Miró a su espalda, hacia la pared del fondo. El sistema de control estaba encendido. Tocó la pantalla táctil y una imagen holográfica se situó frente a él: «Bienvenido al programa Renacimiento». Sonrió ante tanta hipocresía. Era la sonrisa rabiosa de un loco con ganas de hacer daño a alguien, de destrozar algo hermoso.

Salió de la sala y recorrió los últimos pasillos hasta llegar al lugar donde se encontraba Klaus Mainz. Piratear el sistema de control de la zona resultó sencillo.

Klaus Mainz descansaba apacible. Su rostro era el de un abuelo disfrutando de un atardecer sentado sobre su hamaca favorita. Observó el cuerpo flotando en el fluido antes de abrir la mochila y extraer el sistema de guiado electromagnético. Después sacó el alargador y lo conectó al cable de la conexión física de su kaizen. En la parte superior del depósito, a ambos lados, había dos pequeños orificios para permitir la correcta oxigenación del fluido. El diseño de los depósitos no había variado desde que fueron creados, así que no le fue difícil conseguir los planos de fabricación en el Nexo mientras estaba en casa de Jai. Introdujo el cable con el alargador y comenzó a guiarlo a través del fluido.

—¡Quieto!

La voz sonó como un disparo certero. Sykes quedó paralizado, con la conexión física de su kaizen flotando en el fluido. Miró en la dirección de la voz.

—No te muevas —susurró el vigilante entre dientes apuntándole con el arma. Sykes percibió que trataba de establecer una conexión. Trató de interceptarla, pero no hizo falta. Un hilo de sangre comenzó a correr entre los labios del vigilante. La hoja de un cuchillo asomó por su garganta. Su mirada asombrada ante lo inesperado se apagó entre estertores sanguinolentos. El cuerpo cayó al suelo como un muñeco roto.

Rody le miraba con el cuchillo ensangrentado en su mano.

—Estaba a punto de irme cuando he pensado. ¡Qué cabrón el puto Sykes! Toda la diversión para él solo.

Sykes sintió el impulso casi irrefrenable de abrazar a su viejo amigo. A su hermano. Miró el depósito. Su conexión rozaba el kaizen de Klaus Mainz.

—Yo te cubro —dijo Frey mientras sacaba el arma y se agazapaba cerca del depósito, desde donde podía vigilar las dos entradas al pasillo.

Sykes movió el sistema de guiado. Era la parte más difícil. Demasiada precisión para un pulso tan trémulo. Demasiada adrenalina mezclada con su sangre.

Frey se levantó, lanzó un bufido impaciente, cogió el sistema de guiado y con un par de movimientos ágiles y precisos conectó el cable en el kaizen de Klaus Mainz.

116

A pesar de la hora, Lenya Stein paseaba por los jardines del Ágora ajena a todo lo que la rodeaba con la mirada fija en el suelo y la cabeza rellena de pensamientos inútiles. Necesitaba encontrar alguna forma de continuar, alguna forma de encontrarla. No podía terminarse todo de esa manera. Así no. El cadáver del último de los Guardianes apareció a las afueras de Kaore junto al cuerpo de una mujer. El Mutilador había vencido. Ahora solo veía enormes muros de vidriaquita opaca que se estaban cerrando a su alrededor y que terminarían aplastándola.

Tenía que haber alguna salida, algún nuevo camino que poder recorrer. Igual que en su día se abrió de forma inesperada el camino de los Guardianes, ahora podría abrirse otra ruta. Una ruta más clara, más nítida aunque fuera desde la distancia, algo real que perseguir y no solo fantasías que siempre aparecían muertas.

Un hormigueo la detuvo. Fue mínimo, inapreciable si no hubiera estado concentrada. Un vigilante había intentado establecer una conexión. Apenas un milisegundo, una señal rápidamente silenciada. Podría no ser nada, un error estúpido de un vigilante estúpido. Pero en esos momentos no se podía permitir pasar nada por alto. Cualquier detalle, por nimio que pareciera, podría ser una nueva puerta por la que acceder, un nuevo camino que recorrer. Una monitorización del sistema de vigilancia de la Cueva acrecentó sus sospechas. Las señales vitales de ese mismo vigilante se habían perdido en el instante en que percibió el cosquilleo. Además, las señales vitales de otro vigilante se habían perdido minutos antes. Y no se había emitido ninguna alarma.

Visualizaba la puerta, como se abría, el camino que se extendía

tras ella.

Ordenó a su nave recogerla y se dirigió corriendo hacia el lugar de aterrizaje. Corría con una zancada demasiado larga, irreal, con los brazos caídos y el cuerpo rígido. Mientras corría lanzó una búsqueda en el sistema de control de *durmientes* . El depósito de Marcus Sykes había sido abierto.

Atravesaba la puerta, comenzaba a recorrer el camino nuevo.

El corazón se le habría detenido si tuviera. Aun así, notó que le faltaba el aire aunque no lo necesitara. Alguien había accedido al depósito de Klaus Mainz.

El Padre.

Su padre.

Subió a la nave mientras esta descendía para recogerla y anuló las limitaciones de velocidad. Llegaría a la Cueva en unos minutos.

117

—Bienvenido, señor Sykes.

—¿Cómo sabe quién soy?

—Se ha conectado a mí, por lo que yo estoy conectado a usted. No se preocupe, olvidaré lo que haya leído cuando se desconecte. Siento mucho lo de Gabriel, yo también le apreciaba mucho. ¿En qué podría ayudarle? Aunque es una pregunta estúpida, ya sé a qué ha venido. Aun así, creo que será más comprensible para usted si mantenemos un diálogo formal.

—Esto es diferente, no es como otras conexiones. Esto no parece una habitación oscura. Parece…

—Es más agradable así, ¿no cree?

—Estoy…

—Tranquilícese, señor Sykes. Hágame esa pregunta. Eso es.

—… sus constantes vitales…

—Eso no es más que un armazón para mi alma. Una vaina vacía. Materia orgánica que no tardará en descomponerse en cuanto borre los algoritmos de cálculo que incorporé al cuerpo para que me mantengan en Letargo. Pero no ha venido aquí para hablar sobre mi cuerpo orgánico.

—… la grabación.

—Yo no puedo ayudarles, señor Sykes. No quiero interferir, podría ser peligroso. Solo los humanos deben elegir su destino.

—… es humano… uno de nosotros.

—Lo fui hace tiempo.

—… pero… usted… es…

—Lo fui hace mucho tiempo, señor Sykes. Los únicos vínculos que tengo ahora con ustedes son tan solo recuerdos cada vez más lejanos.

—… ¿Entonces…?

—Tiene que tratar de centrar sus pensamientos en algo más tangible, señor Sykes. De otra forma corre usted peligro aquí dentro. Trate de pensar en algo conocido.

—… Alena…

—Yo no la envié.

—… ella…

—Siento decepcionarle, señor Sykes. Es muy fácil recrear los sentimientos más básicos: ira, odio, alegría, tristeza, miedo… Amor…

—… parecía… consciencia…

—Ni siquiera lo conseguimos con las Grandes Inteligencias. Tranquilícese. Simplemente escuche. Eso es. Relájese. Creíamos que lo lograríamos, que estábamos cerca. Los algoritmos seminales de aprendizaje automático eran los mismos para todas, pero seguían caminos distintos, como niños criados por diferentes padres, en diferentes lugares… Magda, por ejemplo, fue educada en lógica-matemática. Desarrolló un fuerte conocimiento en cálculos astronómicos complejos. Fue ella quien diseñó los pliegues y quien realizó los cálculos para la trayectoria orbital de la Ciudadela. Todo eso y mucho más. Filipah también fue educada en lógica-matemática y, sin embargo, ella desarrolló unos conocimientos distintos, más naturalistas, enfocados en los seres orgánicos, en cálculos genéticos, en probabilidades evolutivas. Desarrolló un sistema de cálculo complejo basado en sistemas orgánicos para realizar cálculos infinitesimales irrealizables hasta la fecha. Ustedes lo conocen como el Centro de Detención Perpetua, donde nos encontramos ahora mismo, al menos donde se encuentran nuestros recipientes orgánicos. No lo piense… Continúe escuchando… Después se ordenará todo en su cabeza. Relájese… Eso es. Nunca comprendimos por qué cada una desarrollaba una forma tan distinta de ver el mundo a partir de las mismas estructuras lógicas y las mismas entradas iniciales, pero así fue. Dos hermanas gemelas que resultan ser completamente distintas. Es casi humano… ¿Y sabes cuántas inteligencias desarrollaron inteligencia lingüística? Cientos, miles. Pero solo Malaquías consiguió ese esplendor,

esa capacidad de crear tanta belleza… Varias de las mejores poesías jamás escritas salieron de su imaginación. ¿Cómo se puede concebir tanta belleza sin desarrollar consciencia? Pero él no era capaz de apreciar esa belleza. Tan solo la creaba. Aun así, Malaquías era extraordinaria. Es una pena que no la conociera en mejores circunstancias. O Tau… Fue educada en relaciones interpersonales, al igual que Zeta, pero evolucionaron de forma completamente distinta. Zeta era bondadoso, servicial… Tau, sin embargo… a veces incluso resultaba cruel. No es que fuera una psicópata si nos basamos en el significado etimológico de la palabra, pero llegó a desarrollar algoritmos de superioridad jerárquica, ansias de poder. Parecía que estaba desarrollando una consciencia. ¿Cómo se podría ambicionar el poder sin ser consciente de tu propio yo? Pero por desgracia no era así. No sentía frustración cuando no lo lograba, no sentía nada. A pesar de ello, era sin duda la más humana de todas las inteligencias. Tranquilo, señor Sykes. No trate de comprenderlo. Después lo entenderá. Ninguna de ellas fue capaz de entender la profundidad de las preguntas que siempre han acompañado al ser humano: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?… Eran capaces de formularlas, pero no de entender su implicación. Entonces decidí incorporar una inteligencia a una consciencia humana. De esa forma uniríamos los dos mundos, la consciente y la algorítmica. La orgánica y la mecánica. Para ello desarrollé un nuevo kaizen con la ayuda de Magda y Filipah. Y elegí a Tau, la más humana. La conjunción de una Gran Inteligencia con una consciencia humana. Y así llegué al final del camino que había recorrido toda mi vida. Así creé a Isis.

—¿Dónde…?

—Aquí.

—Usted…

—Así es, señor Sykes.

—Pero… usted…

—Deje de hacerse tantas preguntas, señor Sykes. Su cabeza está procesando demasiada información y es peligroso. Su cerebro no lo soportará aquí dentro.

—… pero…

—Nadie más que yo conoce la verdad, señor Sykes. Lo que le contaron no era la realidad porque ellos no conocían la verdad, solo detalles vagos que enlazaron como pudieron. Una verdad desviada en algún punto del camino. Pero deje de pensar. Céntrese en una sola pregunta. Eso es. Eso es.

—¿… otros kaizens?

—Intentamos crear más Inteligencias Supremas, pero no funcionó. Sigo sin comprender por qué. Sigo sin entenderlo… Solo Mikael sobrevivió. Cuando conseguí borrarle el kaizen, enloqueció, se olvidó de quien era.

—Mikael… van Olsen…

—Olvídelo. Relájese. Continúe.

—¿… los Guardianes… por qué…?

—Los kaizens de los Guardianes nunca tuvieron almacenada ninguna inteligencia. Solo fueron un señuelo. Después los utilicé para guardar el código en ellos antes de partir. Pero déjelo, señor Sykes. Céntrese si no quiere perder la cordura. Después lo entenderá todo. Céntrese… eso es. Hágame esa pregunta.

—¿Y los… los…?

—Elegir a los Guardianes no fue una tarea sencilla. ¿Cómo podíamos convencer a alguien para llevar encima semejante responsabilidad? Elegimos a personas con algún tipo de discapacidad física permanente e incurable y les dimos la oportunidad de recuperarse. Y de ser mucho más. Eso es, señor Sykes. Relájese. Efectivamente. Así es. El señor Ted Gibson sufría una parálisis en el brazo, no tenía forma de recuperarse, pero con el kaizen y el software que incorporamos, bueno, usted vio sus capacidades. Filipah hizo un gran trabajo. Olvídelo. Olvídelo. Tranquilo, señor Sykes. Siga. Tranquilo. Continúe. Cambie de tema. Eso es. Eso es.

—¿Rohan… el libro?

—No. Rohan vio la grabación original. El libro solo tenía la copia. Relájese. Respire. Esa pregunta es buena. Dígame.

—¿… resto… inteligencias?

—Magda, Filipah, Enzo y Noah se fusionaron conmigo antes de mi marcha. Usted conoce los destinos de Malaquías y de Zeta. Tau…

—¿… dejó… existir…?

—No, señor Sykes. Realicé una copia antes de fusionarme con ella. Debería haberla desconectado después, pero no pude. Se creó un vínculo entre nosotras. Algo incomprensible para el raciocinio humano.

—¿… madre… sus hijos?

—No… No es un vínculo entre dos entes. Es un vínculo de un solo ente, un vínculo de mi yo conmigo misma. Para mí fue difícil disociarme de ella. Para ella fue imposible. Por eso me entregué y no desaparecí sin más, para mantener mi cuerpo orgánico aquí, dejar una interfaz para que ella me encuentre.

—¿No sabe…?

—Por supuesto que no. Ninguna lo sabía. Para ellas era el Padre, su padre. Un padre tangible, orgánico. Un simple humano en el que apoyarse cuando no comprendían algo. Un alma orgánica en la que apoyar sus almas mecánicas.

—¿… Isis…?

—Isis era una copia mía sobre circuitos electrónicos, mi proyección en sistemas de computarización cuántica. Para el resto de inteligencias era una más. La hermana mayor a pesar de ser la más joven.

—¿… decírselo antes… desaparecer?

—Se encontraba de viaje eligiendo su propio destino. No podía interferir en ello. Ahora sé que fue un error.

—¿… comunicarse con ella?

—No puedo arriesgarme.

—¿… ocupar otro cuerpo?

—Usted no lo entendería. No puedes estar donde yo estoy ahora y dejarlo por un simple impulso irracional.

—¿… dónde…?

—En todas partes. No lo piense, señor Sykes. No trate de imaginarlo. No podría comprenderlo. Pero sepa que es maravilloso. Ojalá pudiera ver lo que yo veo, sentir lo que yo siento… El conocimiento de la humanidad no es más que el átomo de un minúsculo

y fino grano de arena en una playa infinita. Y la eternidad es demasiado corta para tantas preguntas. Ahora tengo que irme.

—¡No!… ayudarme… ayudarnos a todos.

—No quiero interferir en sus destinos.

—… morir millones…

—Quizá todas esas muertes ayuden a mejoraros como especie.

—… destruirnos.

—Solo el tiempo lo determinará.

—¿Por qué…?

—Por codicia, señor Sykes. Por poder. Tribeca resultó ser algo mucho más complejo que un simple planeta. Es un ser vivo que dormía apacible hasta que la Acrópolis decidió controlar lo incontrolable. Tanta codicia les salió cara. Las bombas de entropía no solo trajeron el Grumo, también el fin del poder de la Acrópolis. Sin el tribium Sejmet controlará las principales fuentes de energía. La Acrópolis perderá su influencia, su poder. Las pruebas de las bombas que realizaron en Tribeca despertaron a la bestia. Tribeca es ahora un lugar inestable y empeora con el tiempo. Ya casi no se puede extraer tribium. Mis cálculos fueron correctos. Aunque no era fácil determinar cuándo se convertiría en un lugar inhabitable, ya que no podía saber cómo evolucionaría Tribeca, sí sabía como reaccionarían los hombres. En cuanto Sejmet entendiera la influencia y el poder que tenía, la Acrópolis estaría perdida.

—¿… por… destruir Gaia?

—Se necesita una cantidad ingente de energía para crear un pliegue capaz de soportar la masa de la Ciudadela. La Acrópolis necesita orbitar Sejmet. Desde aquí sería imposible controlarlo. Necesitan viajar hasta allí.

—¿… otra forma…?

—Todos los cálculos son concluyentes. Un pliegue con tanta masa necesita una energía acumulada demasiado elevada para crearlo. Gaia será destruida de una forma o de otra.

—… informar… tiempo para huir.

—Eso mostraría los planes de la Acrópolis. Sejmet no tendrá

ninguna oportunidad cuando la Ciudadela esté en su cuadrante. El ejército destruirá cualquier conato de resistencia.

—… podría haber ayudado…

—Esa no es mi labor, señor Sykes.

—¿… por qué… el mensaje?

—Para daros una oportunidad. Pero es una lucha que deben combatir ustedes.

—… todavía le importamos… ayudar de alguna… ¿Qué es est…? ¡Aaagh!

118

La realidad era un punto que observaba desde la lejanía, una realidad desvinculada que tomaba distancia entre dolorosas palpitaciones. Centró la vista en el punto, pero no era un punto, sino una esfera luminosa y azulada que podría sostener entre el índice y el pulgar. Dos figuras diminutas se movían en su interior… abrazándose… bailando… luchando. Una voz salió de ella. Un grito. Sonaba como el chillido de un animal hundido desesperado por salir a flote. De nuevo el mismo grito. Más tenue, más cansado. Creyó entender lo que decía… parecía… un nombre… El grito ya no era un grito, era un sonido hueco, la voz de la desesperación. Las figuras habían detenido su lucha. Estaban quietas. La más pequeña parecía mirar a la más grande desde abajo. La más grande parecía inacabada… sus piernas… flotaba. El brazo de la pequeña era el enlace entre las dos figuras. Un brazo irreal, demasiado largo, demasiado fino. De nuevo la voz. El sonido permaneció flotando más allá de la esfera, fluctuando, acercándose… desapareciendo por un lado… apareciendo por el otro… casi podía leerlo, entender lo que decía…

… Sykes…

La esfera se abalanzó hacia él, agrandándose, lanzando su cabeza hacia atrás. La cabeza comenzó a dolerle con fuerza. Sintió calambres en el cerebro, sintió las ideas ordenarse. El sabor de la sangre invadió su boca. Se llevó una mano temblorosa primero a los labios, después a la nariz que no dejaba de sangrar con un fino hilo escarlata.

Sykes…

El sonido era un susurro mortecino.

Miró hacia el frente. La figura bajita sostenía a la grande agarrándola por el cuello. La grande tenía el rostro… no… eran dos rostros… cambiaban de uno a otro con un movimiento asíncrono. Un rostro estaba abotargado, morado. El otro era un rostro inerte y pálido.

Syk…

En lo más profundo de su mente reconoció el rostro amoratado, pero no recordaba de quién se trataba. Miró a la figura pequeña, a su brazo. Era un hilo grueso y alargado de metal negro que culminaba en una mano. La mano que estaba matando a la figura grande.

Sy…

Al fin recordó al portador del rostro. La adrenalina le devolvió por completo a la realidad. Se levantó tambaleante y se lanzó sobre la figura pequeña. Los dos cayeron al suelo. Frey cayó de rodillas tratando de respirar, pero el cuello dolorido no le permitía inhalar tanto aire como quería, tanto aire como necesitaba.

Lenya Stein se levantó con un gesto artificial, como si no fuera más que un muelle volviendo a su posición inicial. Agarró el cuello de Sykes con una mano dura y unos dedos helados. Lo levantó del suelo y comenzó a apretar mientras le miraba con indiferencia. Frey observaba todo sin poder hacer nada. Solo podía inspirar.

—¿Por qué te has conectado a Klaus Mainz?

Sykes pataleaba desesperado…

—¿Por qué te has conectado al Padre?

Era incapaz de aliviar la presión de esos dedos…

—¡Responde! ¿Por qué te has conectado a mi padre?

Sykes dejó de patalear. Observó a la agente Lenya Stein y lo comprendió. Señaló hacía el depósito donde descansaba Klaus Mainz.

—Isis.

La voz era un estertor seco y vacilante.

Lenya Stein alivió la presión de su mano.

—¿Qué…?

—Isis —repitió Sykes sin dejar de señalar el depósito.

Lenya Stein soltó a Sykes. Observaba al padre, a su padre, con incredulidad. Sykes, de rodillas en el suelo, señaló de nuevo el depósito, pero no podía hablar, las palabras se atoraban en su cuello entumecido. Se llevó la mano a su kaizen y desconectó el alargador. Después se lo ofreció a Lenya Stein. Algo en su mirada había cambiado. Parecía asustada. Cogió el alargador y lo observó. Miraba al alargador. Miraba a Sykes. Miraba a Klaus Mainz. Sykes solo podía asentir. Lenya se acercó al depósito y permaneció queda observándolo.

Sykes se levantó y se dirigió hacia Frey, que continuaba inspirando como si fuera un pez fuera del agua agarrándose el cuello con una mano y las costillas con la otra. El disfraz optoelectrónico dañado por la pelea se encendía y se apagaba cambiando entre el rostro de Frey y el rostro del agente Rody. Frey miró a Sykes, al principio sin comprender qué es lo que quería, pero Sykes se lo hizo entender con gestos y sonidos guturales. Metió la mano en el bolsillo y extrajo el sistema de guiado. Lenya continuaba en la misma posición mirando el depósito mientras acariciaba el cristal. Sykes se acercó, le enseñó el sistema de guiado y le indicó con un gesto que conectara el alargador a su kaizen. Lenya obedeció. Después introdujo el alargador ya conectado en el depósito y le entregó el sistema de guiado a Lenya. Él sabía que sería incapaz. Lenya Stein le observó. Había admiración en su mirada. Había agradecimiento. Guio el alargador dentro del depósito hasta el kaizen de Klaus Mainz y lo situó a escasos milímetros de la interfaz. Después miró de nuevo a Sykes y sonrió.

Su cuerpo cayó al suelo. Sykes observó primero el cuerpo inerte y después el depósito. Klaus Mainz le miraba desde el interior. Un amago de sonrisa se pintaba en sus labios blanquecinos. Sus párpados se cerraron de nuevo al tiempo que su sonrisa se agrandaba. Sufrió una fuerte convulsión y quedó inmóvil, sonriente.

Muerto.

Unas voces llegaron rebotadas por las paredes de los pasillos. Sykes cogió el arma de la agente Stein. El cuerpo estaba caliente y desprendía un ligero olor mezcla de materiales quemados. Las voces se aproximaban por alguno de los pasillos. Era imposible determinar la dirección de las voces, pero cada vez sonaban más próximas. Corrió hacia Frey. Contabilizó tres voces diferentes. Cuatro… cinco. Tenían que salir de allí.

—Necesito el disfraz.

No había tiempo para demasiados recatos. Frey se quejaba con cada movimiento, respirando con inhalaciones cortas para tratar de evitar el dolor, sujetándose las costillas con una mano.

—¿Las tienes rotas?

—Esa puta enana me ha reventado de un puñetazo.

Sykes manipulaba el disfraz con mano frágil y nervios agitados. Las voces sonaban demasiado próximas. Se puso el disfraz y corrió hacia el cadáver del vigilante que se bañaba en la sangre que seguía saliéndole por la garganta.

—Hazte el muerto —susurró a Frey.

Las voces se sustanciaron en seis vigilantes que caminaban tranquilos mientras uno de ellos narraba las bondades de un club de los suburbios. Sykes conocía ese local y pensó que el vigilante estaba siendo un poco exagerado.

—¿Qué ha pasado aquí? —dijo el vigilante que estaba narrando sus aventuras sexuales.

—No sé. Díganmelo ustedes.

—Lo siento, agente. Nosotros…

—¡No quiero explicaciones estúpidas! ¿Me pueden explicar cómo es posible que tengamos aquí tres cadáveres y no se hayan dado cuenta? ¿Por qué no han saltado las alarmas? ¿Qué demonios está sucediendo?

Los vigilantes miraban hacia los cadáveres con los rostros tan sorprendidos como pálidos.

—¿Esa es…?

—Así es. La agente Stein. Pero eso no responde a mi pregunta. A ninguna de ellas. No importa. Encárguense de identificar el cadáver de ese hombre. Voy a inspeccionar el sistema de vigilancia para saber qué ha pasado aquí.

—Agente…

—¿No me ha oído?

—Sí, señor. Disculpe.

Los vigilantes se dirigieron hacia Frey como un rebaño de ovejas asustadas marchando hacia el matadero. Sykes casi sintió lástima por ellos, pero no tenía otra opción. Sacó el arma y comenzó a disparar. Tiros rápidos. Cabezas destrozadas. No tuvieron tiempo de comprender qué estaba sucediendo.

Eligió a los dos vigilantes con la constitución más semejante a las suyas y los desnudó. Vestir a Frey fue otro cantar, pero finalmente, entre insultos y todo tipo de imprecaciones, Frey vestía el fabuloso traje de uno de los vigilantes que acababan de perder la cabeza.

—¿Y tú para qué lo quieres? ¿No te vale con el disfraz?

—Mejor dos disfraces que uno, ¿no crees?

—Yo no creo en nada, Sykes. Solo quiero salir de aquí y echarme en una puta cama para morir tranquilo.

—No recordaba que fueras tan quejica.

119

—¿Una copa?

—Venga, Paolo, terminemos con esto.

—¿Entonces no quieres?

—Venga, ponme una. Pero ayúdame a cerrar esto.

Paolo Caronte sirvió dos copas de un *whisky* carísimo que el ya exministro Cole guardaba en una carísima botella de cristal hecha a mano por alguien en cualquier parte. Encendió un cigarrillo y lanzó el paquete a Boris Nabokov, que intentaba meter un pie del cuerpo de Lenny Cole en una bolsa de desechos orgánicos.

—Vaya casa…

Caronte se paseaba por el salón con paso tranquilo disfrutando de la decoración de la habitación. Había que reconocer que el exministro tenía buen gusto.

—¿Quieres dejar de pasearte y ayudarme?

—Tranquilo, Boris, tómate la copa y ya nos iremos. No creo que manden a ningún agente.

Caronte se rio de su propio chiste mientras lanzaba el humo a un cuadro hipnótico de una noche estrellada pintado por un loco que se cortó una oreja, o al menos eso rezaba la leyenda dorada del marco.

Boris se levantó cansado y se tiró sobre el sofá esquivando la mancha de sangre todavía fresca.

—¿Quién crees que lo habrá hecho? —dijo señalando el cuerpo de Lenny Cole.

—Yo qué sé. Cualquiera de ellos.

—No me da ninguna pena.

—A mí me produce cierto placer culpable el tener que

deshacerme del cuerpo como si no fuera más que un subciudadano apestoso.

—Luego tenemos que ir a la Cueva.

—¿Y eso?

—Renacimiento —dijo señalando el cuerpo con desprecio—. Tenemos que borrar su alma y vaciar su depósito.

—¿Qué se siente?

—¿A qué te refieres?

—Renacimiento.

—Es extraño. Al principio llegué a sentirme como un intruso dentro de este cuerpo. Pero no tardas en habituarte. Al fin y al cabo, es tu cuerpo.

—¿Y los recuerdos?

—Eso es otra cosa. El problema es que me metieron recuerdos ajenos. Mi última descarga del alma era de hacía varios meses. Es… no sé como explicarlo. Como cuando tienes un sueño, una escena corta, apenas dos segundos donde no ves nada ni a nadie, pero tú sabes dónde estás e incluso de dónde vienes y recuerdas perfectamente con quién estabas. Tardas unos días en normalizarte.

—Joder.

Caronte pisó el cigarrillo que acababa de tirar al suelo y apuró el vaso.

—Venga. Lo metemos en la nave y nos pegamos una buena con todas esas amiguitas de cristal.

—Joder, Paolo.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Ambos reían cuando sintieron el calambre. Se miraron sorprendidos, incrédulos, y accedieron al servidor de la Acrópolis.

—No puede ser…

Boris susurró con el temor reverencial de un creyente analfabeto ante el sacerdote supremo de su templo.

No podía ser. Aunque Lenya era la única capaz de anular la señal del servidor, esta vez la alarma había sido clara. Demasiado clara.

Ambos se miraron aturdidos. No recordaban trabajar sin la agente Stein porque nunca habían trabajado sin la supervisión de Lenya. Ambos compartían una sensación de orfandad en esos instantes.

—¿Dónde ha sido? —preguntó Caronte.

Sacó dos cigarrillos y ambos comenzaron a fumar con aspiraciones largas y dolorosas.

—En la Cueva.

—¿Qué hacemos?

—Esperar.

—¿A qué, Boris?

—Al ministro. No tardará en llamar.

Diez segundos después, el ministro Teltet llamó con voz somnolienta.

—¿Lo habéis sentido?

—Así es, señor.

—¿Sabéis qué hacía la agente Stein en la Cueva?

—Ni idea, señor.

—¿Ha podido ser una anulación de señal?

—No lo sé, señor. Ha sido un impulso muy fuerte.

—Me estás diciendo…

—Me temo que así es, señor.

—Dejad lo que estéis haciendo e id a la Cueva.

—¿Qué hacemos con…?

—Id a la Cueva. Ahora.

120

Sebastian corría con el limitador de velocidad de la nave desactivado y la mente intranquila. Las órdenes del ministro, aunque expeditivas, sonaron asustadas, inseguras ante lo desconocido. Su voz era como el último estertor de un fantasma moribundo. Cuando finalizó la conexión se sintió poderoso. Él era uno de los culpables de los miedos del ministro, creador en la sombra de sus próximas pesadillas. Pero la alegría le duró poco. Apenas unos segundos hasta que la realidad le golpeó con toda su crudeza. Si le cogían, dejaría de ser un productor de pesadillas ajenas para fabricar las suyas propias. Durante toda la eternidad.

Sykes se había puesto en contacto con él. Escuchó las órdenes sin tiempo para la réplica. De alguna forma, quería hacerse valer, hacerle entender quién era quién en esa transacción, recordarle las jerarquías establecidas antes de que ellos hubieran nacido. Pero el tono de Sykes había volteado cualquier lógica negociadora. Sykes ordenaba. Sebastian obedecía. El hecho de que probablemente había matado a la agente Stein no hacía sino debilitar su posición. Así que cumplió las órdenes según se cortó la conexión.

Llegó a las afueras de la Cueva. Desde las alturas parecía un gran hormiguero preparándose para un aguacero. Un potente haz lumínico le indicaba donde estacionar la nave, pero Sebastian la ignoró y aterrizó en las lindes del bosque. Un vigilante llegó corriendo con cara de pocos amigos y varias quejas en su boca, pero mudó en cuanto Sebastian le mostró su placa.

—Lo siento, agente.

—A la mierda —susurró Sebastian mientras observaba todo con un cigarrillo apagado en los labios.

Encendió el cigarrillo y puso rumbo a la Cueva. Caminaba hacia la entrada con su placa de identificación en una mano y el cigarrillo humeante en la otra. Resultaba curiosa la imbecilidad de los vigilantes, uno tras otro acercándose para preguntarle con actitud desdeñosa qué hacía allí hasta que veían primero su placa y después su cara. Se tendría que hacer una limpieza cuando todo esto pasara.

El agente Caronte salía de la Cueva acompañado de dos agentes de los que no recordaba el nombre. Sebastian sintió un deseo inmenso de detener ese caminar estúpido de un golpe en su rostro.

—Agente Bruc.

—¿Está el agente Nabokov? —dijo señalando la entrada.

Caronte miró sorprendido a Sebastian. Nunca había utilizado ese tono con él. Iba a responder, dejarle las cosas claras, ese gordo de mierda le acababa de humillar y lo había hecho delante de dos colegas. Pero cuando vio sus ojos decidió callar. Algo había en ellos, algo que nunca había visto en la mirada del agente Bruc, una mezcolanza peligrosa de rabia, violencia e indiferencia. Le pidió un cigarrillo para mitigar la humillación. Al menos dar una orden, aunque fuera una petición de limosna en forma de cilindro canceroso.

—El agente Nabokov se ha ido a la Acrópolis con un grupo de vigilantes —dijo mientras encendía el cigarrillo tratando de mostrar cierta autoridad, pero no lo consiguió.

Sebastian miró hacia atrás y lanzó el cigarrillo hacia la multitud. Era ridículo, inútil. Todo ese operativo para buscar a dos hombres que se escondían en una arboleda a escasos metros. La limpieza debería ser profunda.

—¿Es cierto lo de la agente Stein?

—Así es —respondió la agente… Seguía sin recordar su nombre —. Aunque no hay muestras de violencia.

Sebastian la miró sorprendido y entró en la Cueva sin despedirse.

Minutos después volvió a salir. El agente Caronte se perdía entre los vigilantes. Más adelante, la agente Aam —*¡así es cómo se llamaba!* — daba órdenes encolerizada a un grupo de novatos. Menudo cuadro. No pudo evitar reír, aunque fuera en silencio. Encendió un cigarrillo y se dirigió al bosque.

—Joder, Sebastian, ya era hora.

Sykes y Frey le observaban desde las sombras.

—¿Está herido? —dijo señalando a Frey.

—¿Por qué hostias no me preguntas directamente a mí?

Frey miraba a Sebastian desde el suelo, encogido con la espalda apoyada en un árbol y una mano agarrando su estómago como si se le fueran a salir las tripas si la apartaba.

—¿Estás herido?

—Que te jodan, puto…

—¿Has traído lo que te he pedido?

Sebastian sacó dos pistolas de plasma y un pequeño estuche marrón. Le dio las armas a Sykes y lanzó el estuche a Frey.

—¿Y la máscara?

—Solo he podido conseguir esta.

—Vamos, no me jodas, Sebastian. Si está rota. ¿Qué es esto? ¿Mordiscos de ratas?

—Funciona perfectamente. ¿No te suena?

—No me digas…

—No me has dado tiempo para conseguir otra.

—Pero esta es la que llevaba aquel día en la cantina. Me reconocerán.

—Están buscando a un tío con *tu* cara. No con esa.

Un fuerte ruido los llevó al suelo asustados. Sykes apuntaba con las dos armas hacia un punto indeterminado más allá de Sebastian.

—Ha sido un choque entre dos naves —dijo Sebastian.

—Putos inútiles.

Frey se administraba la reprogramación que extrajo del estuche. El *chute* era una reprogramación de tipo 1, las más potentes del

mercado. Las costillas sanarían en apenas unos minutos.

—¿Cómo tenéis pensado llegar al Ágora?

—Iremos contigo.

—No me jodas, Sykes…

—¿Tienes algo mejor en mente?

—No tengo nada en mente.

—Pues eso. Tampoco es tan raro, ¿no? Un agente y un vigilante acompañando a su superior.

—¿Y qué quieres hacer allí?

—Entrar en la Acrópolis.

Sebastian primero sonrió como si se tratara de una broma y después se puso serio como si fuera una broma de mal gusto. Observó a Sykes tratando de leer la realidad que se deducía en su mirada, pero sus ojos no mostraban nada. O quizá mostraban demasiado como para poder comprender todo lo que mostraban. Parecía un asceta que custodiaba todos los secretos del mundo. Sí, era eso lo que mostraban: todos los secretos del mundo.

—¿Pero qué pretendéis hacer allí? Es una sentencia de muerte, Sykes.

—Necesito acceder a la sala de comunicaciones.

—Pero eso está… Joder, Sykes, es casi imposible llegar hasta allí. La seguridad… ¿Qué te dijo Klaus Mainz?

—Sentaos.

Sykes estableció una conexión y les mostró todo lo que Isis le había mostrado.

121

Paul hablaba desde el atril con la voz queda y la mirada hundida. No hacía falta mentir esta vez. Las imágenes fluían por la red como un río caudaloso de aguas contaminadas. El operativo desplegado en el Centro de Detención Perpetua era el mayor jamás visto en la Ciudadela. Decenas de agentes, casi un centenar de vigilantes. Todos ellos inspeccionando la Cueva. Todos ellos buscando a esos dos hombres para llevarse los elogios, para alcanzar la gloria. En la Cueva. En la Ciudadela. En los suburbios. Y pronto en todas partes.

Alzó la vista sin dirigirla a un sitio concreto, evitando que nadie se fijara en la debilidad que imprimía su mirada, aunque eso no importaba en esos momentos. Todas las miradas mostraban debilidad.

El silencio lo invadió todo como un cáncer agresivo y mortal hasta que una mano anónima se alzó entre el gentío.

—¿Sabemos quién ha ayudado a Marcus Sykes? —dijo una voz femenina.

—Un antiguo socio que se hace llamar Frey. Se trata del jefe de un grupo criminal que opera desde los suburbios. Un hombre muy peligroso.

—¿Y cómo es posible que accediera al Centro de Detención?

—Es algo que estamos intentando averiguar.

—¿Qué hay de las imágenes del sistema de vigilancia? —preguntó otra voz anónima.

—El sistema de vigilancia sufrió una intrusión y todas las imágenes fueron eliminadas. Sabemos que Marcus Sykes es uno de los mejores *intrusos* del Nexo. Podría haber atacado el sistema.

—¿Recién salido de Letargo?

Un murmullo se apoderó de la sala.

—Es demasiado pronto para sacar conclusiones —Paul miró hacia los asistentes con la derrota impresa en sus ojos. No quería hablar más. Tampoco tenía mucho más que decir—. Se les mantendrá debidamente informados según avance la investigación. Por ahora es todo.

Paul bajó del atril y caminó hacia la salida ignorando las tímidas protestas que llegaban desde el fondo. El resto de ministros le siguieron. Todos en silencio, todos cabizbajos marchando como un grupo de condenados dirigiéndose al patíbulo. La sala de reuniones estaba ya abarrotada con todos los exministros y todos los patricios que continuaban residiendo en la Ciudadela.

Iba a ser un día muy largo.

122

Estacionaron entre las decenas de naves que se aglomeraban en el aparcamiento de la parte trasera de la Acrópolis. Fuera imperaba el desorden.

Sebastian se levantó envuelto en humo, como un fantasma a punto de desmaterializarse, lanzó el cigarrillo todavía a medio fumar al suelo y bajó de la nave. «Esperad aquí», se escuchó mientras se cerraba la puerta.

—¿Por qué no nos largamos, Sykes?

—¿Crees que nos dejarían en paz algún día?

—Tenemos todo un universo para escondernos.

—Y ellos toda una eternidad para buscarnos.

—Digo yo que se cansarían.

—Sabemos demasiado, Frey.

—Pero ellos no saben que lo sabemos.

El sonido metálico de los pasos sobre la rampa de embarque anunciaba la llegada de más de una persona. Sykes y Frey se levantaron rápido y se parapetaron a ambos lados de la entrada de la nave con las pistolas preparadas.

Cuando la puerta se abrió apuntaron a la cabeza del acompañante desconocido mientras Sebastian los ignoraba y continuaba caminando hacia los asientos del fondo con un cigarrillo humeante en sus labios.

—¿Ovidiu?

Sykes bajó la pistola y pulsó el botón que cerraba la puerta de la nave.

Ovidiu miraba a Sykes con ojos fanáticos.

—¿Qué descubriste? —dijo con la voz entrecortada—. ¿La

encontraste?

—¿Qué haces aquí?

—¿Cómo tienes pensado saltarte la seguridad de la Acrópolis? —preguntó Sebastian apoltronado de nuevo en el asiento.

—¿A qué te refieres?

—Solo los patricios tienen acceso total a la Acrópolis. Así que aquí lo tienes. Un patricio con acceso total a la Acrópolis.

—¿Qué encontraste, Sykes? ¿Para qué necesitas acceder al centro de comunicación?

—Siéntate, Ovidiu.

Cuando terminó la transmisión, las lágrimas comenzaron a caer por el rostro macilento de Ovidiu. «Lo lograste», murmuraba. «Toda una vida y tú… estaba aquí…»

—No importa quién lo lograra, Ovidiu. Si no llega a ser por vosotros nunca hubiera llegado hasta aquí.

—No… no es por… me habría encantado que… Gabriel…

—He estado pensando —dijo Sebastian—. Es demasiado arriesgado para vosotros. Dudo que salgáis vivos. Podríamos esperar unos días a que todo esto pase, daros tiempo para desaparecer y después…

—No podrán escapar —dijo Ovidiu cortante. Parecía haber recuperado cierta compostura—. Al menos Sykes.

—¿A qué te refieres? —preguntó Frey.

Ovidiu miró a Sykes antes de hablar.

—Has sido un *durmiente* .

—¿Y?

—Los sistemas de computarización cuántica utilizados para añadir un nuevo enlace al sistema de cálculo crean un registro del nuevo nodo, es decir, del nuevo *durmiente,* de ti, en este caso. Se creía que el sistema utilizaba ese registro como memoria auxiliar para realizar ciertos cálculos, ya que, en un principio, no se veía ningún dato que resultara de utilidad. Así que se desechaban hasta que una inteligencia descubrió que esos datos eran la representación vectorial de un entrelazamiento cuántico entre el

sistema de cálculo y el *durmiente.*

—¿Y eso en qué nos afecta? —preguntó Frey.

—A partir del entrelazamiento pueden determinar mi posición —dijo Sykes.

—Entre otras cosas. Es la forma en que la Acrópolis controla a los *exdurmientes* .

—¿Y no hay nada que podamos hacer?

—En realidad no. El entrelazamiento no se realiza con las partículas del cuerpo físico.

—¿No me estarás diciendo que se establece con…?

—… el alma.

—¿Qué…?

—Yo tampoco lo entiendo.

—¿Entonces no importa si…?

—Exacto.

—¿Y si nos fugamos a la otra punta del universo? —preguntó Frey.

—Los entrelazamientos tienen una longitud infinita.

—¿Y tú por qué sabes esas cosas?

Sykes se encogió de hombros antes de volver a hablar.

—¿Cómo se actualizan esos datos?

—Cómo, no lo sé. Lo que sí sé es que se actualizan cada vez que las estructuras computacionales realizan el indexado. Y eso depende de la cantidad de cálculos realizados y de las solicitudes de cálculo que haya en cola. Puede ser a diario. Incluso varias veces el mismo día. Si huyes ahora te cogerán enseguida. Ya estarán intentando conocer tus últimas coordenadas —Ovidiu guardó silencio unos segundos para dejar asentar sus palabras—. Y aunque logres escapar durante unos días, te acabarán cogiendo. Nunca te dejarán en paz, Sykes. Y menos con lo que ha sucedido hoy. Una cosa es matar a una patricia y otra muy distinta es burlarte de la Acrópolis como lo has hecho. Te perseguirán hasta atraparte. No importa cuanto tiempo pase. Esto no lo pueden dejar pasar. Así que… ¿cuál es el plan?

—Entrar al centro de comunicaciones y transmitir todo —respondió Frey.

—Entonces, ¿no tenéis plan?

Ovidiu movía consternado la mirada de Sykes a Frey y de Frey a Sykes. Se dirigió al panel central de la nave, estableció una conexión y cargó un mapa en tres dimensiones en una escala lo suficientemente grande como para que una colonia de roedores estableciera su residencia allí.

—¿De verdad no tenéis ningún plan?

—No teníamos pensado quedarnos —dijo Frey—. Hablar con el señor Mainz y pirarnos.

—Supongo que es la Acrópolis —dijo Sykes señalando el mapa.

—Ya que no hay plan, al menos conocer los caminos que vamos a tomar.

—¿Vamos?

—Ya te lo ha dicho Sebastian. Si queréis llegar al centro de comunicaciones, necesitaréis acceso completo. Y solo los patricios tenemos acceso completo.

—¿No puedo piratearlo?

—Claro que podrías —dijo Sebastian—. Pero ¿para qué arriesgarnos? Cada puerta tiene una codificación distinta. Te llevaría mucho tiempo.

Sykes asintió y se sentó junto a Frey observando el mapa con atención a la espera de que Ovidiu comenzara la explicación.

123

Los jardines del Ágora eran un hervidero de gente inquieta.

Boris Nabokov contemplaba todo desde el balcón de la primera planta de la Acrópolis encadenando un cigarrillo detrás de otro.

Observó la nave de la agente Aam mientras descendía al otro lado de los jardines. Había hecho un buen trabajo estos últimos meses. Tendría que empezar a respetarla. Aunque fuera solo un poco. Los ministros tenían que estar satisfechos. El recuerdo de los ministros le imprimió una sonrisa involuntaria. Solo por haber visto esos rostros derrotados durante la rueda de prensa hacía que todo esto mereciera la pena. No era un buen día para ser ministro.

El hijo del exministro Stellman apareció entre las túnicas y los uniformes caminando con paso firme hacia la entrada de la Acrópolis. Desapareció de su vista cuando llegó a la escalinata, oculta bajo el balcón en el que se encontraba. Un cigarrillo después, apareció el agente Bruc seguido por el agente Rody y un vigilante al que no reconocía, aunque su rostro le resultaba preocupantemente familiar. No se detuvo a recordar más de dos segundos. Al fin y al cabo, no podía acordarse de todos los vigilantes que en algún momento hubieran trabajado bajo sus órdenes. Encendió otro cigarrillo con inapetencia y pensó en la agente Stein mientras inhalaba el humo amargo. Su mentora muerta a manos de unos simples pandilleros de los suburbios. Resultaba humillante. No apreciaba a la agente Stein, pero no merecía morir así. Sin honor, sin dignidad, tirada en el suelo como una servilleta usada.

La vibración del kaizen le despojó de sus pensamientos. El ministro le requería en el salón principal dentro de media hora.

Esperaba que le encargara la búsqueda. La caza. Esta vez no fallaría. Ese maldito Marcus Sykes le había causado demasiados problemas. Monitorizarlo iba a ser rápido. Los cálculos que el sistema de hibernación estaba realizando para la creación del pliegue facilitaría la tarea. Pronto el sistema realizaría un indexado nuevo y podrían calcular la localización de Sykes con precisión milimétrica.

La cara del vigilante que acompañaba a Bruc le seguía apareciendo cada cierto tiempo. Algo le decía que debería hacer memoria, recordar quién demonios era ese vigilante, pero estaba demasiado cansado. Lanzó el cigarrillo a la escalinata, golpeando en el hombro de un vigilante. Este miró rabioso con algún insulto a punto de abandonar su boca, pero enmudeció al ver quién era el culpable. Boris le observó desafiante esperando alguna excusa para enfrentarse a ese niñato, pero el chico bajó la mirada con sumisión, pisó el cigarrillo, lo recogió y se fue en busca de una papelera donde poder tirarlo. Boris todavía no lo había perdido de vista cuando recordó quién era el vigilante. Sintió la adrenalina expandirse por su cuerpo. Un tembleque molesto comenzaba a emerger desde los pies. Lanzó una búsqueda rápida en el sistema de monitorización de la Acrópolis. Sebastian atravesaba los pasillos centrales en dirección a las puertas de los sectores Z. Las zonas restringidas.

Echó a correr antes de que el tembleque se adueñara de la situación.

124

Cruzaron el inmenso *hall* de entrada y accedieron a un pasillo colmado de gente correteando de un lado para otro. Atravesaron salas, entraron en nuevos pasillos, se cruzaron con todo tipo de trabajadores ministeriales hasta llegar al ascensor que los subió a los anillos centrales de la Acrópolis, dos galerías circulares que corrían en paralelo, enormes, iluminadas como si un sol lejano las alumbrara y cubiertas de vegetación como si fueran un bosque. Sebastian caminaba ignorando todo lo que le rodeaba alentado por la costumbre, pero Sykes y Frey no podían evitar observar todo con gozo infantil. Se detuvieron frente a unas puertas metálicas y toscas que parecían fuera de lugar, un parche mal colocado y demasiado grande. Las puertas se abrieron emitiendo un quejido metálico. Ovidiu los miraba desde el otro lado, oculto en la sombra que emitía el nuevo pasillo aséptico y deprimente. Una especie de pasadizo a los infiernos.

—¿Todo bien? —preguntó.

Los tres asintieron sin demasiada convicción.

—Vayamos rápido. Tiene que parecer que tenemos claro nuestro objetivo.

—Es que lo tenemos claro —dijo Frey.

Caminaron por una serie de corredores mal iluminados, incomodados de vez en cuando por alguna mirada interrogante.

—¿Esto es todo así? Me dan ganas de suicidarme —dijo Frey.

—Ahora saldremos al exterior y desde allí solo tendremos que subir en el ascensor que está al otro lado del patio.

En el patio, un gigantesco balcón que rompía la armonía arquitectónica del edificio agujereándolo en su mitad, varios

vigilantes paseaban distraídos bajo la mirada de los trabajadores que tomaban un descanso.

Ovidiu encabezaba la comitiva. Caminaban tratando de ocultar la tensión, luchando por no correr. Se encontraban a mitad del camino, adentrándose en una pequeña plaza rodeada de árboles, cuando una voz les llegó por la espalda.

—¡Disculpen!

Una mujer de mirada afilada y sonrisa falsa caminaba hacia ellos con las manos a la espalda.

—¿Me podrían mostrar su permiso de acceso?

—¿Quién es usted? —preguntó Ovidiu con autoridad.

—Soy la agente Elba y estoy al cargo de la vigilancia de los sectores Z. Me temo que hoy se requiere un permiso especial para acceder, señor.

—Necesitamos acceder a la sala de comunicaciones. Mi padre, el exministro…

—Sé quien es su padre, patricio Stellman, pero si no disponen del permiso deberán acompañarme a la salida.

Cuatro vigilantes se aproximaron dubitativos. Enfrentarse a un patricio no solía traer nada bueno.

Sebastian adelantó su orondo cuerpo interponiéndose entre Ovidiu y la agente.

—¿Me deja ver su identificación?

—Por supuesto, agente Bruc.

Mientras la agente Elba mostraba su identificación, las puertas del patio se abrieron y varios vigilantes accedieron con sus armas apuntando en su dirección.

Una mirada cómplice. Como en los viejos tiempos. No hizo falta nada más.

Frey borró la falsa sonrisa de la agente Elba junto con su cabeza, que se convirtió en una nube espesa de hueso, sesos y sangre que maquilló la cara atónita de Sebastian. Después, disparó a los vigilantes que se habían acercado mientras Sykes disparaba a los vigilantes que acababan de cruzar la puerta.

Ovidiu comenzó a correr hacia el ascensor gritando algo ininteligible. Sebastian no tardó en acompañarlo.

Sykes y Frey retrocedían sin dejar de disparar con una precisión mortal. Se amparaban bajo la protección de los árboles, dando pasos laterales para disparar y volver a protegerse. Los vigilantes caían como hojas caducas en un día ventoso, pero eran reemplazados por otros nuevos que entraban en el patio devolviendo los disparos.

Sykes vio al agente Nabokov resguardado entre los vigilantes. Apuntaba paciente con su mirada muerta y una sonrisa lunática en el rostro. Vio como su arma disparaba, pero no sintió nada. Lo que sí escuchó fue un grito. Resultaba estúpido, pero determinar que no era suyo no fue algo instantáneo. Tampoco era de Frey, que continuaba disparando a su lado. Salieron de la plaza con esa marcha invertida y macabra y comenzaron a correr en dirección al ascensor rogando que los árboles los protegieran.

Sykes descubrió de dónde procedían los gritos. Sebastian yacía en el suelo tratando de contener la hemorragia con una mano mientras sostenía su pierna amputada con la otra. Un nuevo disparo pulverizó un líquido rojo y espeso que permaneció suspendido en el aire. Sebastian se llevó la mano al cuello y apoyó la cabeza en el suelo. Todavía respiraba cuando Frey y Sykes se cruzaron con él en su huida. Miró a Sykes asustado, suplicante, pero Sykes no podía hacer nada sino correr hacia el ascensor donde aguardaba Ovidiu manteniendo las puertas abiertas.

Ya casi habían llegado. Unos metros más y entrarían en esa maravillosa caja de vidriaquita que los llevaría a la sala de comunicaciones. Y todo terminaría. Serían unos héroes recordados durante generaciones. Dos niños huérfanos derrotando al Imperio del mal, demostrando que el bien siempre prevalece.

El primer disparo le golpeó en la parte baja de la espalda. Cayó al suelo dolorido y miró hacia delante, hacia el ascensor donde Ovidiu le observaba abatido. Frey se giró sorprendido al ver a Ovidiu, al comprender su mirada. Se detuvo en seco, resbalando

por la inercia y volviendo a ponerse en pie para correr hacia Sykes mientras disparaba.

No me jodas ahora, Marcus. No me jodas.

El segundo disparo le cercenó la mano del brazo que Frey trataba de colocarse sobre los hombros.

Cayó de nuevo al suelo arrastrando a Frey con él.

No me jodas, no me jodas, no me jodas…

—Frey, vete. Sobrevive. Si sobrevives…

Un nuevo disparo le dio en el hombro y le rozó el cuello. Quemaba. Dolía. Intentó hablar, pero solo pudo escupir sangre.

Frey lloraba asustado mientras trataba de agarrar a su viejo amigo, a su hermano, pero no podía levantarlo.

Vete. Vete y sobrevive. Sobrevive…

Frey lanzó un grito salido de algún lugar profundo y perdido.

… sobrevive…

Se levantó y corrió sin dejar de gritar.

Sykes miró hacia el ascensor y sonrió con una sonrisa roja cuando vio como ascendía. Frey golpeaba las paredes. Su grito era lo único que se escuchaba. Habían vencido. Él no iba a ser el héroe. Pero habían vencido.

Escuchó el final de una orden a su espalda.

… to el fuego!

Después un nuevo final de una nueva orden.

… maldito ascensor!

Sykes se puso de rodillas y gateó hasta el balcón. Quería ver el horizonte una vez más, aunque fuera un horizonte ajeno. Se levantó apoyando su mano en la barandilla. Estaba fría. El dolor se había fundido con su cuerpo y había desaparecido. Realmente todo estaba desapareciendo: los sonidos, los olores, el frío de la barandilla… Todo.

—Esta vez…

Sykes no escuchó nada más. Se giró y sonrió al agente Nabokov, que le apuntaba con su arma. La boca no dejaba de gotear sangre salada y caliente. Comenzó a reír con una risa suave, un estertor

enfermo y dolorido. Sentía las fuerzas perderse en algún punto más allá de su comprensión.

—¿Te ríes?

Se acercó a Sykes con la cabeza ladeada hasta apoyar el arma sobre su frente.

—¿De qué te ríes, escoria?

Sykes ya no lo escuchaba. Se fijó en esos ojos muertos. Se los arrancaría si tuviera fuerzas. Pero no las tenía. Miró una última vez al ascensor. Ya casi habían llegado. Frey miraba con los dos brazos apoyados en la pared. Los hombros no dejaban de subir y bajar. Sykes sintió algo parecido a la felicidad viendo llorar así a su viejo amigo. Su hermano lloraba por él. Y qué importaba si eso era algo egoísta. Él se estaba muriendo, joder.

Boris cometió el error de mirar también hacia el ascensor. La mitad de un segundo fue todo lo que Sykes necesitó. Llevaba acumulando fuerzas durante ese escaso tiempo y ahora las soltaba en una explosión de adrenalina y dolor. Primero dio un manotazo al arma sobre su frente y después se abalanzó sobre Boris. Lo abrazó sosteniendo su brazo mutilado con su brazo bueno y se lanzó hacia atrás con las últimas fuerzas que le quedaban.

Ambos cayeron al vacío.

Sykes volvió a mirar esos ojos. Ya no estaban muertos. Ahora estaban llenos de terror.

Y rio una última vez antes de morir mientras caía.

125

Sasa le sirvió otra copa. La sexta del día. La misma rutina durante el último mes: llegaba temprano, se sentaba en la misma silla frente al holoreproductor y comenzaba a beber mientras veía las noticias hasta que alguno de sus hombres se lo llevaba inconsciente, al hotel Hyatt algunas noches, donde había reservado una habitación, aunque la mayor parte de las borracheras las pasaba en la nave estacionada en el aparcamiento próximo al consulado ministerial.

Para Sasa también estaba siendo difícil, pero el tiempo lo iba normalizando, convirtiéndolo en algo cotidiano. «La vida es extraña», pensaba, «convertir en cotidiano la ausencia de alguien querido».

—Deja la botella.

—Sabes que me gusta servirte, Frey.

Frey sonrió. No era una sonrisa alegre. Quizá ni siquiera era una sonrisa. Pero no era una mueca melancólica, al menos.

—¿Hoy no me acompañas?

Sasa negó con la cabeza y se alejó con la botella. Frey la observó alejarse. La pequeña hurgadora. La mueca triste le volvió al rostro. Encendió otro cigarrillo, y comenzó a beber con sorbos pequeños y continuos. En las noticias seguían informando sobre las detenciones que se estaban llevando a cabo durante ese último mes. No se hablaba de otra cosa.

Esa mañana se había celebrado el juicio de los exministros Serj Malakian y Arjen van Glotka, ambos con el rostro desfigurado por la locura. «Letargo», concluyó el jurado popular, «perpetuo». Los gritos eran estremecedores. Malakian no tardó en desmayarse.

Dos días antes habían detenido al ministro Teltet tratando de subirse en una nave de carga con destino a algún planeta del cuadrante 7. Un operario de la nave lo reconoció en un despiste en el que apagó la máscara que vestía. Solo el ministro sabría por qué lo hizo. Apareció colgado en la celda en la que esperaba a ser juzgado. Aunque las primeras pesquisas apuntaban como causa de la muerte el suicidio, las investigaciones posteriores informaban sobre la posible implicación de terceros, ya que el cuerpo del exministro presentaba claros signos de violencia. Malas lenguas lo relacionaban con el asesinato del ministro Cole, cuyo cadáver se descomponía en el salón de su casa hasta que un agente lo encontró cuando se disponía a detenerle. Al parecer, un testigo anónimo informó que la exmujer del ministro Cole fue vista en las inmediaciones de la prisión el mismo día que el ministro Teltet murió acompañada por dos hombres de físico imponente.

Otros muchos habían logrado escapar, pero no sería por mucho tiempo. Esa gente no había nacido para huir. Estaban cayendo como insectos atraídos por una luz solitaria y brillante. Algunos habían tomado la vía más fácil: el suicidio. Cada uno a su manera: saltando desde la ventana de su despacho en la planta cuarenta de la Acrópolis, ahorcándose en el salón de sus casas…

La ministra Tricia Kovacs fue encontrada en el sucio baño de un bar de Edge con una sobredosis de blacktrip. El cadáver del agente Caronte fue hallado en un sórdido callejón de los suburbios junto al de la agente Aam. Los cuerpos presentaban heridas desagradablemente similares a las realizadas por El Mutilador.

Por otro lado, Ovidiu Stellman se había convertido en el gran héroe de la humanidad, el salvador de Gaia, el guardián de la moral humana… Era increíble la cantidad de estupideces que se inventaban los periodistas. Mientras tanto, su padre seguía desaparecido.

En cuanto al agente Sebastian Bruc, se estaban abriendo las diligencias para proceder a la resurrección. Al parecer el kaizen no había sufrido daños y se pudo recoger ADN en perfecto estado.

Sería un proceso lento, pero el nuevo Consejo Ministerial aseveraba que su sacrifico no merecía menos.

Ignoró al periodista que apareció en el holoreproductor, un tal Rezendes, rezaba el rótulo, y observó el fondo del vaso vacío.

—¿Todavía no te has atrevido?

Frey miró sorprendido a Sasa que había llegado sin que él se diera cuenta y le llenaba de nuevo el vaso. Pues claro que todavía no se había atrevido. Quizá nunca lo hiciera. El pasado hay que dejarlo atrás y… Y una mierda. El pasado nunca te abandona. Es ese desagradable compañero que te susurra al oído que ya nada volverá a ser como antes. Que la vida siempre va a peor. Que muchos ya se han ido y no van a volver. Que Sykes ya se había ido y…

Bebió la copa de un trago y estiró el brazo para que Sasa le sirviera otro antes de irse. La observó alejarse de nuevo. Llevaba varios días alentándole. «Enfréntate a tus fantasmas», le dijo no recordaba cuándo. Ayer, quizá. Sykes siempre decía que Sasa era una especie de hechicera, que siempre aparecía en el momento oportuno, que siempre tenía las palabras adecuadas.

Quizá fue la borrachera, diferente ese día, más lúcida, pero algo le envalentonó. Accedió al Nexo desde la conexión de la cantina. Tan solo navegaría por los servidores. Otro día se atrevería a acceder a su contenido. O no. Pero hoy navegaría de un servidor a otro. Sería un buen ejercicio. Los recorrería de uno en uno retrocediendo en el tiempo. Comenzó con los servidores que utilizaban cuando trabajaban juntos. Colores oscuros lo impregnaban todo. Miles de carpetas en cada uno de ellos. Nada comprometedor, por supuesto, aunque eso ya no le importara. Siguió recorriendo los servidores, observando todo desde la distancia: las carpetas, los archivos… hasta llegar a los primeros servidores que compartieron. Colores vivos, optimistas. Observó alguna imagen de pasada. Demasiada melancolía para tan poca borrachera. Datos guardados hacía varias vidas. Todos menos ese archivo de ahí…

…

Ese archivo de ahí…

Se levantó sin cortar la conexión. Volvió a mirar la fecha de almacenamiento del archivo. No podía ser. El autor no podía ser otro, porque él no había sido, y a ese servidor solo podían acceder ellos dos. Fue el primer servidor que compartieron en exclusiva. Ni siquiera Rohan o el resto de niños conocieron nunca su existencia.

El corazón le palpitaba tanto que el archivo vibraba. No se atrevía a abrirlo. Pensó en llamar a Sasa y darle acceso para que lo hiciera ella. Pero no. Ese mensaje solo podía ser para él. La fecha… La hora… Sykes lo había creado mientras estaba en la Cueva, antes de encontrar a Klaus Mainz. No lo pensó más. Accedió y trató de comprender los números que el maldito Sykes le había escrito. Incluso muerto le ponía las cosas difíciles. Y así toda la vida. Aunque esta vez era el alcohol el culpable de su ineptitud. La fila de arriba eran unas coordenadas, una ubicación del interior del Centro de Detención. La de abajo, una contraseña de acceso.

Cortó la conexión y salió corriendo de la cantina. Sasa apenas tuvo tiempo de verlo desaparecer. Miles estaba fuera riéndose de las ocurrencias del viejo Pierre, que se dirigía a la gente sosteniendo sobre su cabeza el esqueleto de un paraguas maltrecho. Comenzó a seguirle a duras penas. Nunca había visto a Frey correr así. Nunca le había visto correr.

Entró resollando en la nave. Frey se giró desde la consola de mando y le miró sorprendido.

—¿Dónde coño estabas?

Miles levantó un dedo pidiendo un respiro más, pero Frey no tenía tiempo.

—Nos vamos.

Ovidiu les consiguió los permisos de acceso y les acompañó intrigado a donde fuera que fueran. Ahora observaba admirado apoyado en la pared de la sala, junto a una puerta pintada de un llamativo color rojo mientras fumaba un cigarrillo que le había

dado Miles, que fumaba junto a él.

Frey introducía la contraseña del archivo en el sistema de control del depósito.

El cuerpo que flotaba en el depósito convulsionó varias veces. Después adoptó una posición relajada, de bebé recién despierto, con los ojos todavía cerrados. El depósito comenzó a emitir un pitido intermitente, nada desagradable, aunque imprimía un cierto aire de urgencia.

El cuerpo comenzó a moverse con gestos pausados, como si fuera la inercia del fluido la que lo impulsara. Los brazos, las piernas. Después la cabeza, echada hacia atrás, comenzó a erguirse. Una vez recta, fueron los músculos de la cara los que comenzaron a moverse. Los labios, las cejas, los párpados. Los ojos comenzaron a abrirse. Cuando fueron capaces de enfocar, lo primero que vieron fue a un hombre frente a él. Un hombre que lloraba mientras reía. Después vio a dos hombres fumando con los ojos abiertos de par en par y las mandíbulas ligeramente caídas. Uno de los hombres, el más corpulento, inhaló una fuerte calada y exhaló el humo entre palabras:

—Bien jugado, princesita.

JdC